



CUENTOS POPULARES DEL MEDITERRÁNEO

Edición de

ANA CRISTINA HERREROS

Siruela



**ANA CRISTINA
HERREROS (ed.)**

Cuentos populares del Mediterráneo



Ediciones Siruela

**ANA CRISTINA
HERREROS (ed.)**

Cuentos populares del Mediterráneo



Ediciones Siruela

Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Introducción](#)

[1 La manga amarilla \(andaluz\)](#)

[2 La rana encantada \(andaluz\)](#)

[3 La zorra y la cigüeña \(andaluz\)](#)

[4 Pedro Catorce \(murciano\)](#)

[5 La cabra montesina \(murciano\)](#)

[6 Ratón Pérez \(murciano\)](#)

[7 El peral de la tía Miseria \(valenciano\)](#)

[8 Juan el Oso \(valenciano\)](#)

[9 El burro, el perro, el gato y el gallo \(valenciano\)](#)

[10 El amigo de la Muerte \(catalán\)](#)

[11 ¿Por qué el agua del mar es salada? \(catalán\)](#)

[12 El gallo Perico \(catalán\)](#)

[13 El señor de Biel Perxanc y la mujer de agua \(balear\)](#)

[14 Tino el de la tinaja \(balear\)](#)

[15 La ratita \(balear\)](#)

[16 La sopa de piedra \(occitano\)](#)

[17 Cuerpo sin alma \(occitano\)](#)

[18 El viaje de la hormiga \(occitano\)](#)

[19 La Bella de las tres naranjas \(corso\)](#)

[20 Los tres consejos \(corso\)](#)

[21 La servilleta, el burro y el bastón \(corso\)](#)

[22 Babborecu \(sardo\)](#)

[23 El diablo que iba a misa \(sardo\)](#)

[24 María la de las tablas \(sardo\)](#)

[25 La maceta \(calabrés\)](#)

[26 La muñeca que hablaba \(calabrés\)](#)

[27 La Orca \(calabrés\)](#)

[28 El Culebro \(siciliano\)](#)

[29 Las bolas mágicas \(siciliano\)](#)

[30 Desgracia \(siciliano\)](#)

[31 Kaukama y kaukam \(maltés\)](#)

[32 El Hombre del agua \(antigua Yugoslavia\)](#)

[33 La muchacha más astuta que el rey \(antigua Yugoslavia\)](#)

[34 El diablo y su aprendiz \(antigua Yugoslavia\)](#)

[35 El Salvaje \(antigua Yugoslavia\)](#)

[36 Mariceniza \(albanés\)](#)

[37 El destino siempre te sale al camino \(albanés\)](#)

[38 Las hermanas malvadas \(griego\)](#)

[39 El matrimonio hadado \(cretense\)](#)

[40 El ahijado del rey \(chipriota\)](#)

[41 El caballo enamorado \(turco\)](#)

[42 La llave vieja \(turco\)](#)

[43 La cadena de oro \(sirio\)](#)

[44 La hija del genio \(sirio\)](#)

[45 El gallo que cagaba diamantes \(libanés\)](#)

[46 Una pizca de sal \(libanés\)](#)
[47 Olla \(palestino\)](#)
[48 Mediamidad \(palestino\)](#)
[49 La música más dulce \(israelí\)](#)
[50 Lo que dura la vida del hombre \(israelí\)](#)
[51 Hasán el Listo \(egipcio\)](#)
[52 El Hijo de Adán y el león \(egipcio\)](#)
[53 El hombre y el león \(libio\)](#)
[54 La marca de nacimiento \(tunecino\)](#)
[55 Qamar al-Zamán \(tunecino\)](#)
[56 El cuento del gato \(argelino\)](#)
[57 La madre y el ogro \(argelino\)](#)
[58 El hijo del babuchero \(marroquí\)](#)
[59 Las hojas de la maceta \(marroquí\)](#)
[60 La niña sin brazos \(marroquí\)](#)
[El cuento del sapico \(murciano\)](#)
[Fuentes y comentarios](#)
[Bibliografía](#)
[Créditos](#)

**CUENTOS
POPULARES
DEL
MEDITERRÁNEO**

**Edición de
Ana Cristina Herreros**

Biblioteca de Cuentos Populares Ediciones Siruela

Introducción

Este libro de cuentos propone al lector un viaje por las culturas orales del Mediterráneo. Una travesía que comienza en el estrecho de Cádiz, puerta y puente entre el Atlántico y el Mediterráneo, y que avanza por las diferentes regiones que lindan con este mar: primero españolas, francesas e italianas, para continuar hasta países ya remotos para nosotros en la península de los Balcanes y Grecia, y llegar a los confines de Europa, en Turquía. Luego abordaremos las costas de Asia hasta llegar al norte de África. Desde Marruecos, de un salto, cruzaremos de nuevo el estrecho para volver al punto de partida, a las costas del sureste de España... Viaje circular, como los pequeños viajes que se emprenden en cada cuento, donde el personaje vuelve, al final de su peripecia, al punto de partida, pero rico en experiencias con todo lo que adquirió en el camino. Viaje el de este libro que circunda ese mar que nos une y nos separa: el Mediterráneo.

Si bien nuestra travesía comienza con muchas escalas en las costas de la Europa más occidental, no pretende ser un viaje exhaustivo. En algunos países no hemos tocado todos sus puertos sino sólo los que nos parecieron más sugerentes, por meridionales. Tal ha ocurrido con Italia, tan mediterránea que, de haberla abordado toda, nos habría detenido durante gran número de páginas. A partir de aquí, ya no visitamos regiones sino países, pues no han sido tan estudiados como las regiones más próximas y, por ello, no existe mucha bibliografía que nos documente sobre sus cuentos de tradición oral.

Los cuentos se han extraído, cuando ha sido posible, de repertorios de cuentos tomados directamente de la tradición oral de finales del siglo XIX o comienzos del XX. Es en esta época cuando, imbuidos del espíritu del Romanticismo, estudiosos e investigadores se lanzan a la búsqueda de cuentos populares queriendo hallar la esencia de las diferentes nacionalidades, las peculiaridades del carácter de los pueblos, y encuentran los mismos cuentos en distintos países, porque los cuentos no saben de banderas. Es entonces cuando más se respeta la voz de la gente llana y por ello cuando las fuentes son más fieles y más hermosas. En los casos en que no he encontrado fuentes de esa época, he buscado repertorios de los años cincuenta y sesenta en los que también hay una buena cantera de escrupulosos investigadores. Cuando tampoco he podido hallar fuentes de estas fechas, he procurado basarme en trabajos de campo donde la versión mantuviera las variantes dialectales y las peculiaridades o rugosidades sintácticas y morfológicas que caracterizan el habla.

De todos modos, no he traducido ni transcrito los cuentos tal cual, sino que han sido sometidos a una labor de recreación en la que, intentando respetar la manera de contar del informante original, he suprimido pasajes que se repetían o que enredaban la trama innecesariamente, aunque he respetado algunas irregularidades en el argumento, por ejemplo decisiones que se toman porque sí, sin más explicación, y que dan un color muy popular al relato. He reconstruido rimas que se habían perdido en la versión consultada, pero que existen en otras versiones de la misma zona con las que han sido cotejadas. He resuelto apócope, usos no normativos de tiempos verbales, de preposiciones, etc. He suprimido repeticiones o he restituido algunas que constituían un paralelismo que daba ritmo al relato. No ha sido fácil la labor de traducción porque algunos cuentos incluían términos no normalizados de las lenguas de las zonas de donde provenían. Cuando me era muy incomprensible, he recurrido a versiones del mismo cuento en lenguas más accesibles: castellano, inglés o francés. En el caso de los cuentos balcánicos, asiáticos y africanos, he usado repertorios en francés o inglés, que existen porque estas zonas han sido dominadas hasta hace bien poco (algunas lo siguen estando, si no política sí económicamente) por Francia e Inglaterra, principalmente. Y además la metrópoli siempre ha sentido una cierta inclinación por la cultura vernácula de las colonias, gracias a lo cual se han recogido y publicado cuentos populares de zonas a las que lingüísticamente no tenemos fácil acceso.

Aunque es cierto que los cuentos no tienen nacionalidad y que los motivos que los alientan se repiten en culturas remotísimas, también es verdad que hay cuentos que han tenido más fortuna en algunas zonas que en

otras; por ello, aunque de sobra conocidos, no hemos querido privar a nuestros lectores de cuentos tan escuchados como «La rana encantada», «Pedro Catorce», «La Bella de las tres naranjas» o «La historia del gato». Versiones de estos cuentos hemos encontrado en casi todos los países visitados, y por tanto era inexcusable su presencia. Hemos querido alternar éstos con otros no tan conocidos y también hemos incluido cuentos etiológicos o «explicativos» como «¿Por qué el agua del mar es salada?». También, aunque en todos los repertorios de folcloristas que se precien se hace una tajante distinción entre cuentos maravillosos y cuentos de animales, más aptos para gente de poca edad, aquí hemos querido alternar unos y otros para interesar a todo tipo de lector, independientemente de su edad.

Los cuentos primigenios, es decir la materia prima de la que se nutren nuestros cuentos, han sido escuchados en diferentes lugares: mercados, velatorios, comidas familiares, lugares donde se reúne la gente por diferentes motivos. Este elemento socializador es fundamental en el proceso de emisión y recepción de un cuento, y por ello dicho proceso está asociado a estos momentos. Casi siempre se cuenta por la noche, porque el día es el tiempo del trabajo, aunque también hay manifestaciones de literatura tradicional asociadas al trabajo, sobre todo lírica, porque el ritmo del poema y la canción acompaña el movimiento rítmico de algunos trabajos. Tal sucede en la siega, donde el ritmo de la labor se marca con el ritmo de las canciones de siega. El cuento, sin embargo, por su capacidad de transportar a otros mundos, no es muy adecuado al momento del trabajo, y por ello se cuenta de noche. Además, la noche permite la creación de otros mundos porque es el momento de lo onírico, de lo soñado, de lo posible. De hecho, hay narradoras, como las palestinas, que creen que si cuentan de día puede que les sobrevenga algún mal: por ejemplo, el dinero se les puede convertir en chatarra.

Quienes cuentan estos cuentos son casi siempre mujeres mayores, porque las mujeres, llegadas a cierta edad, se dan permiso para contar lo que les da la gana. Cuentan donde siempre han contado las mujeres, en sus casas: en las cocinas en invierno o en los patios en verano, sobre todo a otras mujeres y niños. Y pintan sus relatos con los colores que alegran su propia vida y con las sombras de los problemas que las inquietan. Por ello, muchos plantean la desgracia de la mujer que no puede tener hijos, y también por esta razón el protagonista que vence es siempre pequeño e indefenso: el hijo menor, la hormiga..., en un intento por dar valor a lo que socialmente no lo tiene: las mujeres, los niños, los insectos... La grandeza de lo pequeño, el valor de lo minúsculo, serán los grandes temas de sus cuentos.

¿Y qué nos cuentan estas mujeres? Todas sus historias cuentan lo mismo: que no importa cuál sea el problema que sacude tu vida y te pone en camino, porque siempre, siempre hay alguien que te ayuda (el donante que diría Vladimir Propp). Mensaje éste de esperanza nada desdeñable en los tiempos que corren, donde se nos enseña a pensar que el otro es el enemigo, el que nos puede hacer daño, llenando nuestras relaciones de desconfianza y recelo. Es cierto que a veces los cuentos transmiten valores patriarcales y que a veces acaban de forma violenta, pero lo que debe cambiar no son los cuentos sino el mundo. En el momento en que cambia éste, también cambian los cuentos, espejo que refleja lo que se le pone delante. Además, en todos los cuentos hay un elemento que los convierte en tremendamente sabios e imprescindibles: la justicia, tan necesaria en nuestros días.

El ritual que se establece en el momento del cuento merece mención aparte. Las peculiaridades sobre la forma y los espacios donde se cuenta en las diferentes zonas mediterráneas, algunos datos sobre los narradores originales y los motivos folclóricos de los que se nutren los cuentos se mencionan en el apartado «Fuentes y comentarios», adonde invitamos al lector a acudir tras la lectura de cada cuento.

Ana Cristina Herreros

Cuentos populares del Mediterráneo

Para Anais, Diego y Alicia, mis tres océanos

1

La manga amarilla

(andaluz)

Pues esto eran un rey y una reina que eran reyes de Castilla y no tenían más que una hija, que era una preciosidad de muchacha. Cuando cumplió quince años, la reina le dijo al rey:

–Tendremos que hacer un viaje para que la conozcan los príncipes de otros reinos, porque ya lo dice el refrán: «A las mocitas, para casarlas, hay que pasearlas».

–Pero, mujer, no me parece necesario hacer tan largo viaje. A nuestra hija la conoce todo el mundo en nuestro reino, así que seguro que podremos encontrar un buen marido aquí, aunque no sea príncipe –contestó el rey.

Pero la reina se empeñó, y salieron de viaje. Y es que... cuando una mujer se empeña en que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo...

De camino se encontraron con una madre que también estaba paseando a su hija, y como eran muy vanidosas y lo único que les importaba era que las vieran con los reyes, los seguían a todas partes.

Viajaron por reinos y más reinos, hasta que en uno de ellos un príncipe vio a la hija de los reyes de Castilla y se enamoró perdidamente de ella. Pidió su mano y acordaron que el príncipe de este reino iría a buscarla para casarse con ella pasados dos años, cuando la joven cumpliera los diecisiete.

Mientras regresaban a su reino, vino la muerte un día que le pareció bien y se llevó a la reina. Tanto el rey como la princesa se quedaron muy desconsolados; pero aquella otra señora, que deseaba ser reina, se ocupó de todo y los acompañó durante el viaje de vuelta a Castilla. El rey, agradecido, las invitó a que se quedaran en palacio algunos días. Pero ella se las arregló tan bien que se casó con el rey y se quedó en el palacio para siempre. Desde entonces la madrastra ya no hacía ningún caso a la princesa. Sólo se ocupaba de su hija: la llevaban a todas partes, se la presentaban a todos, y a la princesa la dejaban en casa. El rey veía muy triste a su hija, pero cuando preguntaba a su nueva mujer, ésta le decía:

–¿Que qué le pasa a la princesa? ¡Pues qué le va a pasar! Le pasa lo que a todas las muchachas: que está todo el día pensando en el novio.

Claro, al rey le parecía natural que pensase en el novio, porque era el único que había tenido.

Un día la hija le dijo a su madre:

–¡Ay, mamá! A mí también me gustaría ser reina. Si me pudiera casar con el príncipe...

–Tú descuida, que todo se arreglará. Yo me encargo de eso.

Cuando ya faltaba poco tiempo para que la princesa cumpliera diecisiete años, el novio escribió diciendo que prepararan la boda, que en seguida llegaría. Y comenzaron los preparativos. El rey se fue de viaje por todo su reino para buscar ricas viandas para el banquete de boda de la princesa. Se fue solo porque, por más que insistió, no consiguió que su mujer lo acompañara.

En cuanto el rey se fue, la reina llamó al escudero más viejo que había en el palacio, y que era el que más miedo le tenía. Cuando llegó el escudero, le dijo:

–Mira, ahora mismo vas a coger a ese mamarracho de princesa y te la vas a llevar al campo, la vas a matar, le vas a sacar los ojos y me los vas a traer.

–¡Y a mí su corazón! –dijo la hija.

El pobre hombre no tuvo más remedio que llevársela, y por el camino iba llorando.

–¿Adónde me llevas? –le preguntó la princesa.

–No sé. Me han mandado que te mate y que te saque los ojos para dárselos a la madre y el corazón a la hija.

¡Que tenga que hacer esto yo, que te he visto nacer! –respondió el escudero.

Pero, en lugar de matar a la princesa, mató un cordero y les llevó los ojos y el corazón a la madrastra y a la

hija, y dejó a la princesa en el campo. La princesa caminó y caminó, y caminó tanto y se sintió tan cansada que se sentó a un lado del camino a descansar. Entonces vio que una ancianita viejísima se acercaba. Y estaba mirándola y pensando que gracias a Dios veía venir a alguien para preguntarle dónde podría pasar la noche cuando de pronto la vieja se cayó, y ella se levantó corriendo y, llegando hasta ella, la ayudó a levantarse. Iba a preguntarle si se había hecho daño cuando la vieja le dijo:

—¡Hija!, ¿qué haces tú por este sitio sola?

—Estoy aquí sola porque me ha pasado esto —y le contó lo que había intentado hacer la madrastra.

—¡Pero qué mala! ¿Quieres venirte conmigo a mi casa?

La princesa aceptó y la vieja se la llevó a la cueva donde vivía. Y le enseñó a bordar y a hacer encaje, y muchos primores del gusto de una reina. Pero ahora dejemos aquí a la princesa y a la vieja, y vayámonos al palacio.

Cuando llegó el escudero después de dejar a la princesa en el campo, la reina le preguntó:

—¿Has cumplido mi encargo?

—Aquí tengo lo que me pidió —respondió él.

Y la hija cogió corriendo el corazón y se lo echó a un perro.

Cuando volvió el rey y preguntó por su hija, la reina le respondió:

—En cuanto te fuiste, tu hija salió al balcón, vio pasar a un muchacho y con él se fue, y ya no supimos más de ella.

El rey se puso muy triste y quiso llamar a todos los de palacio para ver si sabían algo, pero la reina le riñó:

—¡Hombre! ¿Vas a provocar un escándalo? Yo no he dicho nada a los de la casa para evitarlo.

El rey, como creía todas las mentiras que ella le decía, la creyó. Ella, inmediatamente después, llamó al escudero y le dijo:

—El rey ha preguntado por la princesa y es posible que te pregunte a ti. Como le digas una sola palabra de lo que te ordené, haré que te frían vivo. Así que ya sabes: ¡a callar!

El pobre dijo que no diría nada. Y siempre se le veía muy triste por palacio, preocupado por lo que le habría pasado a la princesa. El rey también se lamentaba, porque no sabía cómo le iba a decir al novio que su hija se había fugado con otro.

—Mira, preséntale a mi hija y dile que es tu hija —le dijo la reina—. Venga, hombre, ya sé que es mentira, pero es una mentirijilla.

Y tanto lo dijo y repitió que al final lo convenció. Cuando llegó el príncipe, le presentaron a la otra. El príncipe se quedó contrariado, porque él no quería a aquella muchacha por novia. Pero no tuvo más remedio que aceptarla por esposa porque en su país no se podía decir una cosa y luego hacer otra. Como él había dicho que volvería casado, tenía que cumplir su palabra, de modo que se conformaría con llevarse a la otra. Así que anunciaron que acudieran costureras, bordadoras y encajeras al palacio para hacer el vestido. En cuanto la vieja lo supo, le dijo a la princesa:

—Mañana vas a ir tú al palacio para bordar y hacer encaje.

—¿Yo? ¡Pero cómo voy a ir yo! Mi madrastra me va a reconocer y nos matará a mí y al pobre escudero.

—Descuida, que no te reconocerán.

Al día siguiente la princesa se presentó con unas muestras de bordados y encajes. Y fue como si sólo tuviesen ojos para sus bordados y encajes, porque no la reconocieron. Los encontraron tan bonitos y tan bien hechos que la contrataron, junto con otras muchachas, para bordar el vestido de la novia.

La madrastra y su hija dirigían la labor, y el príncipe siempre estaba por allí porque le gustaba mucho hablar con las bordadoras. La novia estaba muy celosa, porque más de una vez él le había dicho que aquella muchacha tenía un tipo tan fino y unos modos tan bonitos que no parecía una simple bordadora. Y siempre estaba mirándola y hablando con ella. El rey tampoco dejaba de mirarla y de encontrarle parecidos con su hija. Así que la novia pensó un plan para alejarla de allí: tiró su dedal por un balcón al río que rodeaba el palacio y empezó a decir que se lo habían robado, y que había sido la bordadora. Y ella dijo que no había tocado el dedal, que ella tenía el suyo y que para qué quería ella otro dedal.

Cuando por la noche llegó a su cueva y contó a la vieja lo que había pasado, la vieja le dijo:

—No te preocupes. Mañana, cuando vayas al palacio, te asomas al balcón. Abajo habrá un cangrejo fuera del agua. Cuando lo veas, le dices lo que yo te diga y el cangrejo te ayudará.

Cuando al día siguiente llegó al palacio, la novia le preguntó:

—¿Traes mi dedal?

—¿Cómo lo voy a traer si no me lo he llevado?

Entonces dijo la reina delante del rey, de su hija, del príncipe y de todas las muchachas que estaban trabajando:

—¿Que no te lo has llevado? Que le den diez azotes hasta que diga dónde lo ha metido.

Ella se asomó al balcón, y allí vio al cangrejo de un lado para otro, y le dijo lo que le había dicho la vieja:

—Cangrejito que sales del mar,
a la princesa le han robado el dedal
y a mí por ello me van a azotar.

Y el cangrejo contestó:

—No se ha perdido ni lo han robado,
que ha sido su ama quien al mar lo ha tirado;
echa una caja con un cordel,
que yo te lo daré.

Cogió ella una cajita amarrada con un cordelito y la echó por el balcón. Entonces el príncipe y el rey se asomaron para verlo. El cangrejo se zambulló en el agua, y al poco rato salió con el dedal cogido entre las pinzas. Lo echó en la cajita y la muchacha lo subió y se lo entregó a la novia, que no se alegró mucho.

Cuando pasaron cuatro o cinco días, dijo la reina:

—¡Ay! ¡Han robado! Se han llevado de aquí unas gasas y unos terciopelos.

Como todas las muchachas que estaban allí bordando iban muy arregladas y ella iba muy modesta, y como la novia había dicho que para su boda quería que todas fuesen muy elegantes y con velas encendidas para alumbrarla porque ella se casaba de noche, comenzaron todas a decir que ella había robado las gasas y los terciopelos para hacerse un vestido para la boda. Y ella decía que no y que no, que no lo había cogido, que ella salía con todas y si se hubiera llevado una pieza de terciopelo lo habrían visto, porque abulta. Sólo el príncipe la defendía, diciendo que para qué quería la bordadora robar nada si podía comprarse lo que quisiera con el sueldo que ganaba. Hasta que al final la reina dijo que, si al día siguiente no traía las gasas y el terciopelo, le iban a dar los azotes de los que se había librado el otro día.

Cuando llegó ella a su cueva, le contó a la vieja la pena tan grande que traía porque la habían llamado ladrona. Y la abuela le dijo:

—Mañana, cuando vayas al palacio, entrará en el taller donde estáis trabajando una paloma, y tú le dirás lo que yo te diga y la paloma te ayudará.

Por la mañana, cuando llegó al palacio, al taller de los bordados, la reina le dijo:

—¿Traes el terciopelo y las gasas?

—¿Cómo los voy a traer si no me los he llevado?

—¿Que no te los has llevado? Pues si a las doce no están aquí el terciopelo y las gasas, te darán veinticinco palos.

Como el rey sólo veía por los ojos de su mujer y le parecía bien todo lo que ella decía y hacía, pues se quedaba callado. Al llegar las doce la reina mandó llamar a los que venían con los palos para que le pegaran allí, delante de todos. El príncipe se estaba arrepintiendo de haber dicho que se iba a casar con la otra, porque le parecían ella y su madre muy crueles, pero como había dado su palabra tenía que cumplirla. De pronto, entró volando en el taller una paloma blanca. Y ella le dijo lo que la vieja le había dicho:

—Palomita mensajera
que vienes por esos campos,
la gasa y el terciopelo
¿puedes decirme quién los ha robado?

Y la paloma contestó:

–La reina, en la cómoda, los tiene guardados.

Y allí fueron todos, y allí los encontraron. La reina intentó disculparse:

–¡Hay que ver qué distraída soy...! Seguro que los puse yo ahí... Es el único sitio donde no he buscado.

Y así quedó la cosa. La muchacha siguió bordando como si no hubiese pasado nada. Y al día siguiente el príncipe les dijo que les iba a regalar el traje que se pondrían para la boda y que podían escoger el color, pero la novia dijo que no, que el color lo escogería ella. Y a la bordadora le escogió el color amarillo.

Llegó la víspera de la boda y esa noche le dijo la vieja:

–Hija, tú procura ir lo más cerca que puedas de donde vaya tu padre, que irá dándole el brazo a la novia. Levantarás la vela en alto e intentarás que te caiga un chorretón de cera en la manga. Cuando el novio te diga que te manchas la manga amarilla, tú le dices: «Pues mejor, que soy hija del rey de Castilla». Pero lo dices muy alto para que tu padre lo oiga.

Llegó el día y todos acudieron a la boda. Cuando el rey la vio, volvió a pensar que se parecía mucho a su hija. El príncipe no le quitaba los ojos de encima, a pesar de ir con su suegra del brazo. Ella, cuando levantaron todas las velas al pasar la novia, inclinó la suya para que la cera le cayera en el vestido. Y entonces le dijo el príncipe:

–¡Arsa, chiquilla,
que te manchas la manga amarilla!

Y ella, lo más alto que pudo, contestó:

–¡Pues mejor!, que soy hija del rey de Castilla.

Y a todos se les abrieron los ojos. Y supieron quién era. Su padre, el rey, no se lo podía creer: haberla tenido delante todos los días y no haberse dado cuenta.

Entonces ella les contó que aquellas impostoras habían mandado al viejo escudero que la matara en el campo. Y a pesar de su manga manchada se celebraron las bodas.

Al día siguiente estaba todo el pueblo a la puerta de palacio pidiendo que castigaran a la reina y a su hija. Y se asomó el rey al balcón y preguntó:

–¿Qué queréis?

–Castigar a la reina.

Es que nadie la podía ver, de lo mala que era.

–Pues será lo que el pueblo quiera –dijo el rey.

Y el pueblo decidió amarrarlas a la cola de un caballo y arrastrarlas por todo el reino.

Y los otros fueron muy felices, y yo, aunque fui, no me dieron nada.

La rana encantada

(andaluz)

Esto era un matrimonio que quería tener hijos. Y tanto lo deseaban que un día les nació una hija, pero no una niña normal, sino una ranita. El marido todos los días se iba a trabajar al campo, a unas huertas que tenía. Y un día la mujer se quejó:

–Si yo hubiera tenido una hija y no una rana, le llevaría la comida a su padre y no tendría que venir él andando a comer.

La rana respondió:

–Parece mentira, madre, que diga usted eso. Yo puedo aparejar el borrico y llevar la comida a mi padre.

Y, desde entonces, todos los días salía al campo a llevar la comida a su padre.

Un día le dijo a éste:

–Hoy van a pasar por aquí los hijos del rey, que vienen a cazar, y yo me meteré en la choza y me pondré a cantar. Le preguntarán a usted que quién es la que canta, y usted les dirá que no sabe quién es.

Y la rana se escondió y se puso a cantar. Cantaba tan bien que, cuando llegaron los hijos del rey y la escucharon, le preguntaron al padre que quién cantaba de esa manera.

–Yo no veo a nadie que cante –respondió el padre.

–Es la voz de una mujer, y sale de esta casa.

Y entraron en la choza y registraron, y no vieron nada.

–Es verdad que no hay nadie, pero la voz sale de aquí –dijeron los tres a la vez.

Y entonces el hijo más pequeño del rey dijo:

–Pues con quien sea, me caso.

Y entonces salió la rana cantando.

Y, como en aquel país cuando un príncipe daba su palabra no se podía volver atrás, se tuvo que casar con ella. Sus hermanos se casaron con mujeres normales y corrientes, y el pequeño, con la rana. Y allí que se quedaron a vivir en el pueblo todos juntos, los tres hermanos con sus esposas.

Un día decidieron los tres ir a ver a su padre al palacio, y el padre los recibió muy contento. Cuando se despedían, el rey les dijo que la próxima vez que lo visitaran le llevasen un perro para jugar con él y entretenerse. Cuando el pequeño llegó a su casa, le dijo a la rana:

–Si yo tuviera una mujer normal, criaría un perrito para mi padre; pero, como tú eres una rana, no podrá ser.

Cuando se fue su marido, la rana le dijo a la criada:

–Mira, yo sé que cuando pasas delante de la puerta de mis cuñadas te llaman para reírse con las cosas que les cuentas de mí, y sé que te preguntarán adónde vas. Hoy les vas a decir que vas al matadero porque tu señora la rana le está criando un perrito a su suegro el rey y le da de comer desperdicios del matadero.

Así lo hizo la criada. Y también las cuñadas criaron a sus perros con desperdicios del matadero. Cuando los perros estuvieron criados, prepararon el viaje para ir a ver al padre. El día antes, cuando el pequeño llegó a su casa, le dijo a su mujer la rana:

–Mis hermanos ya tienen los perritos, pero yo no tengo ninguno, y mañana vamos a ver a mi padre.

Y entonces ella, cuando él se fue, montó en su gallo y se fue a la orilla del mar y allí comenzó a gritar:

–¡Comadre sirena! ¡Comadre sirena!

–¿Qué quiere usted, comadre rana?

–Pues mire usted: mañana va mi marido con sus hermanos a ver a su padre, y la última vez que estuvieron allí les encargó un perrito. Y mis cuñados han criado un perro con desperdicios del matadero, uno de esos que

apestan a bicho muerto, y yo, confiando en que usted me ayudaría, no he criado ninguno.

Y entonces la sirena entró en el mar, le sacó una caja cerrada y le dijo:

—Esta caja se la da usted a su marido cuando se vaya, pero dígame que no la abra hasta que llegue a palacio y se la entregue a su padre.

La rana le dio las gracias, se despidió de ella y volvió a casa.

Al otro día salieron de viaje, y los hermanos llevaban los perros corriendo detrás de los caballos. Cuando se los dieron a su padre, a éste no le gustaron mucho porque eran unos perros de campo sin educar que no servían para tener en casa. Pero después su hijo pequeño le entregó la caja y, al abrirla el padre, salió un precioso perro de aguas, con un bonito collar de nácar y coral, que dejó maravillados a todos: al padre y a los hermanos.

Estuvieron unos días allí con su padre y, cuando se fueron, el rey les dijo que la próxima vez que lo visitaran le llevaran un traje. Cuando llegó a su casa, otra vez el pequeño dijo:

—Mis hermanos le llevarán un traje a mi padre, pero como tú eres rana yo no podré llevárselo.

Y ella mandó a la criada:

—Ve a casa de mis cuñadas y cuando te pregunten que adónde vas les dices que vas a casa del sastre porque tu ama la rana le va a hacer un traje a su suegro con los restos de todas las telas que corte el sastre.

Y las cuñadas mandaron hacer al sastre dos trajes con los recortes, como había dicho la rana, y cuando estuvieron hechos, prepararon el viaje. El día antes, cuando el pequeño llegó a casa, le dijo a la rana:

—Mañana vamos a ver a mi padre y mis hermanos ya tienen los trajes hechos.

En cuanto él se marchó, ella montó en su gallo y se fue a la orilla del mar, y cuando llegó allí comenzó a gritar:

—¡Comadre sirena! ¡Comadre sirena!

—¿Qué quiere usted, comadre rana?

—Pues mire usted: que mis cuñados llevan unos trajes a su padre de esos que cortan de tiras de todas las clases, y yo, confiando en que usted me ayudaría, no he hecho ninguno.

Entonces entró la sirena en el mar y le sacó una caja y le dijo:

—Tome esta caja y désela a su marido, pero que no la abra hasta que no esté en presencia de su padre.

Cuando llegaron al palacio y le entregaron al padre los trajes, no le gustaron porque parecían disfraces de carnaval. Cuando el pequeño le entregó la caja y la abrió, allí había un traje bordado en oro que era una maravilla. El rey dijo:

—Éste sí que me gusta. La próxima vez que vengáis, me traéis a vuestras mujeres, que quiero conocerlas.

Estuvieron allí unos días con su padre, y cuando volvieron a casa, el pequeño le dijo a la rana:

—Mi padre ha dicho que la próxima vez que vayamos le llevemos a nuestras mujeres, pero tú no vendrás.

A la rana le dolió el desprecio de su marido, pero se aguantó la pobre y no dijo nada. El día en que su marido le dijo que al día siguiente iban a ver a su padre, montó en su gallo y se fue a la orilla del mar, y cuando llegó comenzó a gritar:

—¡Comadre sirena! ¡Comadre sirena!

—¿Qué quiere usted, comadre rana?

—Pues mire usted: que vengo a decirle que mañana mi marido se va a ver a su padre y van mis cuñadas porque el padre se lo pidió, pero él no me quiere llevar.

—Pues usted va. Aunque él no quiera llevarla, usted se sube al caballo con él. Si intentan descabalarla dándole manotazos, salta y se le sube encima del sombrero o en el hombro, o se agarra a la cola del caballo. Haga lo que sea, pero no se caiga. Cuando llegue usted al palacio, da el salto más grande que pueda dar desde el caballo, y en cuanto ponga las patas en el suelo, se volverá usted una mujer muy hermosa, y le hará a su suegro la reverencia de saludo con más gracia que ninguna. Y cuando llegue la hora de comer y se siente a la mesa, se mete un bocadito de pan en la boca, y el siguiente se lo echa usted a la falda. Cuando acabe de comer, se levanta usted y echa ese pan al suelo, y el pan se convertirá en una camada de pollos con la gallina piando, que dará gusto verla.

La rana le dio las gracias por todas las cosas que le había hecho y dicho, y se despidió de su comadre la sirena para siempre, porque ya no la vería más.

A la mañana siguiente, él se subió al caballo y ella detrás. Él comenzó a darle manotazos, y ella dio un salto y se le subió en el sombrero, y él le dio otro manotazo y ella le saltó al hombro, y otro y de un salto se agarró a la cola del caballo para no caerse. Las otras iban riéndose mucho de ella.

Cuando llegaron al palacio, se bajaron las dos cuñadas y le hicieron la reverencia de saludo al rey. La rana dio un enorme salto desde el caballo y cuando puso las patas en el suelo, ya no era una rana sino una bellísima mujer

y, con mucha gracia, le hizo la reverencia a su suegro. Cuando llegó la hora de comer, se sentó a la mesa, y un bocadito de pan se llevaba a la boca y otro bocadito de pan se lo echaba en la falda. Cuando acabaron de comer, se levantó y se sacudió la falda y salió la camada de pollos con la gallina todos piando, que daba gusto verlos. Las cuñadas hicieron con el pan lo mismo que ella y, cuando se levantaron, dejaron todo el suelo lleno de pan. Y las riñeron por sucias.

El rey estaba encantado con su nuera la princesa Rana y con las cosas que hacía, y se daba cuenta de que no era como las otras. Así que nombró a su hijo pequeño y a su mujer herederos de la corona, y los otros se volvieron a casa.

3

La zorra y la cigüeña

(andaluz)

Esto era una zorra y una cigüeña que eran comadres y que se tenían mucha estima, o sea que se querían mucho. Y la zorra tenía dos zorritos y la cigüeña dos cigüeñitos.

Y estaba un día la zorra sentada a la puerta de su casa, arreglando a sus niños para mandarlos al colegio, cuando pasó la cigüeña y le dijo:

—Comadre, ¿qué hace usted tan atareada?

Y la zorra le respondió:

—Aquí estoy, arreglando a estos diablillos para que se vayan al colegio, que me tienen desesperada.

—Ay, pues yo a los míos los tengo ya en el colegio. Me levanté muy prontito para que llegaran bien temprano porque, como ya quieren volar, andan por ahí perdiéndose todo el rato, así que mejor están en el colegio —dijo la cigüeña.

Y le dice la zorra:

—Comadre, y usted ¿qué va a hacer ahora tan temprano?

—¿Yo?, pues iré al molino a por un poco de harina, ya que tengo en casa canela, limón, aceite y matalahúva para hacer unas gachas.

—¡Ay, comadre! ¡Qué ricas! ¡Con lo que a mí me gustan!

—Pues mire usted, la convidó a que venga a comer conmigo. Ya sabe que a las doce almuerzo, no se vaya a retrasar.

Como eran ya las once, en cuanto se fue la cigüeña se puso la zorra a arreglar a sus zorritos a toda prisa.

—Usted se da prisa, madre, para irse pronto, pero nosotros también queremos ir.

La zorra, dando un manotazo a uno y un sopapo al otro, los acabó de arreglar y los mandó al colegio a la carrera. Y en seguida se puso ella a arreglarse para ir a casa de la cigüeña. Se puso su mejor piel y, muy compuesta, salió a la carrera.

Por el camino le salió una liebre al encuentro. «¡Qué tentación!», pensó, «pero si me la como no voy a tener ganas de comer las gachas de mi comadre». Un poco más adelante se cruzó con una gallina, pero ella la espantó para que se fuera y no le diera la tentación de comérsela, porque, si no, no iba a tener ganas de comerse las gachas.

Cuando llegó a casa de su comadre, la cigüeña tenía puesta su mesa con su mantel y ya todo arreglado, una mesa muy compuesta para la invitada al almuerzo.

—¡Gracias a Dios que ha venido usted! ¡Ya han dado las doce y creí que no iba a venir! —dijo la cigüeña cuando la vio.

—¡Cómo no iba a venir, comadre, con la buena voluntad con que usted me ha invitado!

En seguida trajo la cigüeña una botella enorme, llena de gachas, que puso en medio de la mesa.

Y dijo la zorra:

—¿Puede traer un barreño para poner mis gachas? Porque yo no puedo beber de la botella.

Pero la cigüeña hizo como que no oía y no trajo el barreño. Metió el pico en la botella de las gachas y, sorbiendo, dijo:

—Ea, vamos a comer.

Y como la zorra no comiese nada, insistió:

—Venga, comadre, venga, que se queda usted atrás. ¿No le gustaban tanto las gachas?

—¡Claro! —y la zorra lamía la botella por fuera, haciendo como que comía, mientras pensaba: «Ésta me ha

invitado a comer para reírse de mí».

—¿Verdad, comadre, que están riquísimas?

Terminó la cigüeña de comerse sus gachas, se levanta la zorra y dice:

—¡Ay, comadre, ya me voy! Que me tengo que ir porque los niños vienen temprano del colegio. Muchas gracias por el convite.

Y salió corriendo hacia su casa, y por todo el camino andaba buscando ella algo que comer porque estaba muerta de hambre. Pero no se encontró ni con la gallina ni con la liebre, ni siquiera con una lagartija que echarse al estómago. Así que decidió que se vengaría de la cigüeña, y cuando pasaron dos o tres días ya tenía ella su plan preparado.

Una mañana salió muy temprano y se paseó por delante de la puerta de la cigüeña para invitarla a gachas. En cuanto la vio, le dijo la zorra:

—Comadre, buenos días.

—Ay, comadre, ¿dónde va tan temprano usted por aquí?

—Pues, mire usted, voy a las colmenas del tío Blas a por miel, porque ya tengo en casa todo lo necesario para hacer unas gachas y sólo me falta la miel, y de paso venía a invitarla a usted.

—Pero ¿hace usted las gachas con miel? —se extrañó la cigüeña.

—Sí, con miel. Venga hoy usted a comer y verá lo riquísimas que están. Pero venga temprano.

La cigüeña aceptó la invitación, y se puso a arreglar a sus cigüeñitos para mandarlos a la escuela. En cuanto se fueron sus cigüeñitos se arregló las plumas y se fue a casa de su comadre.

Cuando llegó, la otra tenía la mesa puesta y todo arreglado. Y le puso un barreño muy grande lleno de gachas con mucha miel y mucho líquido.

—¡A comer!

La cigüeña esperó a que la otra le metiera unas pocas gachas en una botella, porque de otra manera no podía comerlas. Pero la zorra no le trajo la botella, e insistía:

—Ande usted, comadre, que vamos a empezar.

La zorra, con su lengua, sorbe que te sorbe las gachas, pero la otra, con el pico, picaba y picaba pero no cogía nada.

—¡Qué ricas están! ¿Verdad, comadre? ¡Tan dulces!

Y cuando acabó las gachas, dijo:

—Ea, comadre, con Dios. Porque, como he llevado a los niños temprano al colegio, tengo que ir a recogerlos ya. Ande, que no ha probado siquiera las gachas. ¡Con lo ricas que estaban!

La cigüeña se enfadó muchísimo con la zorra, y cuando llegó a casa comenzó a pensar cómo se vengaría de ella. Y pensando y pensando, se le ocurrió la manera y la puso en práctica en seguida. Pasó por delante de la puerta de la zorra con un jabón, un tarro de colonia y una caja de polvos, y le dijo:

—Comadre, buenos días.

—¿Dónde va usted por aquí?

—Vengo de la perfumería de comprar estas cosas. Es un regalo que voy a hacer, porque se casa san Pedro y estoy invitada a la boda.

—¡Ay, qué suerte que pueda usted volar hasta el cielo para ir a esa boda!

—¿Y por qué no viene?

—¿Cómo me pregunta usted eso? ¿No ve que yo no puedo más que correr por la tierra?

—No se preocupe que yo la llevo sobre mis hombros. Verá qué bonito es el viaje.

—Bueno, pues voy a comprar alguna cosita para la novia.

—No tiene usted que comprar nada. Como yo llevo tres regalos, usted le da uno, el que quiera.

—Bueno, ¿y cuándo salimos de viaje?

—Ahora mismo. Mire usted, antes de que los niños vengan del colegio ya estamos de vuelta.

La cigüeña se agachó, abrió las alas, y se montó la zorra. Y salió volando a todo volar.

—¡Ay, comadre, cuánto pesa usted! ¡Qué barbaridad! ¡Y qué calor me está dando con esa piel que lleva puesta!

—se quejó la cigüeña.

—Pues, si quiere, me la quito —dijo la zorra.

—Nada, nada, que se baje usted, hombre, que yo ya no puedo más.

—Pero, comadre, cómo me voy a bajar si no puedo. Baje usted al suelo, y entonces me bajaré.

—Pero ¿se cree usted que voy a volver yo estando a mitad de camino? Bájesese usted.
Y se sacudió tan fuerte que la tiró. Y mientras caía, la zorra iba diciendo:

—¡Ay! Si de ésta escapo y no muero,
no quiero más bodas en el cielo.

4

Pedro Catorce

(murciano)

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo que era muy fuerte y muy valiente. Era tan fuerte que ya desde pequeño sus compañeros lo llamaron «Pedro Catorce», pues tenía tanta fuerza como catorce hombres.

Un día su padre se puso enfermo y no tenían nada que comer. Entonces Pedro le dijo a su madre:

—Yo me voy al monte a hacer leña.

Su madre no quería dejarlo porque todavía era pequeño, pero él se fue.

Tanta leña cortó que, cuando cargó el burro, el pobre animal no podía con ella y se cayó al suelo. Entonces, Pedro cogió el burro con la leña y se lo cargó a la espalda.

Su madre y sus compañeros se quedaron asombrados al verlo llegar.

Al día siguiente se volvió a ir con una carreta y un par de vacas, y mientras pastaban, él hizo la leña. Pero unos lobos se comieron una de las vacas. Entonces él se puso delante de la otra vaca para protegerla, y así es como volvieron a casa.

Cuando creció, Pedro le dijo a su madre:

—Madre, me voy al pueblo a buscar trabajo porque esto no es para mí.

Cuando iba de camino al pueblo, se encontró con un grillo y le preguntó:

—¿Adónde vas, grillo?

Y el grillo contestó:

—Voy a la huerta de Murcia a comer tomates.

Entonces Pedro le dijo:

—Vente conmigo a buscar fortuna.

Siguieron andando y se encontraron con un escarabajo pelotero y le preguntaron:

—¿Adónde vas, escarabajo?

Y el escarabajo contestó:

—Voy a la granja de ganado a recoger comida para el invierno.

Y ellos dijeron:

—Vente con nosotros a buscar fortuna.

Siguieron andando y se encontraron con un ratón y le preguntaron:

—¿Adónde vas, ratón?

Y él les contestó:

—Voy en busca de grano a La Mancha porque ya han segado.

Entonces ellos le dijeron:

—Vente con nosotros a buscar fortuna.

Siguieron andando y llegaron a un pueblo en el cual había un cartel en el que ponía: «Quien haga reír a la hija del rey se casará con ella».

Fueron pasando por la puerta de palacio príncipes, duques, condes..., y nadie lograba hacer reír a la princesa.

Entonces ellos hicieron una carroza conducida por el ratón, como carretero, y tirada por el grillo y el escarabajo, que hacían de bueyes, y se dirigieron a palacio. Los criados empezaron a burlarse de ellos y a tirarles piedras, pero como Pedro era tan fuerte las paraba todas y se las devolvía.

Al fin consiguieron pasar por la puerta de palacio, y al verlos, la princesa se echó a reír y entonces su padre no tuvo más remedio que entregar la mano de su hija al campesino.

Pero la primera noche lo encerraron a él y a sus animales en el hueco de la escalera, y a la princesa la

obligaron a acostarse con un príncipe. Pedro y sus animales no estaban de acuerdo porque habían sido ellos, y no el príncipe, quienes la habían hecho reír. Entonces decidieron vengarse y cada noche uno de ellos se escapaba del hueco de la escalera y hacía una diablura para no dejar tranquilos al príncipe y a la princesa.

Una noche el ratón le hizo cosquillas con su rabo al príncipe en la nariz y no le dejó dormir en toda la noche. La noche siguiente el escarabajo se metió entre las sábanas y le picó en el culo toda la noche. La siguiente el grillo dio saltos y cantó sin parar toda la noche.

Así, noche tras noche, no los dejaban en paz. La princesa, aburrida y enfadada, le dijo a su padre que tenía que casarse y vivir con el campesino, porque había sido él quien la había hecho reír, y no con aquel príncipe tan soso. Entonces el rey se dio cuenta de que su hija prefería a un hombre humilde, pero con el que se pudiera reír, que a un príncipe aburrido con todas sus riquezas. Y así fue como sacaron a Pedro del hueco de la escalera, que se casó con la princesa y se quedó a vivir en palacio con el grillo, el escarabajo y el ratón. Y todos fueron muy felices.

5

La cabra montesina

(murciano)

Había una vez una madre que tenía tres hijas. Un día estaba haciendo la comida y, viendo que necesitaba grano para hacer el pan, le dijo a la hija mayor:

–Sube al granero y tráeme un poco de grano.

Al ir a subir las escaleras escuchó a la cabra, que decía:

–Soy la cabra montesina
del monte montesinal
y a quien suba la escalera
me lo trago de un tragal.

La niña subió y la cabra se la tragó.

La madre, como la hija tardaba mucho, mandó a su hija mediana.

La hija mediana fue, y cuando empezó a subir la escalera, escuchó a la cabra, que decía:

–Soy la cabra montesina
del monte montesinal
y a quien suba la escalera
me lo trago de un tragal.

Pero la niña subió y la cabra se la tragó.

La madre, como las dos hermanas tardaban mucho, mandó a la más pequeña.

Cuando la hermana pequeña fue a subir, escuchó a la cabra, que decía:

–Soy la cabra montesina
del monte montesinal
y a quien suba la escalera
me lo trago de un tragal.

Y ésta también subió y la cabra se la tragó.

La madre, como sus tres hijas tardaban tanto, fue a ver lo que había pasado y al llegar a las escaleras se encontró con la cabra, que le dijo:

–Soy la cabra montesina
del monte montesinal
y a quien suba la escalera
me lo trago de un tragal.

La madre se echó a llorar y se marchó por el caminico adelante. No había caminado mucho cuando se encontró con una hormiga, que le dijo:

–¿Qué te pasa, buena mujer?

Y la mujer contestó:

–¡Que hay una cabra en mi casa y se ha comido a mis tres hijas!

La hormiga dijo:

–¡Pues llévame a tu casa, que voy a echar a la cabra!

La mujer y la hormiga fueron a la casa, y cuando comenzaron a subir las escaleras se encontraron con la cabra, que les dijo:

–Soy la cabra montesina
del monte montesinal
y a quien suba la escalera
me lo trago de un tragal.

Y la hormiga respondió:

–Y yo soy la hormiguita
bonita y chiquita
de mi hormigal,
que de un picotazo
te haré saltar.

Y dicho esto le dio a la cabra un picotazo tan fuerte en la barriga que se la reventó, y así pudieron salir las tres hijas de la buena mujer.

La mujer le dijo a la hormiga:

–¿Cómo podría agradecértelo? Ya sé, ¡te daré una fanega de trigo!

La hormiguita le respondió:

–No, que no lo muele mi molinico
ni cabe en mi capacico.

–Te daré media fanega.

–No, que no lo muele mi molinico
ni cabe en mi capacico.

–Te daré un celemin.

–No, que no lo muele mi molinico
ni cabe en mi capacico.

–Te daré doce granos.

–No, que no lo muele mi molinico
ni cabe en mi capacico.

–Te daré un grano.

–Ése sí cabe en mi capacico
y lo muele mi molinico.

Y así, muy contenta con su grano, se fue la hormiga a su hormiguero.

6

Ratón Pérez

(murciano)

Ratón Pérez vivía con una hormiga. Un día la hormiga se fue a misa y le dijo:

–Ratón Pérez, cuida de la comida, pero no destapes la olla.

Ratón Pérez dio vueltas y más vueltas alrededor del puchero, pero era tan curioso que destapó la olla y se cayó dentro.

Cuando volvió la hormiga, lo buscó por todos los sitios, llamándolo: «Ratón Pérez, Ratón Pérez», pero no lo encontró. Hasta que destapó la olla, y allí dentro lo vio. Comenzó a llorar y a llorar, y llorando empezó a caminar. Se encontró con un pájaro que le dijo:

–¿Por qué lloras?

–Porque mientras he ido a misa, Ratón Pérez se ha caído en la olla.

–Pues, si es así, ¡yo me corto un ala! –le contestó el pájaro, y se fue volando hasta que se posó en un árbol y comenzó a llorar.

–Pájaro, ¿por qué lloras? –le preguntó el árbol.

–Porque mientras la hormiga ha ido a misa, Ratón Pérez se ha caído en la olla, la hormiga pena y llora, y yo me he cortado un ala.

–¡Pues yo me corto una rama! –dijo el árbol.

En éstas estaban cuando llegó un buey a comerse el árbol.

–Árbol, ¿por qué te has cortado una rama?

–Porque mientras la hormiga ha ido a misa, Ratón Pérez se ha caído en la olla, la hormiga pena y llora, el pájaro se ha cortado el ala y yo me he cortado una rama.

–¡Pues yo me corto un cuerno! –dijo el buey, y se fue a beber agua a la fuente.

–Buey, ¿por qué te has cortado un cuerno? –le preguntó la fuente.

–Porque mientras la hormiga ha ido a misa, Ratón Pérez se ha caído en la olla, la hormiga pena y llora, el pájaro se ha cortado el ala, el árbol se ha cortado una rama y yo me he cortado un cuerno.

–¡Pues yo me seco!

A todo esto llega la vieja con su cántaro a la fuente y le pregunta:

–Fuente, ¿por qué te has secado?

–Pues porque mientras la hormiga ha ido a misa, Ratón Pérez se ha caído en la olla, la hormiga pena y llora, el pájaro se ha cortado el ala, el árbol se ha cortado una rama, el buey se ha cortado un cuerno y yo me he secado.

Llega la vieja a su casa y le dice el fuego:

–Vieja, ¿por qué has tardado tanto?

–Porque mientras la hormiga ha ido a misa, Ratón Pérez se ha caído en la olla, la hormiga pena y llora, el pájaro se ha cortado el ala, el árbol se ha cortado una rama, el buey se ha cortado un cuerno, la fuente se ha secado ¡y yo siento el culo en tus brasas!

Y colorín colorao,
este cuento es regalao.

El peral de la tía Miseria

(valenciano)

La tía Miseria era una mujer vieja, muy muy vieja. Pero ella no quería morir. Por eso, después de pensárselo muy bien, se fue a ver al Señor para pedirle un favor.

—¿Qué quieres? —le preguntó el Señor cuando la vio delante de él.

—Mira, Señor, es que tengo un peral en el corral, que es lo único que tengo, y lo cuido mucho. Pero todos los chicos vienen y me cogen las peras y me dejan sin ninguna a mí, que tanto trabajo me da. Por eso, yo querría que todo el que se suba a él no se pueda bajar en castigo por su glotonería y mala fe.

Al Señor, que la vio tan vieja y tan inofensiva, le dio lástima.

—Está bien, eres muy vieja y poco mal o ninguno le puedes hacer a nadie. Así que te concedo lo que me pides. No bajará nadie que se suba a tu peral a menos que tú lo bajes.

La tía Miseria se volvió a su casa.

Entretanto en el infierno, el demonio, que estaba viendo quién le faltaba, le dijo a la Muerte:

—Escucha, ya es hora de que vayas a buscar a la tía Miseria, que ya ha vivido bastantes años y ha llegado la hora de que se venga al infierno con nosotros.

En esto que llega la Muerte a casa de la tía Miseria y le dice:

—Ale, prepárate para venirme con nosotros, que ya es hora. Eres demasiado vieja y te toca.

La tía Miseria, mostrándose afligida, le respondió:

—Si es ése mi destino, me iré contigo. Pero, para el viaje, quisiera llevarme unas peras por si me entra el hambre. ¿Te importa subirme a ese peral para cogerme un puñado de peras? Las compartiré contigo.

—Eso está hecho. Seguro que a mí también me apetecen cuando nos hayamos puesto en camino.

En fin, que la Muerte sube al peral y se pone a coger peras. Pero, cuando intenta bajar, siente como si una fuerza invisible le impidiese poner los pies en el suelo.

—¿Cómo te he engañado!, ¿eh? ¿Creías que podrías llevarme contigo? ¡Pues no! Solamente hay una manera de bajar de ahí, y es que yo suba a por ti. Pero eso no lo pienso hacer, que no soy tan boba.

Y allí se quedó encima del peral la Muerte, un día y otro y otro más. En el mundo, como ahora la Muerte no trabajaba, no se moría nadie y ya no cabían de tanta gente como había. Los obreros se caían de los andamios y no se hacían nada. Los marineros naufragaban, pero no se ahogaban. Los viejos se hacían más viejos y se enfermaban pero no se morían. Pasaba el tiempo y la tía Miseria seguía allí, porque la Muerte no se la podía llevar. Aunque cada vez estaba más vieja, más arrugada y más cansada.

En el infierno, el demonio estaba muy extrañado de que la Muerte no le llevara a nadie. Así que decidió averiguar qué estaba pasando y se dirigió, naturalmente, a casa de la tía Miseria, que era el último lugar adonde había enviado a la Muerte. Hay que decir que al diablo le costó mucho llegar porque había gente y animales por todas partes, como si todos los días fuesen domingo y hubiese feria. Finalmente, consiguió llegar a casa de la tía Miseria y allí en el corral se encontró a la Muerte subida al peral.

—Pero ¿qué haces tú ahí arriba?

—Pues ya ves, resulta que vine a llevarme a la tía Miseria y ésta me mandó que me subiera al peral para recoger unas cuantas peras para el viaje, y aquí arriba que me quedé.

—¡Baja de ahí arriba ahora mismo! —le gritaba el demonio, que no se lo acababa de creer.

—¿Qué más quisiera yo! Es que sólo podré bajar si la tía Miseria sube a buscarme...

En esto, salió la tía Miseria al corral, y el demonio se le puso delante y le pidió:

—Tía Miseria, le pido por favor que deje bajar a la Muerte del peral.

—No, que me lleva con ella.

—Créame, señora, que ella se vendrá conmigo sola.

La tía Miseria no quería que la engañaran:

—Sólo subiré a por ella si me promete que no me moriré nunca, que la Muerte nunca vendrá a buscarme.

El demonio y la Muerte estuvieron un rato discutiendo y finalmente decidieron aceptar la propuesta:

—De acuerdo —dijo el demonio—. Se lo prometemos, tía Miseria. Usted se quedará para siempre aquí en la tierra, pero tiene que bajar a la Muerte del peral. Al fin y al cabo, con el genio que tiene, seguro que no la querrían ni en el infierno. ¡A buena pieza me iba a llevar yo!

Una vez conseguida la promesa del demonio y la Muerte, la tía Miseria accedió a lo que le pedían: bajó del peral a la Muerte, que se fue de allí corriendo con el demonio.

Y cuentan que es por esta razón por la que siempre ha habido Miseria en el mundo, aunque no sabemos si algún día la Miseria, cansada de tanto vivir, será ella quien busque a la Muerte.

8

Juan el Oso

(valenciano)

Esto era un chico al que llamaban Juan. Era tan pobre que en su casa no tenían nada que comer. Un día le dijo a su madre que se iba por ahí, a la ventura, a buscarse la vida. Y aunque su madre insistió e insistió en que se quedara, porque tenía miedo de que no volviera, él ya lo había decidido y no hubo forma de que cambiara de idea.

El chico era tan fuerte y tan valiente que todos le llamaban «Juan el Oso». Antes de irse, se hizo una enorme garrota para enfrentarse a cualquier peligro que se le presentara. Y para hacer tal garrota tuvieron que ayudarle todos sus amigos. Cogieron todas las rejas de las ventanas que había en la calle, las fundieron y con esto hicieron una garrota de hierro gigantesca. Pero Juan el Oso la levantó sólo con su dedo meñique y la lanzó por encima de los tejados. Como esta garrota resultaba pequeña para él, decidió coger el hierro de todos los balcones para hacer una garrota aún más grande y pesada.

Y Juan el Oso se fue de su casa contento y sin miedo porque tenía con qué defenderse. Por el camino se encontró con un hombre grande y fuerte que de un tirón arrancaba un pino, y por ello le llamaban «Arrancapinos». Juan le preguntó:

—¿Ganas mucho dinero con tu trabajo? Porque no parece una tarea fácil.

—Una miseria. Cuatro perras me dan por todo el trabajo que tengo que hacer. Pero, cuando no hay trabajo, no se puede elegir —le contestó el hombre con tristeza.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Seguro que encontramos una vida mejor.

El hombre aceptó encantado. Cogió un poco de ropa y se fueron. Ya eran dos.

Más adelante se encontraron con otro. Era un hombre corpulento, con más fuerza que un buey, que se sentaba encima de un monte y lo aplanaba, y por ello le llamaban «Allanamontes». Como también ganaba poco y no tenía familia, le propusieron que los acompañara. El hombre aceptó con la esperanza de encontrar un futuro mejor. Ya eran tres.

Más adelante se encontraron con otro más fuerte que nadie. Le llamaban «Arrancamoles» porque de un tirón arrancaba una mole de lo que fuera. También decidió irse con ellos porque no le iban muy bien las cosas. Ya eran cuatro.

A medianoche llegaron a un pueblo y encontraron a una viejecita a la que preguntaron:

—Escuche, ¿no sabrá de algún lugar para pasar la noche?

La mujer les contó:

—Aquí es difícil encontrar una pensión o un hostel donde hospedar a los viajeros. Hay una casa abandonada a las afueras del pueblo, pero nadie quiere pasar la noche allí porque la gente tiene miedo, y es que está llena de fantasmas. Aunque ustedes parecen fuertes y valientes, y quizá no tengan miedo.

Ellos, como no creían que existiesen los fantasmas, fueron a la casa. Era una casa vieja y parecía deshabitada desde hacía muchos años. Arreglaron un poco una habitación y se acostaron tranquilamente. Por la mañana acordaron que uno se quedaría haciendo la paella mientras los otros se iban a cazar. Se quedó Arrancapinos. Cuando ya tenía la paella casi hecha, oyó una voz misteriosa que venía de arriba y decía:

—¡Enciéndeme la pipa o te tiro un gargajo!

Y entonces, desde la chimenea, cayó un escupitajo dentro de la paella. Arrancapinos no dijo nada a los otros, pero ese día él no comió paella. Al día siguiente se quedó otro, Allanamontes. Ocurrió lo mismo que el día anterior: cuando la paella estaba casi lista, oyó:

—¡Enciéndeme la pipa o te tiro un gargajo!

Y desde la chimenea, cayó un escupitajo. Y tampoco dijo nada a los otros ni comió. El tercer día pasó lo

mismo con Arrancamoles. Pero el cuarto día se quedó Juan el Oso con la garrota detrás de la puerta. Así que cuando oyó «¡Enciéndeme la pipa o te tiro un gargajo!», cogió la tapa de la paella y la tapó para que no cayera nada dentro. Después agarró la garrota y subió escaleras arriba. Entró en la habitación y descubrió que estaba llena de fantasmas. Juan el Oso comenzó a dar garrotazos por todas partes y acabó así con casi todos. Pero uno, al que no le había dado bien con la garrota, todavía bajó por la chimenea y le atacó. Él se dio la vuelta y de un empujón acabó con el fantasma fácilmente. Cuando los otros llegaron de cazar, la paella estaba hecha, pero ninguno quería comérsela porque creían que le había caído dentro un escupitajo como los días anteriores. Juan el Oso comenzó a comer tranquilamente y les dijo:

—¿Qué? ¿No coméis? Pues debéis saber que yo he sido más listo que vosotros porque le he puesto la tapadera a la paella y no le ha caído nada dentro. Y más valiente, porque a garrotazos he acabado con todos los fantasmas.

Y entonces, entre los cuatro se comieron la paella y al día siguiente siguieron camino en busca de más aventuras.

Cuento contado,
cuento acabado.

El burro, el perro, el gato y el gallo

(valenciano)

Pues, señores, esto era una masía muy grande donde había muchos animales, tanto de piel como de pluma, y entre ellos había un burro que vivía allí desde hacía tanto tiempo que era muy querido por sus amos. Pero los años pasaron como el humo y el pobre animal se hizo tan viejo que ya no le quedaban fuerzas para trabajar.

Un día sus amos comentaron delante de él:

–Este burro es demasiado viejo y ya no podrá trabajar –dijo el hombre.

–¿Sabes qué podríamos hacer? –le respondió la mujer–, vendérselo al matadero y que nos den la piel, algún beneficio sacariamos de él.

–Mujer, tienes razón. Mañana mismo lo venderemos.

El burro, que lo entendía todo porque en aquel tiempo los animales eran como las personas, se dijo: «¿Cómo puede ser esto? Con razón dicen que de desagradecidos está el infierno lleno. Ellos, bien servidos; y yo, mal pagado. Pero no dejaré que se salgan con la suya. Mañana por la mañana me iré yo solo a buscar un lugar donde pueda vivir mis últimos años».

Y al día siguiente, de buena mañana, antes de que los campesinos se levantaran, el burro mordió la cuerda que lo ataba y, un poco triste, sin decir ni adiós, se fue a la ventura.

Y, poco a poco, echó a andar por un camino polvoriento y llegó a otra masía donde escuchó los ladridos de un perro muy grande.

–Guau, guau, guau.

El burro le saludó con cortesía:

–Buenos días, perro.

–Buenos días, burro. Pues sí que has madrugado esta mañana.

–Sí, ya lo creo. Es que escuché una conversación de mis amos en la que decían que querían venderme al matadero porque soy viejo, y sin pensármelo dos veces me he escapado. ¿Y tú por qué ladrabas?

–Por algo parecido. Yo también me he hecho viejo, ya no puedo cazar y mis amos quieren deshacerse de mí. ¡Qué mala es la vejez!

–Pues vente conmigo y entre los dos buscaremos un lugar donde vivir.

Y los dos muy contentos, como buenos compañeros unidos por una desgracia común, se fueron tranquilamente por aquel camino sin saber adónde irían a parar pero con la idea de alejarse cuanto les fuera posible de aquellos amos ingratos que tenían.

Y camina que te caminarás, llegaron a otra masía donde todavía todos dormían. Todos excepto el gato, un gato negro de ojos verdes y brillantes que maullaba muy afligido.

–Miau, miau, miarramiaiu.

El burro y el perro se acercaron hasta él y le dijeron:

–Buenos días, gato, ¡qué triste estás!

–Buenos días, burro; buenos días, perro. ¿Adónde vais tan de mañana?

–Los dos huimos –explicó el burro– porque nuestros amos querían matarnos. A mí porque no podía trabajar y a él porque no podía cazar. ¿Y tú? ¿Por qué te quejas de esa manera?

–Porque estoy triste. Después de vivir tantos años en esta casa y mantenerla limpia de ratones, ahora que soy viejo y ya no tengo fuerzas para cazar ratones, mis amos no me dan de comer porque quieren que me vaya. Cada día que pasa pierdo agilidad y juventud y se me caen los dientes.

–Pues vente con nosotros –le propuso el burro.

El gato aceptó sin pensárselo y allá que se fueron los tres amigos, a buscar algún lugar donde poder vivir sin el miedo de que sus amos los traicionaran. Poco a poco llegaron a una finca muy grande donde oyeron el canto agudo y sonoro de un gallo.

–Kikirikí, la Navidad ya está aquí.

Los tres amigos se quedaron muy sorprendidos de ver las ganas con las que cantaba, y la alegría, pensaban ellos, que manifestaba aquel gallo por llegar a las fiestas de Navidad. Como siempre, el burro tomó la palabra:

–Buenos días, gallo, qué cantarín estás. Bien se ve que no tienes penas.

–¿Que no las tengo? ¿Quién lo ha dicho? Se acerca la Navidad y mis amos están pensando en comerme –dijo el gallo todo encendido.

–Nosotros nos hemos escapado porque yo no puedo trabajar, el perro no puede cazar y el gato no puede atrapar ratones. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Muy contento con aquella proposición, el gallo se unió al grupo y los cuatro se fueron a la buena de Dios por aquel camino que parecía no tener final.

Pasaron las horas y, como era invierno y los días eran más cortos, comenzó a hacerse de noche. Entonces apareció el primer problema:

–Amigos, ¿es que no tenéis hambre? –preguntó el burro.

–Ya lo creo que tenemos. ¡Si en todo el día no hemos comido ni un bocado! –respondió el perro.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó el gato.

–¿Dónde pasaremos la noche con el frío que hace? –decía el gallo muy preocupado.

En esto, cuando menos se lo esperaban, vieron una casa muy vieja medio oculta entre unos árboles grandísimos. Tenía un aspecto muy misterioso. Despacio, muy despacio, los cuatro animales se acercaron a la casa para mirar dentro a través de la ventana. Pero fue imposible: la puerta y las contraventanas estaban cerradas. Por el ojo de la cerradura y por una ventana que había muy alta salía una luz dorada que sin duda era el fuego de la chimenea. Todo era muy extraño y el burro, para que vean que los burros no son tan ignorantes como se piensa, propuso prudentemente:

–Amigos, en esta casa hay alguien que se esconde. Tenemos que averiguar quién es, así que entre los cuatro haremos una torre para poder mirar por aquella ventana. Como yo soy el más grande, me pondré debajo; el perro puede subirse encima de mí; el gato, sobre el perro, y encima de todos, el gallo.

Así hicieron, y cuando el gallo miró por la ventana les dijo a sus compañeros:

–Veo una mesa muy bien puesta, y sentados a ella cuatro hombres con muy mala pinta que deben de ser ladrones.

Entonces, cuando todos estuvieron abajo, el burro expuso su plan:

–Escuchad, haremos una orquesta y en cuanto yo lo diga, hala, nos ponemos todos a cantar.

Se pusieron delante de la puerta y de pronto, todos a una, comenzaron a cantar.

–Kikirikí, kikirikí.

–Guau, guau, guau.

–Miau, miau, miarramiaiu.

–Ioo, ioo, ioo.

Hacían un ruido espantoso. Sin dejar de rebuznar, el burro daba coces tan fuertes en la puerta que hacía temblar la casa de arriba abajo. Los ladrones, que en realidad eran unos infelices ladrones de gallinas, tuvieron tanto miedo que salieron por una ventana a trompicones.

Los cuatro animales, muy contentos con su victoria, entraron en la casa y en un dos por tres se comieron todo lo que había sobre aquella mesa tan bien puesta. En cuanto acabaron de comer, los animales pensaron en dormir, porque en todo el día no habían hecho más que caminar y caminar y estaban rendidos. Cada uno se buscó el lugar que más le gustaba: el burro se acostó detrás de la puerta; el perro, debajo de la mesa; el gato, al lado de la chimenea, y el gallo en un palo que había por allí. Y al poco se quedaron dormidos como troncos.

Pero los ladrones, que habían dejado la casa muertos de miedo, comenzaron a pensar:

–Escuchad –dijo el que parecía que era el jefe–, no podemos huir así, corriendo, de la casa, porque van a decir de nosotros que somos unos cobardes. Uno de nosotros volverá a la casa y entrará, así podrá contarnos qué hay.

Ninguno quería ir. Todos tenían miedo. Por fin, lo echaron a suertes y le fue a tocar al más bajo de todos. El pobre ladrón no pudo negarse. Así que hizo de tripas corazón y se dirigió a la casa que creían encantada.

Llegó a la puerta, que estaba cerrada, y entró muy despacio. Todo estaba a oscuras, no había ninguna luz

encendida. Caminaba despacio, palpando las paredes. Se acercó a la chimenea y allí vio dos brasas. «Qué bien, todavía quedan brasas en el fuego, echaré un poco de paja para avivarlo y así tendré más luz», pensó.

Si el ladrón se hubiera fijado bien, habría visto que aquellas brasas eran de color verde. Eran los ojos del gato. El tontorrón del ladrón cogió un puñado de paja y se lo echó a los ojos al animal. Entonces el gato saltó sobre el hombre y le arañó toda la cara. El ladrón comenzó a correr por toda la casa buscando la puerta y, sin querer, le dio un puntapié al perro, que dormía debajo de la mesa. Entonces el perro, muy rabioso, le pegó un mordisco en la pierna y le rompió el pantalón. El pobre ladrón se moría de miedo y de dolor. Al fin encontró la puerta. Pero cuando pasó, el burro, que estaba allí durmiendo, le dio un par de coces y el hombre rodó por el suelo mientras el gallo, sobresaltado, hacía un sonoro kikirikí.

El ladrón salió de la casa y no corría..., volaba. Cuando llegó adonde estaban sus compañeros, les dijo:

—Ay, amigos, no penséis en volver nunca más a esa casa porque os puedo asegurar que está totalmente encantada. Primero, al entrar, una bruja se me ha echado encima y me ha arañado la cara. Después otra me ha mordido en la pierna y me ha roto el pantalón. Para acabar, una bruja o un fantasma con un palo me ha pegado dos estacazos y me ha roto una costilla. Y aún puedo dar gracias a Dios, porque había otra más que se quedó diciendo: «Traédmelo aquí, traédmelo aquí».

Y de esta manera los ladrones huyeron muy lejos y los cuatro animales se quedaron a vivir en aquella casa, felices y en paz.

El amigo de la muerte

(catalán)

Una vez había un hombre que siempre se esforzaba en ser justo. No codiciaba nada que no fuese suyo, y obraba tal como su conciencia le dictaba, sin mirar si perjudicaba al rico y ayudaba al pobre, ni si hacía mal al poderoso y beneficiaba al desvalido. Siempre de todos y de todo decía lo que pensaba, con la mayor justicia, según su criterio.

Y he aquí que este hombre tuvo un hijo y quiso que fuese tan justo como él. Y se puso a pensar cómo podría hacer para que su hijo tuviese el mismo sentido de la justicia que él y le diese a cada uno lo suyo y llamase al pan, pan y al vino, vino. No hacía más que preguntar a unos y a otros qué tenía que hacer para que su hijo fuese como él, y uno le decía una cosa, y otro le decía otra, hasta que encontró a un hombre muy viejo, pero muy sabio, que le dijo que los hijos se parecen a sus padrinos y que, si quería que su hijo fuese justo, tendría que buscarle un padrino que fuese justo.

Las palabras del anciano convencieron al padre, que decidió recorrer el mundo buscando un hombre justo como padrino para su hijo. Y camina que te caminarás, un día se encontró en medio de un bosque al diablo, que, sabiendo que el hombre buscaba un padrino, pensó que había llegado el momento de tener un ahijado y le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A buscar un padrino justo para mi hijo.

—Si tú quieres, yo puedo ser el padrino de tu hijo. Seguro que no encontrarás a nadie más justo que yo.

—¿Y quién es usted si se puede saber?

—El diablo.

—¡Ande, ande, váyase de aquí! Usted, que está siempre tentando a la gente para que peque, ¿se cree justo? Usted no puede ser el padrino de mi hijo.

Y el padre continuó su camino buscando un padrino. Camina que te caminarás, se encontró con un anciano totalmente calvo y tembloroso que le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A buscar un padrino justo para mi hijo.

—Si tú quieres, yo puedo ser el padrino de tu hijo. Seguro que no encontrarás a nadie más justo que yo.

—¿Y quién es usted si se puede saber?

—San Pedro.

—Usted, que es el portero del cielo, ¿se cree justo? Usted, que cuando llega un alma todo es ponerle inconvenientes y trabas antes de dejarla entrar, y por cosas sin importancia envía tranquilamente a la gente al infierno, ¿se atreve a decir que es justo? Usted no puede ser el padrino de mi hijo.

Y sin una palabra más, allí lo dejó, plantado, y siguió su camino. Y camina que te caminarás, se encontró con otro hombre con la barba rubia y con cara de buena persona. Como por el camino no iba nadie y hacía mucho rato que caminaban solos, se pararon y se pusieron a charlar:

—¿Adónde vas?

—A buscar un padrino justo para mi hijo.

—Si tú quieres, yo puedo ser el padrino de tu hijo. Seguro que no encontrarás a nadie más justo que yo.

—¿Y quién es usted si se puede saber?

—Jesús.

—¿Usted se cree justo? Usted que a unos les da tantas riquezas que no saben qué hacer con ellas y despilfarran

y tiran el dinero, y a otros los hace tan pobres que nunca se pueden dar un capricho. A unos les da salud de sobra, y a otros los hace enfermizos y jamás tienen ni un poco de salud. A unos los hace sabios y los dota de una gran inteligencia, mientras que a otros los hace tan tontos que ni las cosas sencillas alcanzan a entender. Usted crea a los locos, a los tullidos, a los asesinos. Usted permite las enfermedades, las pestes y las guerras. Tanto le cuesta hacer el bien como el mal y, aunque en su mano está evitar las desgracias, los males y las desventuras, no lo hace. Usted no puede ser el padrino de mi hijo.

Y sin una palabra más, allí dejó a Jesús, plantado en medio del camino.

Ya comenzaba a estar cansado de tanto caminar por valles y montañas buscando un padrino para su hijo sin encontrarlo, y ya pensaba que no lo encontraría, cuando vio pasar por el camino a una especie de fantasma con la cara sin nada de carne encima de los huesos, medio envuelta en una sábana y con una guadaña al hombro.

—¿Y quién es usted?

—La Muerte. ¿Y tú quién eres?

—Un padre que va por el mundo buscando un padrino justo.

—No creo que puedas encontrar una madrina más justa que yo. Yo trato igual a ricos que a pobres, a sabios que a tontos, a jóvenes que a viejos, a reyes que a mendigos. Cuando les llega la hora, a todos me los llevo sin contemplaciones ni preferencias.

—Yo no creo que usted sea tan justa como dice, pues a veces se lleva a quien hace falta para sacar adelante a su familia y deja a todos sus hijos en la miseria, y, sin embargo, no se lleva a viejos enfermos que preferirían dejar de sufrir e irse con usted. Pero, de todos los que hasta ahora he encontrado, reconozco que usted es la más justa. Usted será la madrina de mi hijo.

Y celebraron un bautizo por todo lo alto. La Muerte quiso quedar bien y no escatimó gastos, celebró un gran banquete donde se tiraron confites a carretadas. La Muerte estaba muy contenta de ser madrina porque nunca nadie la había tratado con cariño; siempre huían todos de su lado, pero ahora, que veía que la gente la trataba con respeto porque era la madrina, estaba encantada.

Acabada la fiesta, la Muerte le dijo al hombre justo:

—Compadre, me tengo que ir, pues tengo muchas obligaciones que he descuidado con el bautizo. Estoy muy contenta por lo bien que me habéis tratado y os prometo que, cada poco, vendré a ver cómo sigue mi ahijado. Cumpliré con mis obligaciones de madrina: le pagaré los primeros zapatos que calce, la palma del día de Ramos y, cada año, le traeré la mona más grande de la confitería, y a menudo lo vendré a ver porque, aunque sea la Muerte, tan maldita y tan aborrecida, también a mí me gustará oír cómo me llama «madrina».

Dicho esto, se marchó a seguir con su trabajo: a llevar disgustos y malos ratos a las casas. De vez en cuando iba a ver cómo crecía su ahijado, y le acariciaba con sus dedos largos y secos que crujían cuando los movía. Pero el niño nunca lloraba porque ya estaba acostumbrado, sino que reía y a la Muerte se le caía la baba con su ahijado. De tanto visitar a su ahijado, la Muerte se hizo amiga del padre y un día le dijo:

—Es una pena que sigas siendo tan pobre, porque a mí me gustaría que mi ahijado tuviese de todo. Mira, hazte médico. No hace falta que sepas nada de las enfermedades. Cuando te llamen para que visites a un enfermo, si no me ves a los pies de la cama, es señal de que el enfermo no se va a morir, así que le darás una infusión de unas hierbas que yo te proporcionaré y el enfermo, tenga la enfermedad que tenga, se curará. Si el enfermo tiene una enfermedad mortal, entonces nada conseguirá evitarle lo que le espera. En ese caso, me verás a los pies de la cama y con los dedos de mi mano derecha señalaré los días de vida que le queden al pobre enfermo.

Y, dicho y hecho, aquel padre se hizo médico. Como nunca se equivocaba en los diagnósticos que daba, lo llamaban de todas partes y, en poco tiempo, consiguió una gran fortuna y mucha fama.

Hete aquí que un día lo llamaron para que visitase al rey, que estaba muy enfermo, y le ofrecían tres sacos llenos de monedas de oro si lo curaba. Pero cuando llegó junto al lecho del rey, vio a la Muerte a los pies de la cama que le mostraba tres dedos de su mano indicando que al rey sólo le quedaban tres días de vida. El médico comprendió lo que quería decirle, pero los tres sacos llenos de monedas de oro lo tentaban, así que recetó al enfermo la infusión de hierbas que le diera la Muerte y el rey se curó, pues la infusión de hierbas era un remedio maravilloso y siempre curaba al enfermo, aunque tuviese una enfermedad mortal.

Cuando la Muerte lo vio, se enfadó muchísimo y juró que le haría pagar cara la traición. Pero el médico se disculpó diciéndole que no la había visto. La Muerte se dio cuenta de que la avaricia se había apoderado del corazón del médico, y al cabo de unos cuantos días fue a visitarlo y le dijo:

—Hace mucho que nos conocemos y siempre vengo yo a verte a tu casa, pero tú nunca has venido a la mía.

Te invito a que te vengas ahora conmigo, si te apetece.

El médico sintió curiosidad por ver la casa de la Muerte y, sobre todo, por saber dónde estaba y cómo vivía, y en seguida aceptó la invitación. Empezó el camino a través de bosques y montañas, por caminos y senderos, subidas y bajadas, ríos y riberas, costas y rocas, siempre por lugares por donde era muy fácil perderse y muy difíciles de recordar y de transitar, y el médico no paraba de decir:

—Este camino es muy intrincado, no sé si podré encontrar el camino de vuelta.

Y la Muerte siempre le contestaba:

—No te preocupes por la vuelta.

Por fin llegaron a la casa de la Muerte: un palacio inmensamente grande, tanto que la vista no bastaba para abarcarlo todo. Entraron y encontraron salas y más salas, tan grandes que la vista se perdía en ellas. El médico pensaba ver la cama y la mesa donde la Muerte dormía y comía y todas las otras cosas que suele haber en las casas, pero no encontró nada de eso. Sólo había lámparas y lámparas encendidas que daban una claridad fúnebre, triste, siniestra. Y la Muerte caminaba en medio de aquel inmenso océano de lámparas, sin equivocarse de camino ni tirarlas, sin siquiera rozarlas. Todas eran iguales, aunque había algunas llenas de aceite que daban mucha luz y otras casi sin aceite, medio apagadas, mortecinas. El médico sintió curiosidad y le preguntó a la Muerte qué eran todas aquellas lámparas, y ésta le respondió:

—Aquí hay tantas lámparas como personas hay en el mundo. Cada lámpara corresponde a una persona; mientras la lámpara arde, la persona está viva. Si la lámpara arde bien y da una luz clara, la persona está sana. Pero si la llama parpadea y la luz que da es mortecina, la persona está enferma. Mientras dura el aceite de la lámpara y, por tanto, la lámpara arde, la persona vive. Pero en cuanto el aceite se acaba, entonces muere la persona a la que pertenecía la lámpara.

El médico se quedó asombrado y sintió curiosidad por ver la cantidad de aceite de las lámparas que encontraba a su paso. Cuando encontraba una muy llena, decía:

—A ésta sí que le quedan años de vida.

Y cuando encontraba otra casi vacía, no podía dejar de decir:

—Esta pobre sí que la ha hecho buena.

Cuando encontró una tan llena que casi rebosaba el aceite, en seguida le preguntó a la Muerte:

—¿De quién es esta lámpara tan llena?

Y la Muerte le contestó:

—Ésta es la de tu hijo.

—Tiene una larga vida por delante.

Mas al lado de ésta vio una lámpara casi sin una gota de aceite y, con tono burlón, le dijo a la Muerte:

—Ésta estará pronto llamando a las puertas del cielo.

Y la Muerte le contestó:

—Pues mírala bien porque es la tuya.

—Pero... ahora que soy rico y puedo vivir bien, no puedo morir. Además tengo que educar a mi hijo para que sea muy justo. Anda, quita un poco de aceite de cualquier otra lámpara, de cualquiera de esas que están tan llenas, quita un poco de la de mi hijo, que le va a dar lo mismo vivir un poco menos con tanta vida como le queda.

La Muerte le contestó:

—¿A ti te parece justo eso que me pides: acortar la vida de tu hijo para alargar la tuya? Recuerda que me escogiste como madrina porque era la más justa.

Y mientras esto decía, se acabó el aceite de la lámpara y el médico cayó muerto.

¿Por qué el agua del mar es salada?

(catalán)

Había una vez dos hermanos: uno rico y muy avaro, y otro muy pobre pero generoso y caritativo. Muchas veces el pobre había ido a pedir ayuda a su hermano rico, pero éste siempre lo echaba de malas maneras y nunca jamás lo ayudaba en nada. Un día que estaba desesperado porque hacía más de ocho días que no había comido nada, el pobre se fue a llamar a la puerta del rico y éste lo echó de peores maneras que nunca, diciéndole que, si tenía hambre, se fuese a comer piedras. El pobre, desesperado, decidió tirarse al mar para que acabaran sus desgracias. Se subió a lo alto de unas rocas que había en la playa dispuesto a lanzarse desde allí para estar más seguro de ahogarse. Pero hete aquí que, cuando se iba a tirar, apareció una viejecita que le detuvo y le dijo:

—¿Qué vas a hacer, desgraciado? ¿No ves que te vas a matar?

—Precisamente eso es lo que yo querría. Estoy desesperado y sólo la muerte puede sacarme de la penuria que me angustia.

—No te desanimes, que todo en el mundo tiene remedio. Mira, yo te protegeré. Te daré un molinillo al que no tendrás más que decir: «Molinillo, muele», y te dará todo lo que hayas deseado con tu pensamiento. Cuando ya tengas bastante, no tendrás más que decir: «Molinillo, deja de moler».

Y dicho esto, la vieja se sacó un molinillo de debajo de las faldas, se lo dio al hombre pobre y desapareció.

El buen hombre se puso a pensar: «Cómo me gustaría vivir en una casa espaciosa y con todo lo necesario: con un huerto bien lleno de árboles frutales, que fuese muy cómoda y donde se estuviese a gusto». Y en cuanto acabó de pensar esto, dijo:

—Molinillo, muele.

Y en ese momento se encontró delante de una casa enorme. Entró y la encontró llena de ricos manjares y buenos vestidos. Ya podía llenar la tripa y vestirse como los ricos. Nadie en el pueblo sabía explicar toda aquella riqueza obtenida de la noche a la mañana y cada cual lo atribuía a una cosa distinta. El que más intrigado estaba era su hermano, que se sentía corroído por el gusano de la envidia. Así que fue a visitarle para preguntarle cómo había hecho para prosperar tanto en tan poco tiempo. Y el hermano bueno se lo contó. El hermano envidioso en seguida vio que, si conseguía aquel molinillo, podría multiplicar las riquezas que tenía, así que se lo pidió. Y el bueno se lo dejó. En cuanto el hermano envidioso supo cómo tenía que hacer para que funcionara, no quiso saber más y se fue corriendo a su casa, ansioso por conseguir más riquezas. Claro, se quedó sin saber qué tenía que hacer para que parara de moler.

Y pensando y pensando qué le pediría al molinillo, se dijo para sí: «Este año la cosecha ha sido mala y seguro que la paja estará cara, así que le pediré que muele paja». Y en ese momento dijo:

—Molinillo, muele.

En seguida comenzó a salir del molino paja y más paja y aún más paja, y más aún. Su casa se llenó de paja a rebosar, y él quería hacer parar al molinillo y no se cansaba de decirle:

—Molinillo, para, no muelas más paja, para, que ya hay bastante, para, no hagas más, te digo.

Pero el molinillo no paraba, seguía haciendo paja, tanta que llegó hasta la chimenea donde había un fuego encendido. En cuanto alcanzó las llamas, la paja se encendió y en poco rato prendió fuego a la casa, que se quemó. Sólo quedó de ella un montón de escombros. Todo se quemó en aquella casa, todo menos el molino. Desconsolado al verse arruinado, el mal hermano fue a devolver el molino. Pero el hermano bueno, que, a pesar de todo, quería a su hermano, le pidió al molino una casa como la que se había quemado. Y se la entregó a su hermano. Y a partir de entonces ambos se trataron con el afecto con el que deben tratarse los hermanos.

La fama del molino que molía lo que uno desease con sólo decir «Molinillo, muele» corrió por todo el pueblo,

y un capitán de barco que salía de viaje fue a pedirselo a los hermanos para enseñar aquel prodigio a las gentes de las tierras adonde iba a cargar sal. El hermano bueno no tuvo ningún inconveniente en dejárselo. Pero hete aquí que mientras navegaban por el mar un marinero le dijo al capitán:

—Señor, me parece que podríamos ahorrarnos el viaje. Dígale al molino que muele sal y así no tendremos que ir a buscarla.

—Tienes razón —dijo el capitán, y cogiendo el molino ordenó—: Molinillo, muele.

En ese momento el molinillo comenzó a moler sal y más y más sal, y se llenó el barco de sal, y el molinillo seguía moliendo más y más sal. Pero el capitán no sabía cómo pararlo: no sabía que, para que dejase de moler, sólo tenía que decirlo. Tanta molió que, del peso de tanta sal, se hundió el barco y todos acabaron en el fondo del mar. También el molinillo, que seguía moliendo y así seguirá hasta que el día menos pensado un pescador lo pesque y le diga:

—Molinillo, deja de moler.

Y es por esto por lo que el agua del mar, que hasta entonces era dulce como el agua que bebemos, ahora es salada, muy salada.

Y el que no quiera creer
esta historia verdadera,
ojalá la cabeza
se le vuelva de cera.

El gallo Perico

(catalán)

Había una vez dos gallos hermanos que vivían en un gallinero tan estrecho que no se podían mover, y tan bajo de techo que andaban siempre agachados y con la cresta hacia abajo. Un día uno de los dos gallos, el más despabilado, a quien llamaban Perico, le dijo a su hermano:

–Estoy cansado de vivir dentro de esta jaula tan estrecha que no podemos ni movernos. Mira, yo me voy por el mundo a buscar fortuna. Si tengo suerte, te lo haré saber. Pero si los negocios me van mal, no tendrás noticias mías.

Y hechos estos razonamientos y dichas estas palabras, el gallo Perico se fue del gallinero con toda la majestad y gallardía de un rey que se va a correr mundo. Y el viento le fue tan favorable que consiguió enamorar a la hija de un rey. Le pidió al padre su mano y acordaron el matrimonio. En cuanto estuvo fijado el día de la boda, el gallo Perico envió una carta a su hermano para invitarlo a la boda pidiéndole insistentemente que antes de salir se acicalase y que llegase bien limpio, y que si se encontraba cualquier cosa por el camino, aunque le apeteciera mucho, no se la comiera para no mancharse.

Cuando el hermano del gallo Perico recibió la carta, se sintió muy orgulloso pensando que sería el hermano del yerno del rey y el cuñado de la princesa. Se lavó, se acicaló y emprendió el viaje a la ciudad del rey para asistir a la boda de su hermano, el gallo Perico.

Y camina que te caminarás, al cabo de un rato encontró una boñiga de buey donde seguro que habría ricos gusanos que se podría comer, pero recordó lo mucho que le había insistido su hermano en que llegara limpio y pasó de largo. Y camina que te caminarás, más allá encontró otra boñiga aún más grande y seguro que con más gusanos que la primera, pero miró hacia otro lado y pasó de largo. Y camina que te caminarás, más adelante se encontró con otra boñiga muchísimo más grande que las dos anteriores y seguro que tendría más gusanos que las otras dos juntas, y como el gallo ya tenía hambre de tanto caminar, pudo más el hambre que los consejos del gallo Perico y, no pudiendo resistir más, metió el pico en la boñiga y se puso a comer los gusanos. Cuando estuvo hartito, se dio cuenta de que se había manchado el pico. Temiendo no poder ir a la boda así de sucio, corrió a buscar algo con lo que limpiarse el pico y encontró una acelga a la que le dijo:

–Acelga, acelguita,
¿podrías limpiarme el pico
para ir a la boda
de mi hermano Perico?

–Sí, pero tráeme estiércol.

–Y ¿quién me dará a mí el estiércol?

–El cerdo cerdete.

–Cerdo cerdete,

¿podrías darme estiércol
para dárselo a la acelga,
que me limpiará el pico
para ir a la boda de mi hermano Perico?

–Sí, pero tráeme bellotas.

–Y ¿quién me dará a mí las bellotas?

–El roble roblete.

–Roble roblete,
 ¿podrías darme bellotas
 para dárselas al cerdo,
 que me dará estiércol
 para dárselo a la acelga,
 que me limpiará el pico
 para ir a la boda de mi hermano Perico?
 –Sí, pero tráeme agua.
 –Y ¿quién me dará a mí el agua?
 –El río riete.
 –Río riete,
 ¿podrías darme agua
 para dársela al roble,
 que me dará bellotas
 para dárselas al cerdo,
 que me dará estiércol
 para dárselo a la acelga,
 que me limpiará el pico
 para ir a la boda de mi hermano Perico?
 –Sí, pero tráeme peces.
 –Y ¿quién me dará a mí los peces?
 –El mar marete.
 –Mar marete,
 ¿podrías darme peces
 para dárselos al río,
 que me dará agua
 para dársela al roble,
 que me dará bellotas
 para dárselas al cerdo,
 que me dará estiércol
 para dárselo a la acelga,
 que me limpiará el pico
 para ir a la boda de mi hermano Perico?
 –Sí, pero tráeme pan.
 –Y ¿quién me dará a mí el pan?
 –El horno hornete.
 –Horno hornete,
 ¿podrías darme pan
 para dárselo al mar,
 que me dará peces
 para dárselos al río,
 que me dará agua
 para dársela al roble,
 que me dará bellotas
 para dárselas al cerdo,
 que me dará estiércol
 para dárselo a la acelga,
 que me limpiará el pico
 para ir a la boda de mi hermano Perico?
 –Sí, pero tráeme harina.
 –Y ¿quién me dará a mí la harina?
 –El molino molinete.

–Molino molinete,
 ¿podrías darme harina
 para dársela al horno,
 que me dará pan
 para dárselo al mar,
 que me dará peces
 para dárselos al río,
 que me dará agua
 para dársela al roble,
 que me dará bellotas
 para dárselas al cerdo,
 que me dará estiércol
 para dárselo a la acelga,
 que me limpiará el pico
 para ir a la boda de mi hermano Perico?
 –Sí, pero tráeme viento.
 –Y ¿quién me dará a mí viento?
 –El viento ventoso.
 –Viento ventoso,
 ¿podrías soplar
 para mover el molino,
 que me dará la harina
 para dársela al horno,
 que me dará pan
 para dárselo al mar,
 que me dará peces
 para dárselos al río,
 que me dará agua
 para dársela al roble,
 que me dará bellotas
 para dárselas al cerdo,
 que me dará estiércol
 para dárselo a la acelga,
 que me limpiará el pico
 para ir a la boda de mi hermano Perico?
 –Párate un momento y aguanta firme,
 que soplaré.
 Y el viento sopló fuerte
 y movió el molino
 y el molino enharinó al horno
 y el horno empanó al mar
 y el mar *empezó* al río
 y el río aguló al roble
 y el roble embellotó al cerdo
 y el cerdo estercoló a la acelga
 y la acelga limpió el pico
 al gallo para que pudiese ir a la boda
 de su hermano Perico.

Y el gallo con el pico limpio como la plata, como había pasado tanto tiempo, pensó que iba a llegar tarde a la boda y se puso a correr, corre que te correrás, corre que te correrás, y llegó cuando ya había empezado el banquete. Pero hete aquí que, como había tantos invitados a la boda, se habían quedado sin comida.

Y en cuanto el rey
vio a aquel gallo gallico
tan limpio y tan aseado,
mandó que lo sirvieran asado,
sin saber que aquel gallo gallico
era hermano de su yerno Perico,
y kikirikí
el cuento acaba aquí,
y cocorocó
el cuento se acabó.

El señor de Biel Perxancy y la mujer de agua

(balear)

Biel Perxanc era un viejo solterón que estaba solo en su casa y vivía de sus bienes. Tenía unas huertas cerca de Pollença e iba muchos días para hacer los trabajos del campo y por la tarde volvía al pueblo a cenar y a dormir.

Un día, cuando volvió a su casa, vio que todas las tareas de la casa estaban hechas: los platos lavados, las jarras llenas de agua, la cama hecha, la casa barrida y, en el corral, los cochinitos tenían comida y bebida.

«Aquí está pasando algo raro», pensó Biel, «cuando me voy, me llevo la llave y nadie puede entrar en mi casa».

Y cada tarde, cuando llegaba, encontraba siempre todas las tareas acabadas.

«Tengo que saber quién me arregla la casa», se dijo él.

Un día, en vez de irse a los prados, se quedó en su casa sin decir nada a nadie, y se escondió para ver quién le hacía las tareas.

No hacía mucho tiempo que estaba escondido cuando oyó un ruido dentro del brocal del pozo, y al cabo de un rato vio a una mujer que salía de allí y se ponía a arreglar la casa.

—¿Así que eres tú quien cada día viene y me hace de criada?

—Sí —respondió ella.

—¿Y quién eres?

—Soy una mujer de agua.

—¡Una mujer de agua! Veo que también sabes ser ama de casa.

Ella no dijo nada y él, al poco tiempo, le volvió a decir:

—Pues ya que tú eres la mujer de esta casa, también podrías ser mi mujer. ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí —dijo ella—, pero ha de ser con la condición de que nunca me llames «mujer de agua».

—Entonces, casémonos, que eso es muy fácil de hacer.

Aquella mujer no volvió al pozo, se casaron y tuvieron dos hijos: un niño y una niña.

Un día del mes de febrero la mujer fue a las huertas, y en vez de quitar las malas hierbas de los sembrados, arrancó todas las flores y las habas. Al día siguiente, el hombre fue a la huerta y vio el destrozo que la mujer había hecho, y cuando volvió a su casa le preguntó por qué había arrancado las flores y las habas.

—Porque de todas formas iba a helar y la helada las habría quemado a todas —dijo ella.

Pero el hombre no comprendió esta razón, la regañó y la llamó «mujer de agua».

En cuanto ella oyó que la llamaba así, cogió un niño en cada brazo, volvió al pozo y no salió nunca más.

Tino el de la tinaja

(balear)

Había una vez un hombre que se llamaba Tino. Él, su mujer y sus siete hijos eran tan pobres que vivían dentro de una tinaja.

Un día pasó un hombre con un manojo de habas y un haba se le cayó dentro de la tinaja. Los hijos de Tino comenzaron a pelearse tratando de arrebatársela unos a otros. Tiraban tan fuerte de ella que se deshizo en mil pedazos y acabó tirada en la tierra.

El haba echó raíces y creció una mata de habas tan grande que casi llegaba hasta el Cielo.

Un día la mujer de Tino le dijo:

–Sube por esa mata de habas y vete al Cielo a preguntarle a Jesús si nos puede dar una cabaña, que aquí en esta tinaja estamos muy apretados.

–¡Qué buena idea! –dijo él, y subió por la mata poco a poco hasta que llegó a las puertas del Cielo y llamó: toc, toc.

–¿Quién es? –preguntó san Pedro.

–Tino el de la tinaja.

–¿Y qué quieres? –preguntó san Pedro.

–Una cabaña –dijo Tino–, porque mi mujer cree que estamos muy apretados en nuestra tinaja.

–Espera un poco –dijo san Pedro–, voy a ver qué dice Jesús.

San Pedro volvió en seguida con la respuesta:

–Se te concede lo que has pedido.

–Gracias a Dios –dijo Tino.

Cuando bajó, vio la cabaña que había pedido, y más contento que unas pascuas se mudó a la cabaña con su mujer y sus hijos.

Al cabo de un tiempo su mujer le dijo:

–Vuelve al Cielo y dile a Jesús que nos dé una casita, que en esta cabaña en la que no pueden vivir ni los cerdos, cómo vamos a vivir los cristianos.

Y Tino subió por la mata poco a poco hasta que llegó a las puertas del Cielo y llamó: toc, toc.

–¿Quién es? –preguntó san Pedro.

–Tino el de la tinaja –dijo él.

–Yo te conozco –dijo san Pedro–. ¿Y qué quieres esta vez?

–Una casita, porque la cabaña le parece poco a mi mujer –dijo Tino.

–Espera un poco –dijo san Pedro–, veamos qué dice Jesús.

Al poco vuelve san Pedro con la respuesta:

–Se te concede lo que has pedido.

–Gracias a Dios –dijo Tino.

Cuando bajó, vio la casita hecha de madera de nogal. Y allí se mudó con toda su prole, que no cabían en sí del contento.

Al cabo de un tiempo su mujer le dijo:

–Vuelve al Cielo que esta casa es muy pequeña y aquí no hay quien viva. Pide una casa grande con balcones y persianas, habitaciones espaciosas y buenos muebles.

Y Tino volvió a subir poco a poco hasta que llegó a las puertas del Cielo y llamó: toc, toc.

–¿Quién es? –preguntó san Pedro.

–Tino el de la tinaja –dijo él.

–¿Otra vez? –dijo san Pedro–. ¿Y qué quieres ahora?

–Una casa grande, con balcones y persianas, habitaciones espaciosas y muebles buenos –dijo Tino.

–¿No estás pidiendo demasiado? –dijo san Pedro–. Pero, está bien, voy a ver qué dice Jesús.

Y pronto volvió con la respuesta:

–Se te concede lo que has pedido.

–Gracias a Dios –dijo Tino.

Cuando bajó, encontró la casa que su mujer quería. Y allí se mudaron, dando saltos y bailando de alegría.

Al cabo de un tiempo, su mujer volvió a decir:

–Vuelve al Cielo y pide que te hagan doctor, a mí doctora, y a tus hijos, doctorcitos. Es verdad que ahora tenemos una casa bonita, pero aún no somos nadie.

Y Tino subió por la mata de habas y poco a poco llegó hasta las puertas del Cielo y llamó: toc, toc.

–¿Quién es? –preguntó san Pedro.

–Tino el de la tinaja –dijo él.

–No podías ser otro –dijo san Pedro–. ¿Y qué quieres?

–Mi mujer piensa que somos poca cosa y quiere que me haga doctor, a ella doctora, y a nuestros hijos doctorcitos.

–¡Nueve médicos en una casa! ¡Qué horror! –dijo san Pedro–. Pero, está bien, voy a ver qué me dice Jesús.

San Pedro volvió en seguida con la respuesta:

–Se te concede lo que has pedido.

–Gracias a Dios –exclamó Tino.

Cuando bajó, se hizo doctor, su mujer doctora y sus hijos doctorcitos.

La noticia se extendió por todas partes y pronto la gente comenzó a aglomerarse en la casa. Todos los enfermos acudían para ver a los doctores, hasta los tullidos iban para que los curasen. No había en esa casa un momento de calma.

La mujer de Tino se hartó de tanto trabajo y le dijo, muy resuelta, a su marido:

–Vete al Cielo y pide que nos den otro oficio. Ser doctor es importante, pero da mucho trabajo. Pide que te hagan alcalde, a mí alcaldesa, y a tus hijos alcalditos.

Y Tino no tuvo más remedio que subir por la mata de habas. Poco a poco llegó a las puertas del Cielo y llamó: toc, toc.

–¿Quién es? –preguntó san Pedro.

–Tino el de la tinaja –dijo él.

–¿Otra vez tú pidiendo?

–Es mi mujer, que cree que ser doctor es un trabajo muy pesado.

–Ella sí que es pesada –dijo san Pedro–. ¿Y cuál quiere ahora?

–Dice que me haga a mí alcalde, a ella alcaldesa, y a nuestros hijos, alcalditos –contestó Tino.

–¿Nada más? –dijo san Pedro–. Mira que, si Jesús no fuese quien es, ya os habría mandado a todos a la porra. Pero, está bien, iré a ver qué dice.

San Pedro volvió en seguida con la respuesta:

–Se te concede lo que has pedido. Ahora veremos si todavía vuelves lloriqueando a pedir más.

Cuando Tino bajó, se hizo alcalde, su mujer, alcaldesa, y sus hijos, alcalditos. Y venían concejales y empleados municipales y peones camineros, hala, todos a su casa, con peticiones y problemas, y les daban mucho trabajo. Deberíais haber visto al alcalde corriendo de un lado a otro, a la alcaldesa cacareando con todos y a los alcalditos comportándose como idiotas.

Un día la mujer de Tino, harta de tantos líos, le dijo:

–¡Esto no es vida! Si tenemos que trabajar tanto, más te valdría ser rey. Yo podría ser reina y tus hijos reyecitos. Anda, vete. Hoy te ocupas de ir al Cielo y pedirle a Jesús que nos haga reyes.

Y Tino le tenía tanto miedo a su mujer que subió por la mata de habas, poco a poco, hasta las puertas del Cielo y llamó: toc, toc.

–¡Qué te apuestas a que otra vez está aquí Tino el de la tinaja! –exclamó san Pedro.

–Ése soy yo –contestó el tonto de Tino.

–Eres el mismísimo diablo si insistes en volver –dijo san Pedro–. Veamos qué quieres ahora.

—Mi mujer... —dijo Tino.

—¿Qué le ocurre ahora? —dijo san Pedro—. ¿Ya está cansada de la alcaldía?

—Lo ha adivinado —dijo Tino—. Quiere que me haga rey, a ella reina, y a nuestros hijos reyecitos.

—No tiene mal gusto esa testaruda —dijo san Pedro—. Si no fuera porque Jesús es bueno, seguro que de ésta os mandaba a la porra.

San Pedro volvió en seguida con la respuesta.

—Se te concede lo que has pedido. Pero ten cuidado porque, por ser tan avaricioso, puedes acabar mal.

¿Y qué pasó? Pues que cuando Tino bajó se encontró vestido de rey, a su mujer, de reina, y a sus hijos, de reyecitos. Y comenzó el desfile real, y hubo salvas de artillería, y tropas y más tropas, y un mar de gente que les gritaba al pasar: «¡Viva, viva!».

Y fueron todos al palacio, y hubo fiestas, recepciones y banquetes. Aunque, como todo tiene su pero, pronto llegaron los trabajos y quebraderos de cabeza propios de su nueva condición, que superaban, sin comparación, los trabajos y quebraderos de cabeza de cualquier médico o alcalde. Y, me lo crean o no, pronto la reina no pudo aguantar más y exclamó:

—¡Qué desgracia ser reina o rey! ¡Quien no lo ha sido no sabe lo que es esto! ¡Pero si uno no puede ser ni dueño de sí mismo! ¡Cuánto trabajo para lo poco que pagan! Tino, vuelve al Cielo y que te hagan a ti Jesús, a mí, la Purísima, y a tus hijos, Jesusitos. Y acabaremos con esto de una vez.

Y Tino fue tan tonto que, sin quitarse los ropajes de rey, subió otra vez por la mata de habas y poco a poco llegó hasta las puertas del Cielo, y llamó: toc, toc.

—Debe de ser Tino el de la tinaja —exclamó san Pedro.

—Sí, el mismo —respondió el muy tonto.

—Si supieses llevar los pantalones tan bien como subes por esa mata de habas... —dijo san Pedro.

—Es que esa mujer —dijo Tino— dice que el oficio de rey da mucho trabajo para lo poco que pagan.

—Vaya —dijo san Pedro—, ¿es que ya no se acuerda de cuando vivíais en la tinaja?

—Bueno... —dijo Tino—, ¿qué puedo decir yo? Esta vez quiere que me haga...

—Vámonos, dilo. Oigamos qué quiere esa arpía que seáis.

Tino, bastante avergonzado, no sabía cómo seguir.

—Venga, dilo —dijo san Pedro de nuevo.

Y Tino, haciendo un esfuerzo supremo, acabó por decir:

—Bueno, ahora mi mujer quiere, para acabar con esto de una vez por todas, que me haga a mí Jesús, a ella, la Purísima, y a nuestros hijos, Jesusitos.

Cuando Jesús oyó aquella tontería, desde el lugar donde estaba sentado dijo:

—Pedro, ¿qué es este atrevimiento? ¡Cuanto más les doy, más quieren! Que vuelvan a la tinaja en seguida y que acabe ya todo este pedir y pedir.

—Vaya —dijo san Pedro—, ¿qué te parece? He aquí lo que has ganado, y mira que te lo avisé.

Tino bajó la cabeza y, con los ojos llorando como fuentes y con las alas de su corazón caídas, comenzó a bajar poco a poco por su mata de habas.

La reina y los reyecitos le esperaban abajo, pensando que habría conseguido lo que pedía como las otras veces. Figuraos lo chafados que se quedaron cuando Tino les dio la noticia.

En cuanto acabó de contarlos, los ropajes que llevaban desaparecieron y se encontraron vestidos con harapos, tal como vestían cuando vivían en la tinaja. Y a la tinaja tuvieron que volver como que dos y dos son cuatro, y aún estarán allí si es que no los han echado.

Así que todos los que nunca están satisfechos porque cuanto más tienen más quieren, aprendan de Tino el de la tinaja si quieren acabar su vida en paz.

La ratita

(balear)

Esto era una ratita que barría su calle y se encontró una moneda, y dijo:

–¿Qué puedo hacer con ella? ¿Qué puedo hacer con ella? ¿Compraré avellanitas? No, que tendré que tirar las cascaritas. ¿Compraré nuececitas? No, que tendré que tirar las cascaritas. ¿Compraré almendritas? No, que tendré que tirar las cascaritas. Me compraré una colecita y me haré una casita. Del tronco de la col haré las vigas, de las hojas más gruesas haré las paredes, de las hojas más pequeñas los tabiques, y de las hojas más finas me haré una camita y sabanitas.

Así lo hizo, y cuando tuvo la casa terminada salió al balcón. En eso que pasó un rebaño de corderos.

–Ratita, ¿te quieres casar conmigo? –dijeron muchos.

–Si cantáis bien.

–Beeee...

–Fuera, fuera, que hacéis temblar mi casita y a mí también.

Pasó una manada de pavos.

–Ratita, ¿te quieres casar conmigo?

–Si cantáis bien.

–Pío, pío, pío...

–Fuera, fuera, que hacéis temblar mi casita y a mí también.

Pasó una manada de gallos.

–Ratita, ¿te quieres casar conmigo?

–Si cantáis bien.

–Kikirikiííí, kikirikiííí...

–Fuera, fuera, que hacéis temblar mi casita y a mí también.

Pasó una manada de gatos grandes.

–Ratita, ¿te quieres casar conmigo?

–Si cantáis bien.

–Miau, miau, miau...

–Fuera, fuera, que hacéis temblar mi casita y a mí también.

Pasó una manada de gatos pequeños.

–Ratita, ¿te quieres casar conmigo? –dijo un gatito cojo.

–Si cantáis bien.

–Mieu, mieu, mieu...

–Adentro, adentro, que me alegráis la casita y a mí también.

Entraron los gatitos pequeños y la ratita se casó con el gatito cojo.

La cena de la boda le sentó mal y por la noche la ratita hizo sus necesidades en la cama.

Por la mañana, cuando se levantó, fue a lavar las sábanas a la pila pero no encontró agua. Cogió las sábanas y se fue a lavarlas a un estanque, pero se cayó dentro.

Cuando el gato fue al estanque, la encontró casi ahogada, y le dijo:

–Ratita, ¿quieres que te saque por una orejita?

–No, que me harás dañito.

–Ratita, ¿quieres que te saque por una piernecita?

–No, que me harás dañito.

–Ratita, ¿quieres que te saque por un piecito?

–No, que me harás dañito.

El gato la cogió por la colita y la sacó sin hacerle dañito. La ratita se puso debajo de un almendro para secarse. Era tiempo de almendras y una le cayó encima y le partió el morrito.

El gatito fue a una costurera y le dijo:

–Costurera, ¿quieres darme hilo para curar el morrito a mi ratita?

Y la costurera le dijo:

–Si me das cerdas para hacerme un cepillo.

Y el gato se fue a buscar un cerdo.

–Cerdo, ¿quieres darme cerdas, cerdas daré a la costurera, y la costurera me dará hilo para curar el morrito a mi ratita?

El cerdo le dijo:

–Si me das salvado.

Y se fue a buscar a un panadero.

–Panadero, ¿quieres darme salvado, salvado daré al cerdo, el cerdo me dará cerdas, cerdas daré a la costurera, y la costurera me dará hilo para curar el morrito a mi ratita?

Y el panadero dijo:

–Si me das harina.

Y se fue a buscar a un molinero.

–Molinero, ¿quieres darme harina, harina daré al panadero, el panadero me dará salvado, salvado daré al cerdo, el cerdo me dará cerdas, cerdas daré a la costurera, y la costurera me dará hilo para curar el morrito a mi ratita?

El molinero le dijo:

–Si me das trigo.

Y se fue a buscar un campo.

–Campo, ¿quieres darme trigo, trigo daré al molinero, el molinero me dará harina, harina daré al panadero, el panadero me dará salvado, salvado daré al cerdo, el cerdo me dará cerdas, cerdas daré a la costurera, y la costurera me dará hilo para curar el morrito a mi ratita?

Y dijo el campo:

–Si me das agua.

Y se fue a buscar un pozo.

–Pozo, ¿quieres darme agua, agua daré al campo, el campo me dará trigo, trigo daré al molinero, el molinero me dará harina, harina daré al panadero, el panadero me dará salvado, salvado daré al cerdo, el cerdo me dará cerdas, cerdas daré a la costurera, y la costurera me dará hilo para curar el morrito a mi ratita?

Y dijo el pozo:

–Si me das cuerda.

Y se fue a buscar a un espartero.

–Espartero, ¿quieres darme cuerda, cuerda daré al pozo, el pozo me dará agua, agua daré al campo, el campo me dará trigo, trigo daré al molinero, el molinero me dará harina, harina daré al panadero, el panadero me dará salvado, salvado daré al cerdo, el cerdo me dará cerdas, cerdas daré a la costurera, y la costurera me dará hilo para curar el morrito a mi ratita?

Y el espartero dijo:

–No, no te la voy a dar.

El gatito volvió con su ratita y le lamió el morrito para ver si así se curaba, y cuando probó la sangre y vio que estaba tan buena, le gustó tanto que se comió a la ratita.

Y desde entonces los gatitos se comen a las ratitas.

La sopa de piedra

(occitano)

Fue un soldado el que nos dio la receta de la sopa de piedra. El soldado volvía de la guerra y caminó durante muchos días y muchas noches, y cuando llegó a nuestro pueblo estaba agotado, consumido y hambriento. No podía más. Y el pobre desgraciado, cuando llegó aquí, llamó a la puerta de la mujer más tacaña de todo el país.

–¿Quién llama? –preguntó la vieja cuando el soldado tocó a su puerta.

–Soy yo, un honesto soldado que vuelve de la guerra, tengo hambre porque hace mucho que no como nada.

–Siga usted su camino que yo no tengo nada que darle.

–Un momento, escúcheme un momento... Yo no soy un mendigo, sino un honesto soldado que vuelve de la guerra, sólo le pido una olla, agua y fuego para preparar una sopa de piedra.

–Sopa de piedra –dijo la vieja–, sopa de piedra. Piedras hay por todas partes, sólo hay que agacharse y recogerlas.

Y la vieja entreabrió la puerta, el soldado metió el pie rápidamente y dijo:

–Escúcheme, vieja, sólo le pido una olla, agua y fuego para preparar una sopa de piedra. Ahora bien, si no tiene usted nada, si está en la miseria, en ese caso me iré a llamar a otra puerta.

–No, no, no –dijo la vieja–. Puede pasar.

Entonces el soldado recogió unas cuantas piedras de las que había delante de la puerta. Y la vieja le dio la olla y agua. El soldado puso las piedras dentro de la olla, la olla al fuego y después lo removió todo murmurando palabras extrañas.

Al cabo de un rato, probó la sopa y chasqueó la lengua.

–No está mal –dijo–, no está nada mal... Si embargo, si tuviese una pizca de sal, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos sal.

–Es cierto –dijo la vieja–, estoy en la miseria... Aunque, total, por un poco de sal...

Se fue a la despensa y volvió con el bote de la sal. El soldado cogió un pellizco de sal y lo echó dentro de la olla. Después removió la mezcla murmurando palabras extrañas. La vieja intentaba escuchar pero no entendía qué decía el soldado. Al cabo de un rato, éste volvió a probar la sopa y de nuevo chasqueó la lengua.

–Vaya, no está mal –dijo–, no está nada mal... Sin embargo, si tuviese una cebolla, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos cebolla.

–Es cierto –dijo la vieja–, estoy en la miseria... Aunque, total, por una cebolla...

Se fue a la despensa y volvió con una cebolla. El soldado cogió un cuchillo y picó la cebolla, luego la acercó al fuego para asarla un poco con la llama y la echó dentro de la olla, y otra vez volvió a murmurar palabras extrañas. Al cabo de un rato, probó de nuevo la sopa, chasqueó la lengua y dijo:

–No está mal, no está nada mal... Si embargo, si tuviese un puerro y una zanahoria, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos ni puerro ni zanahoria.

–Es cierto –dijo la vieja–, estoy en la miseria... Aunque, total, por un puerro y una zanahoria...

Se fue a la despensa y volvió con un puerro y una zanahoria. El soldado echó el puerro y la zanahoria a la olla, y después volvió a murmurar palabras extrañas.

En la cocina comenzaba a oler bien y la vieja empezaba a tener hambre. Al cabo de un momento, volvió el soldado a probar la sopa y a chasquear la lengua.

–No está mal –dijo–, no está nada mal... Sin embargo, si tuviese un rábano y una hoja de col, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos ni rábano ni hoja de col.

–Es cierto –dijo la vieja–, estoy en la miseria... Aunque, total, por un rábano y una hoja de col...

Se fue a la despensa y volvió con el rábano y la hoja de col. El soldado echó el rábano y la hoja de col a la olla y volvió a murmurar extrañas palabras. Al cabo de un momento, volvió a probar la sopa y a chasquear la lengua.

—No está mal —dijo—, no está nada mal... Sin embargo, si tuviese un poco de tocino, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, no le pondremos tocino.

—Es cierto —dijo la vieja—, estoy en la miseria... Aunque, total, por un trozo de tocino...

Se fue a la despensa y volvió con el tocino. El soldado cortó el trozo de tocino y lo echó a la olla y volvió a murmurar extrañas palabras.

Ahora sí que olía bien en aquella cocina. A la vieja le rugían las tripas del hambre. Al cabo de un momento, volvió el soldado a probar la sopa y a chasquear la lengua.

—Vieja, yo creo que está lista. Mire, si quiere, la invito a comer conmigo esta sopa de piedra tan rica.

Y el soldado cogió la olla, la puso sobre la mesa y después con el cazo cogió un poco de sopa y lo dejó caer de nuevo dentro de la olla.

—No está mal —dijo—, no está nada mal... Sin embargo, si tuviese dos platos, la cosa sería más fácil. Pero como usted está en la miseria y no tiene platos, comeremos sin platos.

—Es cierto —dijo la vieja—, estoy en la miseria... Aunque, total, por dos platos...

Se fue a la despensa y volvió con los dos platos. El soldado los puso sobre la mesa y después se puso a servir la sopa con el cazo. Pero antes de empezar, se detuvo y dijo:

—No estará mal, no estará nada mal... Sin embargo, si tuviésemos dos rebanadas de pan, estaría mucho mejor. Pero como usted está en la miseria y no tiene nada, comeremos sin pan.

—Es cierto —dijo la vieja—, es cierto.

Se fue a la despensa y volvió con el pan. El soldado cortó el pan, puso las rebanadas dentro de los platos y después sirvió la sopa encima con el cazo.

Y el soldado y la vieja, uno enfrente del otro, se comieron la sopa chasqueando la lengua.

—¿Qué le parece la sopa, vieja? —le preguntó el soldado.

—Es cierto —respondió la vieja—, no está mal, no está nada mal.

Y la vieja se fue a la despensa sin que el soldado le hubiera pedido nada y volvió con una botella, la puso sobre la mesa y dijo:

—Estará mucho mejor con un buen vino.

El soldado cogió la botella de vino, lo echó en el plato donde se habían comido la sopa, y la vieja y el soldado, uno enfrente del otro, bebieron el vino del plato chasqueando la lengua.

—¿Qué le ha parecido, vieja? —preguntó de nuevo el soldado.

—Me ha parecido —respondió la vieja— que la sopa estaba muy buena. Mire, estoy pensando que, si le apetece, puede quedarse aquí algún tiempo... Tengo mucha paja en el establo para hacer una buena cama, y allí se podría quedar. Pero con una condición: que todos los días me prepare una sopa de piedra.

Y cric cric,
mi cuento acaba aquí.
Y crac crac,
mi cuento acaba ya.

Cuerpo sin alma

(occitano)

Había una vez una viuda que tenía sólo un hijo de unos catorce años, llamado Juan. El chico habría sido guapo, de no ser porque estaba siempre tan sucio como un carbonero. Y siempre estaba solo. Ocurrió que un día llegó un peregrino y le dijo a la viuda:

—¿Por qué está siempre este chico tan sucio? ¿Y por qué no se va a ganar el pan y se hace un hombre?

Y apenas se hubo marchado el peregrino, Juan le dijo a su madre:

—Quiero ir a recorrer el mundo.

—Pero ¿cómo vas a irte por el mundo adelante? Cuando seas capaz de tirar el pino que hay detrás de la casa empujando con los pies, te irás.

Juan lo intentaba todas las mañanas, pero era en vano.

Al fin una buena mañana consiguió arrancar el árbol de cuajo. En seguida se presentó ante su madre, que le dijo:

—Ahora, hijo mío, puedes ir adonde quieras.

Se despidió de su madre y partió, y caminó, caminó y caminó hasta que después de muchos días llegó a una ciudad donde vivía el rey, y le contaron que el rey tenía un caballo muy hermoso que nadie podía domar. Juan hizo correr la voz de que él era tan fuerte que podía domar al caballo Roundelou, que así se llamaba el corcel. En seguida llegó a oídos del rey, que mandó que lo trajeran a palacio y lo condujeran al establo. Se acercó al caballo, lo llamó por su nombre, lo acarició, y después lo desató y, montando sobre él, lo condujo afuera, trotando en dirección al sol porque se había dado cuenta de que el caballo no se dejaba montar porque tenía miedo de su sombra. Después de un rato, tiró de las riendas para detenerlo, hizo que se arrodillara, y descabalgó. Tras un cuarto de hora, el caballo Roundelou estaba bien domado, pero nadie más podía montarlo. Con Juan era manso como una oveja. Desde aquel día, el rey le cogió tanto aprecio que los otros criados comenzaron a tener envidia. Entonces se pusieron de acuerdo para perjudicarlo y le dijeron al rey que Juan presumía de que podría liberar a la princesa, que estaba cautiva del brujo Cuerpo sin alma. Juan intentó explicar que aquello no era cierto, pero el rey no admitió ninguna explicación y le dijo:

—O liberas a mi hija o te corto la cabeza.

Juan se retiró sintiéndose muy desgraciado y se fue al establo, donde el caballo le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste?

Juan le contó lo que le había dicho el rey, y Roundelou le respondió:

—No tengas miedo de nada, dile al rey que te dé el cuchillo oxidado que está detrás de la puerta.

Así, confiando en Roundelou, Juan fue a pedirle el cuchillo al rey y se fue muy contento. Después de un buen trecho de camino se encontró en un bosque con un león que le llamaba.

Juan se puso a temblar de miedo, pero pensó que era inútil huir. Se armó de valor y se acercó para preguntar al león qué quería. Cuando estuvo cerca, el león le dijo:

—Juan, ves que estamos aquí yo, un águila, un perro y una hormiga. Tenemos este burro muerto que queremos compartir. Tienes un cuchillo, así que corta un trozo para cada uno.

Juanín cortó la cabeza del burro y se la dio a la hormiga diciendo:

—Aquí tienes una madriguera y comida para hartarte.

Cortó las patas y se las dio al perro:

—Aquí tienes las patas del burro para roer todo lo que quieras.

Arrancó las tripas y se las dio al águila diciendo:

–Aquí tienes qué comer, puedes llevarte las tripas al árbol que tú elijas.

El resto se lo dio al león, que era el más grande de los cuatro, y se fue. Cuando ya estaba lejos, oyó que le llamaban. Con miedo de no haber repartido el burro al gusto de todos, volvió sobre sus pasos. Pero el león le dijo:

–Nos has servido bien y no te hemos dado nada en agradecimiento. Aquí tienes una de mis garras; cuando te la pongas, te convertirás en el león más feroz del mundo.

Y el águila:

–Aquí tienes una pluma de mis alas; cuando te la pongas, te convertirás en el águila más veloz y más grande que vuele por el aire.

Y el perro:

–Aquí tienes uno de mis bigotes; cuando te lo pongas, te convertirás en el perro más ágil que hayas visto.

Y la hormiga:

–Y yo te doy una de mis patitas; cuando te la pongas, te convertirás en una hormiga tan pequeña que nadie te podrá ver.

Juan cogió todo, dio las gracias y se fue. Cuando estuvo fuera de su vista, y como no estaba muy seguro de que no le hubieran tomado el pelo, hizo una prueba y descubrió que todo lo que le habían dicho era cierto, así que siguió su camino muy contento.

Cuando salió del bosque, llegó a un lago y vio en medio del lago el castillo del brujo. Pensó que no podría llegar hasta allí, pero entonces se puso la pluma y se transformó en águila. Voló y se posó en el alféizar de una ventana, pero la ventana estaba cerrada, así que se puso la patita y se transformó en hormiga, entonces pudo entrar en el castillo por una ranura que había en la ventana. Dentro, en una bella estancia, vio a la hija del rey, y todavía convertido en hormiga se metió por debajo de la falda de la princesa y se le subió por la pierna, recorriéndole el cuerpo hasta llegar a una oreja. La princesa saltaba y se rascaba para aliviarse los picores. Cuando Juan llegó a la oreja, le dijo:

–No tengas miedo, he venido a liberarte. Sólo necesito que el brujo te diga qué le puede matar.

La princesa dijo:

–Qué suerte que en este momento haya salido, porque, si no, te comería, pero cuando llegue déjame a mí. Entra en esta habitación y quédate callado.

Poco después llegó el brujo y dijo:

–Huelo a cristiano.

La princesa respondió:

–¡Quién va a ser! Soy yo, sientes el olor porque llevas varios días lejos del castillo.

Le acarició y le hizo sentarse cerca de ella. Hizo que pusiera la cabeza en sus rodillas y después de muchas caricias le dijo:

–Ves cómo te quiero, pero ya sabes que soy muy curiosa, así que conténtame y dime qué podría matarte. Seguro que nada hará que mueras, y eso me gusta porque así no me dejarás nunca.

El brujo le contestó:

–Te lo diré ya que no me puedes traicionar. Para matarme hay que encontrar un león que mate a un león negro que se encuentra en el bosque. Del león muerto saldrá un perro; hay que encontrar otro perro que mate a éste. Del perro muerto saldrá un águila; si otra águila la mata y le quita el huevo que hay en su interior y me lo rompe en la frente, entonces moriré sin remedio, ¿te parece fácil?

Entonces Juan, que estaba escondido en la habitación de al lado y lo había oído todo, se transformó en hormiga y salió de la habitación, luego se transformó en águila y voló por el bosque donde debía encontrar al león negro. No tardó mucho en encontrarlo, y convertido en león lo atacó y lo mató. De él salió un perro, pero Juan, transformado en perro, lo atrapó y lo mató. De él salió un águila, y Juan se transformó en águila, la persiguió, la mató, le quitó el huevo y volvió al castillo. El brujo se había tumbado en la cama porque se sentía cada vez más enfermo. Juan, al llegar, se encontró a la princesa muy contenta, le dio el huevo y le dijo:

–Ahora te toca a ti.

La princesa le preguntó:

–¿Cómo lo has hecho?

–No importa, vete.

Entró en la habitación del brujo, que le pidió una taza de caldo y luego le dijo:

–Alguien me ha traicionado. Siento que esto es el fin.

Ella le consoló, le trajo el caldo y, mientras lo bebía, le rompió el huevo en la frente.

Así fue como murió el brujo. La princesa y Juan, contentos y felices, abrieron todas las ventanas del castillo, vieron a cierta distancia una barca de pescadores y la llamaron haciendo señales para indicar a los pescadores que se acercaran, que ya no había peligro porque el brujo había muerto. Cuando la barca llegó al castillo, ambos se embarcaron con los tesoros del brujo para volver a la corte del rey. Los pescadores, al saber que aquella mujer era la hija del rey a quien Juan había salvado, pensaron que podían matarlo y decir al rey que habían sido ellos quienes habían acabado con el brujo. Uno de ellos le dijo a Juan:

—Mira qué bonitos peces.

Y mientras Juan miraba, le dio un buen empujón y lo tiró al agua. Después le dijo a la princesa:

—Ya ves, se ahogará y morirá. Quiero que digas que hemos sido nosotros los que te hemos liberado, si no, acabarás como él.

Aunque de mala gana, ella prometió decir lo que le pedían. Llegaron al palacio y el rey ordenó preparar un gran banquete para celebrar la boda de su hija con uno de los pescadores. Pero Juan, después de nadar y nadar, llegó a la orilla, secó la pluma del águila, se la puso y voló hasta el palacio posándose en una de las ventanas de la sala donde se celebraba el banquete. Apenas lo vio la princesa, que estaba sentada al lado del pescador, saltó a su cuello y exclamó:

—Él es quien me ha liberado. Éste lo tiró al agua para que se ahogara y aseguró que me mataría si yo lo decía.

El rey hizo detener a los pescadores y entregó la mano de su hija a Juan. Se preparó otro gran banquete de boda, al que invitaron a toda la gente, y a mí me tiraron un hueso, que aún estoy royendo.

El viaje de la hormiga

(occitano)

Había una vez en el país de las Quimeras una hormiga, un huevo y una cigarra que decidieron peregrinar a Jerusalén. Habían acordado que no se separarían aunque les fuera mal y que cada uno se ocuparía de una parte del viaje. Al huevo le tocaba escoger un buen camino, a la hormiga proporcionar los alimentos, y a la cigarra, cantar. Se pusieron en camino un día de calor cuando el sol comenzaba a salir y el rocío brillaba.

–Hará templado –dijo el huevo–, podremos ir por donde nos dé la gana.

–Hará calor –dijo la cigarra–, brillará el sol todo el día.

–Hará bueno –dijo la hormiga–, seguro que encontraremos algo que comer.

Pero llegaron a una montaña y allí se les acabó la alegría: cuando subían, el huevo se cascó, y cuando bajaban, una nube cubrió el sol y la cigarra, quejándose de frío, no quiso ir más lejos. Así que la hormiga tuvo que seguir su viaje a Jerusalén sola.

Por la tarde llegó a la orilla de un arroyo, pero el agua se heló mientras pasaba y se le quedó una pata atrapada en el hielo. Entonces, casi desmayada, llorando, dijo:

–Hielo, hielo,
qué fuerte eres,
que atrapaste mi patita.
Y el hielo dijo:
–El sol es más fuerte que yo,
que me derrite.
La hormiga continuó quejándose:
–Sol, sol,
qué fuerte eres,
que derrites el hielo
que atrapó mi patita.
Y el sol respondió:
–La nube es más fuerte que yo,
que me cubre.
–Nube, nube,
qué fuerte eres,
que cubres el sol
que derrite el hielo
que atrapó mi patita.
Y la nube respondió:
–El viento es más fuerte que yo,
que me arrastra.
–Viento, viento,
qué fuerte eres,
que arrastras la nube
que cubre el sol
que derrite el hielo

que atrapó mi patita.
Y el viento respondió:
–La pared es más fuerte que yo,
que me detiene.
–Pared, pared,
qué fuerte eres,
que detienes el viento
que arrastra la nube
que cubre el sol
que derrite el hielo
que atrapó mi patita.
Y la pared respondió:
–La tierra es más fuerte que yo,
que me sujeta.
–Tierra, tierra,
qué fuerte eres,
que sujetas la pared
que detiene el viento
que arrastra la nube
que cubre el sol
que derrite el hielo
que atrapó mi patita.
Y la tierra respondió:
–Dios es más fuerte que yo,
que me ha creado.
–Dios, Dios,
qué fuerte eres,
que has creado la tierra
que sujeta la pared
que detiene el viento
que arrastra la nube
que cubre el sol
que derrite el hielo
que atrapó mi patita.

Entonces Dios sintió compasión por la pobre hormiguita y dijo:

–¡Que la tierra tiemble!
Y la tierra tembló,
la pared se cayó,
el viento pasó,
la nube se ocultó,
el sol apareció
y el hielo se derritió.
Y la hormiga
sacó su patita
y triste y sola
llegó poco a poco
a Jerusalén.

La Bella de las tres naranjas

(corso)

Esto era un rey que tenía un hijo que siempre estaba triste, jamás reía. Nadie había conseguido nunca hacerle reír. Su padre lo intentó todo, pero nada. Los doctores decían que, si seguía así, moriría.

Un día el rey dijo:

—¡Ya está! Voy a poner una fuente debajo de la ventana de mi hijo para que la gente venga a coger agua: unos hablarán, otros contarán historias, otros reirán. Y seguro que le divertirá lo que oiga y se reirá.

Hizo instalar la fuente y todo el mundo iba a coger agua a esa fuente. Estaban contentos de no tener que ir al río, que estaba muy lejos, a por agua. Venían viejas, venían niños; charlaban de esto, charlaban de aquello. Pero no había nada que hacer, el joven miraba desde su ventana y triste seguía.

—No ha servido para nada lo que he hecho —dijo el rey.

Alguien le aconsejó:

—Mire, en vez de hacer que de la fuente salga agua, ponga una fuente de la que salga vino. Si mana vino gratis, vendrán los hombres a beber y a llenar sus cántaros. Y ya se sabe que cuando los hombres se emborrachan, dicen tonterías de las que la gente se ríe.

—Intentémoslo —dijo el rey.

Y así se hizo. Cómo consiguió que de la fuente manara vino es algo que no voy a contar. De aquella fuente manaban ríos de vino y todos los campesinos iban a llenar sus cántaros y sus damajuanas, y después se lo bebían allí mismo. Luego, borrachos, cantaban y contaban chistes. La gente en la fuente se moría de risa, y el hijo del rey desde su ventana los miraba y ni siquiera sonreía.

—Ah —dijo el rey—, tampoco esta fuente ha tenido éxito; mi hijo morirá, sin duda.

Pasó el tiempo y de nuevo le aconsejaron:

—Ponga una fuente de la que mane aceite, en lugar de vino.

—A mí no me parece que el aceite haga reír, pero habrá que intentarlo —dijo el rey.

Y así se hizo. Y por tercera vez cambiaron la fuente, de la que, en vez de manar agua o vino, manaba aceite. A los hombres no les interesaba tanto el aceite, pero las viejas venían muy contentas con sus botijos sobre la cabeza a llenarlos. Unas venían con botijos, otras con cántaros, todas a aprovisionarse de aceite.

Un día llegó una viejecita pequeña, muy pequeña, con su botijo. Lo llenó, se lo puso en la cabeza y se marchó. Pero ya se sabe que siempre que se echa aceite se cae un poco al suelo. Cuando se iba, resbaló en el aceite vertido y se cayó al suelo con las piernas por el aire. El botijo se rompió en mil pedazos y se derramó todo su contenido. Cuando vio lo que había pasado, el joven se puso a reír. No se había reído de la gente que charlaba, ni de los borrachos, pero al ver a la viejecita con las piernas para arriba y el botijo roto, se echó a reír. Entonces ella dijo:

—Ay, ay, ahora ríes, pues ríete con ganas, porque no tendrás calma hasta que no hayas encontrado a la Bella de las tres naranjas.

Y se fue, enfadada, con su botijo roto.

Entonces el hijo del rey volvió a ponerse triste. Se puso tan triste que enfermó y el rey ya no sabía qué hacer.

—En fin, hijo mío, dime qué quieres y te lo daré.

Y el hijo le respondió:

—Si usted quiere que me ponga bueno, búsqume a la vieja que me dijo que no hallaría la paz hasta que no encontrase a la Bella de las tres naranjas. Búsqume a esa vieja y que me diga dónde puedo encontrar a esa Bella.

Los soldados salieron a buscar a la vieja. Y cuando la encontraron, la obligaron a ir con ellos. La vieja no

quería porque, como había insultado al hijo del rey, tenía miedo de que la matasen o la metiesen en la cárcel para el resto de su vida. Pero tuvo que ir. Cuando llegó, estaba muy asustada. El rey le dijo:

—Ahora tienes que decirle a mi hijo dónde se encuentra la Bella de las tres naranjas.

—Se lo diré, pero no sé si la va a encontrar.

Entonces le indicó el camino que debía tomar para llegar al castillo del mago donde estaba prisionera.

—Pero tienes que llevar tres cosas —explicó la vieja—: una pala de horno, dos panes frescos y una botella de aceite. Lleva esas tres cosas y verás que te serán de ayuda en el camino.

En seguida partió el hijo del rey, y caminó, caminó y caminó. Estaba aún bastante lejos del castillo cuando vio a dos panaderas que calentaban un horno.

Barrían y avivaban las brasas con sus cabellos, como si fuesen una escoba. Para hacer esto acercaban la cara justo delante de la boca del horno. Cuando intentó aproximarse a ellas, le dijeron:

—¡Quieto! ¡O acabarás dentro del horno!

Parecían dos brujas malvadas, con pelos por todo el cuerpo y esos cabellos sucios con los que barrían el horno. Él dijo:

—Para que no se ensucien ni se quemen barriendo el horno con sus cabellos, tengan ustedes esta pala de horno para recoger la ceniza.

Y les dio la pala de horno. A ellas les pareció de maravilla poder barrer el fuego sin mancharse y sin tener que acercarse tanto a la boca del horno.

—Gracias, gracias.

Y le dejaron pasar. Él caminó, caminó y caminó. Cuando llegó al castillo, se encontró con dos perrazos enormes. Los perros estaban en los huesos porque no tenían qué comer. El mago no los alimentaba a propósito porque, así, si alguien se acercaba al castillo, los perros le saltarían encima y se lo comerían. Cuando el joven apareció, saltaron delante de él para comérselos a él y al caballo. Entonces dijo el joven:

—Tened, tened, dejadme pasar.

Y les arrojó los dos panes. Eran unos panes grandes como los que se hacían antes. Y los perros se lanzaron sobre los panes frescos y le dejaron pasar.

Llegó por fin a la puerta del castillo, donde había una cerradura muy oxidada, y con el aceite que llevaba en la botella engrasó y engrasó la cerradura para que no hiciera ruido, porque no sabía si estaba el mago, y cuando la cerradura estuvo bien engrasada, pudo entrar sin hacer ruido y liberar a la Bella que era bellísima. Cuando salían, la joven señaló tres naranjas que allí había y le dijo:

—Tenemos que llevarnos esas tres naranjas.

Y cogieron las tres naranjas y se fueron antes de que llegara el mago. Por la noche, cuando llegó el mago, encontró la casa vacía y se enfadó muchísimo. Primero se dirigió a la puerta de hierro:

—¿Por qué le has dejado pasar? Yo dejé que te oxidaras para que nadie pudiera abrirte, y tú le has dejado pasar.

—Le he dejado pasar —respondió la puerta— porque me ha puesto aceite, y tú hace años que dejas que me corroa el óxido. Él se ha gastado su botella de aceite entera y ahora estoy engrasada, limpia y me siento bien.

Y el mago, enfadado, siguió su camino. Entonces se encontró con los perros:

—¿Por qué le habéis dejado pasar? Vosotros sabíais que no teníais que dejar pasar a nadie, que la Bella de las tres naranjas tenía que permanecer toda su vida en esta prisión.

—Le hemos dejado pasar —respondieron los perros— porque nos ha dado de comer pan fresco, y tú hace años que nos dejas padecer hambre. Estamos en los huesos por tu culpa, así que ahora, si no te vas...

Y los perros estuvieron a punto de saltar sobre él. El mago se fue y llegó adonde las panaderas y les dijo:

—¿Por qué le habéis dejado pasar? Vosotras deberíais haber impedido que llegara adonde los perros y a la puerta de mi castillo.

—Le hemos dejado pasar —respondieron las panaderas— porque nos ha dado una pala de horno, y tú hace años que nos tienes aquí sufriendo, barriendo el horno con nuestros cabellos para mantener este fuego encendido.

Y dicho esto, las dos panaderas cogieron al mago y lo echaron al fuego.

El hijo del rey y la Bella continuaron su camino hasta que llegaron a la ciudad del rey. Y él le dijo a ella:

—Mira, pasarás aquí la noche, en esta posada, hasta que pueda llevarte a mi casa como te mereces. Mañana vendré a buscarte y te traeré vestidos de princesa para que te vistas, y luego nos casaremos.

La Bella le respondió:

—No me dejes aquí, no te vayas, porque, si te vas, me olvidarás y mañana no vendrás a buscarme.

—¿Cómo voy a olvidarte, yo que he pasado tantas calamidades para librarte del mago?

Viendo que no podía convencerlo, le dijo:

—Prométeme que no dejarás que nadie te abrace: ni tu padre, ni tu madre, ni tus hermanos, porque si alguien te abraza me olvidarás.

—Te lo prometo.

Y después de decirle a la posadera que la tratase bien, pagó la posada y se fue, dejándola allí.

En cuanto llegó a su casa, lo recibieron con mucha alegría, porque ya lo creían muerto, y todos corrieron a abrazarlo, pero él les dijo:

—¡No! ¡Que nadie me abrace!

Y les explicó que había encontrado a la Bella de las tres naranjas, que la había dejado en una posada, pero que al día siguiente iría a buscarla.

—Pero no sabemos de quién es hija, tampoco sabemos si será digna de ser la esposa de un príncipe. Anda, abrázanos.

Pero él se puso terco y no dejó que nadie le abrazase. Dijo que estaba agotado y se fue a descansar porque al día siguiente tenía que levantarse pronto. Se fue a su habitación y en seguida se quedó dormido con un sueño tan profundo que ni siquiera lo habría despertado un cañón.

En esto llegó su madrina:

—Pero si ha vuelto mi ahijado. Yo quiero darle un abrazo.

—No le abraza usted —dijeron sus padres—, está acostado, descansando. Además nos ha pedido que no entre nadie. Puede usted verlo desde la puerta.

—Está bien, me quedaré en la puerta.

Pero en cuanto se fueron, se dijo: «A mí nadie me va a impedir que abraze a mi ahijado». Y sin más, entró y lo abrazó.

El joven dormía tan profundamente que no se dio cuenta.

Cuando se despertó, todos sus familiares estaban allí alrededor de su cama:

—¿Qué? ¿Cuándo vas a ir a buscar a la joven que te espera?

—No sé a qué joven os referís —contestó él.

—La Bella de las tres naranjas por la que te fuiste lejos y arriesgaste tu vida para salvarla.

Pero, por más que insistieron, el joven no recordaba nada.

Mientras, la Bella de las tres naranjas esperó todo el día en la posada. Como el joven no llegaba, pronto comprendió que la había olvidado porque seguro que alguien lo habría abrazado. Y no hacía más que llorar.

Pasó el tiempo, y un día llegó a la posada la noticia de que el hijo del rey se iba a casar. Así que ella fue a palacio y pidió que la dejaran trabajar de criada en la cocina para preparar el banquete de boda.

Una noche ella se escondió en la habitación de al lado de la del hijo del rey con las tres naranjas. Mondó una y de la naranja salió un hermoso vestido que no tardó en ponerse. Luego se puso a llorar y a lamentarse:

—¿Para qué fuiste a liberarme del mago, si ahora me olvidas?

El joven la oía desde su habitación a través de la pared pero no entendía nada.

La segunda noche ella hizo otra vez lo mismo: peló otra naranja, de la que salió otro vestido aún más bello que el primero. Luego se puso a llorar y a lamentarse. Pero tampoco el joven entendió nada.

La tercera noche, ella peló la tercera naranja, de la que salió un vestido aún más hermoso que los anteriores, todo bordado con perlas. Luego se puso a llorar y a lamentarse.

Esta vez el joven entendió qué querían decir las palabras que oía. Abrió la puerta de la habitación de al lado, y al verla, la reconoció y la abrazó. Se casaron y se quedaron a vivir para siempre en el palacio del rey.

Los tres consejos

(corso)

Una vez en un pueblo vivían dos esposos sin hijos que eran muy pobres, y el marido no tenía trabajo.

Un día le dijo a su mujer:

–Me voy a buscar trabajo para ganarme la vida.

Y el hombre se fue dejando embarazada a su mujer. Se puso en camino y pronto se encontró con una vieja que le preguntó:

–¿Adónde vas?

–Voy a buscar trabajo.

–¿Tendrías algo de comer? Tengo mucha hambre.

Él abrió su alforja y dijo:

–Mira, mi mujer me ha dado antes de salir un trozo de pan y otro de queso, y un poco de tocino. Nos repartiremos este escaso almuerzo.

Comieron juntos, y después la vieja le dio las gracias:

–Ya que has sido tan bueno conmigo, me gustaría hacerte un regalo. Pero soy tan pobre que sólo puedo darte tres consejos: no dejarás nunca el camino por el que vas para coger uno nuevo, no te meterás nunca en los asuntos de los demás y la cólera de la mañana déjala para la noche.

–Gracias –dijo el hombre.

Y se fue. Después de haber hecho unos cien metros, su camino se dividió en dos: hacia un lado salía un camino pavimentado, hacia el otro seguía el sendero pedregoso por el que iba.

Entonces, se dijo: «Tomaría de buen grado por este buen camino, pero la vieja me ha aconsejado que no deje el camino que he elegido para tomar otro más cómodo».

Se lo pensó un instante y después siguió por el sendero pedregoso. Cuando había hecho pocos metros, comenzó a oír gritos, golpes: eran unos ladrones que asaltaban a los que pasaban por el camino pavimentado.

«¡Qué bien he hecho en seguir los consejos de la vieja!», se dijo.

Más tarde llegó a un pueblo y pidió alojamiento en la casa de una familia:

–No tengo dinero para pagaros, pero si me alojáis, cuando vuelva de trabajar prometo daros lo que os deba.

Entonces le dieron de comer lo que tenían y después lo acompañaron a su habitación. Cuando se acostó, escuchó gritos en la habitación de al lado. Él se dijo: «Iría a ver qué pasa, pero la vieja me dijo que no me metiera en los asuntos de los demás». Y se durmió sin pensar más en ello.

A la mañana siguiente, la dueña de la casa le dijo:

–¿Ha oído los gritos esta noche?

–Sí, los he oído, pero no acostumbro meterme en los asuntos de los demás.

–Pues ha hecho bien. El que gritaba era mi marido, que es un poco salvaje, y si, mientras grita, alguien se levanta de la cama, no sale vivo de esta casa.

El hombre pensó: «Qué buenos consejos me dio la vieja, hasta ahora me han traído mucha suerte». Después, se puso en camino. Llegó a otro pueblo y pidió trabajo. Pronto fue a dar con un labriego que le dijo:

–Mira, puedes trabajar para mí, pero no te pagaré hasta que te vayas.

–De acuerdo, trabajaré para llevar algo de dinero a mi casa.

Y se puso a trabajar. No le pagaban, pero le alimentaban y le vestían. Pasó el tiempo y el tiempo pasó, y un buen día el hombre decidió volver a su casa junto a su mujer, que en todo este tiempo no había sabido nada de él. Le pidió a su patrón que le pagase, tal como habían acordado, y éste le dijo:

–Mira, yo no puedo pagarte, pero te daré esta hogaza de pan. Cuando hagas una fiesta en tu casa, repártela entre los invitados.

Y el hombre se fue pensando: «Sólo me ha dado en pago por mi trabajo esta hogaza, pero estoy contento porque pesa mucho».

Cuando llegó a su pueblo, no conocía a nadie porque llevaba fuera muchos años. Llegó a su casa y vio a su mujer abrazando a un cura. Entonces sintió una gran cólera y ganas de pegar a su mujer. Pero en seguida pensó en el tercer consejo que le había dado la vieja: «La cólera de la mañana déjala para la noche», y se fue a dar una vuelta por el pueblo.

Pronto se encontró con unos jóvenes a quienes no conocía, y les preguntó:

–¿Quién es la mujer que vive en aquella casa?

Ellos le respondieron:

–Esa mujer tenía un marido que se fue hace muchísimos años dejándola embarazada de un niño. Ella lo crió sola y ahora ese niño ya se ha hecho un hombre y es cura. Mañana va a dar su primera misa. Todo el pueblo lo va a celebrar. Como ella es pobre, cada uno le ha dado algo con que poder festejar la primera misa de su hijo.

El hombre pensó: «Entonces el cura al que abrazaba es nuestro hijo», y volvió a su casa y se presentó ante su mujer. Ésta se puso muy contenta de volverlo a ver después de tantos años. Le presentó a su hijo y al día siguiente celebraron la fiesta.

Cuando todo el mundo estuvo a la mesa, el padre dijo:

–Mi patrón me dio antes de que me fuera esta hogaza diciéndome que la repartiera entre los invitados en la primera fiesta que hiciera. Y eso es lo que voy a hacer.

Y partió la hogaza y del pan salieron miles de monedas de oro. Y así todos en el pueblo fueron ricos y vivieron muy felices.

La servilleta, el burro y el bastón

(corso)

Había una vez una madre y su hijo que vivían juntos y eran muy pobres. Llegó el tiempo de la cosecha y sólo tenían para plantar tres habas. El chico le dijo a su madre:

–Madre, voy a plantar estas tres habas en la huerta.

–Pero, hijo, no vale la pena tanto trabajo para tres habas.

Sin embargo, el chico fue a la huerta y en una esquina, al abrigo de un cobertizo de piedra, hizo un agujero y plantó las habas.

Al cabo de un tiempo, el chico dijo:

–Voy a ver si han crecido mis habas.

Cuando llegó a la huerta, vio un haba larga larga que salía de la tierra y entraba por la puerta del cobertizo de piedra. El chico la siguió y entró. Dentro había un viejo que le dijo:

–¿Qué buscas, muchacho?

–Pues qué voy a buscar, busco la fortuna.

–Muy bien, toma esta servilleta. Cuando quieras comer, sólo tienes que decir: «Servilleta, pon la mesa».

El chico cogió la servilleta y se fue. Cuando volvía a su casa, le entró hambre y entonces dijo:

–Servilleta, pon la mesa.

Y cuando extendió la servilleta allí había pan, queso, carne, de todo. Llegó a su casa, y cuando su madre le preguntó si había traído algo para comer, él volvió a decir:

–Servilleta, pon la mesa.

Y cuando extendió la servilleta encima de la mesa allí había de todo.

Al día siguiente le dijo a su madre:

–Me voy con esta servilleta a buscar fortuna.

–¿Estás loco? ¿Para qué vas a ir ahora a buscar fortuna si con esta servilleta tenemos de todo? ¿Es que quieres perderla y que nos quedemos sin nada? Sería mejor que te quedaras.

–No, madre, me voy y me voy.

Y se fue. Caminó y caminó hasta que llegó a una ciudad. Por la noche fue a una posada, allí comió y luego pidió una habitación. Después le dijo al posadero:

–Mira, te dejo esta servilleta pero no digas «Servilleta, pon la mesa».

Y le dejó la servilleta y luego se fue a dormir. Por la noche, el posadero cogió la servilleta y dijo:

–Servilleta, pon la mesa –y allí apareció la comida.

Por la mañana, cuando el chico se levantó y fue a salir, dijo:

–Venga, dame la servilleta, que me voy.

Pero el posadero, en lugar de darle la suya, le dio otra que se parecía mucho. Y el chico se fue, camina que te caminarás. Cuando volvió a su casa, dijo:

–Servilleta, pon la mesa –y extendió la servilleta y nada.

–Pero, hijo mío, ahora nos vamos a morir de hambre –dijo su madre.

Al día siguiente él volvió a la huerta y allí encontró otra haba aún más larga que salía de la tierra y entraba por el cobertizo de piedra. Siguiendo al haba, entró y allí se encontró otra vez con el viejo.

–Muchacho, ¿y ahora qué buscas?

–Busco fortuna.

–Ah, ¿sí? Coge este burro. Cuando quieras dinero, sólo tienes que decir: «Burro, caga dinero». Y te dará

mucho dinero.

–Sí, pero mañana me voy a buscar fortuna.

–No, hijo, la fortuna ya la tienes. No te vayas –le dijo su madre en cuanto llegó a casa y le mostró el burro que cagaba dinero.

Pero no le hizo caso, y se fue. Llegó a la misma posada y allí pidió alojamiento para él y una buena cuadra con paja para su burro. Luego le dijo al posadero:

–Mañana me iré con mi burro, pero esta noche no le digas al burro «Burro, caga dinero».

–No, no lo haré –dijo el posadero.

Por la mañana, cuando se levantó, pidió que le trajeran el burro. Pero, en lugar de darle el suyo, le dieron otro muy parecido. Cuando el chico le dijo: «Burro, caga dinero», el burro cagó caca de burro.

Al llegar a su casa, la madre vio que el burro sólo cagaba caca y le dijo:

–Ay, hijo mío, sales a buscar fortuna y no haces más que perderla.

Al día siguiente el muchacho volvió a la huerta y allí encontró la tercera haba, aún más larga que las anteriores, que entraba en el cobertizo de piedra. El chico la siguió otra vez, entró y de nuevo se encontró con el viejo:

–Muchacho, ¿y ahora qué buscas?

–Busco fortuna.

–Toma este bastón. Cuando quieras golpear a alguien, sólo tienes que decir: «Bastón, golpea», y el bastón golpeará.

Cuando llega a su casa, se lo enseña a su madre, pero no le dice que el bastón golpea porque si no habría empezado a dar bastonazos:

–Mañana me marchó a buscar fortuna con este bastón.

Y se fue y llegó de nuevo a la misma posada, y allí pidió de comer y también una habitación. Luego le dijo al posadero:

–Mira, te voy a dejar este bastón, pero no digas «Bastón, golpea».

Después se fue a dormir.

El posadero, por la noche, cogió el bastón y le dijo: «Bastón, golpea», y el bastón saltó de sus manos y se puso a golpear a todo el que allí estaba. Y nadie podía detenerlo. Y allí seguirá el bastón, golpeando al posadero tramposo.

Babborcu

(sardo)

En cierto pueblo vivía un orco que se llamaba Babborcu y daba miedo a chicos y grandes. Como a todos los orcos, también a Babborcu le gustaban los niños. Por eso todos los días la gente se preocupaba de llevarle abundante comida para saciar su apetito para que dejase en paz a los niños del pueblo. Cada día una familia debía llevarle la comida. Cuando le llegó el turno a la familia de Pietrino, la madre llamó al niño y le dijo:

—Toma, lleva este plato de ñoquis y esta hogaza de pan a Babborcu, pero no te entretengas en su casa, y sobre todo no te comas ni uno solo de los ñoquis que le he hecho a Babborcu.

Cuando Pietrino iba por el camino que llevaba a la casa de Babborcu, comenzó a salir del plato de ñoquis y de la hogaza recién horneada un olor que hizo que el muchacho se parase a oler aquella maravilla. Como la familia de Pietrino era muy pobre y no siempre había en la casa comida suficiente para todos, Pietrino estaba muerto de hambre. Así que pensó que, si cogía sólo uno de aquellos ñoquis, Babborcu no se daría cuenta. Y así lo hizo: cogió uno y le pareció tan rico que pensó que, si cogía sólo otro más, el ogro tampoco se daría cuenta. Pero después del segundo se comió el tercero y luego el cuarto, y el quinto, hasta que se los comió todos.

Luego empezó con la hogaza de pan, un mordisco aquí y otro allá hasta que se la comió toda. Cuando llegó a las afueras del pueblo, que era donde vivía Babborcu, no quedaba ni una miga.

Fue entonces cuando Pietrino se dio cuenta de que la había hecho buena. Pero ¿qué podía hacer ahora para arreglarlo? No podía presentarse delante de Babborcu con el plato vacío porque entonces Babborcu se lo comería a él.

Y piensa que te pensarás, por fin se le ocurrió algo: fue a un sendero que había allí cerca por donde todos los días pasaban los pastores con sus rebaños y llenó el plato con bolitas de estiércol de cabra. No se parecían mucho a los ñoquis que se había comido, pero quizá Babborcu tuviese mucha hambre y no se diese cuenta. También cogió una buena boñiga de vaca que había por allí seca y la puso encima del plato como si fuese una hogaza de pan.

Y con el estiércol de cabra y la boñiga de vaca, Pietrino se fue a la casa de Babborcu. Llamó con fuerza a la puerta y gritó:

—Babborcu, te traigo la comida. Tengo mucha prisa, así que te la dejo en la puerta. ¡Que te aproveche!

Y salió corriendo a todo correr. Cuando llegó a la primera casa del pueblo, allí se quedó, escondido, asomando la cabeza por una esquina para ver qué hacía Babborcu.

Babborcu abrió la puerta, cogió el plato y comenzó a probar aquellos ñoquis.

—¡Qué sabor tan raro tienen hoy estos ñoquis! —exclamó en cuanto probó el primero. Después partió un pedazo de la hogaza—. ¡Qué olor tan raro tiene hoy esta hogaza! —volvió a exclamar arrugando la nariz.

Ay, cuando lo probó... En seguida se dio cuenta de que le había tomado el pelo.

Tiró el plato al suelo y lo dejó allí en la calle hecho pedazos mientras gritaba a Pietrino, que corría como un loco hacia su casa:

—Es inútil que corras, porque sé quién eres y esta noche haré que te arrepientas amargamente de haberme tomado el pelo.

Pietrino llegó a su casa con la lengua fuera, pero no dijo nada a su madre porque tenía miedo de que lo castigara por la fechoría que había cometido.

Cuando llegó la noche, Pietrino subió a su habitación en la buhardilla de la casa y se acostó. Pero no pudo pegar ojo durante varias horas.

A las doce en punto de la noche llegó Babborcu, gruñendo y destrozando todo lo que se encontraba a su paso,

de lo furioso que estaba.

Para subir a la buhardilla de Pietrino había una escalera exterior con nueve escalones de madera.

–Estoy subiendo el primer escalón –rugió Babborcu con su terrible voz.

«Crac», crujió el primer escalón bajo el peso de Babborcu. El pobre Pietrino se escondió debajo de las sábanas temblando de miedo.

–Estoy subiendo el segundo escalón –gruñó Babborcu.

«Crac, crac», crujió el segundo escalón. Y Pietrino se escondió debajo de la almohada.

–Estoy subiendo el tercer escalón –gritó Babborcu.

«Crac, crac, crac», crujió el tercer escalón. Y Pietrino se escondió debajo del colchón.

Babborcu continuaba subiendo y los escalones crujiendo bajo su peso, y el pobre Pietrino no sabía ya dónde esconderse. Hasta que al final, la voz de Babborcu sonó poderosa como un trueno cerca, muy cerca de la habitación de Pietrino:

–Estoy subiendo el último escalón.

«¡Crac, pom, patapom!»

El último escalón no había podido con el peso de Babborcu y se había roto haciendo que Babborcu cayera al vacío. Pietrino oyó un gran estruendo, un grito horrible y un golpe sordo, después nada: silencio absoluto.

Entonces el muchacho se armó de valor, abrió la puerta con cuidado, se asomó y allí abajo vio el cuerpo de Babborcu tirado con los brazos en cruz y la lengua colgándole fuera de la boca.

Fue así como, gracias al hambre de un niño llamado Pietrino, el pueblo se liberó para siempre de la tiranía de Babborcu.

El diablo que iba a misa

(sardo)

Yo me sé la historia de un diablo que iba a misa.

Una vez, un diablo que iba a misa se encontró por el camino un haba, la cogió y se fue a la primera casa que se encontró.

–Buena mujer –le dijo–, ¿puedes guardarme esta haba una hora que yo tengo que ir a misa?

Nunca se había visto un diablo que fuera a misa, así que la mujer en seguida le dijo que sí.

El diablo dejó el haba en el alféizar de la ventana y se fue a la iglesia. Una hora más tarde volvió y pidió que le devolvieran el haba. Pero la mujer le respondió apenada:

–No puedo devolverte el haba, porque una gallina se subió al alféizar de la ventana y se la comió.

–O me das el haba o me das la gallina –exclamó el diablo con la mirada torva. Y la mujer tuvo que darle la gallina.

El diablo cogió la gallina y se fue a la casa de otra vecina.

–Buena mujer, ¿me puedes guardar esta gallina un rato que yo tengo que ir a misa?

Nunca se había visto un diablo que fuera a dos misas seguidas, así que la segunda mujer le dijo que sí.

–Déjala en el huerto –le respondió.

El diablo dejó a la gallina en el huerto y se fue a misa. Cuando volvió, la gallina ya no estaba.

–Se la ha comido el cerdo –le dijo la mujer apenada.

–O me das la gallina o me das el cerdo –exclamó el diablo, decidido. Y la mujer tuvo que darle el cerdo.

El diablo ató al cerdo y se fue a otra casa.

–Buena mujer, ¿me puedes guardar un rato este cerdo, que tengo que ir a misa?

–Pues claro, buen diablo, mételo en la cuadra.

Y el diablo metió el cerdo en la cuadra y se fue a escuchar su tercera misa. Cuando volvió, la mujer le dijo apenada:

–No puedo devolverte el cerdo porque el caballo le ha dado una coz y lo ha matado.

–O me das el cerdo o me das el caballo –replicó el diablo con los ojos de fuego.

Y la mujer tuvo que darle el caballo.

El diablo se fue a otra casa.

–Buena mujer, ¿me puedes guardar un rato este caballo, que tengo que ir a misa?

–Pues claro, déjalo en el establo.

Y el diablo se fue otra vez a misa, pero cuando volvió el caballo había desaparecido.

–¡Qué desgracia! –le dijo la mujer–. Mi hija se ha llevado tu caballo a pastar, pero un moscón no le dejaba en paz y el caballo se ha escapado.

–O me das el caballo o me das a tu hija –rugió el diablo con los ojos llameantes.

Y la pobre mujer tuvo que darle a su hija. El diablo la metió dentro de un saco, se lo echó a la espalda y se fue otra vez a la iglesia. Cuando llegó, apoyó el saco en la pila del agua bendita y se puso a escuchar devotamente la misa.

Pero un diablo que va tantas veces a misa siempre despierta sospechas. Su comportamiento llamó la atención de una mujer que vivía cerca de la iglesia. La mujer, curiosa, se acercó en silencio al saco y miró dentro a través de un agujero.

–Pero bueno –murmuró sorprendida cuando vio el contenido del saco–, ésta es mi ahijada.

Entonces, sin decir una palabra, llevó el saco fuera de la iglesia, lo abrió y dejó salir a su ahijada.

–Madrina, qué miedo, el diablo quería llevarme.

–Calla, que esto lo arreglo yo –respondió la madrina. Y dicho y hecho, volvió a su casa, desató dos perros muy feroces que tenía y los metió dentro del saco. Luego lo dejó apoyado en la pila del agua bendita.

Cuando terminó la misa, el diablo devoto se echó el saco a la espalda y salió de la iglesia.

–Pues sí que pesas –se quejó el diablo, mientras se disponía a irse del pueblo.

–Guau, guau –ladraron los dos perros, agitándose dentro del saco. El diablo, extrañado de la respuesta, abrió el saco y se encontró con dos perros rabiosos que salieron como dos furias desbocadas. Al pobre diablo no le quedó otra que escapar a toda prisa para huir de los mordiscos feroces de aquellas dos bestias. Y hay quien dice que todavía sigue corriendo.

María la de las tablas

(sardo)

Había una vez una reina que se estaba muriendo, así que llamó a su marido y le dijo:

–Deja de llorar por mí y prométeme que te volverás a casar. Coge este anillo: la chica que pueda ponérselo en el dedo sin forzarlo será tu nueva esposa.

El rey se lo prometió a la reina y ella cerró los ojos para no volver a abrirlos nunca más.

Pasaron los años y el rey envejecía sin haber encontrado a la mujer a la que le entrara el anillo de la reina sin forzarlo.

Un día la hija del rey, que se llamaba María, cogió el anillo jugando y se lo puso en el dedo sin ninguna dificultad. Cuando el rey lo vio, lloró y se desesperó porque él era rey y debía mantener su palabra costara lo que costara. Así que decidió cumplir lo que había prometido a la reina cuando estaba a punto de morir.

María quería mucho a su padre, pero no tanto como para casarse con él, así que llamó a su Fortuna, que llegó con la velocidad de un rayo.

–No tengas miedo –le dijo–, que yo te ayudaré. Ve a tu padre y dile que quieres como regalo de bodas tres vestidos: el primero hecho con campanillas de oro, el segundo con peces del mar y el tercero con la luna y el sol.

María corrió a ver a su padre el rey para pedirle lo que le había dicho su Fortuna, segura de que nunca podría conseguir que le hicieran aquellos tres vestidos. Pero también el rey tenía sus conocidos extraordinarios y se fue derecho a ver a un mago amigo suyo que en menos de lo que aquí se dice le hizo los tres vestidos que su hija le había pedido.

María llamó de nuevo a su Fortuna, que, en cuanto llegó, exclamó:

–¡Qué mala suerte! Sólo podemos hacer una cosa: ve en seguida al carpintero de palacio y pídele que te haga un traje de tablas.

María obedeció confiada, y cuando el carpintero le hubo hecho el vestido se lo puso sin protestar. Después su Fortuna se la llevó a otro reino, donde la puso a trabajar como mozo de la cuadra de los caballos del rey.

La princesa María se adaptó bien a su nueva condición: limpiaba las cuadras, alimentaba a los caballos y hacía los trabajos más humildes sin quejarse jamás.

Todos la llamaban María la de las tablas, por aquel extraño vestido que no se quitaba nunca para ocultar su belleza.

Un día el hijo del rey le dijo a María la de las tablas que le preparase su caballo porque debía ir a un gran baile.

–¿Por qué no me lleváis a mí, majestad? –preguntó María.

–Si no te apartas de mi caballo, te doy con el estribo –le respondió el príncipe con desprecio. Pero en cuanto el príncipe estuvo lejos, María llamó a su Fortuna y le pidió el vestido de campanillas de oro que su padre le había regalado. Se lo puso, y así vestida se presentó en el palacio donde se celebraba el baile.

Nadie la reconoció, ni siquiera el hijo del rey, que aquella noche sólo bailó con ella.

Antes de que la fiesta acabase, la Fortuna se llevó a María del salón de baile y la vistió con el vestido de tablas que solía llevar.

El príncipe se quedó tristísimo cuando María se fue. Al día siguiente organizó un baile con la esperanza de volver a ver a aquella misteriosa muchacha.

–¿Por qué no me lleváis a mí, majestad? –le preguntó maliciosamente María la de las tablas cuando el príncipe fue a montar el caballo que ella le había preparado.

–Si no te apartas de mi caballo, te doy con la silla de montar –le respondió el príncipe.

En cuanto el príncipe se fue, María llamó a su Fortuna y le pidió el vestido hecho con todos los peces del mar.

Esta vez estaba más guapa todavía que la tarde anterior, y el príncipe no dejó de bailar con ella ni un solo momento.

Pero antes de que acabase la fiesta, su Fortuna hizo desaparecer otra vez a María.

Al tercer día se repitió la misma historia.

—¿Por qué no me lleváis a mí, majestad?

—Si no te apartas de mi caballo, te doy con la fusta.

Se fue el príncipe y llegó la Fortuna, que vistió a María la de las tablas con el vestido hecho con la luna y el sol. Nunca se había visto una chica tan bella.

El príncipe hizo lo imposible por entretenerla para que no se fuera, hasta le regaló su anillo de diamantes. Pero María no podía quedarse hasta que acabase la fiesta. El príncipe le preguntó:

—Pero al menos dime dónde vives.

—En la ciudad de los estribos, de las sillas y de las fustas —le respondió María con una sonrisa maliciosa, y luego desapareció.

Después de aquel baile no se celebró ninguno más porque el príncipe enfermó de amor. Pensaba sólo en la muchacha misteriosa que había conocido en aquellos bailes y no quería ni comer. Su padre el rey hizo venir a los mejores cocineros del reino, que prepararon para él los manjares más deliciosos, pero todo fue inútil porque el príncipe no quería comer.

Hasta que un día, María la de las tablas sintió piedad por él y pidió que le dejaran cocinar un pastel especial para el príncipe. En seguida la llevaron a la cocina y allí María preparó un pastel y dentro metió el anillo de diamantes que el príncipe le había dado en el tercer baile.

La reina en persona le llevó el pastel al enfermo, y tanto le dijo y tanto le rogó que el príncipe accedió a probar una pizca de aquel dulce que le habían hecho.

Pero cuando le dio el bocado, descubrió el anillo, e inmediatamente saltó de la cama y gritó:

—¿Quién ha preparado este pastel?

—¡María la de las tablas!

—¡Traedla en seguida aquí!

Pero antes de que los criados llegasen a la cuadra del rey, María la de las tablas se había puesto ya el vestido hecho con la luna y el sol. La llevaron así vestida ante la presencia del príncipe, que nada más verla la reconoció y nunca más volvió a dejar que desapareciera.

La maceta

(calabrés)

Había una vez un marido y una mujer que no conseguían tener hijos. Un día, la mujer se fue al olivar, vio un olivo y dijo:

–Hasta los olivos tienen sus frutos, pero yo no tengo hijos.

Cuando llegó a su casa comenzó a tener dolores de parto y llamó a la comadrona, a quien, tras haber parido, preguntó:

–¿Qué me ha pasado?

Y ella respondió:

–Comadre, que has parido un olivo.

Cuando la mujer se pudo levantar de la cama, lo plantó en una maceta y, viendo cómo crecía día a día, decía:

–He tenido un olivo en lugar de un hijo.

Un día pasó por debajo del balcón de la mujer un rey caprichoso y se encaprichó de la maceta. Así que mandó a un soldado que fuera a buscarla. La mujer trató de impedirlo diciendo:

–No os la llevéis, que es mi hijo.

Pero el rey le dijo que o se la entregaba o le cortaba la cabeza. Luego se la llevó a su casa y la colocó en su habitación. Todas las mañanas dejaba unas galletas en la mesilla de noche, pero al día siguiente no las encontraba y, aunque le preguntaba a su doncella, no conseguía averiguar quién se las llevaba porque ella aseguraba no saber nada.

Un día el rey se vistió e hizo como que se iba del palacio, aunque en realidad se escondió en una esquina desde la que podía ver todo. Pronto, vio salir de la maceta a una muchacha y le preguntó:

–¿Eres tú la que se lleva todo lo que dejo encima de la mesilla de noche?

Desde aquel día comenzó a amar a la muchacha y le dijo que, cuando oyera sonar la campanilla que él usaba, podría salir de la maceta y comer con él lo que le hubiera traído la doncella.

Pero un día los hijos del rey fueron de visita a la casa de su padre, vieron la campanilla y la usaron. La chica la oyó y salió de la maceta, y ellos, apenas la vieron, dijeron:

–Mira tú por qué no viene ya a vernos nuestro padre: se ha vuelto loco por ti.

La muchacha, dándose cuenta del error, volvió a su maceta, pero ellos arrancaron el olivo de raíz y lo tiraron a la calle con la muchacha y todo.

Acertó a pasar por allí una vieja que vio la madera del olivo y se la llevó diciendo:

–Mañana me servirá para encender el fuego y preparar el café.

Pero, en cuanto intentó romper las ramas, oyó una voz que decía:

–¡Ay, ay! ¡Que me hace daño en un brazo!

La vieja entonces le dijo:

–¿Quién hay ahí dentro?

Y ella le respondió:

–Yo, la muchacha que los hijos del rey han tirado a la calle.

La vieja se la llevó a casa.

Cuando el rey regresó a mediodía, tocó la campanilla para llamarla, pero nadie apareció para comer con él. Se fue entonces a la habitación de al lado y, como no vio la maceta, llamó a la doncella y a su madre:

–¿Quién ha estado aquí? ¿Por qué no está la maceta?

Le respondieron:

–Aquí no ha estado nadie.

Entonces el rey se puso enfermo, porque quería su maceta, y la madre le compró muchas, pero naturalmente ninguna era de su agrado. Estaba casi a punto de morir cuando llegó la vieja con una tela bordada con unas letras que decían que la muchacha estaba en su casa. En cuanto la leyó, se curó y ordenó a la mujer que se la trajera inmediatamente.

Cuento corto, cuento largo,
yo ya lo he contado,
cuéntate tú algo.

La muñeca que hablaba

(calabrés)

Había una vez un marido y una mujer que eran comerciantes y tenían una hija. Un día la hija cogió en la tienda un trozo de tela para hacerse una muñeca. Cuando la hubo terminado, insistió tanto en enseñarle a andar que un día la muñeca empezó a moverse y otro día comenzó a hablar. La guardaba dentro de una caja y siempre que llegaba a su casa la ponía a andar. Un día mientras estaba enseñándole a caminar, su padre la llamó y ella, por ir en seguida, dejó la caja abierta y se fue a hacer el recado que le había pedido el padre. La muñeca salió de la caja y, dando un paso y luego otro, se fue a la calle. En cuanto la gente la vio se la llevaron al rey por ser una cosa tan extraordinaria. Y es que una muñeca que camina y habla no se ve todos los días.

Al rey le gustó mucho el regalo, pero la hija del comerciante comenzó a llorar cuando volvió y no la encontró. El padre, viéndola tan afligida, le dijo:

–Hija mía, no llores, te puedes coser una más bonita todavía.

–No, padre, ninguna será igual, porque ésta hablaba. Deme la bendición porque quiero irme por el mundo hasta que la encuentre.

El desgraciado padre intentó que cambiara de opinión pero todo fue inútil. Entonces le dio la bendición, la besó con lágrimas en los ojos y vio cómo se iba sola solita por el mundo. Y camina que te caminarás, llegó a una ciudad. A todos los que pasaban les preguntaba:

–Buena gente, ¿habéis visto una muñeca que habla?

–Sí, sí –le dijo uno–, la tiene el rey.

En seguida fue a ver al rey y le dijo:

–Majestad, devolvedme la muñeca que os han traído porque es mía.

–Mira –dijo el rey–, tengo un hijo loco, y si consigues curarlo, te daré la muñeca.

«¡Qué desgraciada soy!», pensó la muchacha, pero quería tanto a su muñeca que se puso en camino con ganas a ver si encontraba alguna solución. Y camina que te caminarás, se encontró ante una puerta: «Llamo o no llamo», pensó, pero al fin se decidió y llamó.

Salió una vieja a quien dijo:

–Abuela, abuela, ¿qué hace usted? ¿Me reconoce? Soy su nieta.

–Sí, sí, te conozco, quédate aquí conmigo –le respondió la vieja.

Aquella mujer era una draga y, mientras decía esto, pensaba en engordarla y comérsela. Viendo la muchacha que la vieja le daba vueltas a una manivela como si fuese un *organetto*, le preguntó:

–¿Siempre da vueltas, abuela? ¿No descansa usted nunca?

–Ay, hija –respondió la vieja–, debo dar vueltas siempre, de noche y de día, porque así vuelvo loco al hijo del rey.

–Pero ¿no duerme nunca? Descanse un poco que sigo yo.

–Entonces coge de aquí –dijo la draga– y da vueltas siempre hacia este lado. Ten cuidado de no dar vueltas hacia el otro porque, si lo haces, el hijo del rey se cura.

–No se preocupe que eso haré –y se puso a dar vueltas justo hacia el lado que no debía, de forma que el príncipe recobró la razón. Después, aprovechando que la draga dormía, rompió la manivela y se fue corriendo al palacio para darle al rey la noticia de que su hijo se había curado y pedirle que le devolviera la muñeca, tal como habían acordado.

El rey, sin embargo, le dijo que lamentaba no poder mantener su promesa porque le había dado la muñeca a su hermano. Pero le escribió una carta, que le entregó a la muchacha, donde decía que aquella chica había devuelto

la razón al príncipe y, por ello, le pedía que le devolviese la muñeca.

En cuanto tuvo la carta en las manos, la hija del comerciante se puso en camino para ir a ver al otro rey, y caminó y caminó hasta que llegó al otro palacio. Cuando estuvo ante su presencia, le entregó la carta. Él la leyó y después dijo:

—Hermosa muchacha, tu muñeca está, como ves, debajo de la cama. Pero si la quieres, antes debes encontrar a un hijo mío que me han robado las hadas y no lo encuentro. Te doy ocho días, y si no lo encuentras en ese tiempo, te encerraré en una mazmorra que hay en el sótano de palacio.

Ella se armó de valor, diciéndose: «Hay que tener paciencia». Y se fue, pero por más que buscó y por más que preguntó, no consiguió encontrar al príncipe. Volvió, pues, desconsolada al cabo de ocho días sin haber tenido suerte. Entonces el rey, enfadado porque no había logrado dar con el príncipe, la metió en la mazmorra del sótano. Allí sólo entraba un poco de luz a través de un ventanuco que había en lo alto de la pared. La muchacha, dolorida, lloraba por sus desgracias y por su triste destino: después de haber salvado a todo un príncipe de la locura, sólo por querer recuperar una muñeca que había hecho con sus propias manos, había ido a parar a aquella prisión sin aire ni luz. «Qué mundo más cruel», pensaba con gran amargura. Mientras reflexionaba, le pareció escuchar una nana. Se quedó quieta, escuchando, conteniendo la respiración, y sintió un ruido que apenas se escuchaba, como si acunaran a alguien.

—Hijo del rey,
por tu belleza
te llevamos
y ahora te acunamos:
a la nana, nana,
a la nana, nana.
Pasa un pájaro y pica la peonía
y este niño ya se dormía.

»Duerme, duerme, duerme un poco más, que dentro de poco volveremos.

La prisionera, escuchando estas palabras, mandó decir al rey que podía encontrar a su hijo y le pidió un hueso. El rey le dio el hueso y le dijo que, si encontraba a su hijo, no sólo le daría un hueso sino que la recompensaría de tal forma que sería feliz para siempre. La muchacha, escuchando estas palabras, se animó, y con el hueso comenzó a excavar en la mazmorra.

Excavó y excavó hasta que hizo un gran foso. Después, como las hadas se habían ido, con mucho cuidado bajó muy profundo y encontró una habitación donde vio una cuna y al hijo del rey dentro.

—Tu padre está muy desolado por haberte perdido. Por eso me manda para que averigüe qué hay que hacer para salvarte.

—Si mi padre quiere que vuelva con él, debe mandar que maten a todos los gallos. Sólo así escaparé de las hadas —respondió aquel niño desde su cuna.

—Está bien —dijo ella—. No te preocupes, yo me ocupo de decírselo a tu padre.

En cuanto el rey supo, gracias a la extraordinaria embajada, la forma en que podía liberar a su hijo, no pudo contener su alegría y en seguida ordenó que liberasen a la chica porque quería oír de sus propios labios la conversación que había tenido con su hijo.

Así la hija del comerciante fue liberada y no volvió a la mazmorra. El rey publicó un bando donde ordenaba matar a todos los gallos, so pena de perder la cabeza. Todos cumplieron lo ordenado porque tenían miedo de perder la cabeza, y el príncipe volvió sano y salvo a su casa.

Cuando la hija del comerciante lo vio llegar, corrió a la presencia del rey y le dijo:

—Ahora que ha vuelto vuestro hijo, debéis devolverme mi muñeca.

Y el rey, que la veía muy lista y muy guapa, le respondió:

—No sólo te daré la muñeca, también te doy a mi hijo por esposo porque te lo has merecido. Os casaréis lo antes posible porque soy viejo y puede que muera cualquier día de éstos.

La joven se alegró de la propuesta del rey, y también se alegró el príncipe. Y comenzaron a preparar la boda. La muchacha mandó decir a sus padres que había encontrado la muñeca y también un marido: el hijo del rey. Cuando sus padres recibieron estas buenas noticias, se alegraron mucho y le mandaron su bendición. Aunque se

pusieron un poco tristes porque vivían muy lejos y no podían llegar a tiempo para la boda.

Así, al cabo de pocos días los dos jóvenes se casaron con gran ceremonia y se celebraron en la corte bailes y fiestas porque el rey, que había creído a su hijo perdido sin remedio y ahora lo había recuperado gracias a aquella mujer, quiso festejar por todo lo alto la liberación y la boda de su único hijo.

Y se divertieron con música y canciones muchos días,
y nosotros nos quedamos con las manos vacías.

La Orca

(calabrés)

Había una vez un rey y una reina que tenían tres hijos varones. Un día, mientras comían requesón, el hijo mayor se cortó un dedo y comenzó a sangrar. La sangre cayó encima del requesón. Cuando vio que su sangre había manchado el requesón, dijo:

–¡Qué belleza! Querría una mujer de sangre y leche.

Y el hermano menor dijo:

–No te preocupes, mañana mismo salgo a buscarte una mujer de sangre y leche.

Y a la mañana siguiente se puso en camino, y caminando caminando llegó a una ermita, llamó a la puerta y una voz le respondió desde dentro:

–¿Quién llama?

–Un cristiano –dijo.

–Si eres cristiano –respondió el ermitaño–, haz la señal de la cruz.

En cuanto la hizo, el ermitaño le abrió. Entró el príncipe, y le explicó por qué se hallaba en aquel lugar. El ermitaño le dijo:

–Toma este tejo, tíralo y síguelo porque, si lo sigues, encontrarás lo que buscas.

El joven le dio las gracias y se fue. Cuando se paró, tiró el tejo y lo siguió. Éste comenzó a moverse y cuando llegó delante de un portón, llamó fuerte, muy fuerte, a la puerta. Se asomó a la ventana una joven que le preguntó:

–¿Qué villanía es ésta? ¿Quién osa llamar con tanta violencia a una puerta que no es la suya?

–No te pongas así, que vengo a buscarte –respondió él.

–¿Qué? ¿Que tú me buscas a mí? –preguntó ella sorprendida.

–Ábreme –respondió él–, y te diré por qué te busco.

Entonces ella bajó, abrió la puerta para dejarlo pasar y subieron al piso de arriba. Se sentaron y el joven le dijo:

–Mi hermano se cortó un dedo y la sangre que le salió manchó el requesón; y le pareció tan bella la mezcla de sangre y requesón que dijo que sólo se casaría con una mujer de sangre y leche. Y esa mujer eres tú. Por eso he venido a llamar a tu puerta. No vengo a cometer ninguna villanía.

–Calla, calla –respondió ella–, porque está a punto de venir mi madre, que es la Orca, y si te encuentra aquí te comerá. Escóndete por ahí y mañana nos vamos.

A la mañana siguiente se fueron y poco después se despertaron el Orco y la Orca que fueron a la habitación de su hija, pero no la encontraron. Y del dolor la Orca se desmayó. Cuando volvió en sí, le dijo a su marido:

–Oh, Rocco, Rocco. Nos han traicionado. ¿Adónde se habrán llevado a nuestra hija? Vayamos a buscarla.

Y salieron volando porque eran orcos y los orcos vuelan. Mientras volaban vieron desde arriba a su hija y al hijo del rey que se alejaban de una ciudad donde habían comprado dos pistolas, un papagayo y un caballo de regalo para el hermano mayor. En cuanto los vieron provocaron una gran tormenta de granizo, rayos y truenos. La Orca gritaba batiendo las alas:

–Oh, Rocco, Rocco.

–¿Qué pasa, mujer?

–El hijo del rey se lleva a nuestra hija, pero peor para él, porque lleva dos pistolas y en cuanto su hermano las coja se dispararán y lo matarán. Y si alguno escucha esto y lo cuenta, estatua de mármol se vuelva.

La hija de la Orca lo escuchó y le dijo al príncipe:

–Estamos perdidos, dicen cosas terribles.

–No te preocupes porque en cuanto llegemos haremos lo que tengamos que hacer.

Continuaron su camino, pero estalló de nuevo otra tormenta con truenos, granizo y viento.

–Nos alcanzan, nos alcanzan –dijo la hija de la Orca.

–Oh, Rocco, Rocco –dijo la Orca.

–¿Qué pasa, mujer?

–El hijo del rey se lleva a nuestra hija, pero peor para él, porque lleva un papagayo y en cuanto intente dárselo a su hermano le arrancará los ojos. Y si alguno escucha esto y lo cuenta, estatua de mármol se vuelva.

–¿No los oyes? –dijo la hija de la Orca–. Estamos perdidos.

–No te preocupes –respondió el hijo del rey–. Haremos lo que tengamos que hacer.

Continuaron su camino y mientras caminaban estalló otra tormenta.

–Oh, Rocco, Rocco.

–¿Qué pasa, mujer?

–El hijo del rey se lleva a nuestra hija, pero peor para él, porque lleva un caballo y en cuanto se lo dé a su hermano y éste intente montarlo lo tirará al suelo y lo matará. Y si alguno escucha esto y lo cuenta, estatua de mármol se vuelva.

Mientras, la joven y el hijo del rey seguían corriendo, pero otra tormenta estalló de nuevo con truenos, granizo y viento.

–¡Es el fin! Mira, van a tirarnos dos piedras enormes –dijo la hija de la Orca.

Y se las tiraron, pero cayeron a su lado y no les hicieron ningún daño.

–Mujer, no podemos hacer nada. Volvamos a casa.

Y así los dos orcos dieron la vuelta y los jóvenes llegaron al palacio real, donde se prepararon grandes fiestas. Después de comer, el joven le dijo a su hermano mayor:

–Te he traído dos pistolas –y en cuanto se las enseñó, las tiró al suelo y las rompió–. También te he traído un magnífico papagayo –le dijo al cabo de un rato.

–Enséñamelo, por favor –le dijo el otro.

Pero en cuanto se lo enseñó, lo cogió por el pico y le retorció el cuello.

–Me estás tomando el pelo –dijo el hermano mayor–. ¿Para qué me has traído los regalos si no me los das?

El otro esperó un poco y luego dijo:

–También te he traído un buen caballo.

–Está bien, dámelo.

Pero en cuanto le mostró el caballo, lo mató de un tiro. El hermano mayor se enfadó, pero no dijo nada. Pasó el tiempo, y su enfado creció porque se daba cuenta de que su mujer se mostraba muy amable con el hermano. Así que en cuanto fue rey, lo primero que hizo fue condenar a muerte a su hermano pequeño. El condenado dijo que, antes de que lo ajusticiaran, quería que lo llevaran a la plaza para poder contar toda la verdad. Y así lo condujeron a la plaza y allí, delante de todos, comenzó a contar la verdad:

–Pueblo mío, debéis saber que le traía yo a mi hermano mayor de regalo dos pistolas, pero mientras volvía a casa, la madre de su mujer, que es la Orca y que nos perseguía con su marido, cuando se dio cuenta de que me llevaba a su hija le dijo a su marido: «Oh, Rocco, Rocco, el hijo del rey se lleva a nuestra hija, pero peor para él, porque lleva dos pistolas y en cuanto su hermano las coja se dispararán y lo matarán. Y si alguno escucha esto y lo cuenta, estatua de mármol se vuelva».

En ese momento las piernas se le volvieron de mármol, y el rey comprendió el extraño comportamiento de su hermano pequeño y dijo:

–Calla, no digas más.

–Tengo que hacerlo. Voy a morir y quiero contar todo –y siguió hablando–. La Orca volvió a decir: «Oh, Rocco, Rocco, el hijo del rey se lleva a nuestra hija, pero peor para él, porque lleva un papagayo y en cuanto intente dárselo a su hermano le arrancará los ojos. Y si alguno escucha esto y lo cuenta, estatua de mármol se vuelva».

Y el torso se le volvió de mármol.

–Calla, calla –dijo el rey.

Pero él siguió hablando:

–La Orca volvió a decir: «Oh, Rocco, Rocco, el hijo del rey se lleva a nuestra hija, pero peor para él, porque lleva un caballo y en cuanto se lo dé a su hermano y éste intente montarlo lo tirará al suelo y lo matará. Y si alguno escucha esto y lo cuenta, estatua de mármol se vuelva».

Y ya no pudo decir más porque la cabeza se le volvió de mármol, y así quedó todo él convertido en estatua de mármol. Su hermano lo metió en una urna y puso dentro a cada lado dos velones, encendidos día y noche, y se pasaba el día allí delante llorando por haber desconfiado de su hermano y haber provocado su muerte. Un día, mientras estaba en el jardín llorando delante de la urna, escuchó una voz que decía:

–Rey, rey, ¿quieres que tu hermano vuelva a ser de carne y hueso?

–Sí, sí –respondió él.

–Pues entonces debes matar a tus hijos y untar con su sangre a tu hermano, sólo así volverá a ser como era.

Y eso hizo, fue a la cama donde jugaban sus tres hijos y los mató a todos. Cuando la mujer volvió a casa y vio a sus tres hijos muertos, cayó al suelo desmayada de dolor. Entonces estalló una gran tormenta con granizo, viento y truenos. El vendaval abrió puertas y ventanas y tembló toda la casa.

De repente entraron la Orca y el Orco, que comenzaron a zarandear a su hija gritando:

–¿Te das cuenta de cómo duele? Así nos dolió a nosotros cuando te fuiste con el hijo del rey. La voz que escuchó tu marido y que le pedía que matara a sus hijos era la mía. Pero ve ahora a la cama donde están tus hijos y verás que están vivos, y también tu cuñado ha dejado de ser una estatua de piedra. Y ahora vivid felices y contentos que nosotros nos volvemos a nuestra casa donde siempre hemos vivido.

La hija habría preferido que se quedasen a vivir con ella, pero ellos no quisieron porque les gustaba vivir en el bosque.

Y vivieron contentos y felices
y nosotros nos quedamos al lado del fuego
porque del frío se nos hielan las narices.

El Culebro

(siciliano)

Había una vez un marido y una mujer que tenían tres hijas: una de seis años, una de cuatro y una de dos. Como eran pequeñas, iban a la escuela, y su maestra era muy joven. Pero sucedió que, antes de que las niñas se hicieran mayores, la madre enfermó y el Señor se la llevó. Sin embargo, antes de morir, llamó a su marido y le dijo:

—Me muero, y tú querrás casarte otra vez. Hazlo sólo cuando este par de zapatos que ves aquí se caigan a pedazos.

Se murió, y el padre y las hijas se quedaron solos. La maestra, viendo que a las niñas se les había muerto la madre, comenzó a hacerles mimos y caricias, y un día le dijo a la más pequeña:

—Rosina, ¿tú me quieres? Si me quieres, dile a tu padre que se case conmigo y así seré tu madre.

La niña le respondió:

—Yo a usted la quiero mucho, pero mi madre antes de morir dijo que mi padre sólo podrá casarse cuando unos zapatos que tenemos en casa se caigan a pedazos.

—¡Tonta! —dijo la maestra—. Coge los zapatos, los mojas y luego los cuelgas, y así los zapatos se pudrirán en seguida, y yo seré tu madre.

La niña le dijo que lo haría y, cuando llegó a casa, se lo contó a sus hermanas. Se subieron a una escalera para coger los zapatos, los mojaron y los colgaron. Después de un tiempo, se pudrieron y se cayeron a pedazos. Cuando la hija mayor lo vio, le dijo a su padre:

—Padre, los zapatos ya se han roto, así que ¿por qué no se casa usted con nuestra maestra, que nos quiere tanto?

Y el padre se casó con la maestra, que no resultó tan buena madre como las niñas pensaban.

Y pasó el tiempo y un día sucedió que en ese reino la reina estaba embarazada y a los nueve meses sintió los dolores del parto. El rey llamó inmediatamente a una comadrona. Y vino la comadrona a asistirle, pero metió las manos y no encontró nada. Llamaron a otra comadrona, que metió las manos y tampoco encontró nada. Y llamaron a una tercera, y tampoco. Así que el rey mandó decir un bando: «Quien ayude a la reina a parir tendrá una gran recompensa».

Cuando oyó esto la madrastra de las niñas, que ya eran mayores, llamó al pregonero y señalando a la hijastra mayor, dijo:

—¡Ésta es comadrona, llévatela, que ella hará parir a la reina!

La muchacha, más muerta que viva, no pudo hacer nada y echó a andar pensando en que de aquélla no salía. Como no sabía qué hacer, pidió que la llevaran a la tumba de su madre, y allí se sentó en la lápida a llorar pidiéndole que la ayudara. En seguida oyó la voz de la madre, que le dijo:

—Te ves así por tu culpa, hija mía, que estuviste dispuesta a hacer lo que esa mujer te pidió con tal de que te quisiera. Pero te diré lo que debes hacer: cuando llegues al palacio, pide que te preparen un barreño con leche y otro con agua, ponte un mandil, ve adonde está la parturienta, mete las manos y dile a la criatura: «Ven aquí, mi niño». En cuanto haya salido, lo lavas en el barreño de agua y luego lo metes en el de leche.

La hija mayor se dirigió al palacio y pidió que le prepararan todo lo que le había dicho su madre. Y cuando dijo: «Ven aquí, mi niño», en lugar de un niño salió una culebra macho. La lavó con agua fresca y después la echó en el barreño de leche. La reina, muy contenta porque todo había acabado bien, le entregó doscientas monedas de oro.

Cuando regresó a su casa, la infame madrastra se guardó las doscientas monedas de oro y siguió tratándola

con desprecio.

Pero volvamos al Culebro. Después de unos días, comenzó a pedir que le dieran de mamar. Entonces llamaron a una nodriza, pero en cuanto lo puso al pecho, el Culebro se lo comió. Y lo mismo sucedió con todas las nodrizas que le trajeron. Así que pronto ninguna quiso ir de nodriza. El rey mandó entonces que se dijera un bando: «Quien quiera ser la nodriza del príncipe tendrá una gran recompensa».

La madrastra llamó al pregonero y, señalando a la hijastra mediana, le dijo:

–Toma, llévate a ésta, que tiene buena leche.

Y le entregó a la muchacha, que no tenía novio, ni mucho menos hijos. La hijastra se dirigió a la tumba de su madre y se sentó en la lápida a llorar. En seguida oyó la voz de la madre, que le dijo:

–Cuando llegues al palacio, pide que te traigan un recipiente de hierro lleno de leche, con un tubo que termine en forma de tetina también de hierro. Esta tetina te la pones en el pecho y se la metes en la boca al Culebro. Y no tengas miedo.

La hija se fue al palacio, hizo que le trajeran el cubo de hierro, preparó todo tal como le dijo su madre y le dio de mamar al Culebro. Éste se agarró con la boca a la tetina y venga mamar. Y así estuvo de nodriza durante más de un año. Y cuando ya estaba a punto de cumplir dos años, un día el Culebro dijo con una voz que daba miedo: «No quiero más teta». A la hija mediana le dieron cuatrocientas monedas de oro y se fue a casa.

La madrastra se quedó con las cuatrocientas monedas y siguió tratándola fatal.

Pasaron algunos años y al Culebro le entraron ganas de casarse. Y como nadie sabía que el príncipe era un culebro, le encontraron una esposa, pero después de la primera noche hallaron a la mujer muerta. Y así sucedía siempre: a todas las mujeres con las que se casaba las encontraban muertas después de la primera noche. Y ¿qué hicieron? Pues lo de siempre: pregonar un bando. Cuando pasó el pregonero por la casa de la madrastra, ésta lo llamó:

–Ven aquí, llévate a mi hijastra pequeña. La mayor lo ayudó a nacer, la mediana lo alimentó y la pequeña se casará con él.

¡Pobre Rosina!, que así se llamaba la pequeña. En cuanto la dejaron con los criados del rey, pidió que la llevaran a la tumba de su madre, igual que habían hecho sus hermanas.

Se sentó en la lápida a llorar y pronto oyó la voz de su madre, que decía:

–En cuanto llegues al palacio, cástate con el Culebro. Cuando os sentéis a la mesa, dale todo lo que tengas a mano. Cuando llegue la hora de acostaros, dí a las damas de la corte que no quieres que te ayuden a desvestirte, que lo harás tú sola. Cuando te quedes a solas con el Culebro, él te dirá: «Desnúdate y ven a la cama». Tú no te desnudarás, sino que le dirás: «Desnúdate y acuéstate tú primero». Apenas hayas dicho esto, verás cómo se quita la primera camisa. Después te volverá a decir: «Desnúdate y ven a la cama», y tú volverás a responder: «Desnúdate y acuéstate tú primero», y verás cómo se quita la segunda camisa. Y así sigues, diciéndole lo mismo cuando te pida que te desnudes y te vayas a la cama, hasta que se quite siete camisas. Entonces se convertirá en el joven más hermoso que hayas visto jamás. Luego os acostáis, y cuando dos horas después él te diga: «Rosina, Rosina, ¿qué hora es?», tú le respondes: «La hora en que mi padre volvía del teatro». Poco después te preguntará otra vez: «Rosina, Rosina, ¿qué hora es?», y tú le contestarás: «La hora en que mi padre se sentaba a cenar». Casi al amanecer te volverá a decir: «Rosina, Rosina, ¿qué hora es?», y tú le contestarás: «La hora en que mi padre pedía que le trajeran un café». Y en cuanto salga el sol te preguntará de nuevo: «Rosina, Rosina, ¿qué hora es?», y tú le contestarás: «La hora en que mi padre pedía el almuerzo». Entonces el príncipe te abrazará y te dirá: «Tú eres mi mujer». Pero ten cuidado, no se lo digas a nadie. Si lo cuentas, estás perdida.

Con estas instrucciones, Rosina se fue al palacio y se casó con el Culebro. Y cuando llegó la noche hizo todo lo que su madre le había dicho:

–¡Desnúdate!

–¡Desnúdate tú!

–¿Qué hora es?

–La hora en que mi padre venía del teatro.

–Tú eres mi mujer.

–Tú eres mi marido.

Al día siguiente Rosina estaba loca de contento. Por el día el príncipe se convertía en Culebro, pero por la noche era un joven hermosísimo.

Al cabo de unos meses la reina no entendía por qué Rosina estaba tan contenta con el Culebro. Pero ella,

cuando la reina le preguntaba, se ponía colorada y no contestaba.

Un día Rosina le pidió a su marido que le concediese una gracia: que se le apareciera al menos una vez de día con aspecto de hombre. Él aceptó y le dijo:

—Mañana asómate a la ventana y verás pasar a un caballero que te saluda con el sombrero. Ése es tu marido, pero ten cuidado de no contárselo a nadie porque, si lo haces, me perderás y sólo podrás volver a encontrarme tras muchas fábulas y cuentos.

Al día siguiente, cuando acabaron de comer, el Culebro desapareció. Rosina se asomó a la ventana junto a la reina. Cuando pasó el caballero y saludó quitándose el sombrero, ella lo saludó con una sonrisa. La reina comenzó a sospechar, la agarró del pelo y la metió dentro gritando:

—¡Ah, traidora, así es como respetas a mi hijo, sólo porque es un culebro!

La pobre Rosina, encontrándose en tal aprieto, olvidó lo que le había prometido a su marido y dijo:

—Majestad, aquel que os parece un extraño es realmente vuestro hijo, que está encantado por culpa de las hadas, y por la noche es un hombre aunque por el día es un culebro.

Esa noche el Culebro no volvió. Entonces Rosina se acordó de la promesa que le había hecho a su marido y se puso a llorar desconsolada. Luego cogió un poco de dinero y se fue. Y caminó y caminó hasta que llegó a un pueblo donde había una hostería, y cuando se acercó a la casa vio que había un cartel que decía: «Tres días de alojamiento gratis a quien cuente fábulas y cuentos». Y allí se puso a trabajar de mesonera porque con tanta gente que iba y venía por la hostería contando historias, quizá un día tuviese noticias de su marido. Y así fue. Un día, después de mucho tiempo, llegó una vieja que contó:

—Fijaos qué cosa tan curiosa vi esta mañana en el campo: vi que de una hendidura en la montaña salía un hermoso joven con un bulto de ropa en la cabeza, que decía: «Ay, por mi mujer me veo así. Si ella estuviese aquí, le daría esta ropa para que atravesase la montaña y se la llevase a las hadas».

—¿Podrías llevarme al lugar donde lo has visto? —preguntó Rosina, pensando que quizá ese joven pudiera ser su marido.

—Sí, señora —y las dos se fueron juntas al campo.

Cuando llegaron cerca del río, la joven se despidió de la vieja y se escondió detrás de un matorral. Al poco, llegó el marido con el bulto de ropa:

—Ay, por mi mujer me veo así. Si ella estuviese aquí, le daría esta ropa para que atravesase la montaña y se la llevase a las hadas.

Nada más decir eso, salió Rosina de su escondite. Él le contó todo lo que le había pasado y lo que había que hacer para liberarlo del encantamiento. Y Rosina, que estaba muy enamorada de su marido, atravesó la montaña entrando por la hendidura y llegó al lugar donde vivían las hadas. Allí le dijo a la reina de las hadas:

—Coja, vuestra señoría, estas ropas, que tuyas son.

—Y ¿qué quieres a cambio?

—Lo que usted sabe.

—Y ¿qué debo darte?

—Lo que usted sabe.

Entre «¿qué quieres?» y «lo que usted sabe» se pasaron todo el día, y ya estaba anocheciendo cuando las hermanas del hada sintieron compasión por Rosina y dijo la más pequeña a su hermana mayor:

—¿Pero no ves cómo ha sufrido la pobre? Dale lo que debes darle y deja que se vaya.

—Si así me lo pides, hermana —respondió la reina de las hadas—, puede coger a su marido y llevárselo.

¡Imaginad lo contenta que se puso! Echó a correr hacia el río, cogió a su marido y en menos tiempo del que tarda en contarse esta historia llegaron a la hostería. A la mañana siguiente partieron hacia el palacio. Cuando llegaron, le contaron a la reina todo lo ocurrido, y fue así como la reina se enteró de que las hadas habían encantado al príncipe en su vientre y que Rosina, por fin, lo había liberado del encantamiento. La reina se arrepintió de haber dudado de ella y le pidió perdón. Rosina la perdonó y

estuvieron siempre contentos y felices,
y nosotros nos quedamos con tres palmos de narices.

Las bolas mágicas

(siciliano)

Había una vez un rey que se creía muy bello y tenía un espejo y siempre decía:

–Espejito que ves mi imagen,
dime si hay otro más bello en algún paraje.

Su mujer lo soportó hasta cuatro veces, pero luego le dijo:

–Rey, calla,
que más hermoso que tú puede que haya.

Entonces el rey le respondió:

–Si dentro de tres días no me dices quién es más bello que yo, mandaré que te maten.

La pobre reina se sintió tan confundida que se retiró a una habitación y allí estuvo sin salir. El tercer día se asomó al balcón. Por allí pasaba una vieja, que le dijo:

–Majestad, dadme una limosna.

–Déjame, ancianita, que bastante pena tengo –le dijo la reina.

–Yo lo sé todo y puedo hacer que se arregle –contestó la vieja.

–Entonces, sube.

La vieja subió y la reina le preguntó:

–¿Qué sabes?

–Sé todo lo que te ha dicho el rey. Y también sé qué debes hacer. A mediodía ve a ver al rey y dile: «Más bello que tú es el hijo del emperador de Francia, hasta tapado con siete velos».

La vieja se marchó y la reina fue a ver al rey y le dijo lo que le había dicho la vieja. El rey contestó:

–Cuando vea si ese que dices es más bello que yo, podrás hacer conmigo lo que te plazca.

Tres días más tarde el rey abandonó su reino con unos pocos soldados y se fue a ver al emperador de Francia. Se presentó ante él y le dijo:

–Querría ver a vuestro hijo.

El emperador le respondió:

–Por supuesto, pero ahora está durmiendo.

Al cabo de un rato lo llevó a la habitación donde dormía su hijo, y cuando le quitó el primer velo, comenzó a salir una luz como nunca había visto. Luego le quitó el segundo y la luz se hizo más intensa. Y así fue quitándole el tercero y el cuarto, hasta que le quitó el último velo, y cada vez los destellos de su belleza crecían más y más, hasta que quedó totalmente al descubierto el príncipe con el cetro en la mano y la espada al cinto. Entonces el rey se quedó deslumbrado por tanta hermosura y cayó al suelo, desmayado, y tuvieron que darle a oler esencias y perfumes para que volviera en sí.

El emperador lo alojó en su palacio durante tres días. El último día el príncipe le dijo a su padre:

–Padre, antes de que se vaya este rey, me gustaría hablar con él.

Así que se pusieron a hablar y el príncipe le dijo:

–Cuando estés en tu casa y quieras verme, cogerás estas tres bolas de oro y las echarás en una palangana de

oro donde habrás puesto tres cuartos de leche pura. Si así lo haces, yo apareceré ante ti como me estás viendo ahora.

El rey cogió las tres bolas, se despidió y se fue. Cuando llegó a su casa, le dijo a su mujer:

—Ya estoy aquí. Haz de mí lo que quieras.

El rey le contó lo que le había pasado y le enseñó las tres bolas. Pero estaba tan triste por no ser el más bello que al cabo de tres días se murió de pena.

La reina sintió gran dolor, pero, cuatro días después de que se hubiera muerto el rey, llamó a su criada de confianza y le dijo:

—Ve a buscar tres cuartos de leche pura.

Cuando trajo la leche, la echó en la palangana y metió dentro las tres bolas. Primero apareció la espada, luego el cetro y por último el príncipe en persona. Hablaron un buen rato, y después el príncipe fue metiéndose de nuevo en la leche hasta desaparecer. Al día siguiente la reina volvió a pedir leche pura y de nuevo apareció el príncipe, y así durante muchos días. Hasta que un día la criada se cansó de traer tanta leche a la reina y se dijo: «Aquí pasa algo raro».

Y ¿qué hizo? Pues rompió un vaso en trocitos pequeñísimos que escondió en el mandil. A la mañana siguiente la reina le pidió lo de siempre: que trajera tres cuartos de leche pura. Pero esta vez la criada echó en la leche los trocitos del vaso roto, así que, cuando la reina echó dentro de la palangana las tres bolas, vio salir la espada y el cetro ensangrentados y después al príncipe chorreando sangre por todas partes porque se había cortado con los trozos de cristal al pasar por la leche. En cuanto la vio, le dijo:

—¡Ay, traidora!

La reina intentó excusarse, pero el príncipe no la dejó decir nada y volvió a su país herido.

El padre mandó leer un bando donde se decía que le daría lo que pidiera a aquel que consiguiese curar a su hijo. Mientras, la ciudad entera se vistió de luto y las campanas tocaban por el príncipe.

La reina, que lo había visto tan herido, se puso en camino hacia la ciudad donde vivía el príncipe disfrazada de pastor. La primera noche la pasó en un bosque, subida a la copa de un árbol que estaba en un claro del bosque. Y allí estaba diciendo sus oraciones cuando hacia la medianoche llegaron al claro todos los diablos del infierno y se sentaron en círculo. El jefe de los diablos se puso en el medio y comenzó a pedir a los diablos que dijese uno por uno todas las fechorías que habían cometido. Cuando le tocó el turno al último, que era el Diablo Cojuelo, el jefe de los diablos dijo:

—Y tú, inútil, que nunca haces nada de provecho, ¿se puede saber qué has hecho?

El Diablo Cojuelo respondió:

—Señor, es verdad que soy un inútil, pero es que hace muchos años que no trabajo. Aunque hoy he hecho una buena...

Y le contó que había hecho que la criada de la reina echase cristales en una palangana donde aparecía un príncipe, y que, de esta manera, lo había herido de muerte.

—Y ahora —continuó—, tiene sólo tres días de vida.

Entonces el jefe de los diablos le preguntó:

—Pero dime: ¿hay algún remedio que pueda salvar a ese príncipe?

El Diablo Cojuelo respondió:

—Lo hay, pero jamás lo revelaré, porque alguien podría estar escuchando.

—Pero imbécil —dijeron todos—, no hay nadie que pueda escucharlo, porque, si lo hubiese, ya se habría muerto del susto.

En resumen, que él que no lo decía, y el jefe de los diablos que sí que tenía que decirlo, y él que no y el otro que sí, hasta que le obligaron a hablar y dijo el remedio:

—A un día de camino de aquí hay un bosque con un convento donde guardan la hierba del cristal. Con un par de alforjas llenas es suficiente, después se machaca en un mortero y el jugo se recoge en una jarra. Cuando se haya rociado al príncipe con este jugo de la cabeza a los pies, se curará y volverá a ser tan bello como era, o más.

Mientras, la reina, que había oído todo lo que había que hacer para que el príncipe se curase, no veía la hora de que se hiciese de día para ir al convento donde tenían la hierba del cristal.

Caminó y caminó hasta que llegó al convento. Allí cogió un par de alforjas de hierba del cristal y se las llevó esa misma tarde. Al día siguiente llegó a la ciudad donde vivía el príncipe y encontró a toda la gente vestida de luto. La reina, disfrazada de pastor, se presentó ante un centinela, pero no la dejaban pasar. Hasta que la oyó el

emperador, que ordenó que dejaran entrar a ese pastorcito. Lo primero que hizo fue pedir al emperador que tirasen todas las medicinas, porque dentro de dos días el príncipe estaría curado.

El emperador, como no sabía qué hacer para curar a su hijo, le dijo que sí, y allí la dejó, después de haber ordenado a los sirvientes que le dieran cuanto pidiera. Pidió que le trajeran un mortero, y en él machacó toda la hierba para extraer el jugo. Luego roció al príncipe con el jugo de la cabeza a los pies. Allí donde le caía esta medicina le sanaban las heridas. Así lo hizo durante todo el día, y el príncipe se recuperaba e incluso se sentía mejor que antes de haberse enfermado, hasta que se curó del todo.

Después mandó que llamaran al emperador y le entregó a su hijo sano y más bello que antes. El emperador quería pagarle dándole enormes tesoros, pero la reina disfrazada de pastor no aceptó nada. Ya se estaba yendo cuando el príncipe le dijo:

—Toma, al menos acepta este anillo como recuerdo.

—Está bien, aceptaré este regalo —contestó, y después se fue.

La pobre reina volvió a toda prisa a su casa. Cuando llegó, en lugar de pedir a la criada que le trajera la leche, ella misma fue a buscarla, limpia y pura. Luego se encerró en su habitación y la echó en la palangana y, como siempre, metió dentro las tres bolas. En cuanto metió las bolas comenzó a salir el príncipe, que, cuando la vio, se lanzó sobre ella. Pero ella se arrojó a sus pies, diciendo:

—No lo hagas, que yo no te he traicionado. Además te he salvado, y ésta es la prueba —y le enseñó el anillo.

Entonces el príncipe se calmó y ella pudo contarle lo que le había pasado y el encuentro con el Diablo Cojuelo. Después el príncipe volvió a su reino a anunciar a su padre que quería casarse. El emperador se puso muy contento y juntos fueron a buscar a la reina.

Y estuvieron todos contentos y felices,
y nosotros comimos un puñado de raíces.

Desgracia

(siciliano)

Se cuenta que había una vez un rey y una reina que tenían siete hijas y la más pequeña se llamaba Desgracia. Al padre le declararon una gran guerra, la perdió, lo echaron del trono y lo metieron en la cárcel. Mientras el rey estaba prisionero, su familia perdió hasta la casa en la que vivían. La reina tuvo que dejar el palacio y se alquiló una casa barata. Y les fue tan mal que casi no tenían ni para comer. Un día pasó un frutero y la reina lo llamó para comprarle dos higos. Mientras los compraba, pasó una vieja que le pidió una limosna.

–Ay, anciana madre –dijo la reina–, si yo pudiese, os daría mucho más que una limosna, pero no puedo porque soy muy pobre.

–¿Y cómo puede ser que seáis tan pobre? –le preguntó la vieja.

–Debéis saber, anciana madre, que soy la reina de España y que por una guerra que le declararon a mi marido he caído en la más negra de las desgracias.

–Pobrecilla... ¿Queréis saber por qué sois tan desgraciada? En casa tenéis una hija que es la causa de vuestra desgracia y no volveréis a tener buena posición hasta que no se vaya.

–¿Decís, acaso, que debo echar a una de mis hijas de casa?

–Sí, señora.

–Y ¿a cuál de ellas?

–Debéis echar a la que duerme con las manos cruzadas. Si lo hacéis, volveréis a tener el reino que habéis perdido.

A media noche, la reina cogió una vela y fue pasando al lado de cada una de sus hijas, y ninguna tenía las manos cruzadas. Hasta que llegó al lado de Desgracia y la vio con las manos cruzadas.

–Ay, hija mía, ¿tengo que echarte justo a ti?

Y mientras decía esto, Desgracia se despertó y vio a su madre con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué le pasa, madre?

–Nada, hija mía, que ha venido una vieja que me ha dicho esto y lo otro y que no volveremos a tener nada hasta que no eche de casa a la desgraciada hija que duerme con las manos cruzadas, y esa hija eres tú.

–¿Y llora usted sólo por eso? –le dijo Desgracia–. No se preocupe que ahora me visto y me voy.

Se vistió, metió cuatro cosas en un hatillo y se fue. Caminó y caminó hasta que llegó a un lugar solitario donde había una casa. Oyó que dentro de la casa tejían y miró dentro. Una de las mujeres que tejían le dijo:

–¿Quieres entrar?

–Sí, señora.

Entró y después se puso a barrer y a trabajar.

Por la noche, las mujeres le dijeron:

–Mira, Desgracia, nosotras salimos todas las noches, así que cuando nos vayamos y tranquilos la puerta por fuera, tú te la trancas por dentro. Y cuando volvamos, tú nos abres. Cuida que nadie robe la seda y los bordados que hemos hecho.

Y se fueron. Llegó la medianoche y Desgracia escuchó un crujido y vio a una mujer que con unas tijeras cortaba toda la tela de oro del telar, y supo que ésta era su mala suerte. Por la mañana llegaron las tejedoras, desatracaron por fuera la puerta y ella desatracó por dentro. Cuando entraron y vieron toda la tela de oro hecha jirones por el suelo, le dijeron:

–¡Ay, desvergonzada, éste es el pago que nos das por todo lo que hemos hecho por ti...! ¡Fuera!

Y con una patada, la echaron a la calle. La desgraciada comenzó a caminar por el campo. Llegó a un pueblo y

se paró delante de una tienda donde se vendía pan, legumbres, vino y muchas otras cosas. Pidió limosna y la dueña de la tienda le dio un buen pedazo de pan, un poco de queso y un vaso de vino. Por la noche, le dio pena y dejó que se quedara a dormir en el almacén, entre unos sacos. Volvió su marido, comieron y se acostaron. Por la noche oyeron un estruendo enorme. El marido se levantó y vio los barriles de vino abiertos y el vino derramado por toda la casa, y a la chica acostada allí en medio.

—¡Ah, desvergonzada, seguro que tú eres la causante de este desastre!

Y cogió un bastón, se lo rompió en la cabeza y la echó. La pobre, llorando, se fue sin saber adónde ir. Cuando se hizo de día, vio en un campo a una mujer que estaba lavando.

—¿Qué me miras? —dijo la mujer.

—Me he perdido.

—¿Sabes lavar?

—Sí, señora.

—Entonces te puedes quedar aquí a lavar conmigo. Yo enjabono y tú aclaras.

La pobre comenzó a aclarar la ropa y después se puso a tenderla. Cuando se secaba, la zurcía, la almidonaba y después la planchaba. Y sucedió que esta ropa era del rey de este reino, y en cuanto éste la vio le pareció que se la habían dejado muy bien.

—Señora Francisca —le dijo a la mujer—, nunca me habéis entregado la ropa tan bien. Por ello, quiero haceros un regalo.

Y le dio diez monedas. Con este dinero, la señora Francisca le compró buena ropa a Desgracia. Después compró un saco de harina e hizo tortas, dos de ellas con granos de anís, que parecían decir: «Cómeme, cómeme». Al día siguiente, dirigiéndose a Desgracia, le dijo:

—Ve con estas dos tortas de anís a la orilla del mar y llama a mi suerte: «¡Eh, suerte de la señora Francisca, suerte de la señora Francisca, suerte de la señora Francisca!», tres veces. La tercera vez que la llames, ella se asomará, entonces le das una torta y la saludas de mi parte. Después le pides que te enseñe dónde está tu suerte, que ella te la enseñará.

Desgracia, poco a poco, se fue a la orilla del mar.

—¡Eh, suerte de la señora Francisca, suerte de la señora Francisca, suerte de la señora Francisca!

Y la suerte de la señora Francisca llegó hasta donde estaba Desgracia, y ésta le dio la torta y la saludó de parte de la señora Francisca. Después le dijo:

—Suerte de la señora Francisca, ¿usted podría hacerme el favor de decirme dónde está mi suerte?

—Escucha lo que debes hacer: ve por este callejón, camina un poco y encontrarás un horno, allí verás a una vieja enclenque, salúdala amablemente y dale la torta. Ella es tu suerte. Aunque se muestre grosera y no la quiera, tú déjale la torta y vete.

Desgracia se fue, llegó al horno, encontró a la vieja y le dio mucho asco verla porque estaba muy sucia, olía mal y era muy fea. Le dio la torta y le dijo:

—Suertecilla mía, cógela.

—Vete, vete, que no quiero la torta —dijo la vieja, y le torció la cara.

Desgracia dejó allí la torta, se fue y volvió con la señora Francisca. Al día siguiente era fin de semana y se pusieron a lavar la ropa. La señora Francisca frotaba y enjabonaba, y ella lavaba y aclaraba. Cuando estuvo seca, Desgracia la remendó y la planchó. La señora Francisca la metió en una canasta y se la llevó al palacio. En cuanto el rey la vio, le dijo:

—Decidme, señora Francisca, ¿cómo es que ahora me traéis la ropa tan limpia y tan bien planchada? —y le dio como recompensa veinte monedas.

La señora Francisca compró harina y anís para hacerle una torta a su suerte y un bonito vestido, un pañuelo, perfume, un peine y otras baratijas para la suerte de Desgracia. Y mandó a Desgracia con el recado de darle la torta y después lavarla, peinarla, perfumarla y vestirla, aunque fuera por la fuerza. Y Desgracia cogió todo y se fue al horno a hacer el recado.

—¡Eh, suertecilla mía, ten esta torta!

La cogió y se puso a frotarla con la esponja y el jabón y la peinó bien peinada.

—Mira, Desgracia —dijo la vieja—, por lo bien que me has tratado te doy esta cajita que te ayudará a conseguir lo que desees.

Era una cajita como de cerillas. Desgracia volvió a casa de la señora Francisca, abrieron la cajita y vieron que

dentro había un palmo de cinta de seda.

«Desde luego», se dijo, «no me imaginaba este regalo». Y lo metieron en un cajón. La semana siguiente lavaron más ropa y la señora Francisca se fue a palacio. El rey estaba muy enfadado porque para acabar el traje de boda de su prometida faltaba un palmo de cinta de seda, y en todo el reino no se encontraba ninguna que fuera igual. En esto entró la señora Francisca y, viendo al rey enfadado, le preguntó:

—¿Qué os sucede, mi rey?

—Pues que me tengo que casar y las costureras no acaban el traje de la novia porque falta un palmo de cinta de seda, y no se encuentra una igual en todo el reino.

—Dejadlo en mis manos, que su majestad no sabe de cintas.

Y ¿qué hizo? Se fue a casa, cogió el trozo de cinta de seda que habían metido en el cajón y se la llevó al rey. ¡Era idéntica al del traje de novia!

—Por este problema que me habéis resuelto quiero pagarle esta cinta a precio de oro —dijo el rey.

Y cogió una balanza y en un lado puso la cinta y en el otro el oro, pero la balanza nunca se igualaba. Cogió una balanza romana y sucedió lo mismo.

—Señora Francisca, decidme qué está pasando. No puede ser que este trocito de tela pese tanto. ¿De qué está hecho?

La señora Francisca, viendo que no tenía salida, le contó todo lo que había sucedido. El rey quiso ver a Desgracia y la señora Francisca la vistió muy guapa con un vestido que le había comprado con el oro y la llevó ante la presencia del rey. En cuanto Desgracia entró en la habitación del rey, hizo una reverencia. ¡Tenía muy buenos modales porque, recordadlo, era hija de un rey! El rey la saludó y le pidió que se sentara. Después le preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy Desgracia, la hija pequeña del rey de España, ese rey que echaron del trono e hicieron prisionero. Mi mala ventura me ha hecho andar perdida por el mundo, sufriendo desprecios y palos.

Y le contó todo. El rey hizo llamar en seguida a las tejedoras y les pagó lo que pidieron, doscientas monedas, por los bordados que la mala suerte les había cortado con las tijeras. Luego les dijo:

—Esta pobre chica que habéis golpeado es la hija de un rey. No se pega a nadie y menos a la hija de un rey. Ale, id en paz.

Después mandó llamar a los que se les habían roto los barriles de vino y les pagó lo que pidieron por los daños sufridos: trescientas monedas. Luego les dijo:

—Otra vez ni se os ocurra pegarle a la gente, y menos a la hija de un rey. Ale, id en paz.

Y dejó a su prometida y se casó con Desgracia, que lavaba muy bien. Y de dama de la corte tomó a la señora Francisca.

Pero dejemos a este rey tan contento, y veamos qué le ocurrió a la madre de Desgracia. Después de que su hija se fuera, la rueda de la fortuna giró a su favor, y entre sus hermanos y sobrinos volvieron a conquistar el reino. La reina y sus hijas volvieron a vivir a su palacio de antes y a vivir con todas las comodidades, pero siempre muy apenadas por la pérdida de Desgracia, porque no volvieron a saber nada de ella. Pero, preguntando aquí y allá, un día averiguaron dónde vivía aquella desgraciada hija. Y le mandaron una carta al rey, quien envió un embajador que les contó todo. Imaginad la alegría de aquella madre. Se puso en camino con caballeros y damas de su corte, y en cuanto llegó al palacio de Desgracia y vio a su hija, se le agarró del cuello y no la soltó nunca más. Después llegaron las hermanas también muy contentas, e hicieron una gran fiesta e invitaron a todo el reino, y se quedaron todos allí felices y contentos de estar otra vez juntos.

Kaukama y kaukam

(maltés)

Había una vez un campesino que quería a su padre como a la luz de sus ojos. Pasó el tiempo y su padre se convirtió en un hombre viejo y decrepito, y el hijo se vio obligado a hacer lo que todo el mundo hacía: poner a su padre en un nicho funerario, incluso antes de que hubiera muerto. Pero no fue capaz de cerrar la entrada del nicho con yeso. Dejó dos agujeros, uno para el aire y otro más grande cerca del suelo para que pudiese comer. Cada día llevaba su rebaño cerca del cementerio para que su padre pudiera chupar la leche de las tetas de las ovejas. Nadie lo sabía y, gracias a ello, el viejo continuó conservando la vida. El campesino tenía fama de ser inteligente y de tener sentido común, tanto que el rey se enteró de ello y decidió probar sus habilidades. Entonces dictó una ley: nadie podía sembrar sus propios campos hasta que no hubiera sembrado la misma extensión de los campos del rey. El campesino tenía tantos campos que apenas podía cultivarlos. «No sé qué puedo hacer, preguntaré a padre cómo salir de esta trampa», se dijo. Fue al nicho y dijo:

–Padre, el rey ha decretado que sólo se pueden sembrar los campos propios cuando se haya sembrado la misma extensión de sus campos.

El viejo contestó desde dentro:

–Compra kaukama y kaukam,
no te preocupes de cuánto cuesten.
Planta alfalfa y trébol
y comienza a arar desde el fondo del campo.
Por la noche cultiva tus campos
y por el día cultiva los del rey.
Compra kaukama y kaukam,
no te preocupes de cuánto cuesten,
porque si pierdes el kaukam y los kaukamas,
te quedas sin nada, sólo con la fuerza de tus brazos.

El campesino hizo exactamente lo que le había aconsejado su padre, cultivar los campos del rey durante el día y los suyos por la noche. Las semillas que sembró crecieron al tiempo, tanto en sus campos como en los del rey. El rey le mandó llamar y le dijo:

–¿Qué es esto? Tus campos crecen al mismo tiempo que los míos.

–Crecen al mismo tiempo, oh rey, porque cuando plantas siempre crece –respondió el campesino.

–Muy bien –dijo el rey–, veo que sabes mucho. Pero hay otra cosa que debes hacer: tienes que venir a mi palacio desnudo y vestido. ¿Queda claro? Ahora vete en paz.

–Bonita paz –susurró el campesino–. A ver qué me dice mi viejo padre.

Se fue al nicho y gritó:

–Padre.

–¿Qué quieres ahora?

–Mire el lío en que me ha metido el rey –dijo el campesino–. Tengo que ir a palacio desnudo y vestido.

–¿Y cuál es el problema? –respondió el padre–. Te quitas la ropa, te atas el fajín alrededor de la cintura, te envuelves en una red de pescador y estarás tanto vestido como desnudo.

–Dios le bendiga, padre –dijo el hijo–. Nos meteremos al rey en el bolsillo.

Hizo lo que su padre le había dicho y fue a palacio a ver al rey, que, riéndose, dijo:

–Has ganado. A ver cómo consigues resolver la siguiente prueba: tienes que venir calzado y descalzo. No creo que esta vez lo consigas.

–Es posible –dijo el campesino, y se fue derecho al nicho de su padre–. Padre, esta vez estamos vencidos: el rey quiere que vaya a verle calzado y descalzo.

–No te preocupes, que así irás –respondió el padre.

–Pero ¿cómo? –preguntó el campesino.

–Corta las suelas de tus zapatos y después pónelos. Así estarás descalzo y calzado.

–Desde luego, no hay nadie como usted en todo el mundo –dijo el hijo, y salió corriendo, como un pájaro vuela al nido.

Cuando el rey lo vio con los zapatos, le dijo:

–Hijo mío, esta vez has perdido.

–Mi señor me ha pedido que me presentase en palacio descalzo pero calzado y así he venido.

–Pero el que está calzado no está descalzo. Tus zapatos puede verlos hasta un ciego. ¿Dónde están tus pies descalzos?

El campesino contestó respetuosamente:

–Con el permiso de su majestad el rey, le enseñaré cómo estoy descalzo.

El rey asintió con un gesto de la cabeza y el campesino levantó primero un pie y luego el otro y le enseñó sus pies descalzos. El rey estaba maravillado:

–No podías haberlo hecho mejor. Pero aún tengo otra prueba: tienes que venir cabalgando y a pie a la vez.

–Esta vez sí que me voy en paz –dijo el campesino.

Se fue, preguntó a su padre y éste respondió:

–Encuentra un caballo del tamaño adecuado para ir montado y con los pies tocando el suelo. Cabalgando de esta manera, vete a ver al rey.

El campesino siguió las indicaciones de su padre y fue a ver al rey. Cuando el rey lo vio cabalgando y a la vez andando con sus propios pies, dijo:

–No hay quien te venza, ¿cómo consigues ser tan listo?

–Gracias a mi padre –dijo el campesino.

–¿Quién es tu padre? –preguntó el rey.

–Un hombre que tiene mucha edad.

–Tráemelo inmediatamente –ordenó el rey.

–¿Cómo voy a hacerlo? –preguntó el campesino–. Mi padre está dentro de su nicho en el cementerio.

–Entonces ¿está muerto? ¡Eres un mentiroso! –gritó el rey–. Ten cuidado, di la verdad y nada más que la verdad a tu rey. ¿Es que acaso pueden hablar los muertos?

–Mi padre no está muerto –dijo el campesino. Y entonces se lanzó a los pies del rey llorando–. Perdóneme, oh rey.

–Te perdono –dijo el rey.

–Por su merced, se lo contaré todo –dijo el campesino–. Cuando mi padre llegó a ser extremadamente viejo, tuve que meterlo en un nicho en el cementerio, pero no me atreví a enterrarlo vivo, así que dejé una abertura para que respirara y cada día llevaba mis ovejas hasta allí para que pudiera succionar su leche.

El rey estaba maravillado. Llamó a todos sus familiares, a su corte, a sus ministros y dijo:

–Escuchad todas las palabras de rey: de hoy en adelante nadie volverá a enterrar vivos en un nicho ni al padre ni a la madre, ya que los viejos pueden ser inútiles para muchas cosas pero siempre son útiles para dar consejos.

Y sus sabias palabras se convirtieron en ley, el campesino sacó a su padre del nicho y desde ese día nadie enterra vivo ni a su padre ni a su madre.

El Hombre del agua

(antigua Yugoslavia)

Había una vez un chico al que le gustaba nadar. Un día, el río se desbordó por las lluvias e inundó los campos próximos, pero él se fue al río a pesar de que su madre y su padre se lo habían prohibido. Cuando llegó, se quitó la ropa y se tiró de cabeza, pero la corriente era muy fuerte y lo arrastró. El chico trató de agarrarse a algo, a lo que fuera, y golpeaba con los brazos, gritando tan alto que el Hombre del agua que vivía en el fondo del río lo oyó. Fue una suerte que lo oyera porque justo en ese momento se le estaba metiendo el agua por la nariz y por la boca, y estaba comenzando a perder el sentido. Cuando el Hombre del agua llegó a la superficie, se encontró al chico sin sentido arrastrado por las olas cada vez más lejos. El Hombre del agua no podía soportar que nadie entrara en su reino bajo el agua vivo, por eso ahogaba a cualquiera que se metiera en el agua. Pero, cuando vio a este niño, no quiso acabar con su corta vida y decidió salvarlo. Además el Hombre del agua se sentía solo en su gran reino y estaba contento de tener la compañía de un chico tan hermoso.

El Hombre del agua cogió al chico en brazos y lo hizo descender a su magnífico castillo bajo el agua, era la primera alma viva que cruzaba su umbral. Dejó al chico en una cama de cristal que estaba en medio de una habitación de cristal, se fue y esperó escondido a que se despertara. El chico volvió en sí y, mirando a su alrededor, se dio cuenta de que yacía en una cama de cristal en medio de una habitación de cristal. Al lado de la cama había una mesa con un montón de juguetes, todos de cristal. El chico estaba maravillado por su belleza y su brillo. Se acercó a los juguetes y empezó a jugar con ellos. En ese momento se acordó de su casa y se puso a llorar. El Hombre del agua se precipitó a su lado y le preguntó:

—¿Por qué estás llorando, chico?

—Me acuerdo de mi casa —respondió el chico, y estalló en un llanto aún más inconsolable.

—¿Es tu casa más bella que todas las riquezas que ves a tu alrededor?

—Mucho más —respondió el chico deshecho en lágrimas.

El Hombre del agua se dio cuenta de que las palabras no servían de nada y se fue, dejando allí al chico, que lloró hasta que se durmió. El Hombre del agua caminó de puntillas hasta su cama y lo llevó a otra habitación.

Cuando el chico se despertó, se encontró en una cama de plata pura que estaba colocada en una habitación de plata. Había junto a la cama una mesa llena de juguetes todos hechos de plata. Maravillado, se acercó a los juguetes y se puso a jugar. Pronto se aburrió. Pensó en su hermanito y en su hermana y en cómo solía jugar con ellos en casa, y se puso a llorar. El Hombre del agua vino corriendo y preguntó:

—¿Por quién lloras, chico?

—Por mi hermano pequeño y mi hermana —respondió el chico llorando aún más fuerte.

Como no podía consolarlo, el Hombre del agua se marchó. El chico lloró y lloró hasta que se durmió. De nuevo el Hombre del agua fue de puntillas hasta su cama y lo llevó a una tercera habitación. Cuando el chico se despertó se encontró en una cama de oro puro que estaba en una habitación de oro. Todo en la habitación era de oro: la mesa, la silla y los juguetes. El chico había oído historias acerca de tesoros de oro: cosas hechas de oro puro que ahora cegaban sus ojos. Encantado, se acercó a los juguetes y empezó a jugar. Entonces se acordó de su padre y su madre y se echó a llorar. El Hombre del agua vino corriendo y preguntó:

—¿Por quién lloras, chico?

—Por mi padre y por mi madre —y estalló en un llanto aún más profundo.

—¿Son una madre y un padre más valiosos que el oro puro? —preguntó el Hombre del agua. Estaba desconcertado porque no sabía qué era un padre, una madre, un hermano o una hermana.

—Mucho más —contestó el chico.

El Hombre del agua se fue y recogió todas las joyas escondidas en las profundidades de su reino bajo el agua. Las dejó caer delante del chico. Era una pila altísima que llegaba hasta el techo, y preguntó:

—¿Quieres a tu padre y a tu madre más que a estas joyas?

El chico tuvo que cerrar los ojos para que no le cegara su brillo. Las joyas lanzaban destellos como el fuego. Contestó:

—Es inútil que intentes ponerles precio a mi madre y mi padre. Los quiero más que a todo el oro y las joyas, más que a cualquier cosa en el mundo.

El Hombre del agua se dio cuenta de que nada podría consolar al chico, así que esperó hasta que se hubo dormido, lo cogió en sus brazos y lo llevó a la orilla del río. Las pobres ropas del chico aún estaban en el lugar donde las había colocado antes de lanzarse al río. El Hombre del agua le llenó los bolsillos de oro y joyas y se fue. El chico se despertó de su sueño y se dio cuenta de que estaba tumbado en la orilla del río. Se puso de pie y se vistió. No sabía muy bien si todo había sido sólo un sueño o si había pasado un tiempo con el Hombre del agua en su reino bajo el agua. Cuando se llevó la mano a los bolsillos, encontró oro y joyas, y entonces supo que no había sido un sueño. Había pasado de verdad. Corrió a casa a ver a su madre y a su padre, a su hermano y a su hermana. Se los encontró llorando porque pensaban que se había ahogado. Cuando lo vieron vivo, se pusieron muy contentos y esta vez también lloraron, pero de felicidad. Gracias al oro y a las joyas dejaron de ser pobres y su vida fue mucho más fácil y feliz. Construyeron una casa nueva tan llena de alegría y de amor como la primera. El chico seguía yendo a nadar, pero nunca después de una lluvia torrencial, y siempre se quedaba en la parte menos profunda, porque sabía que el Hombre del agua nunca aparecería por allí.

El Hombre del agua volvió a su reino acuático con el corazón roto. Había pensado que tenía todos los tesoros del mundo escondidos en su reino y ahora sabía que las personas conocían mayores riquezas: tenían madre y padre, hermanos y hermanas, algo que el Hombre del agua nunca conocería. Estaba tan triste que lloró sin parar durante tres días y tres noches. Mientras duró su llanto, las orillas del río temblaron y las aguas rugieron.

La muchacha más astuta que el rey

(antigua Yugoslavia)

Esto era un hombre pobre que vivía en una gruta y sólo tenía una hija que era muy lista y discreta. Pedía limosna de forma muy educada y enseñaba a su padre el tono que debía emplear para hablar con la gente.

Un día su padre fue a la corte para pedir limosna al rey, el monarca le preguntó quién era y dónde vivía, y se sorprendió de que supiera hablar de forma tan educada y con tanta sabiduría. El mendigo le contestó que su hija era quien se lo enseñaba todo.

—Y tu hija, ¿dónde ha aprendido?

—Dios y nuestra pobreza le han dado a mi hija la sabiduría que tiene.

Entonces el rey le dio al pobre treinta huevos y le dijo:

—Lleva estos huevos a tu hija y dile que los haga empollar. Si los polluelos salen, te recompensaré; si no, te castigaré.

El pobre se fue y llegó llorando a la gruta. Le contó a su hija la entrevista que había tenido con el rey. La joven se dio cuenta en seguida de que los huevos estaban cocidos, así que le pidió a su padre que se fuera a acostar mientras ella pensaba en lo que habían de hacer. El padre obedeció y se acostó. La hija puso una cazuela al fuego con agua y habas verdes. Al día siguiente, cuando su padre despertó, le dijo que cogiera el arado y los bueyes y que fuera a plantar aquellas habas verdes cerca del camino por donde pasaba el rey.

—Cuando vea al rey, padre, coja usted las habas y siémbrelas gritando: «¡Oh, bueyes, que Dios nos ayude para que crezcan pronto estas habas cocidas!». Si el rey le pregunta cómo pueden crecer las habas cocidas, usted le responderá que igual que pueden nacer pollos de huevos cocidos.

El pobre obedeció y se fue a labrar las tierras. Cuando vio al rey, se puso a gritar:

—¡Oh, bueyes, que Dios nos ayude para que crezcan pronto estas habas cocidas!

El rey, sorprendido por esta frase, se paró y le preguntó:

—¿Cómo, pobre hombre, van a crecer estas habas si están cocidas?

—Lo mismo —le respondió él— que pueden nacer pollos de huevos cocidos.

El rey en seguida supo que había sido la muchacha la que le había aconsejado al padre decir aquello.

El rey envió a sus servidores para que le dieran al hombre una madeja de lino y le dijeran que hiciera las cuerdas y velas necesarias para aparejar un barco, y que si no lo conseguía perdería la cabeza.

El pobre volvió a su casa llorando y le contó a su hija el aprieto en el que estaban.

—Vaya a dormir, padre, que yo lo arreglaré todo.

Al día siguiente cogió un pedacito de madera y despertó a su padre diciéndole:

—Dele este pedacito de madera al rey y dígame que haga un huso, un bastidor y todo lo necesario para construir un telar. En cuanto lo tenga listo, yo haré lo que nos ha ordenado fabricar.

El pobre le dijo al rey lo que había pedido su hija. El rey se sorprendió de la astucia de la muchacha. Pensó mucho tiempo en qué debería hacer y al fin le dio una copa.

—Lleva esto a tu hija y dile que seque los mares para que en su lugar surjan campos.

El pobre llegó llorando a contarle a su hija lo que esta vez le había ordenado el rey.

Su hija le pidió que se fuera a dormir y reposara, que ella haría lo que tuviera que hacer.

Al día siguiente despertó al padre y le dio una jarra de un litro.

—Dígame al rey que vacíe con esto todas las fuentes y todos los lagos. Después, yo secaré el mar.

El pobre se fue y le dio el recado de su hija. Esta vez el rey estaba enormemente sorprendido y tuvo que reconocer que la muchacha era listísima. Ordenó que la trajera a su presencia. Cuando el padre y la muchacha

estuvieron delante del soberano, le hicieron una gran reverencia. El rey se dirigió a la joven:

–Adivina qué es lo que llega más lejos.

–El trueno, noble señor –respondió la muchacha–. El trueno y la mentira llegan siempre muy lejos.

El rey se tiró de la barba y, dirigiéndose a sus cortesanos, dijo:

–Adivinad cuánto cuesta mi barba.

Unos decían una cantidad, otros otra, hasta que por fin la muchacha dijo:

–No lo habéis adivinado ni los unos ni los otros. La barba del rey vale tanto como tres lluvias de verano.

La respuesta sorprendió al rey, que, después de reflexionar, dijo:

–La joven tiene razón, ella es quien lo ha adivinado.

Entonces le pidió matrimonio. A él le correspondía casarse con la muchacha más lista del reino.

–Noble señor, que sea según tu voluntad. Solamente te ruego que me firmes un papel donde me autorices a que, si un día ya no me amas y me echas de tu lado, me pueda llevar lo que más ame de tu palacio.

El rey consintió y firmó el papel.

Después de cierto tiempo, el rey se enfadó un día con la reina y declaró:

–Ya no te quiero como esposa, vete lejos de mi palacio.

La reina respondió:

–Noble rey, obedeceré, pero déjame pasar una noche más en el palacio, después me iré.

El rey le concedió lo que pedía, y en la cena ella mezcló con el vino *raki* y otras bebidas perfumadas y se lo ofreció al rey diciendo:

–Bebe, señor, con alegría ya que vamos a separarnos. Créeme, señor, que mañana seré más feliz que cuando vivía en palacio.

El rey se emborrachó y se durmió. La reina preparó una carroza y se llevó al rey a su gruta. Cuando el rey se despertó y vio que se encontraba en una gruta, se sorprendió y exclamó:

–¡Quién me ha traído aquí!

–He sido yo –respondió la reina.

–¿Por qué has hecho tal cosa? ¿No te había dicho que ya no eras mi mujer?

Entonces la reina le mostró el papel firmado diciendo:

–Sí, noble señor, es verdad que lo dijiste, pero lee lo que está firmado por tu mano: puedo llevarme lo que más ame.

El rey sintió una profunda ternura por aquella mujer, la abrazó y ambos volvieron juntos al palacio real.

El diablo y su aprendiz

(antigua Yugoslavia)

Había una vez un campesino que tenía un hijo único. Éste le dijo un día a su padre:

–Padre, ¿qué vamos a hacer? Yo no puedo vivir así. Yo quiero viajar por el mundo y aprender un oficio. ¿No ves, padre, que hoy en día el que sabe un oficio vive mejor que cualquier campesino?

En vano, el padre intentó que renunciara a su propósito diciendo:

–Mira, hijo, que los oficios también dan preocupaciones, deberes y exigen esfuerzos. Además, lamentarás sin duda algún día haber dejado a tu padre solo.

Pero nada pudo hacer cambiar de opinión al joven.

El padre entonces le permitió partir. Poco tiempo después de su partida, cuando se acercaba a un río, se encontró con un hombre todo vestido de verde que le preguntó adónde iba.

–Voy por el mundo buscando un artesano que pueda enseñarme un oficio.

–Yo soy artesano –dijo el hombre vestido de verde–. Ven conmigo a hacer lo que tu corazón desea.

El joven aceptó y, sin dudarlo, siguió al hombre. Después de haber bordeado el río un buen rato, el artesano saltó al agua y se puso a nadar.

–Sígueme.

El joven se negó diciendo que tenía miedo de ahogarse porque no sabía nadar.

–No tengas miedo, tú salta.

El joven saltó al agua y se puso a nadar. Cuando estuvieron en medio del agua, el artesano cogió al chico por el cuello y se lo llevó al fondo.

¡Era el diablo!

Llevó al chico a su palacio y se lo confió a una vieja para que lo instruyera. Luego volvió a la tierra.

Cuando hubo desaparecido, la vieja se quedó a solas con el joven y le dijo:

–¿Te crees, hijo mío, que ese hombre es un artesano como los artesanos del mundo de donde vienes? No, es el diablo, a mí también me engañó y me trajo aquí. Yo también soy un alma bautizada como tú. Pero escucha lo que voy a decirte: te enseñaré todas sus artes y cuando vuelva te preguntará si has aprendido algo. Si te quieres librar de él y volver a tu mundo, responde siempre que aún no sabes nada.

Pasado cierto tiempo, volvió el diablo y preguntó al joven:

–¿Has aprendido algo?

–No, aún nada –respondió él.

Así pasaron tres años. Cada vez que el diablo le preguntaba si había aprendido algo, el aprendiz le respondía invariablemente: «No, aún nada».

Al fin el diablo le preguntó por última vez:

–¿Has aprendido algo?

–No, aún nada –respondió el joven–. Incluso me he olvidado de lo que sabía.

El diablo se enfadó y exclamó:

–¡Si aún no sabes nada, no aprenderás nunca nada! ¡Vete!

El joven, que había aprendido bien el oficio de diablo, salió del agua, nadó hasta la orilla y volvió a casa de su padre. En cuanto lo vio, el padre corrió a abrazarlo.

–Dios mío, hijo, ¿de dónde vienes?, ¿qué has hecho?

–He aprendido un oficio –respondió el hijo.

Poco tiempo después había feria en un pueblo vecino. Entonces el joven dijo:

–Padre, vayamos al mercado.

–¿Con qué?, hijo, no tenemos nada que vender.

–No te preocupes –respondió el hijo.

Y se fueron al mercado. En el camino el hijo le dijo al padre:

–Cuando estemos cerca del mercado, me transformaré en un caballo tan hermoso que no habrá ninguno parecido en todo el mercado. Todo el mundo lo admirará y mi maestro vendrá a comprarme. Te dará todo lo que le pidas, pero tú sobre todo no le des el rozal. En cuanto hayas recibido el dinero, me quitarás el rozal de la cabeza y golpearás la tierra con él.

Cuando llegaron al mercado, el hijo se convirtió en un caballo muy hermoso. El padre lo paseó entre la multitud y todo el mundo se colocó en torno al caballo para admirarlo. Los mercaderes se miraban unos a otros y no se atrevían ni siquiera a preguntar el precio. De pronto apareció el diablo. Se había vestido de turco: llevaba puesto un turbante en la cabeza y su manto le llegaba hasta el suelo. Se acercó y dijo:

–Le compro el caballo, anciano, ¿cuánto pide?

Todo lo que pidió, el turco se lo dio. Cuando la suma estuvo completa, el padre retiró el rozal de la cabeza del caballo y golpeó la tierra con él. Inmediatamente el caballo y el comprador desaparecieron. Con todo el dinero, el padre volvió a la casa donde su hijo le esperaba.

Poco después hubo otro mercado en las cercanías. El hijo le dijo al padre:

–Vámonos al mercado.

El padre, sin preguntar, siguió a su hijo. Cuando estuvieron cerca del lugar, el hijo dijo:

–Me voy a transformar en un puesto de telas. Las telas serán las más ricas y más bonitas del mercado. Nadie podrá comprarlas, pero mi maestro vendrá y pagará lo que le pidas. Sobre todo no le des las llaves, y golpea el suelo con ellas en cuanto tengas el dinero.

Ocurrió lo que el hijo había dicho. Todo el mundo admiró aquellas preciosas telas. El diablo vino al mercado, esta vez también vestido de turco. Se dirigió al anciano y todo lo que éste pidió, el turco lo pagó. En cuanto tuvo el dinero en el bolsillo, el padre golpeó la tierra con las llaves, y en un instante las telas y el comprador desaparecieron. Las telas se transformaron en palomo y el turco se transformó en gavilán que perseguía al palomo. Salieron los dos volando mientras se perseguían. La hija del rey, que había salido a pasear, los miraba, buscando un refugio. El palomo fue como una flecha derecho hacia la joven. Se posó en su mano y se convirtió en un anillo que se deslizó en uno de sus dedos. El gavilán cayó al suelo y se convirtió en un hombre corriente que se dirigió al rey y le suplicó que lo tomara a su servicio.

–Te serviré tres años completos –dijo él–. Y no te pediré ningún pago, ni comida ni bebida ni vestimenta, sólo el anillo que tu hija lleva en el dedo.

El rey aceptó el trato y prometió el anillo como pago por los tres años de servicio. Durante todo ese tiempo la joven llevó el anillo. A ella le gustaba mucho porque durante el día era un anillo pero por la noche se convertía en un joven muy bello. Éste le decía a la joven:

–Cuando llegue el momento en que quieran separarme de ti, no me entregues a nadie, tírame al suelo.

Al cabo de tres años, el rey se presentó ante su hija y le pidió el anillo. Fingiéndose enfadada, lo tiró al suelo. Inmediatamente el anillo se rompió y se transformó en pequeños granos de sémola, y uno de esos granos rodó y se metió debajo del zapato del rey. El diablo se convirtió en gorrión y comenzó a picotear los granos rápidamente. Cuando ya se había tragado todos, se dirigió al zapato del rey para comerse el último grano. De repente el grano se convirtió en un gato que atrapó al gorrión por el cuello...

El aprendiz había vencido a su maestro.

El Salvaje

(antigua Yugoslavia)

Un pope y su criado escalaron un día una montaña muy alta. Viendo que llegaba la noche y que no podrían descender a tiempo, se pusieron a buscar un refugio antes de que oscureciera. Pronto vieron una llama en una gruta no muy lejos de donde ellos estaban. Se dirigieron hacia aquella luz y cuando estuvieron cerca gritaron:

—Buenas noches, ¿hay alguien ahí?

Vieron a un hombre de aspecto salvaje que sólo tenía un ojo en el medio de la frente y le preguntaron:

—¿Nos dejarías entrar para pasar la noche?

El Salvaje respondió que podían entrar. Se levantó, cogió una gran piedra que ni siquiera diez hombres normales podrían alzar, los invitó a entrar en la gruta y, para cerrarla, volvió a colocar la piedra en su lugar. Atizó el fuego y los tres se calentaron. Al cabo de poco tiempo, el Salvaje tanteó el cuello a sus dos huéspedes para saber cuál de los dos hombres era el más gordo. Vio que el pope estaba más rellenito. Lo mató, lo espetó en un palo y lo puso a asar. El criado adivinó lo que le esperaba, pero no podía huir. Cuando el pope estuvo en su punto, el Salvaje invitó al joven a comer. Claro, no tenía muchas ganas. Respondió que no tenía hambre.

—¡Si no lo haces por las buenas, lo harás por las malas! —exclamó el Salvaje.

El joven tenía que hacer lo que le pedía. Se sentó a la mesa, pero mientras el maldito Salvaje engullía un trozo tras otro, él se metía la carne en la boca, pero después la sacaba y la tiraba a un lado.

—¡Come! —no dejaba de gritar el Salvaje—. ¡Que mañana te comeré a ti!

Después de esta copiosa cena, el Salvaje se tumbó al lado del fuego. Mientras, el joven se puso a sacar filo a un palo. El joven explicó que siempre tallaba madera mientras cuidaba a las ovejas, que así se entretenía.

El Salvaje cerró su ojo. El prisionero, pensando en lo que le esperaba al día siguiente, le clavó de un golpe el palo afilado en el ojo al Salvaje y lo cegó. El Salvaje saltó como un loco y dijo:

—¡Me has arrancado el ojo! ¡Qué suerte has tenido que no te he arrancado los dos que tú tienes! Pero, a pesar de todo, no escaparás.

Al día siguiente por la mañana, el Salvaje se aseguró de que la gruta estuviera bien cerrada. Luego se puso a buscar a su enemigo. No lo pudo encontrar, porque la gruta estaba llena de ganado. El joven, cubierto con la piel de una oveja que había matado, se camuflaba entre los animales. Viendo que no podía capturar a su presa, el Salvaje fue hacia la entrada de la gruta, apartó un poco la roca que la cubría y, llamando a su ganado, hizo salir a sus ovejas una a una. El joven se acercó oculto bajo la piel de la oveja y salió. Cuando estuvo fuera con todo el ganado, gritó al Salvaje:

—No busques más dentro, que estoy fuera.

—Toma este palo para conducir tu ganado, ya que sin este cayado las bestias no te obedecerán —ofreció el Salvaje.

El desgraciado joven, sin pensarlo, se acercó para coger el palo, pero, al tocarlo, uno de sus dedos se pegó de tal forma que el Salvaje estuvo a punto de capturarlo. Sabiendo que así lo atraparía, se le ocurrió una idea. Sacó la navajita que llevaba en su bolsillo, se cortó el dedo pegado al cayado y después se escapó y, burlándose del Salvaje, se llevó a todo el rebaño.

El Salvaje, a ciegas, lo persiguió hasta que llegaron cerca de un río. El joven pensó que podría conseguir que su perseguidor se cayera al río. Se puso entonces a dar vueltas a su alrededor silbando y burlándose de él, llevándolo cada vez más cerca del agua. Hasta que se cayó y se ahogó. El joven reunió el rebaño y volvió tranquilamente a casa pero sin el pope y sin un dedo.

Mariceniza

(albanés)

Hubo una vez un hombre que no tenía ningún pariente pero hizo algo de dinero trabajando mucho y consiguió casarse con una mujer discreta y de buena familia. El matrimonio vivió feliz y su felicidad aumentó cuando les nació una hija a la que llamaron María. Pero no les duró mucho porque, cuando la niña tenía un año, la madre murió y el padre se quedó solo con su hija. Como él trabajaba tanto, pensó que lo mejor sería buscarse otra esposa que se ocupase de la niña. Y se casó otra vez.

Su nueva esposa, la madrastra, no quería a María y la cuidaba a regañadientes. Pronto la madrastra se quedó embarazada y tuvo una niña a la que puso de nombre Lilo, y luego otra, a la que llamó Lena. Las tres niñas crecieron y María era cada vez más guapa, y sus hermanastras eran feas y maleducadas. Por ello, el odio de la madrastra también crecía, aunque lo disimulaba delante de su marido porque éste quería mucho a su hija.

Cuando su marido murió y se quedó dueña y señora de la casa, comenzó a hacerles ropa bonita y cara a sus hijas. Sin embargo, a María la vestía con harapos. Mientras sus hijas se daban la gran vida, a María sólo le daban de comer un trozo de pan duro. Cuando salían de paseo, María se quedaba en casa haciendo las tareas más sucias y desagradables, como limpiar la ceniza de la chimenea. Por ello, sus hermanas comenzaron a llamarla Mariceniza. Pero, a pesar de todos estos trabajos, ella seguía siendo más bonita. Y esto enfurecía a la madrastra.

Mariceniza tenía una tía, que era hermana de su madre, a la que a veces iba a ver sin que lo supieran en su casa porque, si su madrastra o sus hermanas se enteraban, eran capaces de castigarla o de pegarle. Cuando iba de visita a casa de su tía, ésta la trataba muy bien y le daba de comer ricas comidas.

Cuando las tres muchachas tuvieron edad para casarse, allá donde iba la madrastra siempre hablaba maravillas de sus hijas, pero de Mariceniza siempre decía: «Mira que le digo que se lave, se peine y se vista bien, pero es tan bruta que prefiere ir siempre sucia y con esos harapos». A pesar de todo, los jóvenes que se acercaban a la casa en busca de una muchacha con la que casarse sólo se interesaban por Mariceniza, y a sus hermanastras no les hacían ni caso. Y esto enfurecía todavía más a la madrastra, que sólo pensaba en la manera de deshacerse de Mariceniza.

Una noche la madrastra mandó a Mariceniza al molino para que los duendes que se reunían allí por la noche la matasen. Antes de irse, la muchacha le pidió a su madrastra:

—Deme una rueca y tres madejas de lino. Así aprovecharé la noche e hilaré mientras espero a que se muele el trigo.

La madrastra le dio lo que pedía y la chica se fue al molino. Cuando llegó, ya había oscurecido por completo. El molinero ya se había ido pero Mariceniza no tuvo ningún problema para entrar porque, como nadie se atrevía a ir al molino por la noche, él siempre dejaba la puerta abierta. Mariceniza entró, encendió la lámpara del molinero, echó su trigo en el molino y se sentó a hilar el lino mientras se molía.

En seguida llegaron los duendes, hicieron un círculo alrededor de ella y comenzaron a cantar a gritos una canción. Poco después dejaron de cantar y le preguntaron:

—¿Qué estás haciendo?

—Algo que me da mucho trabajo.

—¿Y cómo se hace?

Los duendes sólo buscaban una excusa para retorcerle las manos, las piernas, la cabeza. Pero ella comenzó a explicarles con mucha calma:

—Primero se ara la tierra, luego se planta el lino y se riega. Cuando ha crecido, se siega. Se extiende al sol para que seque, se recoge y se ata. Se golpea para quitarle las semillas, se lleva al río y se pone a remojo en agua diez

días. Se recoge y se vuelve a extender hasta que seque de nuevo. Se ata y se lleva a la casa. Se carda y se ata en madejas. Se pone en una rueca y se le da vueltas hasta que el huso esté lleno. Se devana y se hace un ovillo. Se teje, se lava, se corta, se cose, y ya te puedes poner un vestido de lino.

Mientras decía todo esto, los duendes la escuchaban atentamente y se quedaron tan impresionados por todo el trabajo que hacía Mariceniza que la cubrieron de los pies a la cabeza con monedas de oro. En ese momento cantó el gallo y los duendes desaparecieron. Ella paró el molino, cogió su harina recién molida, la metió en un saco que se echó a la espalda y volvió a su casa.

Llegó justo al amanecer. La madrastra y sus hijas todavía seguían en la cama. Cuando la oyeron llegar, la madrastra se levantó de la cama y le abrió la puerta. Al verla, casi revienta de la rabia. La recibió fingiendo amabilidad y le preguntó:

—¿Cómo es que vienes del molino con todo ese oro?

—Me lo dieron los duendes que se reúnen de noche en el molino.

Aquella misma tarde la madrastra dio a su hija Lilo un poco de trigo para que no fuese muy cargada, tres madejas de lino, y la mandó al molino a moler el trigo. Lilo llegó al molino y lo encontró desierto y con la puerta abierta. Entró, puso el trigo en el molino y buscó la lámpara del molinero, tal como Mariceniza le había dicho. Luego puso en marcha el molino. Los duendes llegaron como siempre y comenzaron a cantar a gritos. Cuando descubrieron a Lilo, le preguntaron:

—¿Qué estás haciendo?

—¿Es que no veis que es lino? ¿No tenéis ojos? —respondió Lilo.

Los duendes se enfadaron tanto que le pusieron del revés una mano, con la palma hacia fuera. Después le preguntaron por la rueca y, como ella contestó con la misma mala educación, le pusieron del revés la otra mano. Luego le preguntaron cómo se cultivaba el lino, y le pusieron del revés las piernas, con los pies apuntando hacia su espalda. Hasta que al final le pusieron del revés la cabeza, mirando hacia la espalda. La noche pasó, el gallo cantó y los duendes desaparecieron dejando a Lilo toda retorcida.

Por la mañana el molinero la encontró de esta manera, la subió a su caballo y la llevó a su casa. La madrastra estaba levantada esperando a que llegara cubierta de oro. Así que cuando llegó y la vio toda retorcida, se llevó un gran disgusto. Y aunque llamó a un médico que consiguió enderezarla un poco, nunca tuvo otra vez la cabeza bien puesta en su sitio. Poco después, la madrastra continuó la búsqueda de marido para sus hijas.

Y sucedió que en ese tiempo había un príncipe que no encontraba esposa porque ninguna le gustaba. Y una noche soñó con una muchacha de extraordinaria belleza. Pero ella no le dijo su nombre ni dónde vivía. El príncipe le tomaba en sueños las medidas de su cuerpo y de sus pies para hacerle un vestido de boda y unos zapatos a juego. Cuando despertó, allí encima de su mesilla estaban las medidas de la única mujer que quería como esposa. Mandó hacer el vestido y los zapatos, y también mandó pregonar un bando que comunicara a todos aquellos que tuvieran hijas casaderas que durante quince días estaría en una posada recibiendo a las jóvenes. Tomaría por esposa a la que más le gustase. El príncipe esperaba, de esta manera, encontrar a la joven con la que había soñado. Cuando llegaron estas noticias a casa de la madrastra, ésta y sus dos hijas se pusieron en camino, pero no llevaron a Mariceniza.

En cuanto se marcharon, Mariceniza se fue a casa de su tía con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué estás tan triste, sobrina? —le preguntó la tía.

—Porque no podré ir a ver al príncipe con estos harapos —le respondió Mariceniza.

—Si deseas ir, te daré un vestido —le ofreció su tía.

Y como era un poco bruja, cogió dos ratones, cuatro saltamontes y una calabaza. Convirtió a los ratones en caballos con las bridas de oro, a los saltamontes en cocheros vestidos con trajes de oro y a la calabaza en un lujoso carruaje de oro. Y le entregó a la muchacha un vestido también de oro diciéndole:

—Ahora ya puedes ir. Pero recuerda que tienes que salir de allí media hora antes de la medianoche, porque a las doce los caballos volverán a ser ratones, los cocheros saltamontes y el carruaje calabaza, y tú volverás a estar vestida con tus harapos.

Mariceniza subió al carruaje y partió. Cuando los criados del príncipe vieron que venía una dama tan principal, avisaron al príncipe, que acudió para ayudarla a bajar del carruaje y la condujo al salón donde estaba recibiendo a las jóvenes casaderas. Charlaron durante toda la noche y al príncipe le gustó mucho. Cuando llegó el momento de probarles los zapatos a las jóvenes, el príncipe mandó traer los zapatos y las jóvenes hicieron un círculo en torno a él. El príncipe iba probándoles los zapatos a todas las jóvenes, pero a ninguna le quedaban bien. Tampoco a las

hermanas de Mariceniza, que, a pesar de estar a su lado, no la reconocieron. Cuando le tocó el turno a Mariceniza, le entraron perfectamente como si hubiesen sido hechos a su medida. El príncipe estaba feliz porque la muchacha le gustaba y sólo quería estar a su lado y charlar con ella. Cuando Mariceniza vio que ya eran las once y media, se levantó para irse. El príncipe le rogó que se quedara un rato más, pero ella se fue directa a casa de su tía. Cuando el reloj dio las doce, los caballos se convirtieron en ratones, los cocheros en saltamontes y el carruaje en calabaza, y Mariceniza volvió a estar vestida con sus harapos. Le contó a su tía todo lo que había ocurrido y luego volvió a su casa antes que sus hermanas, se acostó y se durmió.

Cuando las hermanas llegaron, la encontraron en casa, tal como la habían dejado. Y cuando ella les preguntó cómo les había ido con el príncipe, ellas contestaron:

—De maravilla. Hemos visto no sólo a un príncipe sino a toda una princesa que llegó con un vestido de oro en un carruaje de oro. El príncipe la sentó a su lado y ella nos sentó a nosotras a su otro lado. Y le caímos tan bien que sólo quiso hablar con nosotras.

—Me habría gustado ir —contestó Mariceniza—, pero yo no tengo vestidos bonitos. Ni siquiera soy hermosa.

Al día siguiente, la madrastra y las hermanas volvieron a ver al príncipe. En cuanto se fueron, Mariceniza corrió a casa de su tía, que le dio lo mismo que el día anterior. Mariceniza se dirigió a la posada donde se alojaba el príncipe, y éste la recibió y la sentó a su lado y se mostró tan feliz con ella como la noche anterior. Pero el tiempo pasó y cuando llegaron las once y media, Mariceniza se levantó para irse. El príncipe hizo una seña a su guardia, mientras la acompañaba a su carruaje, para que ensillaran sus caballos y la siguieran hasta su casa. Y eso hicieron. La chica se fue directa a casa de su tía, seguida por los de la guardia del príncipe, que vieron cómo entraba en aquella casa y se acercaron a inspeccionar el carruaje, pero justo en ese momento dieron las doce y todo desapareció ante sus ojos. Esperaron ocultos ante la puerta de la casa de la tía, hasta que al cabo de media hora, que fue el tiempo que Mariceniza tardó en contarle a su tía la noche tan fantástica que había tenido, vieron salir a una chica con el mismo rostro que la princesa que venían siguiendo pero vestida con harapos. Ella se dirigió a su casa aprisa y ellos la siguieron sin que ella se diera cuenta. Cuando ella llegó a su casa y entró, ellos hicieron en la puerta una pequeña marca que pasase desapercibida. Después volvieron a la posada donde se hospedaba el príncipe y le contaron todo.

A la mañana siguiente, el príncipe volvió a su palacio y durante dos meses realizó todos los preparativos para su boda. A todo el mundo le extrañaba que preparase su boda cuando ni siquiera había vuelto con una novia. Cuando todo estuvo dispuesto, partió hacia la ciudad donde él sabía que vivía su amada con el vestido de novia y los zapatos que había mandado hacer después de su sueño. Su guardia encabezaba la comitiva. Cuando llegaron, se detuvieron ante la puerta que la guardia indicó y que reconocieron por la señal que aquella noche habían hecho en la madera. El príncipe mandó que rodearan la casa para que esta vez la muchacha no pudiera escaparse y llamó. Salió a abrirles la madrastra, que los condujo dentro muy sorprendida. El príncipe tendió de nuevo los zapatos primero a las hermanas, que no pudieron ponérselos, y luego a Mariceniza, que se los puso y le quedaban tan bien como si hubiesen sido hechos a su medida. Después le entregó el vestido y comprobó que le quedaba como un guante. Cuando la vio así vestida, no tuvo ninguna duda de que era la misma muchacha con la que había soñado y la misma con la que había hablado aquellas dos noches, así que le dijo:

—Por fin te he encontrado. Ven, vayamos a mi palacio y allí tú serás mi esposa y yo seré tu marido.

Cuando las otras hermanas y la madrastra oyeron esto, sintieron que se morían de envidia. El príncipe se la llevó a su palacio, y allí se casaron y se amaron durante mucho mucho tiempo.

El destino siempre te sale al camino

(albanés)

Era y no era un viejo que vivía en un pueblo. Trabajaba día y noche, pero no ganaba ni para un mendrugo de pan.

Un día decidió marcharse para averiguar cuál era su destino y le dijo a su mujer:

–Querría irme para averiguar cuál es mi destino, porque así no puedo vivir.

Y ella le dijo:

–Vé.

Y se fue.

Pronto le salió al camino un lobo, que le preguntó:

–¿Adónde vas?

–Voy a buscar al Señor para que me diga cuál es mi destino –respondió él.

–Pregúntale de mi parte por qué, aunque coma más y más carne, nunca me siento saciado.

El hombre siguió camino y llegó a la orilla del mar. Allí encontró un pez enorme que saltó fuera del agua y le preguntó:

–¿Adónde vas?

–Voy a buscar al Señor para que me diga cuál es mi destino –respondió él.

–Pregúntale de mi parte por qué, aunque estoy dentro del agua día y noche, siempre tengo sed.

El hombre cogió al pez y lo tiró de nuevo al mar. Siguió camino hasta que llegó a una taberna y entró para comer un poco de pan.

El tabernero le preguntó:

–¿Adónde vas?

–Voy a buscar al Señor para que me diga cuál es mi destino –respondió él.

–Pregúntale de mi parte por qué, da igual las semillas que plante, en mi huerto no crece nada.

Y el hombre siguió camino, y caminó y caminó hasta que se le apareció un ángel que le preguntó:

–¿Adónde vas?

–Voy a buscar al Señor para que me diga cuál es mi destino –respondió él.

–Yo soy el Señor –dijo el ángel–. Vuelve a tu casa, que tu destino te saldrá al camino.

–Un lobo me ha pedido que te pregunte por qué, aunque coma mucha carne, nunca se siente saciado –le preguntó el hombre.

–Dile al lobo que hasta que no coma carne humana no se sentirá saciado –respondió el ángel.

–Un pez me ha pedido que te pregunte por qué, aunque está dentro del agua día y noche, siempre tiene sed.

–Dile al pez que hasta que no expulse la piedra preciosa que tiene en el estómago, siempre tendrá sed.

–Un tabernero me ha pedido que te pregunte por qué, da igual las semillas que plante, en su huerto no crece nada.

–Dile al tabernero que hasta que no desentierre un tesoro que hay en su huerto no crecerá ninguna semilla que plante.

El ángel se fue y el hombre emprendió el camino de regreso. Llegó a la taberna y le dijo al tabernero:

–He hecho lo que me pediste, y el ángel me dijo que hasta que no desentierres un tesoro que hay en tu huerto

no crecerá ninguna semilla que plantes.

–Ayúdame a desenterrar el tesoro –dijo el tabernero–. Te daré la mitad.

Pero el hombre dijo:

–No lo haré, me voy porque mi destino me saldrá al camino.

Así que se fue y llegó al mar donde estaba el pez.

–He hecho lo que me pediste, y el ángel me dijo que tienes una piedra preciosa en el estómago y hasta que no la expulses no dejarás de tener sed.

Y el pez se arrastró por la orilla hasta que expulsó la piedra preciosa.

–Coge esta piedra, con ella te podrás comprar un reino entero –le dijo al hombre.

–No lo haré, me voy porque mi destino me saldrá al camino.

Y dejando allí la piedra preciosa, siguió su camino hasta que llegó adonde estaba el lobo.

–He hecho lo que me pediste y el ángel me dijo que hasta que no comas carne humana no te sentirás saciado.

Y el lobo se lo comió. Y el hombre encontró su destino en el camino.

Las hermanas malvadas

(griego)

Había una vez tres hermanas solteras que ya pasaban las tres de los cincuenta. Las dos mayores siempre dejaban a la pequeña encerrada en su cuarto. Ni siquiera podía asomarse a la calle porque la ventana tenía reja. Ellas sí salían y siempre iban muy estiradas y con la cabeza muy alta, como si despreciaran a todo el mundo, y de sus lenguas salía veneno. A veces ni siquiera le llevaban comida y la pequeña, para calmar el hambre, se chupaba el dedo meñique. De tanto como se lo chupó, se le puso blanco como la leche.

Un día en que la pequeña había pasado su dedo meñique entre la reja para ver qué día hacía, el rey pasó por allí, miró hacia la ventana y vio un dedo blanco como la nieve, así que se paró y pensó: «Quien tiene un dedo así de blanco, seguramente será muy hermosa». Y pidió a su séquito que pusieran una marca en la puerta. Al día siguiente, muy temprano, envió al visir a la casa donde habían puesto la marca. El visir llamó a la puerta y la hermana mayor abrió.

—El rey me ha enviado a pedir la mano de vuestra hija, pues quiere casarse con ella —le dijo el visir.

—Dile al rey que yo no tengo ninguna hija.

—¿Cómo que no tienes ninguna hija? El rey ha visto su dedo meñique asomando por la reja.

La mujer se quedó pensando en quién podía ser y de pronto se dio cuenta de que sólo podía tratarse de su hermana pequeña. Así que se le ocurrió dejarla en ridículo. Para ello, le dijo al visir:

—Está bien, se la daré. Pero su piel no ha sido expuesta a los rayos del sol desde que nació, por lo que el sol puede hacerle daño. ¿Podría el rey enviarme una caja donde yo la metería para protegerla en el camino a palacio?

El rey mandó construir una gran caja de oro y se la envió a la mujer. Ella metió dentro a su hermana pequeña, cerró la tapa para que nadie la viera y, cuando llegó el visir, le dijo:

—Llévala a palacio aquí metida y abre la caja sólo dentro de una habitación oscura. No olvides decirle al rey que no encienda la lámpara en su presencia, porque es tan delicada que hasta la luz de una bombilla podría dañarla.

Así lo hicieron: la llevaron a palacio dentro de la caja y la sacaron dentro de una habitación a oscuras para que se echara una siesta.

Cuando llegó la noche y la habitación estuvo tan oscura como la boca de un lobo, el rey llegó a acostarse con la novia. Pero cuando agarró su mano oyó que la novia se quejaba, y cuando acercó sus labios para besarla volvió a oír sus quejidos. El rey comenzó a enfadarse y encendió la luz para ver qué le pasaba a la novia, y en ese momento vio a una anciana sin dientes acostada allí en su lecho nupcial. Así que la tomó en brazos, se acercó a la ventana y la tiró al jardín. La pobre novia se quedó enganchada de las ramas de un árbol, y allí pataleaba intentando desenganchar su camión del árbol cuando acertó a pasar por allí una bruja con sus tres hijas, que todas las noches acostumbraban pasear por los jardines del rey. La bruja tenía una extraña enfermedad y nunca se reía, lo cual causaba un gran pesar a sus hijas, que se esforzaban por contentar a su madre en el más mínimo capricho con tal de hacerla feliz. Cuando la bruja vio a aquella anciana a la luz de la luna, colgando del árbol y balanceándose a un lado y a otro según donde la llevara el viento, estalló en una carcajada tal que se curó de su melancolía. Las hijas estaban tan contentas que saltaban de alegría. Subieron al árbol y desenredaron a la anciana para bajarla de allí.

—Pero ¿qué hacías tú allá arriba? —le preguntaron.

—El rey quiso casarse conmigo, pero, cuando vio que era una anciana, me echó de su cuarto por la ventana —explicó la anciana.

—Has hecho reír a nuestra madre que hacía años y años que no reía. Te estamos tan agradecidas que queremos hacerte un regalo.

–Yo te doy mi belleza –dijo la hija mayor de la bruja.

–Yo te doy mi altura –dijo la hija mediana de la bruja.

–Yo te doy mi larga melena –dijo la hija pequeña de la bruja.

Y así la anciana se convirtió en una anciana de extraordinaria belleza.

Por la mañana el rey abrió la ventana y vio a una bellísima mujer sentada a la sombra del árbol. Sin pensárselo dos veces bajó y le preguntó que quién era.

–Soy la novia que echaste de tu habitación por la ventana.

Al rey todo aquello le parecía tan increíble que se frotó los ojos. Cuando se dio cuenta de que no era un sueño, tomó a la novia por la mano y dio órdenes para que se preparara la boda porque esta vez se iba a celebrar por todo lo alto. La anciana se convirtió en reina y se libró de ese par de víboras que eran sus hermanas.

El matrimonio hadado

(cretense)

Una vez hubo una mujer que deseaba ardientemente tener un hijo. Todos los días ella y su marido le pedían a Dios que les diera un hijo, también hacían ofrendas en el altar del monasterio. Como eran ricos, sus ofrendas eran magníficas. Habían prometido que, si tenían un hijo, la mujer iría a parir a un monasterio que estaba fuera del país y allí lo bautizarían. Pronto la mujer se quedó embarazada y llegó el momento en que debía nacer su hijo. Y se pusieron en camino al monasterio. Cuando aún quedaba mucho, cayó la noche y la mujer no pudo continuar.

–Ten paciencia, pronto llegaremos hasta aquella luz que veo, la gente que vive allí nos acogerá.

Llegaron como pudieron, llamaron a la puerta y salió una vieja.

–¿Querías darnos alojamiento? Así tendrás buena suerte. Mi mujer está embarazada y ha caído la noche.

–Podéis pasar.

Dentro de la casa había otras ancianas sentadas y había lámparas, algunas encendidas y otras apagadas, algunas consumidas a medias y otras totalmente apagadas. Comieron y bebieron y se fueron a dormir, pero el marido no podía conciliar el sueño. Todo el rato oía golpes en la puerta.

–Dios mío, ¿qué está pasando aquí?

Oía todo el rato que alguien llegaba y golpeaba la puerta diciendo:

–Ha nacido una niña pobre, ¿qué le concedéis?

–Este cordón de oro que tengo en mis manos hecho un ovillo será suyo –respondía una vieja.

Al rato volvió a sentir un golpe seco en la puerta, y que preguntaban:

–¿Quién es?

Y oyó a lo lejos:

–Ha nacido una princesa, ¿qué le concedéis?

–Estas cenizas que tengo en mis manos –respondió otra vieja.

Y así toda la noche.

El hombre oyó una voz:

–Y este desgraciado que lleva a su mujer tan lejos a parir, ¿es que no sabe que ella morirá pero la niña vivirá? Desgastará doce pares de sábanas, pero no en un matrimonio honesto.

El hombre comenzó a sudar. Por la mañana él y su mujer se levantaron para irse, pero antes el hombre preguntó a la vieja:

–¿Quiénes sois las que vivís aquí?

–Somos los hados de los hombres. Las lámparas que ardían bien son los hombres con buena salud, las apagadas son los muertos, y las que están a punto de apagarse son los hombres que se están muriendo.

Entonces los dos se fueron al monasterio y allí la mujer tuvo a su bebé y después murió.

«Una de las dos cosas que escuché se ha cumplido. Pero la otra nunca permitiré que pase», dijo el hombre.

Y entonces construyó en un lugar apartado de la ciudad una torre muy elevada y encerró dentro a la niña y a una nodriza para que cuidara de ella. La niña creció hasta convertirse en una joven bellísima que nunca había visto más personas que a la nodriza y a su padre. Pero cerca del lugar el rey construyó una torre y un día la joven vio al hijo del rey:

–¡Oh, nodriza, un monstruo salvaje!

–No, hija mía, no es un monstruo sino el príncipe, un ser humano como nosotras, de lo mejor.

La joven se enamoró de él y el príncipe de ella, y un día lanzó una cuerda y se lo subió a la torre. El asunto duró doce años. Y ocurrió que la joven se quedó embarazada y le llegó el momento del parto. Para que el padre no

oyera ningún ruido, la nodriza trajo retama y la quemó para que el fuego chisporrotease. Pero ¿qué harían más tarde para ocultar al recién nacido?

Pagaron a una vieja y le dieron una cesta cubierta de rosas con el niño dentro junto con todos los regalos que el príncipe le había dado a la joven: un cuchillo, un anillo y una cadena con un candado. A la vieja le dijeron:

—Ve a palacio y grita bien alto: «¡Tengo rosas, bellas rosas para vender!», y cuando te vean en palacio, debes acercarte a la cesta, dejarla allí e irte corriendo.

Y esto fue lo que hizo la vieja. Las personas del palacio cogieron la cesta y ¿qué vieron allí?: al niño con los objetos que pertenecían al príncipe, así que no les cupo ninguna duda de que era hijo suyo. Buscaron a la vieja pero ya no la hallaron en ninguna parte. Entonces el rey publicó un bando con una orden real donde decía que toda mujer, casada o soltera, debía presentarse en palacio para cantarle una nana al niño. Gracias a la nana esperaban saber quién era la madre del niño. Aunque la noticia de la orden real llegó hasta la torre, el padre no le permitió a la joven ir al palacio. Pero era una orden del mismísimo rey y al final también fue ella. Todo el mundo cantó una nana, pero nada, ninguna calmaba al niño, entonces la joven de la torre comenzó a cantar:

—Duerme mi niño nacido
mientras arde la retama.
Duerme mi niño vendido
con las rosas de tu cama.

—¡La joven es la madre del niño! —exclamaron todos viendo que el niño se dormía tranquilo.
Cuando se lo dijeron al padre, sólo pudo decir:

—Lo que el hado ha decretado nada lo puede cambiar.

El príncipe se casó con ella y entonces vivieron muy bien y todavía vivirán mucho mejor. Y yo también estuve allí y me dieron un panecillo, que se comió un perro sin rabo.

El ahijado del rey

(chipriota)

Había una vez un rey que salió para hacer un largo viaje. Subió a bordo de un barco de pesca y levó anclas rumbo a su destino. En la barca sólo iban el rey y uno de sus servidores.

Durante la travesía, la barca comenzó a ir a la deriva y acabó por encallar en la isla de Chipre. En el lugar adonde llegaron no había ni pueblo ni aldea, estaban solos. Era una noche de invierno y hacía frío en aquella orilla desierta. Miraron por aquí, miraron por allá y vieron una luz que brillaba a lo lejos.

—Vamos —dijo el rey a su sirviente—, tomemos ese camino y vayamos derechos hacia esa luz. Encontraremos ayuda, si Dios quiere.

Y llegaron a la cabaña de un pastor.

—Buenas noches, pastor.

—Buenas noches, sed bienvenidos.

Y el pastor mató un cordero para asarlo y agasajar a sus invitados.

Sucedió que aquella misma tarde la mujer del pastor tuvo un hijo y el rey le dijo al pastor:

—Escucha, yo soy rey y vengo de tal país y me gustaría bautizar a tu hijo recién nacido. Después me iré.

—Como guste su majestad —le contestó el pastor.

Al cabo de tres días, el rey bautizó al niño. Y se convirtió en su padrino.

Cuando le llegó el momento de irse, el rey le dio su anillo al pastor y le pidió que le enviase a su hijo cuando llegase a su mayoría de edad. También le dejó una carta donde le hacía una recomendación: cuando fuese de viaje para presentarse ante él, no debería permitir que lo acompañase un cojo, ni un bizco, ni un calvo.

Cuando el chico cumplió dieciséis años, su padre le dijo:

—Hijo mío, coge este anillo y esta carta, ha llegado el momento de que te presentes ante tu padrino el rey.

El chico cogió el anillo y la carta y se puso en camino hacia el palacio de su padrino.

Por el camino se cruzó con un cojo.

—¿Adónde vas, hijo? —le preguntó el cojo.

—Voy a ver a mi padrino el rey —le respondió él.

—Por Dios, buen hombre, ¿podría acompañarte? Me gustaría que el rey me tomase a su servicio.

—Vale, amigo —le respondió—, ven conmigo.

Y el cojo siguió camino con él. Pero como iba arrastrando la pierna tenía que parar cada poco resollando de cansancio.

—Mira, amigo —le dijo el chico—, voy adelantándome y más tarde me alcanzas.

Un poco más allá el chico se cruzó con un bizco.

—¿Adónde vas, hijo? —le preguntó el bizco.

—Voy a ver a mi padrino el rey —le respondió él.

—Por Dios, hijo, ¿podría acompañarte?

—Vale, amigo —le respondió—, ven conmigo.

El chico tenía muy buen corazón y no podía negarse. Pero mientras caminaban el bizco quiso parar para descansar un poco.

—Mira, amigo —le dijo el chico—, voy adelantándome y más tarde me alcanzas.

Y el chico se adelantó. Un poco más allá se cruzó con un calvo, que no tenía ni un pelo en la cabeza.

—¿Adónde vas, muchacho? —le preguntó el calvo.

—Mi padrino el rey me ha dado este anillo y esta carta y voy a presentarme ante él.

–En ese caso –dijo el calvo–, llévame contigo. Si le dices al rey que soy de tu familia, quizá me dé un trabajo.

–Vale, amigo –le respondió–, ven conmigo.

Caminaron y caminaron mucho tiempo hasta que llegaron a una llanura. Tenían sed pero no encontraron agua por ningún sitio. Siguieron caminando hasta que encontraron un pozo. Por suerte había agua, pero estaba muy profunda. El calvo le dijo entonces al chico:

–Mira, bajaría yo, pero tú pesas menos. Yo te sujeto con una cuerda. No tengas miedo, que te sujeto con fuerza.

El calvo ató al chico con la cuerda y éste bajó al fondo del pozo, se soltó la cuerda y la ató a la jarra de agua para subirla, y el calvo bebió.

–Ahora –gritó el chico–, échame la cuerda para que suba yo.

–¿Subir tú? –respondió el calvo–, he sudado sangre para bajarte ¿y ahora quieres que te suba?

El chico lloró y suplicó, pero no hubo nada que hacer.

–Mira –le dijo el calvo–, si me das el anillo y la carta del rey y dices que soy yo su ahijado y que tú eres mi criado, entonces te sacaré del pozo.

¿Qué podía hacer? El chico tuvo que aceptar lo que le proponía el calvo para salvar su vida.

–Júrame –le dijo el calvo– que nunca dirás la verdad.

Y así lo hizo el chico:

–Juro por mi vida que no te denunciaré hasta la muerte.

En cuanto oyó esto, el calvo tiró de la cuerda y subió al muchacho. Después se pusieron en camino y llegaron al palacio del rey.

–Toc, toc, toc –llamaron a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó un sirviente.

–Soy el ahijado del rey –mintió el calvo–. Aquí tengo el anillo y la carta que me dio cuando nací para atestiguarlo.

–Está bien, si eres el ahijado del rey, entra.

El rey se puso muy contento de saber que su ahijado acababa de llegar. Pero cuando se presentaron ante él y los vio, no podía creer que aquel calvo tan feo fuese su ahijado. Él habría preferido tener de ahijado a ese chico tan guapo como un ángel. Pero ¿qué iba a hacer? Le dio al calvo una habitación en el palacio y mandó al chico a las cuadras a cuidar de las vacas. Afortunadamente, con el tiempo el chico se hizo amigo de la vieja criada del rey.

Un día estaba el chico mirando un nido de golondrinas. Con sus grititos, la mamá golondrina reñía a su marido porque había tardado demasiado en traer la comida para sus crías. El chico, viendo la escena, se echó a reír. En ese momento pasaban por allí el calvo y el rey.

–Ve, majestad –dijo el calvo al rey–, se burla de mí porque soy calvo.

–¿Por qué te ríes? –le riñó el rey.

–Majestad –dijo el chico–, me río de que la golondrina regaña a su marido porque ha tardado en traer la comida a sus crías.

–Como entiende el lenguaje de los animales –dijo el calvo–, mandadle a la India a buscar el pájaro de Pipirís.

–Eso, muchacho –dijo el rey–, tráeme ese pájaro o te cortaré la cabeza.

–Iré y lo traeré –dijo el muchacho.

Y se puso en camino con el corazón encogido. Viendo su preocupación, la vieja criada del rey le preguntó que qué le pasaba. El chico le contó su historia.

–...y ahora –concluyó él–, tengo que ir a buscar al pájaro de Pipirís a la India.

–Diablos –dijo la criada–, te envían a la mismísima muerte. Han ido a buscar a ese pájaro cientos y cientos de hombres y todos murieron porque ninguno ha vuelto con él. De todos modos –añadió–, yo sé dónde hay un caballo que, si consigues montarlo, te llevará por los aires hasta la India. Cuando llegues, verás dos hogueras inmensas. Esperarás pacientemente hasta el tercer día, y sólo entonces, cuando se hayan apagado, espolearás a tu caballo para que pase por encima de ellas e irás en busca del pájaro de Pipirís. Su nido está en la rama de un árbol todo de oro; en cuanto lo atrapes, galoparás a todo galope hasta que llegues de nuevo a este palacio.

Todo lo que había dicho la vieja criada era verdad y el chico siguió sus consejos: cabalgó al caballo, voló a la India y esperó tres días ante los fuegos para pasar, luego atrapó al pájaro y se lo llevó con él.

El calvo se asombró mucho de verlo regresar con vida al castillo, pues había pensado que nunca lo volvería a

ver.

Al cabo de unos días, el calvo dijo al rey:

–Padrino, pídele al chico que nos traiga a Blondina, la muchacha de los cabellos de oro.

–¿Qué? –dijo el rey–, no le podemos pedir algo así a este chico. Lo han intentado tantos hombres... y ninguno ha regresado. Blondina ha construido las torres de su castillo con las cabezas de los pretendientes. Y con sus esqueletos ha construido su castillo.

–Seguro que este chico consigue traerla, ya verá –dijo el calvo.

Tanto insistió que el rey mandó traer ante su presencia al chico, y le dijo:

–Ve y tráeme a Blondina.

De nuevo la vieja criada se dio cuenta de la preocupación del chico.

–¿Qué te pasa, muchacho? –le preguntó.

Y él le contó su historia:

–Que me envían para traer a Blondina.

–Ay, hijo mío, qué tarea tan difícil te piden –dijo la vieja–. Te diré qué puedes hacer: pide al rey que te dé cuarenta odres llenos de miel, cuarenta odres llenos de mijo y un saco lleno de monedas de oro. Si haces lo que te digo, todo saldrá bien.

El chico fue en seguida a ver al rey y le pidió lo que le había dicho la vieja.

–Está bien –le dijo el rey–, coge todo lo que necesites.

El chico cogió los odres y el saco, montó su caballo y se puso en camino. Cuando se hizo de noche llegaron a un gran pozo.

–Déjame pastar un poco mientras tú duermes –le dijo el caballo.

El chico se puso a dormir y no había descansado mucho cuando escuchó que su caballo gritaba:

–¡Levántate! Hay unos inocentes en peligro.

El chico se despertó y vio a una serpiente enroscada en un árbol con las fauces abiertas a punto de devorar a las crías de un águila en su nido. El chico trepó al árbol y con un tajo de su espada mató a la serpiente. En esto llegó la madre águila agitando las alas.

–¿Qué haces tú aquí –le gritó al chico–, con tu espada desenvainada? ¿Es que pretendes matar a mis crías?

Y se abalanzó sobre él para sacarle los ojos con sus afiladas garras. Pero entonces los aguiluchos piaron:

–No, mamá. Él nos ha salvado la vida. ¿Ves esa serpiente muerta al pie del árbol? Quería devorarnos y él nos ha salvado.

–Por este bien que me has hecho, ¿qué quieres que te dé? –le preguntó el águila.

–Nada –respondió el muchacho.

Entonces el águila le dijo:

–Coge esta pluma. Cuando necesites mi ayuda, ponla encima de las brasas y yo llegaré volando.

El chico le dio las gracias, cogió la pluma y siguió su camino. Cabalgó y cabalgó hasta que llegó a un bosque donde había un enorme hormiguero.

–Baja de mi grupa –le dijo el caballo– y llévame de la brida para no pisar el hormiguero.

Bajó el chico del caballo para no pisar las hormigas. Cuando salieron del bosque, se encontraron con la reina de las hormigas y un destacamento de hormigas.

–Ey, vosotros –les dijo la reina–, ¿por dónde habéis pasado? ¿No habréis aplastado a mis tropas?

–No –respondió el muchacho–. Pero ¿qué hacéis vosotras tan lejos del hormiguero?

–Tenemos tanta hambre que hemos venido hasta aquí buscando comida, pero no hemos encontrado nada de comer.

Entonces el chico vació los cuarenta odres de mijo que le había pedido al rey. Las hormigas cargaron con todo el grano y reanudaron el camino hacia su hormiguero.

–Por este bien que nos has hecho, ¿qué quieres que te demos? –le preguntó la reina de las hormigas.

–Nada –respondió el chico.

–Coge esta alita –le dijo la reina de las hormigas–. Cuando me necesites, sólo tienes que ponerla sobre las brasas y yo acudiré en seguida.

El chico le dio las gracias, cogió el ala de hormiga y siguió su camino. Cabalgó y cabalgó hasta llegar al mar y siguieron por la orilla, cuando de repente se encontraron con un enorme pez tirado en la orilla. El pobre se agitaba, pero por más que se agitaba no conseguía volver al agua. Estaba a punto de morir cuando el chico

descabalgó, cogió con mucho cuidado al pez y lo echó al agua. El pez, volviendo en sí, le dijo:

–Por este bien que me has hecho, ¿qué quieres que te dé?

–Nada –respondió el muchacho.

–Coge esta escama –le dijo el pez–. Cuando me necesites, ponla sobre las brasas y yo llegaré para ayudarte.

El chico cogió la escama y se la metió en el bolsillo. Después continuó su camino hasta que llegó a un arroyo. Allí vio que la corriente se llevaba un panal de abejas. El chico sacó su espada y con la punta detuvo el panal y lo sacó del agua. Luego volcó los cuarenta odres de miel y las abejas se la comieron toda, y así, bien alimentadas, pudieron reponerse de su desventura.

–Por este bien que nos has hecho, ¿qué quieres que te dé? –le preguntó la reina de las abejas.

–Nada –respondió el chico.

–Coge este aguijón –le dijo la reina–. Cuando me necesites, ponlo sobre las brasas y yo llegaré zumbando.

El chico cogió el aguijón y se lo metió en el bolsillo. Siguió su camino y se encontró con una vieja.

–Dígame, abuela, ¿usted sabe dónde vive Blondina?

–Vive aquí –respondió la vieja–. Pero es mejor que sigas tu camino si no quieres encontrar la muerte en este lugar.

Pero el chico siguió hasta que llegó al palacio y se presentó ante el rey, padre de la princesa Blondina.

–Bienvenido seas –le dijo el rey en cuanto estuvo ante él–, ¿qué te trae por aquí?

–He venido para pedirlos a vuestra hija Blondina.

–Bien –dijo el rey–, te la daré si me traes este anillo que ves en mi mano y que ahora mismo voy a tirar al mar. Si eres capaz de encontrarlo en tres días, mi hija será tuya. Si no, te cortaré la cabeza –y diciendo esto se sacó el sello real del dedo y lo lanzó por la ventana al mar.

El chico salió del palacio y se dirigió con su caballo al mar. Allí encendió un fuego y sobre las brasas echó la escama del pez que se habían encontrado medio muerto por el camino. En cuanto se hubo consumido la escama en las brasas, el pez asomó su nariz en la superficie del agua.

–¿Qué quieres, amigo? –preguntó el pez.

–El rey ha tirado su anillo al agua y me ha pedido que lo encuentre. Si en tres días no lo encuentro, me cortará la cabeza.

–No te preocupes –le dijo el pez–. En tres horas tendrás en tus manos el anillo. Tú siéntate tranquilo en la playa, que yo me ocupo de todo.

Y el pez, que no era otro que el rey de los peces, convocó a todos los peces de la mar y se pusieron a buscar por todos los mares hasta que lo encontraron y se lo llevaron al chico a la playa.

–Toma –le dijo el pez al chico–. Aquí tienes el anillo.

El chico lo cogió y sin más tardanza fue a llevárselo al padre de Blondina.

–Muy bien –dijo el rey–. Pero todavía te queda otra prueba. Voy a mezclar todo el grano que hay en el reino. Si consigues separar el grano mezclado en una noche, te daré a mi hija. Si no lo consigues, te cortaré la cabeza.

Entonces el chico se acordó del ala que le había dado la reina de las hormigas. Hizo un fuego, la echó a las brasas y cuando se hubo quemado por completo apareció la hormiga.

–¿Qué quieres, amigo? –preguntó la hormiga.

–El rey ha mezclado todo el grano del reino. Y ahora quiere que en una sola noche separe lo que él ha mezclado. Si no lo hago, me cortará la cabeza.

–Está bien –dijo la hormiga–. No te preocupes, llamaré a mis tropas y separaremos el grano en menos de tres horas.

La reina de las hormigas llamó a todo el hormiguero y dos horas más tarde estaba todo el grano separado.

Cuando el rey llegó al día siguiente al granero, vio que todo el grano estaba separado: el trigo por aquí, la cebada por allá, el maíz más allá.

–Muy bien –dijo el rey–, lo has logrado de nuevo. Pero todavía hay otra prueba. Si me traes el agua de la vida, entonces te daré a mi hija. Si no consigues traérmela, te cortaré la cabeza.

El chico no sabía qué hacer. Pero se acordó de la pluma del águila, la sacó del bolsillo, encendió un fuego y la echó en las brasas. Cuando se consumió la pluma, llegó el águila.

–¿Qué quieres, amigo? –preguntó el águila.

–El rey me ha pedido que le traiga el agua de la vida. Si no lo hago, me cortará la cabeza.

–No te preocupes –le dijo el águila–. El agua de la vida se encuentra en el interior de una montaña que se abre

y se cierra cuando quiere. Pide que te hagan una copa de oro y ve hasta la montaña que allí te esperaré yo.

El chico pidió que le hicieran una copa de oro con el saco de monedas que había llevado consigo. Y con la copa de oro se dirigió a la montaña. Allí le esperaba el águila. El águila cogió la copa y cuando vio que la montaña se abría, voló hasta el interior y la llenó, para devolvérsela al chico.

Al día siguiente, el chico le llevó al rey la copa de oro llena de agua de la vida.

—Bien —dijo el rey—, veamos si es de verdad el agua de la vida —y cogió una espada y le cortó la cabeza a un súbdito que había por allí. Luego vertió sobre él el agua de la vida y el hombre volvió a su ser como si nada hubiese pasado—. Está bien —dijo el rey—, te daré a mi hija. Pero todavía te queda otra prueba: vendrán a esta habitación treinta y nueve chicas y también mi hija, todas irán vestidas de rojo y tendrán la cara cubierta. Entre las cuarenta deberás escoger, y la mujer que escojas, ésa te llevará.

Entonces el chico se acordó de que aún le quedaba el agujón de la abeja. Lo quemó un poco y en seguida llegó la reina de las abejas.

—¿Qué quieres, amigo? —preguntó la abeja.

—El rey me dará a su hija, pero sólo si la reconozco entre cuarenta mujeres vestidas. Tendré que llevarme a la que elija y tengo miedo de escoger mal y llevarme una mujer equivocada después de tantos esfuerzos.

—No tengas miedo —le dijo la abeja—. Ahora mismo voy a buscar a la princesa y antes de que se cambie de ropa le haré una marca. Después, cuando la pongan con las otras treinta y nueve, volaré encima de ella y así no podrás equivocarte.

Y así hizo la abeja. Salió volando, entró en el palacio y comenzó a revolotear alrededor de Blondina, que estaba cambiándose. La princesa intentó cazarla, pero la abeja no cesaba de revolotear.

—Madre —dijo ella—, parece que hasta las abejas lloran porque tenemos que separarnos.

Después, las cuarenta mujeres se pusieron en fila y el chico vio a la abeja revolotear encima de la primera de la fila. De esta manera supo que aquélla era la princesa.

—Muy bien —dijo el rey—, elige la que tú quieras.

Nuestro amigo fingió dudar mirando a unas y a otras.

—Escojo a ésta —dijo señalando a la primera—, si no es la que yo quería, es porque el cielo no lo ha querido.

El rey se sorprendió mucho al ver que el chico había escogido bien.

—Muy bien —dijo el rey—, el cielo te ha sido propicio, has elegido a mi hija. Tuya es.

El chico se llevó a Blondina con él y sin detenerse en ningún lugar la llevó al palacio de su padrino el rey. En cuanto llegó, el calvo se enamoró de Blondina, así que le dijo al rey para librarse del chico:

—Ahora que Blondina ha llegado, pídele al chico que trepe al manzano para coger las manzanas rojas que crecen en el árbol.

—¡Por Dios, no puedo pedirle eso! Esas manzanas no se pueden coger del árbol, hay que esperar a que se caigan para poder cogerlas. ¿Es que no has visto lo altas que crecen?

—Sí, sí, padrino —dijo el calvo—. Pero este chico ya nos ha demostrado que es capaz de hacer cosas imposibles.

Y en cuanto el rey se fue, el calvo ordenó al chico que trepase hasta lo más alto del manzano para coger la manzana más alta. El chico no pudo negarse. Subió al manzano y cuando estaba cogiendo la manzana más alta, la rama cedió y el chico cayó al suelo con la manzana en la mano y murió en el acto. El calvo vio que se había muerto, y para ocultar el cuerpo cavó una fosa y allí mismo lo enterró. Luego llevó la manzana a Blondina como si la hubiese cogido él.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Blondina al verlo.

—Yo soy el maestro de ese chico que os ha traído aquí, y vuestro futuro esposo.

Entonces Blondina exclamó:

—¡Vete de aquí inmediatamente!

Al escuchar esos gritos, el rey acudió:

—¿A qué vienen esos gritos? —le preguntó a Blondina.

—Llévate a este calvo, que no puedo ni verlo —respondió ella—. Y haz que venga el que me ha traído aquí, porque él y sólo él es mi marido.

—¿Dónde está el chico? —preguntó el rey al calvo.

—Se cayó del manzano y se murió —respondió éste—. Así que lo enterré al pie del árbol.

—Date prisa —le dijo Blondina—, desentiérralo y tráemelo aquí enterito. No te dejes en la tumba ni una uña.

El calvo envió a los criados a buscar al chico muerto.

Cuando lo trajeron ante Blondina, ella cogió el agua de la vida que llevaba en la copa de oro y la echó en el cuerpo del chico muerto. Entonces el chico volvió a la vida.

—Y ahora, calvo, había jurado que no diría la verdad por mi vida y hasta la muerte, pero ahora que ya me he muerto, no tengo que cumplir ya el juramento y diré toda la verdad.

Y el chico contó toda la historia. Cuando acabó de oír el relato completo, el rey ordenó que atasen al calvo a la cola de un caballo y lo arrastrasen por todo el reino. El chico se casó con Blondina y celebraron sus bodas con grandes fiestas. Cuando el rey murió, el chico fue proclamado rey y reinó en aquel país.

El caballo enamorado

(turco)

Me lo creáis o no, hubo una vez en un lejano país un juez sabio que era padre de tres hijas. Y sucedió que este juez tenía un caballo que sólo comía pasas de Corinto y avellanas, y cada vez estaba más flaco y más débil. El juez no entendía qué le estaba sucediendo a su caballo que cada día que pasaba estaba más escuálido. De modo que decidió preguntarle a un hombre que entendía de caballos, y el hombre lo examinó y dijo:

–Tu caballo se encuentra en este estado porque se ha enamorado.

Y decidieron buscarle una esposa. Hicieron desfilar chicas y más chicas delante de él pero el caballo no hacía caso a ninguna. Hasta que les tocó el turno a las hijas del juez. Primero pasó la hija mayor, y nada. Luego pasó la hija mediana, y nada. Por último pasó la hija pequeña, y entonces el caballo comenzó a relinchar.

–Está claro que el caballo ha elegido a su hija pequeña –le dijo el hombre al juez–. No hay más remedio que casarlos.

Al día siguiente todo el mundo se asomó a las ventanas para ver la boda del caballo. Mas cuando cayó la noche y todos los invitados a la boda se hubieron marchado, el caballo comenzó a agitarse y a temblar y se convirtió en un joven y apuesto muchacho que se presentó como el príncipe Tahir.

A la mañana siguiente, cuando la novia se preparaba para ir a los baños, su marido le dijo:

–Ten cuidado cuando vayas a los baños y te encuentres allí con tus hermanas y amigas. Si se burlan de ti porque te has casado con un caballo, no debes revelarles lo que soy en realidad, porque, si se lo cuentas, nunca más volverás a verme.

Pero cada vez que iba a los baños se burlaban tanto de ella que un día acabó por perder la paciencia y les dijo:

–¡Basta ya de burlas! Mi marido no es caballo sino un joven con la piel más blanca que la nieve. Y si no me creéis, esta noche venid a mi casa y podréis verlo.

El marido-caballo supo en seguida que su mujer había revelado el secreto y huyó al lejano país del que procedía. Cuando la mujer volvió a casa, no pudo encontrarlo a pesar de que lo buscó por todas partes. En la chimenea de piedra encontró una carta de despedida de su marido. Con la carta en la mano, se fue a casa de su padre a contarle su triste caso. Éste, en cuanto escuchó lo que le había ocurrido a su hija, le entregó una armadura y un batallón de soldados que la escoltaran. Y la esposa partió. Recorrieron tantos países sin encontrarlo que un día los soldados, agotados, decidieron volver a su casa y dejaron a la esposa sola. Y ella siguió buscando a su marido cada vez más lejos hasta que un día llegó a una extensa llanura donde vio dos casas: una toda ella de plata y la otra de oro.

En ese momento una sirvienta salió de la casa de plata con una copa de plata en las manos y se dirigió a la fuente para llenarla de agua. La esposa la vio y la llamó:

–¡Muchacha de la casa de plata! ¡Muchacha de la copa de plata! ¿Sabrías decirme dónde vive el príncipe Tahir?

Y la sirvienta de la casa de plata respondió:

–Aquella casa de oro de allá es su casa.

La esposa se apresuró hacia la casa de oro y, cuando estuvo cerca, vio que una sirvienta salía de la casa con una copa de oro en las manos y se dirigía a la fuente para llenarla de agua.

–¡Muchacha de la casa de oro! ¡Muchacha de la copa de oro! ¿Sabrías decirme dónde vive el príncipe Tahir?

Y la sirvienta de la casa de oro respondió:

–Ésta es la casa del príncipe Tahir, que se dispone a comer y voy a buscar agua para lavarle las manos.

La esposa le rogó que la dejase tomar un poco de aquella agua pues había hecho un largo camino y tenía

mucha sed. Y mientras bebía, echó dentro de la copa de oro su anillo de boda. Después se la entregó a la sirvienta, que la volvió a poner bajo el chorro de la fuente y regresó con la copa llena a la casa de oro. Comenzó a lavarle las manos al príncipe derramando el agua sobre sus manos, y en ese momento el anillo cayó de la copa y el príncipe le preguntó que cómo había llegado ese anillo hasta allí.

–Seguramente es de una mujer que me ha pedido que la dejara beber de la copa en la fuente –contestó desconcertada la sirvienta.

–Tráela ante mi presencia –ordenó el príncipe Tahir.

La sirvienta salió y llamó a la esposa, que entró y por fin pudo reunirse con su marido. Se abrazaron, pero pronto el príncipe Tahir se separó de ella y le dijo:

–Mi madre es una ogresa y por eso yo soy medio caballo medio príncipe. Si te encuentra aquí, te devorará.

Y la escondió en un baúl justo antes de que su madre llegara.

–¡Huelo a carne humana! –entró gritando la ogresa.

–No, madre, no. ¿Cómo podría un ser humano haber encontrado el camino hasta aquí? –intentaba calmarla el príncipe Tahir.

Y siguieron charlando mientras cenaban hasta que el príncipe Tahir dijo:

–Madre, si en ese baúl hubiese una chica humana, ¿me la darías?

–Pues claro, sería sólo para ti –respondió la ogresa.

Y en ese momento el príncipe Tahir abrió el baúl y salió su esposa. La ogresa no tuvo más remedio que mantener su palabra y se la entregó a Tahir. Pero ella sólo pensaba en deshacerse de la esposa de su hijo. Así que al día siguiente la mandó a casa de unas tías malísimas de Tahir que también eran ogresas para que acabasen con ella. La mandó con el encargo de que le trajera un tambor y una flauta que les había prestado.

Cuando Tahir lo supo, le entregó a su esposa un anillo diciéndole:

–Vete, y cuando llegues y te reciban pon el anillo en la mesa, coge el tambor y la flauta y corre todo lo que puedas.

La esposa partió y llegó a casa de las tías ogresas, que la recibieron, le entregaron los objetos que pedía y la sentaron a la mesa delante de ricos manjares. Mientras ella comía, las tías ogresas se fueron a otra habitación a afilar los dientes. La esposa dejó el anillo en la mesa, tal como le había dicho su marido, y cogiendo el tambor y la flauta echó a correr a toda prisa. Las tías ogresas desde la otra habitación gritaban:

–¿Estás comiendo?

Y el anillo respondía:

–Sí, está muy rico todo.

Cuando salieron de la habitación con los dientes afilados, las tías ogresas no encontraron ni rastro de ella. La esposa volvió a la casa de oro con el tambor y la flauta y se los entregó a la ogresa, que se enfureció como nunca cuando la vio aparecer.

Tahir supo que tenían que irse, así que esa misma noche huyeron. Cuando la ogresa lo descubrió, se montó en una botella y salió detrás de ellos. Y estaba a punto de darles alcance cuando Tahir, de un soplo, convirtió a su esposa en una fuente y él se convirtió en un vaso. La ogresa llegó, llenó el vaso con el agua de la fuente y bebió, pero no los descubrió. Continuaron huyendo, y cuando de nuevo estaba a punto de darles alcance, Tahir, de un soplo, convirtió a su esposa en un jardín y él se convirtió en jardinero. Y la ogresa pasó volando por encima del jardín, le preguntó al jardinero si había visto pasar por allí a una pareja, pero no los descubrió. Continuaron huyendo, y cuando de nuevo estaba a punto de darles alcance, Tahir, de un soplo, convirtió a su esposa en un árbol y él se convirtió en una serpiente enroscada en una rama del árbol. Y la ogresa pasó volando por encima del árbol y la serpiente, pero no los descubrió y, cansada, regresó a su casa de oro.

Tahir y su esposa volvieron al país donde vivía el padre de ella y cuando ya estaban cerca le mandaron aviso de que estaban a punto de llegar. El padre envió una tropa de soldados que los escoltaron hasta su casa, donde vivieron felices y juntos para siempre.

La llave vieja

(turco)

Hubo una gran hambruna en un país, y ese año nadie tenía qué comer. Los campesinos, buscando comida y trabajo, fueron a la ciudad. Entre ellos había un chico guapo y bien parecido que se llamaba Abbas. Su padre y su madre habían muerto cuando era pequeño y él había crecido al cuidado de un granjero. Cuando el hambre llegó, este granjero, como el resto, estaba hambriento y cansado, así que se vio obligado a enviar a Abbas lejos.

Entonces Abbas se fue a las montañas, y subió cumbres y bajó valles, hasta que llegó a una ciudad. Pero allí no encontró alojamiento. En las afueras de la ciudad, entró en las ruinas de un antiguo palacio, donde decidió pasar la noche. Apenas había cerrado los ojos cuando sintió algo pesado sobre los hombros. Abrió los ojos y vio una mano. La mano sujetaba un candil encendido.

Abbas siguió inmediatamente a la mano que llevaba el candil. Salió de las ruinas y entró en un gran palacio. Allí vio una mesa repleta de muchos tipos de comida y comió hasta que estuvo saciado. Apareció de nuevo la mano con el candil, que lo condujo hasta una habitación decorada en la que había un lecho muy bien adornado. Allí se desvistió, se puso la bata de seda que encontró sobre la cama y se acostó. Durmió profundamente hasta la mañana. Entonces la mano apareció de nuevo, y una voz dijo:

—Has hecho bien, joven. Eres muy valiente. Hasta ahora, ninguno de los hombres que han llegado a este lugar se ha atrevido a seguirme. Si duermes en esa cama y tienes paciencia, pase lo que pase, para dormir tres noches, liberarás a la hija de un rey de su cautiverio y sucederás al rey en el trono.

Por liberar a la princesa, Abbas estaba dispuesto a lo que fuera. Esa noche también comió abundantemente en la misma mesa, y se fue a la cama. A la medianoche, las puertas de la habitación se abrieron y entraron varios hombres con palos en las manos, y pegaron a Abbas hasta que no le dejaron un hueso sano en el cuerpo. A la mañana siguiente, la mano apareció de nuevo trayendo medicinas mágicas y comida, que Abbas tomó y pronto se sintió bien. La segunda noche también llegaron los hombres y comenzaron a golpearle, pero Abbas lo aguantó y no profirió ni una queja. Por la mañana, la mano le trajo una vez más medicinas y le curó. La tercera noche le dieron todavía una paliza mayor, pero Abbas otra vez aguantó sin decir ni palabra. A la mañana siguiente, la mano no apareció y él esperó impacientemente. Pronto se abrió la puerta de su habitación y entró una muchacha extremadamente bella que dejó maravillado a Abbas, tanto que no podía apartar los ojos de ella. Nunca antes había visto a una mujer como aquella.

—¿Quién eres? —le preguntó Abbas.

—Soy la hija del rey de Marruecos —respondió ella—. Los yinn me capturaron y me hicieron cautiva en este palacio, y hasta ahora nadie había sido capaz de rescatarme. Todos los hombres salían corriendo después de la primera paliza. He estado prisionera en este palacio mientras mis padres sufrían mi pérdida. Un día, cuando estaba a punto de casarme con el hijo de un rey, iba en un carruaje tirado por dieciocho caballos cuando de repente las siete esferas del cielo se abrieron y un dragón bajó volando hasta mí y me trajo hasta aquí, y aquí he estado desde entonces. Tú has sido el primero que ha soportado los golpes con paciencia. Y por eso el encantamiento que pesaba sobre mí se ha roto. Ahora debo regresar al palacio de mi padre, y tú puedes venir conmigo si quieres.

Tan pronto como dijo estas palabras, ella se desvaneció ante sus ojos y Abbas se encontró de nuevo vestido con sus harapos en las ruinas que había debajo del palacio. Estaba tan confundido que se puso a pensar y decidió buscar hasta que encontrara a aquella bella mujer para seguirla hasta el palacio. Pero no tenía dinero en los bolsillos, así que no tuvo más remedio que ir a pie. Por ello, tardó mucho mucho tiempo.

La princesa llegó a palacio y esperó y esperó a Abbas mucho tiempo. Como no llegaba, acabó por pensar que era un hombre que no cumplía su palabra. Se cansaba de esperar, mirando siempre al camino por donde habría de

llegar Abbas, pero no venía. Al fin la prometieron a un príncipe que desde hacía tiempo deseaba casarse con ella. El día de la boda, mientras entraba en su carruaje de oro, vio a Abbas vestido con sus harapos frente a las puertas del palacio. En seguida supo que era él. Durante todos aquellos meses de espera su amado Abbas había estado caminando. El pobre Abbas la miró con mucha tristeza. Estaba conmovido por haber encontrado a aquella princesa que se le había escapado de entre los dedos. La joven detuvo su carruaje y le dijo a su prometido:

–Hace tiempo perdí la llave de mi caja de diamantes. Mandé hacer una nueva, pero pronto encontré la que se me había perdido. ¿Cuál de las dos debería usar?

–No hay duda de que deberías usar la vieja –respondió el príncipe.

La princesa tomó a Abbas de la mano y se volvió hacia el príncipe.

–He aquí –dijo ella– a quien me refería cuando te hablaba de la llave vieja. Él me rescató del palacio donde estaba cautiva y yo le prometí mi mano. Vete, mi señor, y cástate con otra.

El príncipe se quedó pasmado y no atinó a decir nada a la princesa, el padre tampoco. Al pueblo le gustó que este joven harapiento fuera preferido a un príncipe.

El príncipe dijo a la joven:

–En tus manos está elegir al que va a ser tu marido.

Y ella escogió a Abbas. Así que el rey entregó la mano de su hija a Abbas y juntos tuvieron una espléndida boda.

La cadena de oro

(sirio)

Hace mucho tiempo había una pareja humilde que vivía en una comarca lejana. El hombre era leñador y la mujer se dedicaba a las labores del campo. Tenían dos hijas muy hermosas. Pero mientras que la mayor era egoísta y perezosa, la pequeña era generosa y trabajadora. La mayor era celosa y rencorosa; la pequeña, buena y tolerante. El padre y la madre ya no sabían qué hacer para corregir a su hija mayor.

El padre todos los días iba al bosque antes de que amaneciera y no volvía hasta que anochecía. La hija pequeña le llevaba todos los días una cesta con comida y una jarra de agua, y se quedaba con él haciéndole compañía hasta que acababa de comer.

Un día en que la hija pequeña atravesaba el bosque para ir a llevar a su padre la comida, se encontró con una vieja muy vieja, encorvada por el peso de los años y agotada de tanto caminar, que le pidió que le diera de beber. La hija pequeña sonrió, la ayudó a sentarse y le acercó a los labios la jarra de agua que llevaba para su padre de forma que pudiera beber. La vieja suspiró aliviada y satisfecha al ver a aquella joven tan amable que hasta le ofreció el brazo para ayudarla a levantarse de nuevo.

La hija pequeña se despidió, cogió la cesta y la jarra, y se disponía a marcharse cuando la vieja la sujetó por el brazo y, metiéndose la mano debajo de la camisa, sacó una bolsita de tela usada, la abrió y sacó una cadena de oro que le puso al cuello a la hija pequeña.

—¡Abuela! —dijo ella—. ¡Guárdese su cadena de oro! Podría hacerle falta. No puedo de ninguna manera aceptarla.

—Eres una chica muy amable y quiero hacerte un regalo. A mi edad yo ya no necesito estos adornos. Además, hace muchísimo tiempo que no me la pongo. Cógela, me gustaría que fuese para ti. Seguro que te queda muy bien.

La vieja se dio la vuelta y, sonriendo, desapareció en la espesura del bosque. La hija pequeña llegó al lugar del bosque donde su padre estaba cortando árboles y, mostrándole la cadena, le contó lo que le había ocurrido con la vieja.

—¡Qué bonita tu cadena! —exclamó el padre—. Pero recuerda que se ayuda a la gente no para obtener una recompensa sino porque es lo que debemos hacer y también porque es bello y bueno hacerlo.

La hermana mayor no se puso tan contenta cuando supo que su hermana pequeña había conseguido una cadena de oro, así, sin ningún esfuerzo. Se puso tan celosa y tan enfadada que hasta le tiró de los pelos a su hermana pequeña.

Al día siguiente quiso la hermana mayor ser ella quien le llevase a su padre la cesta con la comida y la jarra de agua. Pero por más que esperó y esperó, la vieja no apareció. Llegó tan tarde a darle la comida a su padre que el pobre hombre aquel día se tomó la comida fría y seca.

Siguió yendo la mayor a llevarle la comida a su padre por ver si se encontraba con la vieja, y un día por fin se la encontró. La vieja le pidió de beber y ella, con un gesto brusco, le lanzó sin mirarla la jarra, que a punto estuvo de caerse y romperse si no hubiese sido porque la vieja la cogió como pudo. La vieja tomó unos sorbos de la jarra mientras la hermana mayor la miraba ceñuda y con los labios apretados. Cuando acabó de beber, le devolvió dulcemente la jarra a la hermana mayor, que le dijo:

—Mira esta vieja, casi no ha dejado nada en la jarra. Hala, dame una cadena igualita a la que le diste a mi hermana pequeña.

—Claro —respondió la vieja—. Te daré la cadena que te mereces.

Y se metió la mano por debajo de la camisa y sacó una bolsa de tela usada, la abrió y sacó una cadena parecida

a la de su hermana, que le puso al cuello a la hermana mayor.

–Ayúdame a levantarme –le pidió la vieja.

La hija mayor miró con desprecio a la vieja, que intentaba levantarse sin conseguirlo, mientras acariciaba la cadena que tenía al cuello.

–Menéate un poco, vieja. Levántate tú sola o muérete aquí mismo. ¿Ayudarte yo, después de haberme hecho esperar tanto?

Y volvió a su casa, corriendo como alma que lleva el diablo y olvidándose la cesta con la comida para su padre en el bosque.

El padre la esperó y la esperó, y como no llegaba, se tumbó en la hierba a dormir la siesta sin comer.

La hermana pequeña, viendo que su hermana mayor volvía tan pronto del bosque y se ponía a mirarse la cadena delante del espejo, sin preocuparse de nada más, comprendió que su hermana se había olvidado de llevarle la comida a su padre. Corrió al bosque y en el lugar que su hermana le había indicado encontró la cesta con la comida y la jarra. Las cogió y de prisa se las llevó a su padre. Pero cuando llegó estaba casi oscureciendo y el padre había acabado ya su trabajo y se disponía a volver a casa.

–Perdona a mi hermana mayor –dijo la pequeña– por haber olvidado traerte la comida.

Y volvieron a casa. Cuando llegaron, allí seguía la hermana mayor delante del espejo.

Pero a medianoche todos se despertaron sobresaltados por los gritos de la hermana mayor. Y cuando acudieron a su habitación todavía fue mayor el horror, pues allí se encontraron con que la cadena de oro de la que tanto había presumido la hermana mayor se había convertido en una enorme serpiente negra que se le enroscaba alrededor del cuello, el pecho y el vientre y, apretándola cada vez más fuerte, abría sus fauces para clavarle los dientes en la nuca.

La hermana mayor intentaba en vano deshacerse de aquel abrazo mortal debatiéndose y gritando con todas sus fuerzas. Pero la serpiente lentamente cumplía con su trabajo destructor. El padre tiraba con todas sus fuerzas de la serpiente para liberar a su hija, pero la serpiente, con un golpe violento de la cola, lo tiró contra la pared, donde cayó desmayado. La madre y la hermana pequeña gritaban inútilmente. La hermana mayor no podía casi respirar y comenzaba a quedarse sin fuerzas y a ponerse azul. Cuando ya había cerrado los ojos y se abandonaba a la muerte, se abrió la puerta y entró la vieja con un paso decidido y firme. Se acercó a la bestia y le clavó las uñas en la cabeza. La serpiente aflojó su abrazo, se desenroscó de la hermana mayor y cayó como una cuerda floja en la cama y en el suelo de la habitación. La vieja comenzó a masajear a la hermana mayor, que volvió poco a poco en sí, lo mismo que su padre, desmayado contra la pared. Luego les dieron a ambos agua fresca para que se repusieran.

Y después de esto, no sabemos si la hermana mayor se volvió menos egoísta y perezosa, celosa y rencorosa, pero de lo que sí estamos seguros es de que nunca olvidó a la negra serpiente.

La hija del genio

(sirio)

Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, tres hermanas que no tenían ni padre ni madre. Trabajaban todo el día hilando lana y una vez por semana la mayor iba a vender la lana al mercado y con el dinero que ganaba compraba comida.

Un día entre los días estaban las tres en casa a la hora en que el muecín llama a la oración del atardecer y la mayor dijo a la pequeña:

—Levántate y enciende la lámpara de aceite.

La pequeña buscó por todas partes en la casa las cerillas, pero no las encontró, así que cogió la lámpara y subió a la terraza para pasar a la de los vecinos y pedir fuego. Saltando de terraza en terraza se encontró en una que le era desconocida donde lucían cuarenta y una lámparas: cuarenta pequeñas y una grande. La pequeña se aproximó a la lámpara grande y encendió la suya con el fuego de aquella.

—Puesto que has encendido tu lámpara con mi llama, tendrás un hijo mío —oyó que le decía una voz.

Apretó la lámpara contra su pecho y sin preocuparse más por aquellas palabras que había escuchado, volvió a su casa. En cuanto llegó, sus hermanas le preguntaron:

—¿Dónde has estado? ¡Nos dejas a oscuras y te vas de visita a casa de los vecinos!

—No, por Dios, hermanas, no me he ido a casa de los vecinos, sólo he ido a buscar fuego para encender nuestra lámpara, pero me ha pasado algo muy extraño. Salté a la terraza de los vecinos desde la nuestra para ir a buscar fuego, pero de pronto me encontré en una terraza que no conocía donde había cuarenta y una lámparas. Había una tan grande que no cabría dentro de la cazuela más grande que tenemos. Acerqué mi lámpara para encenderla y escuché una voz que salía de allí y que me decía: «Puesto que has encendido tu lámpara con mi llama, tendrás un hijo mío».

—¿De verdad? —se burlaron sus hermanas—. ¿Desde cuándo hablan las lámparas?

Y no quisieron saber nada más de aquel extraño asunto.

Seis meses más tarde, pudieron comprobar que lo que había dicho su hermana era cierto, porque su vientre creció como el de las mujeres embarazadas. Pasaron tres meses más en los que las tres hermanas no dejaron ni un momento de lamentarse de su mala suerte, hasta que una tarde entre las tardes en que las tres estaban sentadas en la oscuridad se abrió la pared y por el hueco entró un genio que las saludó solemnemente:

—La paz sea con vosotras.

Las hermanas cayeron desmayadas al suelo del miedo. El genio fue a buscar agua y les roció el rostro hasta que volvieron en sí.

—No tengáis miedo —las tranquilizó—, yo soy el marido de vuestra hermana pequeña. Han pasado ya nueve meses y ha llegado la hora de que nazca mi hijo. He venido para asistirle en el parto —y sacando un cuchillo de su pecho, abrió el costado de la hermana pequeña y dijo—: Ven, hija mía.

Una niña pequeña salió del costado de su madre. El genio se dirigió entonces a la madre:

—Tendrás todo lo que desees. Cuando quieras algo, sea lo que sea, sólo tendrás que pensar en ello y tu deseo se hará realidad. No tendrás ya que lavar ni hilar la lana. Y ahora me voy, pero volveré dentro de quince años.

Y el genio se despidió y se fue.

La hermana pequeña crió a su hija durante quince años, y no le faltó de nada. Sólo tenía que desear lo que necesitara, y aparecía inmediatamente ante ella.

Un buen día, cuando ya tenía quince años, la hija le pidió a su madre que dieran un paseo juntas. Fueron paseando hasta la orilla del río, donde se sentaron a descansar. La hija se acercó al río para lavarse las manos, y

cuando las metió en el agua, se le cayó una pulsera de oro y diamantes. Desconsolada, se puso a llorar. Su madre trató de consolarla:

—No te pongas triste. Mañana iremos al joyero y le encargaremos una pulsera idéntica. Y ahora vayámonos a casa.

Un poco más tarde, el hijo del rey, que paseaba también por aquellos parajes, se sentó a la orilla del río y vio algo que brillaba en el agua.

—Acércate al agua y coge esa pulsera —ordenó a uno de sus sirvientes.

El sirviente cogió la pulsera y se la llevó al hijo del rey:

—¡Ah! No merecen mis suspiros ni la plata ni el oro, sólo los merece la muchacha a la que pertenece esta pulsera —exclamó el hijo del rey examinando la joya.

Pidió su caballo, montó en la silla y se lanzó al galope sin preocuparse por nadie. Hasta que llegó al palacio, enfermo y doblado en dos.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —exclamó su madre, preocupada.

—Madre, si me quieres, tienes que encontrar a la mujer a la que pertenece esta pulsera para que yo me case con ella.

La reina cogió la pulsera y comenzó inmediatamente a buscar a su propietaria por todas las calles de la capital del reino. Entraba en todas las casas y preguntaba:

—¿Alguien sabe a quién pertenece esta pulsera?

Pero siempre obtenía la misma respuesta negativa y los mismos comentarios sobre la belleza de la alhaja. Hasta que llegó a una casa donde fue recibida por una muchacha tan bella como el sol de la mañana. Después de los acostumbrados saludos, la reina le preguntó:

—¿Sabes a quién pertenece esta pulsera?

—Sí, claro que lo sé. Es mía.

La madre de la muchacha se acercó y comenzó a conversar con la madre del príncipe, hasta que ésta le dijo:

—¿Me darías a tu hija como esposa para mi hijo?

—No puedo daros una respuesta —se lamentó la madre—. Pero en seguida vendrá su padre y yo le preguntaré si está de acuerdo. Vuelva usted mañana y yo le podré dar entonces una respuesta definitiva.

La reina se fue. No pasó ni una hora cuando la pared se abrió y dejó paso al genio.

Las saludó afectuosamente y abrazó a su hija. La madre le contó lo que le había propuesto la madre del príncipe:

—¿Quieres que tu hija se case con el hijo del rey de este país?

—Sí, me parece bien que se case —respondió el genio—. Pero tienes que pedir una dote de cuarenta cargas de camello llenas de plata. Si acepta entregar esa dote, se la daremos como esposa sin ninguna duda —después, dirigiéndose a su hija, dijo—: Te voy a dar un consejo que no debes olvidar.

—Te prometo que no lo olvidaré —respondió ella.

—No le dirás una palabra a tu marido hasta que él haya dicho: «Te lo pido por tu padre, el genio de la lámpara». Sólo si te lo pide de esta manera, le hablarás. De otro modo, no le dirigirás la palabra. Si así lo haces, vivirás feliz con él cien años.

—Te prometo que así haré por mi cabeza y mis ojos —respondió ella.

Al día siguiente por la mañana, la reina volvió para saber la respuesta.

—Casaremos a nuestra hija con vuestro hijo —respondió la madre de la muchacha.

—¿Y cuánto queréis de dote?

—Cuarenta cargas de camello llenas de plata.

—Las tendréis.

Y la reina volvió a contarle a su hijo la dote que pedían por la joven que él quería. El príncipe ordenó que sus sirvientes preparasen en seguida cuarenta cargas de camello llenas de plata y que sus soldados llevasen la dote a la casa de la muchacha con el encargo de decirle también que él querría que se celebrasen las bodas aquella misma tarde.

Así que por la tarde fue a casa de su prometida a buscarla y le pareció tan bella como el sol de la mañana, pero, por más que le habló, no consiguió que ella le respondiese nada.

—¡Qué raro! ¿Será muda? —se preguntaba él.

Pero en cuanto se lo preguntó a la madre de la muchacha, ésta le respondió:

—No, por Dios, tu prometida no es muda. Es más: gorjea como un pájaro.

El príncipe pasó un año entero con su mujer sin que ella dijese ni una sola palabra. Así que, desesperado, se casó con una segunda mujer. La nueva esposa, curiosa por conocer a su rival, decidió ir a visitarla. Fue a verla y la saludó. Y la primera esposa respondió a su saludo. ¡Así que no era muda! ¿Por qué, entonces, no hablaba con el príncipe? La primera esposa llamó a su criada y le pidió que le preparase el desayuno a su invitada. No sabía que era la segunda esposa de su marido. La criada trajo todo tipo de platos delicados, uno tras otro, pero uno de ellos se le escapó de las manos y fue a parar al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Viendo el plato roto, la primera esposa montó en cólera porque aquel plato estaba engarzado con esmeraldas y jacintos y no había igual en la corte de ningún sultán, e iba a azotarla con un látigo cuando la criada le dijo:

—Detente, que estoy bajo la protección de tu padre, el genio de la lámpara.

En cuanto escuchó estas palabras, se calmó y dejó que la criada se fuera.

La segunda esposa, viendo lo que sucedía, se fue a ver al príncipe:

—Oh, rey entre los reyes, hoy he ido a ver a tu primera esposa y he desayunado con ella. Y vi que no sólo hablaba sino que gorjeaba como los pájaros. No está muda en absoluto. Pero ha sucedido algo extraño: mientras la criada nos servía los platos, se le ha caído uno de las manos y se ha roto. Tu esposa ha cogido un látigo para azotarla, pero en cuanto la criada le ha dicho: «Detente, que estoy bajo la protección de tu padre, el genio de la lámpara», ha desistido de pegarle y ha dejado que se fuera.

El príncipe reflexionó sobre lo que le había dicho su segunda esposa y pensó que si le decía que estaba bajo la protección del genio de la lámpara, seguramente le hablaría. Así que se presentó ante ella y le imploró:

—Amada mía, estoy a tus pies. Te pido por tu padre el genio de la lámpara que me digas una sola palabra.

En cuanto ella oyó las palabras que su padre le había dicho que debía escuchar antes de hablar a su marido, le respondió:

—Mi amor, tú eres mi alma y mi corazón.

Y se abrazaron.

Tuteh, tuteh,
mi cuento ha madurado
y por eso se ha acabado.

El gallo que cagaba diamantes

(libanés)

Había una vez tres hermanas huérfanas tan pobres que se dedicaban a hilar algodón todo el día. Una vez por semana una de ellas iba al mercado a vender el hilo y comprar lo que hiciese falta en la casa.

Y sucedió que una mañana le tocó a la más pequeña de las tres ir al mercado a vender el algodón. Apenas se había sentado al pie de un árbol cuando un viejo pasó por delante de ella y se detuvo. Palpó el hilo y le gustó, así que se lo metió en la bolsa. Como pago, le dejó un gallo y se fue. Ella se quedó estupefacta, sin entender lo que había pasado.

Por la tarde la pequeña volvió a su casa con el gallo, y cuando sus hermanas le pidieron que les entregara la comida o el dinero que había obtenido por la venta del hilo, ella respondió:

—Un viejo me ha comprado todo el algodón y me ha pagado con este gallo.

—¿Cómo? —gritaron las hermanas—. ¿Con este gallo tan viejo que no sirve para nada? Ni siquiera nos lo podemos comer, porque estará duro y seco como una piedra.

Se enfadaron tanto que, para castigar a la más joven por haberlas dejado sin comer, la encerraron en la cocina con el gallo toda la noche.

Cuando amaneció, fueron a la cocina riéndose:

—Ahora tendrá que limpiar todas las cacas que haya hecho el gallo.

Pero cuando abrieron la puerta, dejaron de reír porque la cocina relucía. No eran cacas lo que recubría las mesas, el suelo y las paredes, sino diamantes que brillaban como si fuesen montones de fueguitos. Despertaron a la más joven, que seguía dormida, y las tres se pusieron a cantar de alegría. ¡Ahora eran ricas! ¡Qué vida se iban a pegar!

Amontonaron los diamantes y la mayor fue a casa de la vecina de enfrente a pedir prestada una medida para medir las piedras preciosas antes de ir al mercado a venderlas.

La vecina era una mujer envidiosa y malvada. Cuando la mayor le pidió la medida, la vecina se sorprendió de que aquellas chicas tan pobres tuvieran algo que medir, así que antes de prestársela puso en el fondo del recipiente un poco de liga.

Las tres hermanas midieron los diamantes y luego los echaron en unos saquitos. Una se fue al mercado a vender los diamantes y otra fue a casa de la vecina a devolverle el rasero. La vecina no salía de su asombro cuando vio que en el fondo del recipiente, pegado a la liga, había un diamante. Corrió a casa de las chicas y comenzó a gritar:

—Os moríais de pobres y hete tú aquí que ahora os dedicáis a medir diamantes. ¡Ladronas! ¿Le habéis robado las joyas al rey? Le diré al juez que, aunque parecéis unas chicas trabajadoras, sois unas ladronas. Si no me decís ahora mismo cómo habéis conseguido los diamantes, os denunciaré al juez para que os meta en la cárcel.

Y gritó y gritó tanto que las chicas, asustadas, la hicieron pasar dentro de la casa y le contaron lo del gallo que cagaba diamantes. Y además le prestaron el gallo aquella noche. La vecina recubrió el suelo de su cocina con sábanas blancas y se encerró allí con el gallo. Pero por la mañana, cuando se despertó, las sábanas, las paredes, las ventanas, incluso su propia ropa, todo estaba recubierto de cacas malolientes de gallo. Y se enfadó tanto que se abalanzó hecha una furia sobre el gallo, le retorció el cuello y lo arrojó, muerto, al jardín de las tres hermanas.

Cuando la pequeña descubrió el cuerpo sin vida del animal, lo enterró al pie de un árbol.

El tiempo pasó y un día, cuando se despertaron, las hermanas vieron con sorpresa que el árbol había crecido muchísimo. Era un árbol altísimo, que casi llegaba hasta el cielo. La pequeña intentó trepar al árbol, pero, en cuanto sacudió una rama para agarrarse a ella, del árbol cayeron monedas de oro, perlas y piedras preciosas que

se esparcieron por el suelo. Recogió cuantas monedas, perlas y piedras pudo meter en sus bolsillos y fue a enseñárselas a sus hermanas. Las tres se pusieron a sacudir las ramas y recogieron todas las riquezas que cayeron del árbol. Y cogieron tantas que la mayor se fue a pedir a la vecina su medida para medir las joyas antes de ir a venderlas. Y ésta, la muy cotilla, puso de nuevo una gota de liga en el fondo del recipiente y se lo prestó.

Cuando le devolvieron la medida y vio una moneda de oro, una perla y un rubí pegados en el fondo, otra vez corrió a casa de las hermanas gritando más fuerte todavía:

—¿Dónde habéis conseguido este botín? ¡Ladronas! ¡Más que ladronas! Esta vez se lo diré al juez y además os denunciaré al rey. ¿De dónde salen tantas riquezas?

Las hermanas, asustadas, le contaron que sólo había que sacudir las ramas del árbol para que cayeran las riquezas. La vecina extendió un mantel en el suelo y se precipitó hacia las ramas más bajas sacudiéndolas con todas sus fuerzas. En menos tiempo del que se emplea para decirlo, el mantel se llenó de cacas de pájaros, de gusanos y de orugas. La vecina estaba furiosa. Entró en su casa, cogió un hacha y se abalanzó sobre el tronco hasta que el árbol cayó con un ruido ensordecedor. Aliviada, volvió a su casa. Las tres hermanas se quedaron estupefactas: la vecina no sólo les había matado al gallo sino que también les había talado el árbol que tantas riquezas les daba.

Un día, al atardecer, llamaron a la puerta de las hermanas. Abrieron y vieron a tres oficiales guapos y bien vestidos que se presentaron:

—Señoritas, nuestro barco está amarrado en el puerto y venimos a invitarlas a la fiesta que damos esta noche.

Las hermanas casi no se podían creer lo que escuchaban. Nunca habían imaginado una invitación parecida. Se pusieron sus mejores ropas y estaban tan guapas que parecían princesas. Cuando salieron acompañadas de los oficiales, la vecina, que las vigilaba desde detrás de las contraventanas, apareció como un genio de la botella.

—¿Adónde vais así?

—Nos vamos a una fiesta al barco que está atracado en el puerto —contestó uno de los oficiales amablemente.

—¿Y puedo ir yo? —preguntó la vecina.

Y sin cambiarse para no perder ni un minuto, la vecina les siguió hasta el puerto, donde cientos de farolillos iluminaban el navío.

La hermana mayor subió a la pasarela que permitía llegar al barco seguida por sus dos hermanas, y después los oficiales. La vecina, de malhumor, intentó seguirlos. Subió a la pasarela, y cuando estaba a medio camino entre el puerto y el barco, la pasarela comenzó a moverse, a oscilar, y el barco habló y dijo:

—Cuando yo era gallo, tú me retorcaste el cuello. Luego fui árbol y me derribaste. Ahora soy un barco que construyeron con la madera de ese árbol y ya nada puedes contra mí.

Y la mujer se vio lanzada por los aires hasta el mar y se la llevaron las olas lejos, muy lejos, y nunca más volvió. Las tres hermanas vivieron toda su vida sin problemas ni preocupaciones. Quiera Dios que todos nosotros vivamos también así.

Una pizca de sal

(libanés)

Hace mucho tiempo vivía un rey que tenía una única hija de una belleza sin par. Su padre no podía soportar la idea de casarla porque creía que nadie merecería nunca a su hija. Por ello hacía cuanto estaba en su mano para retrasar lo inevitable.

Pero la ley de la vida siempre se impone y el rey un día hubo de ceder a la petición de sus consejeros que no hacían más que decirle: «Majestad, debe usted casarla», «El reino debe tener un heredero». Y envió a sus mensajeros a anunciar por los cuatro confines del reino que el rey daría a su hija en matrimonio a aquel que compartiese con él la afición por la sal: casaría a su hija con aquel que comiese la mayor cantidad de sal. Los que no tomasen una buena cantidad perderían la cabeza.

Al día siguiente por la mañana había delante de la puerta de palacio cientos de jóvenes que esperaban su turno. Unos habían llegado atraídos por la fama de la belleza de la princesa, otros por las riquezas; parecía que habían venido todos los hombres del reino: jóvenes, viejos, valientes, cojos, ricos, desgraciados. Eran tantos que no se veía desde la ventana del palacio el final de la cola que formaban los pretendientes.

El primero que se presentó engulló dos enormes sacos de sal. Tras lo cual, para apagar la sed, bebió la misma cantidad de agua. Su estómago no pudo resistirlo y el hombre cayó de espaldas y murió. Tuvieron que sacarlo a rastras.

El segundo comió aún más sal que el primero. Lo sacaron de allí con los pies por delante.

Los siguientes fueron más prudentes y no comieron mucha pero, como no cumplieron las condiciones puestas por el rey, que se sintió burlado, perdieron la cabeza y también murieron, como sus predecesores. El número de candidatos no disminuía, muy al contrario, aumentaba, pues todos pensaban que tendrían más suerte que el anterior. Y aunque el portero, apiadado de aquella pobre gente, trataba de disuadirlos, los hombres entraban y entraban en el palacio, pero ninguno salía.

Una mañana apareció un hombre tan bello como un rayo de luna. El portero le pidió que desistiera:

—Tú eres joven, un bello príncipe, ¿qué intentas? ¿Perder la cabeza? Mira que ninguno de los que han entrado ha conseguido salir vivo. ¡Vete!

Pero el joven no quiso escuchar nada. E hizo fila como todos esperando pacientemente su turno.

Cuando le permitieron entrar en la sala donde se llevaba a cabo la prueba, el joven saludó al rey y a la princesa. Le pusieron delante muchísimos sacos de sal y el rey dio la orden de empezar la prueba. El joven tomó una pizca de sal de uno de los sacos y se la llevó a la boca. Saboreó la sal, miró a la princesa y dijo:

—Ya está.

—¿Cómo? —se indignó el rey—. ¿Es que sólo vas a comerte una pizca de sal?

—Rey de todos los tiempos —respondió el joven—, el que no sea capaz de saborear la sal probando una sola pizca, jamás podrá saborearla por mucha sal que coma.

El rey se quedó tan sorprendido de la respuesta tan aguda y delicada del joven que decidió no cortarle la cabeza. Es más, como vio que su hija lo miraba con buenos ojos, decidió casarlo con ella.

Las bodas duraron siete días y siete noches y los invitados comieron y bebieron cuanto quisieron. Unos comieron dulce, otros comieron salado, cada cual lo que ha necesitado.

Olla

(palestino)

Había una vez una mujer que no lograba quedarse embarazada. Y lo deseaba tanto que un día gritó:

–Oh Dios, ¿por qué concedes a todas las mujeres hijos y a mí no? Deseo tanto tener una hija que no me importaría que fuese una olla.

Y se quedó embarazada y cuando le llegó el momento parió una olla. ¿Qué creéis que hizo esta pobre mujer? Pues la lavó bien, le puso la tapa y la metió en el armario de la cocina. Un día la olla comenzó a hablar:

–Madre, sáqueme de este armario.

–Y ¿dónde quieres que te ponga, hija mía?

–No se preocupe por mí. Bájeme de aquí, póngame la tapa y déjeme a la puerta de la casa, y yo la haré tan rica que tendrá dinero para el resto de sus días.

La madre la dejó a la puerta de la casa con la tapa puesta. La olla comenzó a rodar mientras cantaba: «Rolón rolón, cling cling». Y rodó y rodó hasta un lugar por donde pasaba mucha gente. Un hombre la encontró allí en medio y exclamó:

–Eh, ¿quién habrá dejado esta olla en mitad de la calle? Podría haber tropezado con ella. Pero ¡qué buena olla! Parece que fuera de plata –y dio una vuelta alrededor de ella examinándola detenidamente.

Y como nadie la reclamaba, se la llevó a su casa. La llenó de miel y se la regaló a su mujer. Algunos días más tarde llegaron unos invitados a casa, y la mujer fue a buscar la olla para ofrecerles miel a sus invitados, tal como era la costumbre. Pero cuando la cogió del estante donde la había guardado y fue a destaparla, por más que tiró y tiró la tapa no se abría. Llamó a su marido y tiraron a la vez, pero la tapa seguía sin abrirse. Así que intentaron abrirla con un martillo y un cincel. Pero tampoco consiguieron nada. Tiraron y tiraron la mujer, el marido, los invitados y un cerrajero al que habían llamado para que los ayudara, pero no hubo manera, la olla no se destapaba. Hartos de la situación, la tiraron por la ventana. Y rodando por la calle, la olla volvió a su casa. La madre, cuando la vio, se alegró mucho de haber recuperado a su hija y la metió de nuevo en casa. La destapó y vio que contenía deliciosa miel.

–Madre, vacíeme y vuelva a ponerme en la puerta de la casa –le pidió la olla.

La madre sacó la miel y al día siguiente la puso a la puerta. La olla comenzó a rodar mientras cantaba: «Rolón rolón, cling cling». Y rodó y rodó hasta una plaza y allí se paró. Un hombre que pasaba por allí se la encontró:

–Eh, ¡pero qué olla tan bonita! ¿Es de alguien? –preguntó a la gente que se hallaba en la plaza. Y como no obtuvo respuesta, la llenó con una carne que había comprado y se la llevó a su mujer. Por la tarde fueron a coger la carne para guisarla para la cena, pero, por más que lo intentaron, no consiguieron abrir la olla. Tiraron y tiraron la mujer, el marido, todos sus hijos y un cerrajero al que llamaron para que los ayudara, pero nada, la olla no se abría. Al fin, hartos, la tiraron por la ventana. Y rodando por la calle, la olla volvió a su casa. La madre la recogió de la calle, levantó la tapa, sacó la carne y, después de lavarla bien, la puso de nuevo en el estante. Al día siguiente la olla le pidió que la dejara en la calle. Así lo hizo la madre, y la olla de nuevo se fue rodando y cantando «Rolón rolón, cling cling». Y rodó y rodó hasta la puerta del palacio del rey. Aquella mañana el rey salía a dar el paseo que acostumbraba dar todas las mañanas cuando de pronto:

–Eh, pero ¿qué es esto? ¡Una olla estupenda! Y parece que no es de nadie.

Y así fue como el rey se llevó la olla a su palacio y se la regaló a su mujer. A la reina le gustó tanto la olla que metió todas sus joyas dentro, y también sus monedas de oro. Después la tapó y la metió en un armario. Algunos días más tarde se celebraba la boda de su hermano, así que se puso su mejor vestido. Pero, cuando fue a destapar la olla para ponerse sus joyas, no fue capaz de abrir la tapa. Tiraron y tiraron la reina, su marido el rey,

todos los cortesanos que vivían en palacio y un cerrajero al que habían llamado para que los ayudara, pero, por más que tiraron, no hubo manera de destapar aquella olla. Harto, el rey tiró la olla por la ventana sin saber que su mujer guardaba allí las joyas y las monedas. Y rodando por la calle, la olla volvió a su casa. Esta vez su madre se puso loca de contento porque, cuando abrió la olla, dentro encontró un enorme tesoro. Pero la olla no estaba satisfecha y quería salir una vez más.

—Tenemos bastante. No salgas más, pues alguien podría reconocerte —le pidió su madre.

Pero se empeñó tanto que al día siguiente su madre la puso en la puerta. La olla de nuevo se fue rodando y cantando «Rolón rolón, cling cling», con tan mala suerte que fue a toparse con el hombre que la había encontrado la primera vez.

—Pero ¿qué es esto? ¡Si ésta es la olla donde metí la miel y luego no la podíamos destapar! Debe de ser de algún mago que se aprovecha de sus artes. Pues ahora verá —y sin pensárselo dos veces se bajó los pantalones y cagó dentro de la olla.

La olla rodó hasta su casa y cuando su madre la destapó:

—¡Pero qué cosa tan asquerosa! ¡Si vienes llena de mierda! ¿No te dije que no salieras más? Espero que con esto tengas bastante.

La madre lavó bien la olla con jabón, la perfumó y la colocó de nuevo en el armario de la cocina.

Cuento verdadero o cuento inventado,
cuenta el tuyo, que el mío se ha acabado.

Mediamidad

(palestino)

Había una vez un hombre que estaba casado con dos mujeres. Una de ellas era su prima hermana y la otra era una extraña, y ninguna de ellas se quedaba embarazada.

–Voy a visitar al jeque –se dijo un día–, y si Alá quiere me dará alguna medicina para que estas mujeres conciban.

Fue al jeque y dijo:

–Quiero que me des una medicina para que mis mujeres se queden embarazadas.

–Vete a tal y tal montaña –aconsejó el jeque–. Allí encontrarás un ogro. Dile: «Quiero dos granadas para dárselas a mis mujeres para ver si cuando se las coman se quedan embarazadas» y espera a ver qué te dice.

El hombre fue y llegó hasta donde estaba el ogro. Se acercó inmediatamente, le afeitó la barba, le recortó las cejas y le dijo:

–La paz sea contigo.

–Contigo sea la paz –respondió el ogro–. Si me hubieras pedido algo antes de darme la paz, te habría comido y habría hecho tanto ruido masticando tus huesos que mi hermano, que vive en la montaña de al lado, lo habría oído. ¿Qué quieres?

El hombre le contó lo que quería y el ogro dijo:

–Vete a la montaña de al lado y allí encontrarás a mi hermano mayor. Pídeselo a él y te dirá lo que debes hacer.

El hombre fue a la montaña de al lado y allí se encontró con el ogro mayor. Hizo lo mismo que había hecho con su hermano, el ogro menor, y después dijo:

–La paz sea contigo.

–Contigo sea la paz –respondió el ogro–. Si me hubieras pedido algo antes de darme la paz, te habría comido y habría hecho tanto ruido masticando tus huesos que mi hermana, que vive en la montaña de al lado, lo habría oído. ¿Qué puedo hacer por ti?

El hombre le contó lo que quería y el ogro le dijo:

–Ve a ver a mi hermana a la montaña de al lado y cuéntale a ella qué quieres.

El hombre hizo lo que se le había dicho y encontró a la ogresa moliendo trigo con las tetas echadas al hombro. El hombre se acercó y comenzó a mamar de su teta derecha y luego de la izquierda. Después se metió en la boca un puñado de la harina que ella estaba moliendo.

–Has mamado de mi pecho derecho –declaró la ogresa– y ahora te quiero tanto como a mi hermano Ismael. Has mamado de mi pecho izquierdo y ahora te quiero tanto como a mi hermano Nasar. Y también has comido mi harina y ahora te quiero tanto como a mi propio hijo. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Quiero dos granadas para que se las coman mis mujeres y se queden embarazadas –respondió él.

–Vete al huerto –dijo ella–. Allí encontrarás un ogro durmiendo con una de sus orejas de colchón y la otra de sábana. Coge dos granadas y sal corriendo tan rápido como puedas.

Y así lo hizo: llegó al huerto, cogió las dos granadas y salió corriendo a todo correr camino a su casa.

Estaba todavía de camino cuando sintió hambre. «Me voy a comer la mitad de la granada de mi prima», se dijo a sí mismo. «Como es mi prima, no se enfadará si le doy sólo la mitad.»

Cuando llegó a casa, le dio a la otra esposa la granada entera y a su prima la mitad. Ellas se quedaron embarazadas al mismo tiempo. La extraña le dio dos hijos gemelos: Hasán y Huseín. La prima dio a luz a la mitad de un ser humano y le llamaron Mediamidad.

El chico creció. Un día los tres hermanos le dijeron a su padre que querían ir a cazar. Hasán y Huseín pidieron

una yegua y una escopeta cada uno, y el padre cumplió su deseo y les proporcionó a cada uno una yegua y una escopeta. Mediamitad dijo que él quería una cabra coja y escuálida y un atizador de madera. Hasán y Huseín dispararon sus escopetas, pero no cazaron nada. Mediamitad mientras tanto se tiró al suelo y esperó escondido hasta que salió un ciervo, después le lanzó el atizador y le partió las patas.

—Danos el ciervo que has cazado —dijeron Hasán y Huseín—. Porque queremos llevarlo a casa y decir que lo hemos cazado nosotros.

—De acuerdo —respondió él—, pero con una condición: que os dejéis poner mi marca en la espalda con mi hierro de marcar.

Ellos aceptaron y Mediamitad les puso la marca en la espalda. Les dio el ciervo y ellos se lo llevaron a su madre, que lo cocinó y tiró los huesos en la puerta de la madre de Mediamitad. Ella comenzó a llorar. Cuando Mediamitad vio a su madre llorando, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Porque tus hermanos Hasán y Huseín cazan y tú no —respondió su madre.

—¿Qué? ¿Pero es que crees que fueron ellos los que cazaron el ciervo? Vê y mira la marca que les puse en la espalda a cambio de darles el ciervo que yo había cazado.

Y su madre fue y vio que lo que decía Mediamitad era cierto, porque allí estaban las marcas.

Al día siguiente, fueron otra vez a cazar. Pero se les hizo de noche antes de haber vuelto a su casa y tuvieron que buscar donde pasar la noche. Buscaron y buscaron pero no encontraron lugar para pasar la noche sino en la casa de una ogresa que perseguía a un pollo.

—Bienvenidos seáis a casa de vuestra tía —dijo la ogresa en cuanto los vio. Ató sus caballos y la cabra en la entrada de su casa y los invitó a pasar y a cenar con ella.

—¿Qué comen vuestros caballos? —preguntó ella.

—Comen cebada refinada y leche pura —contestaron ellos.

La ogresa trajo la cebada para sus caballos. Luego preguntó a Mediamitad:

—¿Qué come tu cabra?

—El salvado que se queda sobre el tamiz —respondió él—. Y bebe el agua que se queda en la tabla de amasar.

Ella puso el agua delante de la cabra y echó una manta en el suelo para que los hermanos durmieran. Hasán y Huseín se pusieron a dormir en el suelo, pero Mediamitad vio un cesto hecho de juncos colgado del techo y allí se echó a dormir:

—Dormiré en este cesto pero antes cogeré un pellejo con agua y un puñado de habas para masticar.

Le hizo un agujero al pellejo y lo colgó sobre su cabeza de forma que goteara en su boca, y se sentó en el cesto masticando las habas.

Mientras, la ogresa, pensando que los hermanos se habían dormido, comenzó a saltar alrededor cantando:

—Mis dientes se afilarán y se afilarán y a Hasán y a su hermano Huseín se comerán.

Pero Mediamitad estaba despierto y la oyó. Y ella también lo oyó comer las habas.

—¿No duermes? —le preguntó.

—¿Cómo voy a dormir con la tripa vacía? —respondió él.

—¿Y qué quieres comer? —le preguntó la ogresa.

—En cuanto me coma un pollo relleno, podré dormir —respondió Mediamitad.

La ogresa le preparó el pollo y Mediamitad se lo comió y volvió a subirse a su cesta. Al poco, la ogresa volvió otra vez a saltar alrededor cantando:

—Mis dientes se afilarán y se afilarán y a Hasán y a su hermano Huseín se comerán.

Pero otra vez oyó moverse a Mediamitad.

—¿Duermes, Mediamitad?

—¿Cómo voy a dormir si todavía no tengo la tripa llena? —respondió él saltando de la cesta.

—¿Y qué quieres comer? —preguntó ella.

—Quiero un cordero relleno y asado.

Y la ogresa le preparó el cordero. Pero cuando acabó de cocinar, ya estaba amaneciendo.

—¿Puedes traernos agua para que nos lavemos? —pidieron los hermanos.

Y cuando ella salió a buscar el agua, Mediamitad dijo a sus hermanos:

—Es mejor que nos vayamos ya. Esta mujer es una ogresa y quiere comernos.

Así que se levantaron, montaron en sus cabalgaduras y se fueron.

Cuando la ogresa volvió y se dio cuenta de que se habían marchado, llamó:

–Leche, espésate, espésate, y atrapa sus piernas para que no puedan moverse.

Y los caballos se pararon y no pudieron volver a moverse. Entonces Hasán y Huseín se bajaron de los caballos y se subieron detrás de Mediamidad en la escuálida cabra, y Mediamidad la espoleó con el atizador para que se diera prisa, diciéndole:

–Pedernal, enciende, enciende; salvado, vuela, vuela.

Y la cabra salió volando con ellos al lomo y los llevó de vuelta a casa. Mientras, la ogresa capturó a los caballos y los devoró.

Su padre estaba muy contento con Mediamidad, que había conseguido salvar a sus hermanos de las fauces de la ogresa.

–¿Y qué me dirás si consigo traer a la ogresa aquí mismo?

–Diré que eres más listo que tus dos hermanos juntos si lo consigues –replicó su padre.

Mediamidad se fue, se compró un burro y lo cargó con una pesada caja llena de harina de sésamo y miel.

–Tengo harina de sésamo con miel –fue gritando hasta que llegó a casa de la ogresa.

Ella salió y preguntó que cuánto costaba. Y él respondió lo que imagináis: que un cuarto de kilo costaba una piastra.

Ella se comió un cuarto, luego dos y tres, pero todavía tenía hambre.

–¿Qué te parece si te metes dentro de la caja y comes todo lo que quieras? –sugirió él–. Puedes calcular lo que me debes después.

Ella asintió y se metió dentro de la caja, y Mediamidad la encerró allí dentro atando la caja con una cuerda y se puso en camino. La ogresa estaba muy ocupada comiendo para darse cuenta de nada. Cuando estuvo cerca de su ciudad, comenzó a gritar:

–¡Encended un fuego y avivad las llamas, que os traigo a la ogresa! Y dejad que los que aman al Profeta traigan un pedazo de madera o un carbón encendido.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó la ogresa.

–Estoy diciendo –respondió él– que vayan desenrollando las alfombras de seda porque les traigo una princesa, hija de reyes.

Cuando el fuego se hizo lo bastante grande, tiraron la caja al fuego y fue así como se libraron de la ogresa y del mismísimo diablo.

El pájaro voló por el cielo
y un buen día os deseo.

La música más dulce

(israelí)

El sha Abbas de Persia fue un hombre de gran juicio. Entre sus ministros destacaba Merza Zaki, hombre de gran sentido común al que le gustaba pensar.

Un día el sha estaba en la corte despachando con sus ministros y les preguntó:

–¿Cuál es la música más dulce del mundo?

–La música de la flauta –respondió uno.

–No –dijo otro ministro–, la música del arpa es la más dulce a los oídos.

–De ninguna manera –intervino un tercer ministro–, el violín tiene un sonido más delicado.

Y los ministros comenzaron a discutir.

Merza Zaki guardaba silencio y pensaba. Pasaron los días. Un día Merza Zaki invitó al sha y a sus ministros a un banquete. Los músicos entretenían a aquellos importantes invitados con toda clase de instrumentos. Pero, qué raro, en la mesa no había ni comida ni bebida. A pesar de que en Persia se acostumbra llenar las mesas con los más ricos y abundantes manjares, en aquella mesa no había nada. Por no ser descorteses, nadie preguntó por la comida. Y llegó la medianoche y entonces Merza Zaki llamó al camarero y le pidió que trajera las fuentes con la comida. Y cuando los alimentos estuvieron en la mesa, golpeó la tapa de la fuente con un cucharón. Cline, cline, sonó. En ese momento todos dieron un suspiro de alivio. Había llegado la hora de explicarlo todo.

El sha Abbas se levantó y dijo:

–El sonido de la cuchara en el plato es la música más dulce en los oídos de un hombre con hambre.

Lo que dura la vida del hombre

(israelí)

Cuando el Único creó a Adán, le mostró la belleza del mundo y dijo:

–Gobernarás sobre todo lo que estás viendo y serás muy feliz.

–¿Y cuánto tiempo disfrutaré de ese privilegio? –preguntó Adán.

–Treinta años –fue la respuesta.

–¿Tan poco tiempo? –preguntó Adán, sorprendido–. ¿No podrías darme algunos años más?

El Único, bendito sea, lo pensó y respondió:

–Llamaré a los animales. Puede ser que ellos te regalen algunos años de su vida.

El primero que apareció fue el burro. Y el Único, bendito sea, le dijo:

–Tu destino es trabajar duro, acarrear bultos pesados y comer un poco de hierba en el establo de tu amo.

–¿Y cuántos años voy a vivir? –preguntó el burro.

–Cuarenta –fue la respuesta.

–¿Por qué debo sufrir tantos años? –rebuznó el burro, triste–. Me basta la mitad: veinte años.

El Único, bendito sea, le dio los veinte años que le sobraban al burro a Adán, que se puso muy contento porque con este regalo viviría cincuenta años.

Luego llegó el perro. Y el Único, bendito sea, le dijo:

–Tu destino es ser un amigo fiel de tu amo y guardarlo a él y a sus propiedades. Tu recompensa será comerte las sobras de su comida y recibir golpes y patadas.

–¿Y cuántos años voy a vivir? –preguntó el perro.

–Cuarenta –fue la respuesta.

–¿Y por qué tengo yo que sufrir tantos años? –ladró el perro, triste–. La mitad, veinte años, son bastantes.

Así que el Único, bendito sea, tomó los veinte años de la vida del perro y los sumó a la vida de Adán, que se puso muy contento porque con ese regalo viviría setenta años.

Luego llegó el mono. Y el Único, bendito sea, le dijo:

–Tu destino es caminar sobre tus patas traseras para hacer reír al hombre. Comerás las sobras que te tiren de vez en cuando.

–¿Y cuántos años voy a vivir? –preguntó el mono.

–Sesenta –fue la respuesta.

–¿Y por qué tantos años? La mitad es bastante.

Así que el Único, bendito sea, le dio los treinta años de la vida del mono de regalo a Adán, que se puso muy contento porque podría vivir treinta años más.

Desde entonces la vida del hombre dura cien años, que se dividen en cuatro periodos.

El primer periodo es hasta los treinta años, en los que el hombre vive su propia vida plenamente, con independencia y sin preocupaciones.

El segundo periodo, desde los treinta a los cincuenta, suele estar casado y ser padre. Trabaja duro y lleva la carga de ganar el sustento de su familia. Para satisfacer las necesidades de sus hijos y de su mujer, tiene que trabajar como un burro. Éstos son los veinte años de la vida del burro.

El tercer periodo, desde los cincuenta a los setenta años, el hombre está al servicio de sus hijos y cuida de sus propiedades como un perro fiel, aunque nunca es invitado a la mesa de sus hijos. Éstos son los veinte años de la vida del perro.

Después llega el último periodo, desde los setenta hasta los cien años. En este periodo al hombre se le caen los

dientes, se le arruga la cara y su forma de caminar y sus movimientos resultan divertidos. Nadie lo tiene en cuenta. Éstos son sus últimos años de vida: los treinta años de la vida del mono.

Hasán el Listo

(egipcio)

Había una vez un hombre rico que tenía un único hijo que se llamaba Hasán el Listo. Las cosas le fueron tan mal al rico que se quedó sin nada. Hasán el Listo pensó irse a las montañas para trabajar de cazador o de lo que fuera. Se fue a ver al comerciante que vendía escopetas y le dijo:

–Quiero que me fíes una escopeta.

El comerciante le respondió:

–¿Por qué debería fiártela? El tiempo en que te habría dado una escopeta pasó hace mucho. Si quieres una escopeta, ahora tendrás que pagarla –y se negó a darle la escopeta.

La madre de Hasán el Listo era amiga de la madre del mercader. Así que Hasán el Listo se fue a ver a su madre y le dijo:

–Madre, fui a ver a fulano y le pedí que me diera una escopeta, pero se negó.

Entonces la madre de Hasán el Listo se fue a ver a la madre del mercader y le dijo:

–Madre de fulano, ¿serías tan amable de pedirle a tu hijo que le dé al mío una escopeta? Ya sabes, a Hasán, mi único hijo.

La madre del mercader habló con su hijo y él respondió:

–¿Se va a responsabilizar ella de pagar la escopeta?

Su madre le dijo:

–Sí.

Él respondió:

–Entonces, de acuerdo –y le dio a Hasán el Listo una escopeta.

Hasán el Listo fue a comprar un caballo. El vendedor de caballos se negó a darle uno si su padre no lo avalaba. Entonces Hasán el Listo, que había empeñado la palabra de su madre para conseguir una escopeta, empeñó la de su padre para conseguir un caballo. Se echó la escopeta al hombro y montó en el caballo. Cabalgó hasta las montañas y allí encontró una gacela. Cabalgó tras ella durante un buen trecho. Finalmente disparó y la abatió. Fue corriendo para decir el nombre de Dios mientras la degollaba, tal como haría un buen musulmán, pero llegó tarde y ya estaba muerta. Entonces comérsela habría sido pecado. Le abrió la tripa y encontró una cría de gacela, que degolló según su fe, la asó y se la comió. Ahora tenía mucha sed, pero no podía encontrar agua en ningún sitio porque estaba en un desierto donde nunca llovía y no había pozos. Su caballo estaba sudado después de la carrera, así que cogió el sudor de la piel de su caballo con la mano como si fuese un cuenco y se lo bebió. Se había echado a su madre al hombro, montado sobre su padre, comido lo puro que había salido de lo impuro y bebido agua que no venía ni de la tierra ni del cielo. Se puso en camino y llegó a una ciudad donde había un palacio, y delante del palacio había cabezas colgadas. Vio a una mujer que estaba vendiendo rábanos, sentada en el suelo, y le preguntó:

–Señora, ¿por qué hay cabezas colgadas delante del palacio?

Ella respondió:

–Hijo, se trata de la hija del emir. Resuelve acertijos. Si le planteas un acertijo que no pueda resolver y aciertas el que ella plantee, podrás casarte con ella, pero si resuelve tu acertijo o no resuelves tú el suyo, entonces tu cabeza colgará junto con las otras.

Entró al palacio y pidió ver a la princesa.

–¿Cómo te llamas? Y ¿qué deseas?

–Mi nombre es Hasán el Listo, quiero jugar a los acertijos con usted.

–¿Has visto lo que cuelga fuera? –preguntó ella.
–Sí, sé lo que me sucederá si no acierto –respondió él.
–¿Planteas tú el acertijo o prefieres que lo plantee yo?
–No, plantearé yo el acertijo –respondió él.
–Venga.
–¿Cómo es posible que alguien se ponga a su madre al hombro, cabalgue sobre su padre, coma lo puro salido de lo impuro y tome agua que no venga ni del cielo ni de la tierra?
Ella escuchó, pensó un rato y le dijo:
–Hasán el Listo, vuelve mañana.
–Eso haré –dijo Hasán. Y fue a una anciana que vivía en la ciudad y le dijo:– Por favor, déjeme pasar la noche aquí.
–Bienvenido, hijo –dijo ella.
Al día siguiente fue a ver a la princesa y ella le dijo:
–Hasán el Listo, vuelve mañana.
Él volvió a casa de la anciana. Y al día siguiente volvió a palacio y recibió la misma respuesta: «Vuelve mañana». Y él volvió a decir: «Eso haré». Y así un día tras otro hasta que pasó un mes. La princesa no sabía qué responder. Un día se enteró de que se estaba quedando en casa de la anciana, así que fue a hablar con ella y le dijo:
–Soy fulana.
–Sé quién eres –respondió la mujer.
La princesa le dijo:
–Quiero que le digas a Hasán el Listo que soy tu hija y que he venido de visita. Me disfrazaré para que no me reconozca y te pagaré todo lo que me pidas.
La princesa se puso un traje de campesina, y cuando llegó Hasán el Listo le dijo:
–Eh, Hasán el Listo, me han contado que le has planteado a la princesa un acertijo que no puede resolver.
Silencio.
La princesa disfrazada de campesina se reía e insistía. En resumen, la princesa se pasó toda la semana en aquella casa con él.
–Oh, por favor, Hasán el Listo, cuéntame cuál es la solución.
Al final le dijo:
–Te lo contaré, pero tendrás que pasar la noche aquí en mi habitación.
Ella aceptó.
Durante la noche, mientras estaba dormida, él cogió las tijeras y le cortó las trenzas. Envolvió el pelo en un pañuelo y se lo metió en un bolsillo. Por la mañana le contó la solución.
–Empeñé la palabra de mi madre para conseguir un rifle y la de mi padre para conseguir un caballo. Cacé una gacela que se murió antes de que la degollara, pero de ella saqué una gacela viva y bebí el sudor de mi caballo.
Ella dijo:
–Qué listo –y se fue.
Ese día volvió al palacio. La princesa le dijo a su padre:
–Estoy preparada, convoca a la corte.
Todo el mundo acudió: el rey, el visir y los cortesanos. Les dio la solución que le acababa de contar Hasán el Listo aquella mañana.
El rey gritó:
–Verdugo, córtale la cabeza.
El verdugo se acercó a él y Hasán el Listo gritó:
–Espera, espera, tengo otro acertijo para la princesa. Si lo puede resolver, mi sangre será legítimamente suya: un pájaro dejó su nido para descansar con un extraño, y cuando volvió le faltaba un ala.
La princesa se llevó la mano a la cabeza y se dio cuenta de que le habían cortado el pelo. No podía decir ni una palabra. Tuvo que admitir que no sabía qué responder y que él había ganado.
El rey le dijo a Hasán el Listo:
–¿Quieres casarte con ella o quieres la recompensa que tú fijas?
Hasán el Listo eligió casarse con ella y el rey le dio la mitad de su reino. Después de un tiempo, cogió a su

mujer, regresó a casa de su padre y volvió a abrir la casa de huéspedes que tenía su padre. Las cosas volvieron a ser como habían sido antes y su padre volvió a ser rico.

El Hijo de Adán y el león

(egipcio)

El león preguntó al ratón:

–¿Hay alguien más fuerte que yo?

–Sí que lo hay –respondió el ratón.

–¿Quién? –rugió el león.

–El Hijo de Adán –respondió el ratón.

Así que el león dijo:

–Enséñame.

Anduvieron y anduvieron hasta que llegaron cerca de un pueblo y vieron a un campesino arando sus tierras. El ratón dijo:

–¿Ves a ese hombre arando?, pues es más fuerte que tú.

–¿Ése? –respondió el león sorprendido.

–Sí –respondió el ratón.

El león se acercó hasta donde estaba el hombre, y al hombre comenzaron a temblarle las rodillas de miedo. El león le dijo:

–¿Eres el Hijo de Adán?

–Sí –respondió el hombre.

–¿Lucharías conmigo para ver quién es el más fuerte? –preguntó el león.

–Es que no tengo la fuerza aquí, me la he dejado en casa –respondió el hombre.

–Ve a buscarla –dijo el león.

–¿Cómo sé que no saldrás corriendo? –dijo el hombre.

–No lo haré, te esperaré –dijo el león.

–Para asegurarme de que no te vas corriendo, déjame atarte hasta que vuelva –dijo el hombre.

–Átame –respondió el león con indiferencia.

El campesino cogió una cuerda gruesa y ató al león con fuerza. Cogió el látigo con el que dirigía a sus animales y preguntó al león:

–¿Dónde te dolerá más? –y le golpeó aquí y allá hasta que le despellejó la piel. Después el campesino cogió a sus animales y se fue a casa.

Al cabo de poco tiempo, el ratón llegó y dijo:

–¿Qué? ¿No te lo dije?

–Hazme un favor, suéltame –le pidió el león.

El ratón royó la cuerda que lo ataba y liberó al león.

–No voy a dejar que este Hijo de Adán se salga con la suya –dijo el león.

Así que se fue al pueblo. El campesino, que estaba sentado a la puerta de su casa, vio que venía el león. Corrió adentro, cerró la puerta y le dijo a su mujer:

–Fátima, pon agua a hervir.

El león llegó y comenzó a golpear con fuerza la puerta con su cabeza hasta que la puerta estuvo a punto de romperse. Mientras, la mujer llevó el agua hirviendo a lo alto de la casa, exactamente encima del león. Éste estaba a punto de echar la puerta abajo cuando el marido le gritó a su mujer:

–Tírala, Fátima.

El agua hirviendo cayó justo encima del león y lo escaldó. Nuestro amigo el león escapó corriendo como un

loco.

Pero no tuvo bastante, pocos días después el león fue al campo donde labraba el campesino. Esta vez se llevó a sus parientes consigo, eran casi cien leones. El campesino no sabía qué hacer. Corrió hasta una palmera y allí se subió. Los leones comenzaron a subir por la palmera, y uno se quedó abajo. Era el león al que había primero despellejado y luego escaldado. El campesino gritó:

—Tírala, Fátima.

Y el león, creyendo que le iba a caer el agua hirviendo de nuevo, salió corriendo con la cola entre las piernas. Los otros, al verlo huir de aquella manera, intentaron escapar y se cayeron de la palmera unos encima de otros. El león, por fin, se dio cuenta de que el Hijo de Adán era más fuerte.

El hombre y el león

(libio)

Había una vez un hombre que era mercader. Un día salió de viaje hacia un país lejano para comprar y vender, pero lo asaltaron unos ladrones con la intención de matarlo.

–Pero ¿qué os he hecho yo? Si queréis mi dinero, os lo daré, pero no me matéis.

–Queremos tu dinero y tu vida –dijo uno de los ladrones.

Por suerte, consiguió escapar y se escondió en una cueva. Pero en la cueva había un león. En cuanto lo vio, el león se levantó y salió a enfrentarse con los ladrones. Se lanzó sobre ellos y los devoró. Después volvió a la cueva y le hizo al hombre un gesto con la cabeza de que podía irse. Y él se fue. Caminó y caminó y se encontró con otro león.

«Pero ¡Dios mío!», pensó él, «¿qué he hecho yo para que a cada paso me encuentre un peligro? Primero me quieren matar los ladrones, luego me encuentro con un león, me libra de ellos, pero ahora voy y me encuentro con otro león».

Corrió y corrió de vuelta a la cueva del primer león. Cuando el primer león vio que el otro león quería matar al hombre, comenzó a librar con él una terrible batalla. El primero mató al segundo, luego se puso delante del hombre y haciéndole un gesto con la cabeza le indicó que podía irse.

El hombre siguió otra vez su camino y llegó a un pozo. Allí se tumbó en el suelo y se puso a llorar. Por la noche llegó una caravana de mercaderes que, al verlo allí tirado en el suelo llorando, le preguntaron:

–¿Por qué lloras ahí tirado al lado del pozo?

–Dejadme –respondió él–. He estado a punto de morir. Os lo contaré: como soy mercader salí de viaje hacia un lejano país, pero apenas me puse en camino me encontré con unos ladrones que intentaron matarme, por suerte conseguí escaparme y esconderme en una cueva. Allí me encontré con un león que los atacó y los devoró a todos, salvándome la vida. Salí de la cueva y me encontré con otro león que también quiso matarme. Corrí y volví a la cueva del primer león, que se enfrentó con el otro y lo mató. Después seguí camino hasta que llegué a este pozo, y aquí me he quedado llorando mi desgracia.

Los mercaderes de la caravana, conmovidos por la desgracia del hombre, se lo llevaron con ellos y viajaron hasta que volvieron a su país. Así el hombre volvió a su casa con su mujer y sus hijos, que le preguntaron:

–¿Qué te ha pasado?

Y él les contó todo lo que le había ocurrido:

–Veréis, apenas me puse en camino me encontré con unos ladrones que intentaron matarme, por suerte conseguí escaparme y esconderme en una cueva, allí me encontré con un león... Tres veces he estado a punto de morir, así que no volveré a salir de casa.

Y el mercader, contando y contando su desgracia, nunca se dio cuenta de la suerte que había tenido de encontrarse con el león.

La marca de nacimiento

(tunecino)

Había una vez un mercader de perfumes que estaba casado con su prima. Ella era una mujer leal y fiel, y su marido la quería más que a nada en el mundo. Un día estaba él trabajando en su tienda cuando pasó un hombre que vendía pájaros que cantaban y contaban historias. El mercader de perfumes pensó que sería un buen regalo para su mujer, pues un pájaro así podría hacerle compañía. Así que se lo compró y también compró una jaula de oro y dos recipientes: uno de oro y otro de plata, y se lo llevó todo a su mujer. Antes de darle la jaula con el pájaro llenó un recipiente con agua de rosas y el otro con semillas y los metió dentro de la jaula. Efectivamente, el pájaro hablaba. Todos los días, la mujer se levantaba por la mañana temprano, hacía sus tareas domésticas y después se sentaba a escuchar al pájaro y se entretenía con sus historias. Cada día le tenía más cariño a aquel pájaro.

Un día un grupo de comerciantes amigos de su marido decidieron hacer un viaje de negocios y le pidieron al mercader de perfumes que fuese con ellos. Él volvió a casa y le contó a su mujer que se iba de viaje.

—¿Cómo puedes irte y dejarme sola? —le dijo ella.

—Así es la vida... Tengo que ganarme el sustento. Además, tú tienes a tu pájaro que te hace compañía.

—Que Dios te proteja —respondió la mujer, y le preparó provisiones para un año.

Al día siguiente el mercader de perfumes se despidió de su mujer y se marchó.

Los mercaderes llegaron a Bagdad, de día compraban y vendían, y de noche jugaban a las cartas, al dominó, al parchís, y charlaban. Un día hablaban de las mujeres mientras jugaban a las cartas, y uno de ellos dijo:

—Nadie podría siquiera soñar con verle una sola uña a mi mujer.

Y otro añadió:

—Sería más fácil llegar al cielo que conseguir ver a mi hermana.

—No importa lo que digáis, porque no hay ninguna mujer que sea más recatada que mi mujer. Nunca sale de su casa, y ningún hombre ha podido ver siquiera la punta de su pie —aseguró el mercader de perfumes.

—¿Qué te apuestas a que yo consigo verla? —preguntó uno de ellos.

—Lo que quieras —respondió el mercader de perfumes.

Y siguieron jugando a las cartas. Mientras jugaban, el hombre que había apostado preguntó:

—¿Tiene tu mujer alguna marca de nacimiento en la piel?

—Sí que tiene —respondió el mercader de perfumes.

—¿Qué apostamos a que consigo ver su marca de nacimiento?

—Te daré lo que quieras si lo consigues.

Algún tiempo después los comerciantes se separaron y el que había hecho la apuesta fue a ver a una vieja bruja, le contó la historia y le pidió que le ayudara a acercarse a la mujer.

La bruja se vistió con una túnica verde, se cubrió la cabeza con un velo verde, se pintó el bastón de verde y se fue a la casa de la mujer del comerciante de perfumes, a la dirección que le habían indicado. Llamó a la puerta y se presentó diciendo que era su vieja tía. La mujer se sorprendió mucho de tener una tía que no conocía, pero la bruja le explicó:

—Tu padre, que en paz descansa, me separó de mi hermana porque no me podía ni ver. Ahora él está en el cielo y yo le he perdonado —y comenzó a llorar y a sollozar.

El llanto conmovió a la mujer del mercader, que la dejó entrar. La invitó a tomar el té y después se fue. La vieja bruja iba a visitarla todos los días. Un día llegó la bruja y le dijo que la invitaba a la ceremonia de la henna de una hija que tenía, a la que debía asistir pues era el único pariente femenino que les quedaba, sobre todo ahora que se habían vuelto a encontrar.

–Pero usted sabe que mi marido está fuera y yo no puedo salir en su ausencia –respondió la mujer del mercader.

–No puedes rehusar una invitación de tu prima. ¿Quieres que se disguste?

Tanto insistió la vieja bruja que la mujer del mercader de perfumes se puso sus mejores galas, se puso un velo de seda y plata, y estaba a punto de salir cuando escuchó que el pájaro decía:

–Señora, quítate el velo de seda de la cabeza y échatelo sobre los hombros, pon las joyas de oro en el joyero y déjame que te cuente la historia del muecín.

–No tenemos tiempo para cuentos, condenado pajarraco –espetó la vieja bruja.

Pero la mujer respondió:

–Quiero oír la historia de mi pájaro.

Y la vieja bruja se fue hecha una furia.

El pájaro comenzó su historia:

–Había una vez un muecín muy piadoso que se ganaba la vida llamando a la gente a la oración. Un día iba a llamar a la gente a la oración de la mañana y una paloma llegó volando y se posó en su hombro. Le dio un golpecito suave para que se fuera pero la paloma lo cogió con el pico y se lo llevó a una tierra lejana. Cuando hubieron llegado, la paloma se transformó en una bellísima muchacha, tan hermosa como la luna. Ella le dijo que deseaba hacerle el rey de aquella tierra, pues su marido había muerto hacía poco y se encontraba sin rey. El muecín dio gracias a Dios por el don concedido y aceptó. Vivieron juntos años y años y siempre lo trataron con el amor y respeto que se debe a un rey. Un día la reina descubrió que él ya no le era fiel. Cuando se lo preguntó, él le respondió: «Tú eres demasiado vieja para mí». Sintiendo humillada, ella volvió a convertirlo en un muecín y lo devolvió al lugar de donde se lo había llevado, y la suerte se volvió contra él. Cuando se dio cuenta de que su suerte había cambiado, lo lamentó y estuvo días y noches esperando a que la paloma volviera –el pájaro continuó diciendo–: Señora, si sales de tu casa, tú también lo lamentarás porque es posible que pierdas tu suerte.

Y la mujer del mercader de perfumes se quitó el velo, lo metió en su caja y rechazó la invitación.

La vieja bruja estaba furiosa. Fue a ver al hombre, que estaba esperando para llevarse a la mujer en su caballo, y le contó lo que había sucedido, diciéndole:

–Es una misión imposible.

–Ella tiene una marca de nacimiento, ¿podrías averiguar cómo es y dónde la tiene? –le pidió el hombre.

–No te preocupes, lo averiguaré –respondió ella.

La vieja bruja fue a visitar a la mujer del comerciante de perfumes una tarde en que hacía un calor abrasador y le sugirió que se tomase un baño refrescante para aplacar el calor.

–Además, veo que tienes el cabello sucio. Déjame que te lo lave, te frote la espalda y te eche el agua encima, tal como haría tu madre, a quien Dios tenga en la gloria.

La mujer calentó un poco el agua y ambas fueron hacia la cocina. Cuando se quitó la ropa, la vieja bruja pudo ver su marca de nacimiento: era como una rodaja de sandía, verde por fuera y roja por dentro con pipas negras, y la tenía justo en el muslo. En cuanto la vio, ¡pies para qué os quiero!, corrió a ver al hombre. Y el hombre se apresuró a buscar al mercader de perfumes para contarle que había conseguido a su mujer, y para probarlo le describió la marca de nacimiento que tenía en el muslo.

–Me dijiste que me darías lo que quisiera si conseguía ver a tu mujer desnuda. Deseo disponer de tu fortuna y que tú seas mi sirviente.

El mercader abrió una tienda de pasteles para sobrevivir, vestido con harapos y descalzo.

La mujer se sorprendió mucho de que la vieja bruja hubiese desaparecido, pero el pájaro le dijo:

–Tú eres muy inocente.

El tiempo pasó y un día el pájaro le dijo:

–¿Sabes que mi amo está ahora en Bagdad, de sirviente para un comerciante amigo suyo, haciendo pasteles para vivir?

Ella no se lo pensó dos veces: se disfrazó de hombre, cogió provisiones y le preguntó al pájaro que si quería algo de Bagdad. El pájaro respondió:

–Cuando vuelvas de tu viaje por el mar Rojo, llama tres veces a Morián, mi primo, y cuando aparezca dile: «Tu primo Yáqut te envía saludos y quiere saber cómo puede escapar de la jaula donde vive en ese país tan lejano».

Al día siguiente la mujer del mercader de perfumes partió en un barco. En Bagdad estuvo buscando a su marido para averiguar lo que había pasado. Y tuvo suerte, porque lo encontró. Entonces él le contó toda la

historia. Ella le respondió:

–Yo no he hecho nada que te deshonre –y le contó todo lo que le había pasado con la vieja bruja.

Y así fue como su marido dejó de ser el siervo del otro y se hizo a la mar junto a su mujer para volver a su tierra. Cuando estaban atravesando el mar Rojo, ella llamó:

–Morián, Morián, Morián, tu primo Yaqut te manda saludos y te pregunta cómo puede escapar de la jaula de oro donde vive, allá en lejanas tierras.

–¿Por qué no te golpeas la cabeza contra la pared?

La mujer no entendió el mensaje, pero se lo guardó en la memoria para repetírselo a su pájaro.

Cuando estuvieron de vuelta en casa, el pájaro se alegró mucho de volver a verlos. Después comieron y se tomaron una tacita de té, y el pájaro preguntó:

–¿Has visto a mi primo?

–Claro que sí –respondió la mujer.

–¿Y qué te dijo? –volvió a preguntar el pájaro.

–«Date con la cabeza en la pared», esto fue lo que me dijo.

Y sin más se fueron a dormir. A la mañana siguiente ella se despertó temprano, como siempre, y encontró al pájaro muerto en su jaula. Ella lo sintió mucho, lloró y lo amortajó.

–Se me ha muerto mi pobre pájaro. ¡Me hacía tanta compañía y me daba tan buenos consejos!

–¿Cómo? ¿Lloras por un simple pájaro? Hoy mismo te compraré otro –intervino el marido, sacando al pájaro de la jaula y tirándolo al cubo de la basura.

En cuanto se vio libre, el pájaro (que ya podéis imaginar que no se había muerto) salió volando y se fue a posar en la barandilla de la terraza, luego dijo:

–Señora, me voy.

–Vuelve, pajarito mío –le pidió ella.

–No, señora. Al fin tengo lo que más quiero: mi libertad.

Y se fue volando, volando, lejos, muy lejos, a su país, y desde entonces no se le ha vuelto a ver.

Qamar al-Zamán

(tunecino)

Había una vez un sultán que tenía un hijo que se llamaba Qamar al-Zamán. El príncipe fue instruido en todas las artes y ciencias y también en el arte de la caballería. Cuando llegó la edad en que debía casarse, el sultán envió a su visir a preguntarle al príncipe cuál era su voluntad, pero él no quería casarse. El sultán mandó al visir con la misma misión en diversas ocasiones, pero el príncipe persistía en su negativa. Esta actitud enfadó al sultán, que decidió desterrarlo del reino a un lugar distante e inhóspito sin más compañía que la del visir.

El palacio donde fueron desterrados estaba habitado por dos diablesas: la reina Morgana y la reina Maimona. Cuando Qamar al-Zamán y el visir se fueron a dormir, las dos diablesas salieron del lugar donde se escondían y se quedaron maravilladas de la belleza del príncipe.

–Alabado sea Dios –dijo Maimona–, que ha creado tanta belleza.

–Qué padre tan caprichoso que destierra a un chico tan guapo sólo porque no quiere casarse –replicó Morgana.

–Gastémosles alguna broma –propuso Maimona.

En un reino lejano vivía Husn al-Wuyud, la única hija de un rey, que también solía rechazar a todos los pretendientes que pedían su mano. Maimona sugirió que Husn al-Wuyud sería una buena esposa para Qamar al-Zamán. Así que se fueron volando al reino donde vivía Husn al-Wuyud, le dieron una poción para que durmiera profundamente, se la llevaron al palacio donde dormía Qamar al-Zamán y la acostaron en el mismo lecho, al lado del joven. Cuando él se despertó, encontró a la bella muchacha a su lado. Intentó despertarla, pero no pudo, así que se quitó su anillo con el sello real y se lo puso a ella en un dedo. Y luego se dio la vuelta y se durmió otra vez. Husn al-Wuyud se despertó y se encontró al lado de un hombre muy guapo al que no conocía. Lo zarandeó para que se despertara, pero él dormía profundamente. Así que se quitó su anillo y se lo puso a él en un dedo. Y luego se dio la vuelta y se durmió otra vez. Después de todo esto, Morgana y Maimona llevaron a Husn al-Wuyud volando a su palacio.

Qamar al-Zamán se despertó al día siguiente y buscó a la mujer que había dormido con él la noche anterior, pero no la encontró, así que le preguntó al visir:

–¿Dónde está la muchacha que estaba en mi cama la noche pasada?

–¿Quién? Aquí no hay ninguna muchacha –respondió el visir perplejo.

Qamar al-Zamán le contó todo lo que había pasado la noche anterior.

–Hijo –exclamó el visir–, no le cuentes a nadie lo que ha pasado esta noche. Porque podrían pensar que el hijo del sultán se ha vuelto loco.

–No estoy loco –protestó Qamar al-Zamán–. Te he contado la verdad.

El visir, preocupado, fue a ver al sultán y se lo contó. Todo el mundo estaba convencido de que el príncipe había tenido alucinaciones.

Qamar al-Zamán se puso pálido como la paja y se metió en la cama enfermo. Todos los físicos y magos del reino fueron llamados a palacio y todos ellos estuvieron de acuerdo en que el príncipe sufría de melancolía. El rey y la corte hicieron cuanto pudieron para que el príncipe se divirtiera y se le disipase aquella tristeza. Pero por más esfuerzos que hicieron, él siguió callado dándole vueltas a lo que había sucedido la noche en que vio a aquella mujer en su cama.

Husn al-Wuyud se despertó a la mañana siguiente y buscó a su compañero de sueños de la noche anterior.

–¿Dónde está el apuesto joven que estaba en mi cama anoche? –preguntó a su madre.

–¿Qué joven? Aquí no hay ningún joven –respondió su madre sorprendida.

Husn al-Wuyud le contó todo lo que le había sucedido la noche anterior.

—¡Mi querida hija! —exclamó su madre—, no le cuentes a nadie lo que me has contado a mí porque dirán que la hija del rey se ha vuelto loca.

—Pero madre —protestó ella—. Te he contado la verdad.

La madre, preocupada, fue a decirle a su marido el rey que su hija estaba teniendo alucinaciones.

Husn al-Wuyud se puso pálida como la paja y se metió en la cama enferma. Todos los físicos y magos del reino fueron llamados a palacio y todos ellos estuvieron de acuerdo en que la princesa sufría de melancolía. El rey y la corte hicieron cuanto pudieron para que la princesa se divirtiera y se le disipase aquella tristeza. Pero por más esfuerzos que hicieron, ella siguió callada dándole vueltas a lo que había sucedido la noche en que vio a aquel hombre en su cama.

La noticia de la enfermedad de Qamar al-Zamán se extendió por todo el reino y llegó a un pueblo donde vivía un curandero beduino que en seguida se puso en camino para curar al príncipe. Cuando llegó a palacio y fue conducido a su presencia, le dijo:

—Confía en mí y cuéntamelo todo.

Qamar al-Zamán le contó todo lo que le había pasado aquella noche.

—Te curaré. Haré que vuelvas a verla, pero tienes que venir conmigo —le dijo el curandero.

El príncipe hizo acopio de todas sus fuerzas, se despidió de su padre y partió con el beduino.

Atravesaron países y más países voceando: «¡Aquí está el curandero que cura de todas las enfermedades, si Dios quiere!». Hasta que un día llegaron al país de Husn al-Wuyud y se enteraron de su enfermedad. El beduino pidió ver a la princesa. Qamar al-Zamán se presentó como un ayudante del curandero beduino y lo acompañó a la habitación donde estaba la princesa. En cuanto entró, ella lo reconoció y el color volvió a su rostro. Qamar al-Zamán, feliz de haber encontrado a su amada, se presentó ante el rey y pidió la mano de su hija. Se celebró la boda y la fiesta duró siete días y siete noches. Cuando hubo concluido el festejo, el príncipe pidió a su suegro permiso para llevarse a su esposa a su reino y celebrar allí una segunda fiesta de boda.

El príncipe y la princesa se embarcaron en una nave que los llevaría hasta el reino de él. Y navegaron y navegaron hasta que llegaron a una isla, donde desembarcaron para descansar. Se sentaron bajo una palmera y Husn al-Wuyud puso su cabeza en el regazo de Qamar al-Zamán y se durmió. Él se dio cuenta de que ella llevaba una gargantilla con una perla y se la quitó para verla de cerca. De pronto, un pájaro descendió en picado y se la arrebató de las manos. El príncipe echó a correr detrás del pájaro, y corrió y corrió tanto que se alejó de Husn al-Wuyud y se perdió.

Husn al-Wuyud esperó y esperó, y cuando vio que no volvía pensó: «Me ha abandonado». Se disfrazó de hombre, escondió las joyas que tenía metidas en tinajas y se sentó allí en una roca a esperar. Mientras esperaba, pasó por allí el mensajero del rey de aquella isla, que llevaba una carta. La carta se le cayó en un charco.

—Me cortarán la cabeza por esto, ¿qué puedo hacer? —gritó desesperado.

—No te preocupes —contestó Husn al-Wuyud—, te escribiré otra.

Consiguió una pluma y un papel y copió la carta. Aliviado, el mensajero continuó su camino a palacio.

Qamar al-Zamán intentó volver adonde había dejado a su mujer, pero sin ningún éxito. Así que decidió buscar trabajo y quedarse a vivir por allí. Se encontró con un anciano que tenía un huerto del que cogía las hortalizas para vender en el mercado. El anciano estaba solo y le pareció bien la idea de adoptarlo como hijo.

—Serás mi hijo del alma y compartirás conmigo todo lo que nos mande el Señor.

Y Qamar al-Zamán se puso a trabajar con aquel anciano. Todos los días le rogaba a Dios:

—Oh, Dios todopoderoso, ayúdame a encontrar a la esposa que he perdido, Husn al-Wuyud.

Le contó al anciano que el barco que le llevaba de regreso a la tierra de su padre le había dejado en el puerto sin llamarle, aunque volvería el año siguiente. Pero por prudencia no le contó nada de la pérdida de su esposa.

El mensajero del rey llegó al palacio con la carta. Al leerla, el rey se sorprendió de lo bella que era la caligrafía.

—¿Quién la ha escrito? Tráemelo —exclamó.

Temeroso, el mensajero salió corriendo de palacio para encontrar al «hombre» que le había ayudado. Husn al-Wuyud fue llevada ante la presencia del rey y convertida en escribano de la corte. Honrado y estimado, el escribano en seguida consiguió el favor del rey, que incluso le pidió que se casara con su hija.

—Cumpliré siempre tus deseos —contestó Husn al-Wuyud.

Cuando volvió a su habitación, Husn al-Wuyud lloró y se lamentó porque no sabía qué hacer. Se celebró la boda, y después de las fiestas llegó la noche de bodas. Esa noche el «novio» no se acercó a la novia y se fue a

otra cama a dormir. Al día siguiente, la madre de la novia le preguntó a su hija cómo había sido la noche de bodas.

—No se me acercó. Durmió solo —explicó con tristeza la recién casada.

—Bueno, bueno, no te atormentes, mi niña, a veces suceden estas cosas la primera noche —contestó la madre—. Debe de ser tímido.

Pasó la segunda y la tercera noche del mismo modo. La madre de la novia empezó a preocuparse y le aconsejó a su hija que le dijera que el Profeta le enviaba un regalo, que si lo quería o no.

Esa noche la novia hizo tal como su madre le había aconsejado y le dijo al novio:

—El Profeta te envía un regalo, ¿lo quieres o no?

Cuando oyó esto, Husn al-Wuyud se puso a llorar.

—Confía en mí —le pidió la novia—, y dime toda la verdad.

—Soy una mujer igual que tú —respondió Husn al-Wuyud—. Te prometo que conseguiré que mi marido se case contigo cuando lo encuentre.

Le contó todo lo que le había sucedido, y tras aquellas puertas cerradas, se prometieron amistad eterna.

A la mañana siguiente, la madre se quedó muy tranquila al oír que el matrimonio se había consumado.

Mientras, Qamar al-Zamán continuaba trabajando duro para el anciano, rezando para que Dios le permitiera reunirse con su amada. Un día sorprendió a dos pájaros peleándose por una gargantilla, uno de ellos se la tragó y el otro le golpeó y cayó al suelo muerto. Qamar al-Zamán corrió a recoger el pájaro muerto, le abrió la tripa y cogió la gargantilla, que guardó en un jarrón. Oyó que el barco llegaba de nuevo a puerto y lo estaban buscando y entonces corrió a despedirse del anciano:

—La hora de partir ha llegado, debo irme —anunció.

—Hijo mío, no me dejes solo. Siento que mi hora ha llegado.

El barco iba a estar en el puerto un mes. Qamar al-Zamán se quedó con el anciano esperando a que su salud mejorara antes de que él se marchara. Pero vino la muerte y se lo llevó.

Qamar al-Zamán lo enterró y realizó los rituales funerarios como un hijo haría con su padre. Pero el barco se había ido ya, y Qamar al-Zamán se había quedado en tierra. Al día siguiente, volvió al trabajo rezando a Dios todopoderoso para que le permitiera reunirse con su amada. Al año siguiente el barco atracó, Qamar al-Zamán se dirigió a la nave para embarcar y ¿a quién se encontró en el puerto? A Husn al-Wuyud que había ido con su esposa para embarcarse rumbo al reino de su padre. Por fin, se habían encontrado. Husn al-Wuyud le contó su historia y le dijo:

—La princesa ha guardado mi secreto y le he prometido que la tomarías por esposa —dijo Husn al-Wuyud.

—Pero no puedo hacer eso que me pides. Tú eres la única esposa que yo quiero —respondió Qamar al-Zamán.

—Quiero que así sea —insistió ella.

Y así fue como Qamar al-Zamán tomó a la princesa como su segunda esposa. Los tres juntos se fueron al reino de Qamar al-Zamán, y allí los dejamos y no les hemos vuelto a ver desde entonces.

El cuento del gato

(argelino)

Ma chahu telam chahu,
que mi cuento se desenvuelva como un hilo.

Un día entre los días, a un anciano que tenía un molino, tres hijos, un burro y un gato le llegó la hora de la muerte. Reunió a sus hijos e hizo el reparto. Al mayor le dejó el molino, al mediano, el borrico, y al pequeño, el gato. Luego se murió. Los dos hijos mayores tomaron su herencia, y el más joven se dijo:

—A los mayores les deja el molino y el burro. Se pueden asociar: uno molerá en el molino y el otro transportará lo molido en el burro. Pero yo, con un gato, ¿qué voy a hacer? Si lo mato, sólo me dará para una comida. Si lo vendo, ¿quién me lo va a comprar?

El gato, que estaba a su lado, lo había oído todo y le dijo:

—No temas nada. Si sigues mis consejos, no te faltará de nada.

El joven, al principio, se sorprendió:

—Alabado sea Dios, que hace hablar a los animales —luego le respondió al gato—. Incluso si te escucho, ¿qué podría cambiar para mí?

—Haremos lo que Dios quiera —respondió el gato, y añadió—: Cómprame unas sandalias de cuero, un sombrero y un saco.

El joven le compró todo lo que había pedido el día del mercado. El gato se puso la ropa y se quedó contento. Se echó el saco al hombro y dijo:

—Me voy, tú ocúpate de tus asuntos y espérame aquí.

El gato se fue a los campos y eligió una tierra trillada donde había muchos conejos. Hizo una trampa con el saco y con un artilugio de cuerdas y ramas que lo mantenían abierto. Echó un poco de salvado en la boca del saco y metió un buen puñado dentro. Después fue a esconderse detrás de los cactus, donde se quedó al acecho. En seguida llegaron los conejos. Comenzaron a correr por la tierra trillada, vieron el salvado y se pusieron a comer. Así se fueron acercando al saco, y algunos se metieron dentro. El gato tiró de la cuerda y de esta manera cazó algunos conejos. Degolló algunos animales y otros los guardó vivos.

En ese país había un sultán. El gato le ofreció los conejos vivos diciéndole que eran un presente de su señor, Sid el cadí. El sultán aceptó los animales y le rogó que se lo agradeciera a Sid el cadí. El gato volvió a la casa con los conejos degollados. Los cocinaron y se los comieron.

Otro día, el gato atrapó perdices y también se las llevó de regalo al sultán de parte de Sid el cadí. Y en días sucesivos le llevó de regalo estorninos, tordos, palomas, tórtolas...

Un día el sultán le dijo:

—Sid el cadí me ha hecho muchos regalos. Ya es hora de que lo conozca. Dile que venga. Le invito a cazar conmigo.

—Si quiere le diré que le espera cerca del río —respondió el gato.

Fijaron el día del encuentro y el gato se marchó.

Volvió a la casa e informó a su señor, que acogió la noticia con consternación: no sabía cómo presentarse ante el sultán pues no era ni cadí, ni cazador... El gato le tranquilizó y le dijo:

—Tú ve y calla.

El joven se resignó:

—Dios me impone esta prueba, ¡te acompañaré! Y que ocurra lo que Dios quiera.

Se fueron al río el día convenido. Al llegar, el gato le dijo al señor:

–Prepárate: cuando llegue el sultán, rompe tu ropa, tírate al agua y espera.

Y aguardaron la llegada del sultán.

Cuando este último estaba a la vista, Sid el cadí se lanzó al agua y el gato se puso a gritar:

–¡Socorro, sultán! ¡La corriente se lleva a Sid el cadí!

El sultán dio órdenes a su séquito de que fueran a salvar a Sid el cadí. El gato dijo a continuación:

–Espere. Su ropa está toda rota.

El sultán ordenó que le dieran uno de sus trajes a Sid el cadí. Lo secaron, lo vistieron y se sentó en la calesa del sultán en silencio.

El sultán, Sid el cadí y el séquito siguieron camino. El gato les precedía. Cortó campo a través y desapareció de su vista.

El gato corrió y corrió, y encontró a un grupo de segadores. Les saludó y les preguntó a quién pertenecía la tierra que segaban.

–Es propiedad del ogro –le respondieron.

–Os aviso de que el sultán va a llegar y os hará la misma pregunta. Si respondéis que es propiedad del ogro, os cortará la cabeza. Debéis decir que pertenece a Sid el cadí.

Poco después, el sultán llegó y les preguntó.

–Pertenece a Sid el cadí –le respondieron.

El sultán se volvió con admiración hacia Sid el cadí y le dijo:

–Qué buenas tierras tienes.

–No tiene ninguna importancia –respondió Sid el cadí.

El gato se encontró a continuación con braceros que recolectaban uvas, sandías, melones, peras, higos, nisperos, cerezas... Y siempre les pedía que respondieran que aquellas tierras pertenecían a Sid el cadí. Y siempre el sultán expresaba su admiración y siempre Sid el cadí contestaba que no tenía ninguna importancia.

El gato llegó delante de un castillo. Golpeó a la puerta y preguntó que de quién era esa casa.

–Es la morada del ogro. Vete si no quieres ser devorado –le respondieron.

–He venido a verle. Llévame a su presencia –dijo el gato.

Le hicieron pasar ante el ogro y se sentó junto a él. El ogro dijo:

–Habla rápido. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Qué quieres?

–Señor ogro, he oído hablar de usted. Y he venido a ver si es verdad lo que se cuenta.

–¿Qué se cuenta?

–Que puede transformarse en león.

El ogro, henchido de orgullo, se transformó en un león gigantesco que rugía. El gato, asustado, saltó al tejado. El ogro volvió a convertirse en ogro y rió:

–Baja, no tengas miedo.

El gato bajó mostrando su admiración, y en un tono muy humilde dijo:

–También se cuenta una cosa que me parece imposible: que usted puede transformarse en ratón.

–¡Claro que sí! ¡Mira! –y se transformó en un ratoncito.

El gato saltó sobre el animalito y se lo comió.

Reunió a los sirvientes del ogro y les anunció:

–El ogro está muerto. El sultán va a llegar con su séquito y con Sid el cadí. Saldréis todos a darle la bienvenida al castillo de Sid el cadí. Si no lo hacéis, os cortará la cabeza.

El gato fue a recibir a los recién llegados y dijo:

–Bienvenido, oh sultán, a la casa de Sid el cadí.

Y todo el mundo entró en el castillo. Comieron, bebieron y se instalaron para pasar la noche. El sultán dijo:

–Sid el cadí, tienes más bienes que yo. Te daré a mi hija para que te cases con ella y tú heredarás mi trono.

Sid el cadí se casó con la hija del sultán y sucedió a su suegro. El gato se convirtió en el consejero más destacado y más prudente del nuevo sultán.

Mi cuento ha fluido como el río,
para los hijos de Yuad lo he dicho.
Dios maldiga a los chacales

y a nosotros no nos depare males.

La madre y el ogro

(argelino)

Érase una vez un campesino muy pobre que, aunque trabajaba sin descanso en su pequeño huerto desde que salía el sol hasta que se ponía, apenas ganaba para calmar el hambre de su mujer y sus numerosos hijos. Una tarde que volvía muy cansado a su choza con un hatillo al hombro, vio sentado al borde del camino a un anciano con una larga barba y un turbante de seda, que le dijo:

–Pareces cansado.

Él le respondió:

–Estoy agotado y muy preocupado porque tengo muchos hijos y mi huerta es muy pequeña y la tierra no es buena. Por ello, aunque trabajo mucho, mi mujer y mis hijos pasan hambre.

–¿Por qué no te vienes a mi casa? Como soy inmensamente rico, le daré a tu familia una casa grande donde podáis vivir con comodidad. Tu mujer podrá trabajar en los campos contigo y, como no tengo nada que hacer, yo cuidaré de tus hijos. Sólo tienes que cerrar los ojos y te enseñaré mis tierras.

El hombre cerró los ojos y apareció en un lugar fantástico. Delante de él, sobre una colina, había una bonita casa desde la que se veían campos bien cultivados, con viñedos, trigo, árboles que daban frutos dorados y praderas donde pastaban magníficos rebaños. El anciano le hizo entrar en la casa y le dijo:

–Todo es para ti: las uvas, el trigo, la fruta y los rebaños. Y aquí tienes la casa, yo viviré en un pequeño cuarto al otro lado de esa pared. Tu mujer y tú iréis a trabajar al campo dejando al más pequeño de vuestros hijos en la cuna. Ataremos un hilo a la cuna, que pasaremos por un agujero que haremos en la pared y, así, desde mi casa podré acunar a vuestro hijo tirando del hilo.

El marido estaba asombrado de tanta generosidad. Volvió a abrir los ojos y apareció en su casa. Entonces le contó a su mujer que un anciano le había ofrecido una casa inmensa, trabajo para los dos, campos para cultivar de donde obtendrían uvas, trigo, frutas, y ganado que les daría leche y mantequilla. Hasta se había ofrecido para ocuparse del más pequeño de sus hijos mientras trabajaban.

La familia abandonó su pobre choza y se instaló en su nuevo hogar. La mujer empezó a barrer y a limpiar la casa y pidió mantas para arropar a sus hijos. El anciano le mostró un montón de lana virgen y le enseñó fuera de la casa la fuente donde podría lavarla antes de hilarla en su rueca. El padre cogió sus herramientas para ir al trabajo. Los niños saltaban de alegría por la casa. La mujer colocó al más pequeño en la cuna, ató el hilo, lo pasó por el agujero de la pared y se fue a la fuente a lavar la lana. De repente, desde la fuente, oyó una voz fuerte y ronca que salía de la casa del anciano:

–Soy el viejo ogro carnicero

y os devoraré a todos enteros.

A tu padre y a tu madre me comeré,

y contigo los morros me limpiaré.

Asustada, la pobre madre volvió a la casa, miró por el ojo de la cerradura y vio al anciano transformado en un monstruo gigantesco de ojos ensangrentados que cantaba haciendo crujir los dientes. La madre corrió hasta donde estaba su marido y le dijo:

–El anciano es un ogro y nos quiere comer. Marchémonos de aquí con nuestros hijos mientras canta.

Pero el marido, que no pensaba renunciar a aquella riqueza adquirida con tan poco esfuerzo, le contestó:

–Esposa mía, cálmate, te asustas por nada, ese anciano no puede ser un ogro. Es un hombre muy generoso

que nos quiere ayudar. Estamos muy bien aquí, y aquí nos quedamos.

Y mientras el ogro seguía meciendo la cuna con el hilo, ella huyó con todos sus hijos a la casa donde vivían sus padres y hermanos. Para que el ogro no notase que la cuna tenía menos peso, en lugar del más pequeño de sus hijos, puso una madeja de lana.

El marido, después del trabajo, volvió a su casa y se encontró al anciano, que le preguntó:

—¿Dónde están tu mujer y el resto de tus hijos?

—Mi mujer se ha empeñado en irse con los niños.

—¡Qué raro que se haya dejado a vuestro hijo más pequeño!

Y diciendo esto, se inclinó sobre la cuna y se dio cuenta de que había estado acunando una madeja de lana. Se enfadó muchísimo y, convirtiéndose en un monstruo de ojos ensangrentados, le dijo:

—¡Conque ésas tenemos...! Pues ya que no me puedo comer a tu hijo, te comeré a ti. Ale, por no escuchar a tu mujer.

Y de un bocado se zampó al marido. Después se convirtió en un burro y se fue al pueblo, a la casa de la familia de la madre. Hacía tanto frío que, cuando uno de los hijos lo vio, sintió pena por aquel burro y lo metió dentro de la casa. La madre le dijo al muchacho que acercase el burro al fuego porque parecía que tenía frío. Mientras, ella hilaba la lana cerca del fuego. De repente, la madre se dio cuenta de que la sombra de aquel burro se hacía más y más grande. Lo miró y vio que tenía los ojos tan ensangrentados que parecía que de ellos salían llamas. Entonces supo que bajo la piel de aquel burro había un ogro. Se asustó un poco, pero, tranquilizándose, empezó a cantar mientras hilaba para alertar a su familia y a sus vecinos:

—Alí, hermano Alí,
ve a buscar a padre
y ven también tú, madre,
porque la bestia está aquí.

El ogro pensó que la mujer cantaba para entretenerse y no se dio cuenta de que pedía ayuda. Pero sus hermanos, al escuchar esta canción, se percataron de que ella y sus sobrinos estaban en peligro y fueron a buscar a los vecinos, que acudieron armados con lanzas y antorchas, y cazaron al ogro y lo tiraron al fuego, donde se asó. Y así fue como se salvó esta valiente madre de familia y pudo dar un futuro a sus hijos, gracias a las riquezas del ogro, sin la ayuda de su marido, al que se habían comido por no escucharla.

El hijo del babuchero

(marroquí)

Había una vez una princesa bella como la luna, muy amada por el sultán, su padre.

Un día se le antojó visitar las calles del zoco y, como no era muy conveniente que ella fuera por su propio pie por las calles en pleno día, el sultán ordenó que todos los mercaderes iluminaran sus tiendas aquella noche, expusieran las más bellas mercancías y luego se fueran.

Todos los mercaderes cumplieron la orden dada por el rey, menos un simple artesano que arreglaba babuchas y que, además de esta humilde profesión, era mago. Este babuchero tenía un hijo bello como el día al que aconsejó, por el contrario, que se escondiera en la tienda de babuchas.

La princesa y su séquito salieron a pasear por el zoco para ver las tiendas iluminadas y desiertas. Así pudieron admirar los objetos expuestos en los escaparates: los cobres cincelados, los cueros con finos dorados, los tejidos multicolores, las suntuosas vasijas de barro, los perfumes, la henna, los tintes, los puñales y los fusiles damasquinados, las espadas de Toledo, los cinturones, frutas de todo tipo, los estribos de acero, las joyas de plata, de bronce o de maderas raras. Sólo resonaban en las calles desiertas sus risas.

Cuando llegaron a la tienda de las babuchas, encontraron la puerta cerrada y el escaparate apagado. La princesa se enfadó pensando que alguien había osado desobedecer a su padre y, de esta manera, burlarse de ella, la hija del sultán. Y dio orden a los eunucos que formaban parte de su séquito de forzar la puerta. Mas la cólera se le apaciguó cuando vio en mitad de la tienda, entre los cueros de su padre, a un hombre tan bello que resplandecía. El hijo del babuchero y la hija del sultán se miraron un instante sin decirse nada, y los dos se quedaron deslumbrados viendo la belleza del otro.

La princesa volvió sin tardanza y en silencio al palacio de su padre.

El hijo del babuchero se puso enfermo de amor. Pero su padre, que, ya lo hemos dicho, era además un gran mago, le escribió en la frente una fórmula mágica que lo hacía invisible. Mientras llevara la fórmula escrita en la frente, nadie podría verlo, y así podría entrar en el palacio hasta las habitaciones de su amada y verla. Sólo así se podría curar de su enfermedad de amor.

Y así lo hizo. Con la fórmula mágica en la frente se introdujo hasta la habitación de la princesa donde ésta se hallaba comiendo. El hijo del babuchero se sentó frente a ella y se puso a comer también él del plato. Los platos salían de la habitación como si alguien hubiese comido a dos manos. Imaginad la cólera del sultán cuando se dio cuenta de lo que pasaba. Pero por más que buscaron, no pudieron encontrar a nadie en las habitaciones de la princesa. Mandó llamar, pues, a un gran mago judío, que le pidió que alumbrara la estancia con un enorme fuego. Así hicieron, y la temperatura en aquella habitación comenzó a subir tanto que el invisible hijo del babuchero se puso a sudar y se pasó la mano por la frente para secarse el sudor que le caía a chorro. En cuanto hizo esto, borró la fórmula mágica y de repente apareció ante los ojos de todos.

El sultán se quedó estupefacto y, apresando al hijo del babuchero, ordenó que viniera su padre para explicar el motivo de esta conducta. Cuando le llegó la noticia de la orden real al babuchero, respondió a los mensajeros que iría de buen grado a palacio si antes le daban un buen caballo y ropas elegantes, de forma que pudiera presentarse ante la corte como merecía su ciencia.

Furioso por la arrogancia del babuchero, el sultán envió a dos sirvientes con la orden de traer a palacio a ese grandísimo bellaco encadenado si se negaba a ir por las buenas. Los sirvientes obedecieron, encadenaron al hombre y lo condujeron a palacio. Mas, ¡oh prodigio!, cuando llegaron ante el rey, en lugar del babuchero, al otro extremo de la cadena había un asno moribundo que expiró ante la presencia del rey. Más enfurecido todavía, envió a cuatro sirvientes y esta vez lo que trajeron ante su presencia fue una mula muerta. Envío a ocho, y ante

su trono se presentaron con un caballo muerto.

Así que el sultán no tuvo más remedio que mandarle el caballo y los ropajes que el babuchero le había pedido. El babuchero se vistió adecuadamente y se presentó ante el rey. En cuanto estuvo delante del trono, le preguntó:

—¿Por qué te opones al matrimonio de nuestros hijos, si ellos se aman?

—¿De verdad crees que mi hija ama a tu hijo?

—Pregúntale a ella.

Y le preguntaron a la princesa, que no pudo ocultar su amor, y en seguida se celebró el matrimonio.

Las hojas de la maceta

(marroquí)

Esto era una vieja que tenía tres hijas. Las tres hijas hacían todas las labores de la casa, y también regaban las macetas.

Un día la mayor subió a la azotea a regar las macetas y entonces, por la azotea de la casa de al lado, se asomó el hijo del rey, que le dijo:

–Hija de la vieja,
¿cuántas hojas hay en esas macetas?

A la muchacha le dio tanta vergüenza que se metió corriendo dentro de la casa y no le contestó. Al día siguiente subió la segunda y le hizo la misma pregunta:

–Hija de la vieja,
¿cuántas hojas hay en esas macetas?

Y esta muchacha también se fue corriendo sin contestar. Entonces, al tercer día, subió la más chica y le dice el hijo del rey:

–Hija de la vieja,
¿cuántas hojas hay en esas macetas?

Y ella le contestó:

–Hijo del rey,
¿cuántas estrellas hay en el cielo
y cuántas piedras en el suelo?

Tres días más volvió el hijo del rey e hizo la misma pregunta, y siempre le respondía ella de igual manera. Entonces el hijo del rey se enamoró de la más chica y, para tomarle el pelo, se disfrazó de pescadero y se fue a casa de la vieja voceando:

–Vendo pescados, no los vendo por dinero, sino por un beso.

Entonces la vieja le dice a su hija mayor:

–¡Ale, hija mía! Dale un beso y comeremos pescado.

Dice la hija:

–No, yo no le doy un beso.

Y dice la mediana:

–Yo tampoco.

Y entonces dice la más pequeña:

–Pues yo se lo daré y comeremos pescado.

Y fue y le dio un beso y se quedaron con el pescado.

Al día siguiente, cuando subió a la azotea la hija más pequeña a regar las macetas, se asomó el hijo del rey y le dijo:

–Hija de la vieja,
¿cuántas hojas hay en esas macetas?

Y ella le contestó:

–Hijo del rey,
¿cuántas estrellas hay en el cielo
y cuántas piedras en el suelo?

Entonces contestó el hijo del rey:

–Y el beso al pescadero,
¿estuvo malo o estuvo bueno?

A ella le dio tanta vergüenza haberle dado un beso al hijo del rey que se bajó de la azotea a toda prisa. Y el hijo del rey la quería tanto, y veía que no podrían casarse porque ella era pobre y él era hijo del rey, que cayó enfermo.

Estaba tan malo que ningún médico conseguía sanarlo y todos decían que no tenía cura. Cuando la hija de la vieja se enteró, se vistió de hombre y se fue a palacio. Y allí mandó a los criados que fueran a avisar a la reina de que había llegado un médico que le devolvería la salud a su hijo. Entonces la reina, muy contenta, le dijo que pasara. En cuanto entró, se acercó al enfermo y pidió que le trajeran un burro, el que estuviera más enfermo, más sucio y desollado, el que tuviera más granos. Cuando lo tuvo, pidió que la dejaran a solas con el burro y el hijo del rey, y entonces le dijo:

–Tú tienes mal de amores. Anda, hijo mío, levántate y besa tres veces el culo del burro, que así conseguirás a la que tú quieres.

Entonces el hijo del rey, al escuchar estas palabras, se animó un poco, se sentó en la cama y le besó tres veces el culo al burro. Y el médico se marchó. En cuanto se puso mejor, volvió a asomarse a la azotea de la vieja. Y cuando apareció la más chica, le dijo:

–Hija de la vieja,
¿cuántas hojas hay en esas macetas?

Y ella:

–Hijo del rey,
¿cuántas estrellas hay en el cielo
y cuántas piedras en el suelo?

Y él:

–Y el beso al pescadero,
¿estuvo malo o estuvo bueno?

Y entonces dijo ella:

–Y el beso al burro,
¿fue en el morro o en el culo?

En ese momento el hijo del rey se bajó de la azotea sabiendo que no quería otra esposa sino aquella chica tan lista y decidido a decírselo a sus padres. Cuando el padre se enteró de que quería por esposa a la hija de la vieja, con tal de que su hijo estuviera bien, ordenó que prepararan muchas carrozas y fueron a pedir su mano. Y de la casa de aquella vieja salieron muy contentas ella y sus tres hijas vestidas con sus mejores ropas y se las llevaron en la carroza. Y al día siguiente se celebraron las bodas y se casaron.

Y ellos quedaron con bien
y nosotros también.

La niña sin brazos

(marroquí)

Y esto era un mercader que tenía un niño y una niña, y no tenía mujer. La niña hacía las cosas de la casa como si fuera la madre, y el niño obedecía a su padre; y así los tres vivían tranquilos.

Llegó el tiempo en que se enfermó el padre, y ya estaba a punto de morir cuando llamó a la niña y al niño y les dijo:

—Mirad, hijos míos, yo ya estoy para morir, vosotros dos debéis llevaros bien. Lo que uno diga lo debe hacer el otro y lo que el otro diga lo debe hacer el uno, y así seréis los dos un solo corazón. Os dejaré un collar de perlas muy valioso, un caballo y un perro guardián en la casa que debéis cuidar como a uno de vosotros.

Murió el padre y le hicieron sus honores. Quedaron el niño y la niña en buena compañía, que lo que decía el uno lo hacía el otro, y lo que decía el otro lo hacía el uno. Y así estaban muy bien.

Un día en que estaba ella haciendo las cosas de la casa, picaron a la puerta. Salió a ver quién era y se encontró con una muchacha vendiendo escobas: una niña bonita, de buen parecer y muy joven.

Le dio lástima la escobera y la metió en su casa. Y le dijo:

—Oye, ¿por qué tienes tú ese trabajo tan malo de vender escobas? Si tuvieras otro oficio, vivirías mejor.

—Pues porque no tengo ni padre ni madre que me enseñen —respondió la niña.

—¿Y con quién vives?

—Vivo con una tía.

—Anda y dile a tu tía que, si quiere, te puedes quedar conmigo en mi casa. De lo que yo coma, comerás tú. Y así yo estaré acompañada.

Y la niña se lo dijo a su tía, y ésta respondió:

—Ve, hija, y que Dios te ampare.

Y la mandó con la hermana.

Cuando llegó, la hermana la peinó, la lavó, le sacó una muda de ella y la vistió. Y cuando vino el hermano, se la presentó y le dijo:

—Mira, hermano, esta niña se viene a vivir con nosotros.

—Me parece bien. Lo que tú hagas, bien hecho está.

Y la niña creció en aquella casa como una hermana más. Hasta le enseñó a coser. Cuando la niña ya estaba crecida, un día la hermana llamó al hermano y le dijo:

—Hermanito, ¿sabes qué he pensado? Pues que te cases con esta niña.

—Hermana, prometimos un día a nuestro padre que lo que dijese uno el otro lo haría. Yo preferiría que te casaras tú antes, pero si tú me lo pides, lo haré.

Y la hermana le compró el mejor ajuar que encontró y casó a la niña con su hermano. Pero en cuanto estuvo casada, comenzó a no poder ver a la hermana de su marido. Todo lo que la hermana decía le parecía mal a la niña. Hasta que la cuidase y la tratase bien le parecía mal.

Y entonces la hermana llamó a su hermano y le dijo:

—Mira, hermano, yo me voy al piso de arriba. Yo me hago mi comida, y tú te quedas aquí tranquilo con tu mujer.

Y se subió al piso de arriba.

Un día, muy de mañana, se levantó la mujer, cogió el collar de perlas, lo rompió y tiró todas las perlas por el suelo. Cuando llegó el marido y encontró las perlas esparcidas por el suelo, dijo:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Que me tenga que encontrar el collar que nos dejó mi padre tirado por el suelo!

–Tu hermana ha sido –le dijo su mujer.
–¡Cómo! ¿Por qué iba mi hermana a romper un collar que también es suyo?
–Te digo que ha sido ella –insistió la mujer.
–Bueno, pues si ha sido mi hermana, está en su derecho, que también es suyo.
Y recogió todas las perlas que encontró y se calló y se aguantó.
Al día siguiente su mujer compró veneno y se lo echó al perro. Cuando vino su marido, se encontró a su perro tirado en el suelo, muerto, y dijo:
–¡Cómo! ¿Por qué se ha muerto el perro?
–Tu hermana ha sido, que aquí no entra nadie más que ella.
–Pues si lo ha matado mi hermana, bien está, que era tan suyo como mío –y se aguantó y se calló.
Y al día siguiente la mujer llamó al muchacho que cuidaba la cuadra y le dijo:
–Mira, te doy estas cien monedas si coges este puñal y apuñalas al caballo y lo dejas desangrándose.
Y cuando aquel día fue el marido a la cuadra, como solía hacer todos los días, para ver si el muchacho le había echado comida al caballo, y se encontró con que el caballo se estaba desangrando por todos los lados, dijo:
–¿Quién ha matado a mi caballo?
–¿Quién va a ser? Tu hermana –contestó su mujer.
–Pues si lo ha matado mi hermana, bien está, que era tan suyo como mío.
Y ocurrió que la mujer tuvo un niño. Y bajaba la cuñada y se lo lavaba, lo vestía y le cambiaba los pañales, lo acostaba en la cuna y volvía otra vez a su piso. Mientras, la madre recién parida descansaba en la cama. Un día cogió la madre un cuchillo y le cortó la cabeza a su hijo. Cuando vino el padre de la calle y fue a la cuna a ver a su niño y se lo encontró con la cabeza por un lado y el cuerpo por otro, exclamó:
–¡Ay, mi niño! ¡Mi niño!
–Tu hermana ha sido. No ha tenido bastante con matar a tu perro y a tu caballo, que también ha matado a tu hijo –dijo la mujer.
–Pues no se va a quedar más en esta casa –y subió y le dijo–: Mira, he comprado una huerta y te voy a llevar a ella para que vivas sola.
–Hermano, sé que me vas a matar, pero me voy contigo. Vamos.
Y la llevó a un campo muy solitario, la amarró a un árbol y le cortó los brazos para que no pudiese hacer más daño. Después la amarró por la cintura y allí la dejó.
Mientras el hermano se iba, la hermana le dijo:
–Mira cómo me tratas, hermano. Pero ten por seguro que si se te clavase una astilla en el pie, nadie sino yo te la sacaría.
Y allí atada al árbol que la dejó, y él se fue.
Todos los días llegaba a aquel campo donde estaba amarrada la hermana el perro de una marquesa que por allí vivía y le ponía a la niña sin brazos un pan en la falda. Y un día estaba puesta la mesa de la marquesa con el pan y el hijo de la marquesa vio al perro que cogía el pan y se lo llevaba, y se montó en su caballo y lo siguió. Y el perro fue hasta el árbol y le puso el pan a la hermana en la falda, y el marqués lo vio, la desamarró del árbol, la montó en su caballo y se la llevó a su casa. Al llegar le dijo a su madre:
–Mira, mamá, mira qué niña te traigo a casa.
–Sí, sí. ¡Qué lástima! Hiciste bien en traerla.
Y la vistió, la lavó, la peinó, la sentó en una silla y le dio de comer con sus propias manos.
El marquesito, desde que desamarró a la niña del árbol, oía una voz dentro de él que le decía: «Esa mujer será tu mujer. Con ella te vas a casar». Y lo oyó tantas veces que al final se lo contó a su madre:
–Madre, desde que desamarré a la niña del árbol, siempre escucho que será mi mujer porque con ella me voy a casar.
–Sí, hijo mío, cástate con ella, que yo os cuidaré a los dos –le dijo su madre.
–Madre, ¿y si tenemos hijos?
–También cuidaré de ellos.
Entonces se casó. El primer año la niña sin brazos tuvo un niño y la suegra era muy buena con ella: la cuidaba, la lavaba, le ponía el niño en el regazo, le sacaba el pecho y se lo metía en la boca del niño.
El segundo año tuvo otro niño; ya tenía dos niños y la suegra le hacía lo mismo que con el primero. Y el tercer año, tuvo una niña.

Estaba criando ella a la niña cuando el marquesito llegó un día muy triste de la cacería; al verlo tan afligido y llorando, le dijo su madre:

—¿Qué tienes, hijo mío?

—¿Que qué tengo? Que ahora hay una guerra y me tengo que ir, y aquí tengo que dejar a estas criaturas y a esta mujer.

Y le dice su madre:

—No llores, hijo mío; yo miraré por ellos como si tú estuvieras siempre aquí; y tú, si Dios quiere, volverás pronto.

Se despidió de su mujer, se despidió de su madre, se despidió de los niños, se embarcó y se fue.

Y fue a Ceuta a embarcarse para ir a España. Y una noche estaban los soldados en Ceuta, en una especie de posada, hablando cada uno de sus hijos y de su mujer. Y él no hablaba, y entonces le dijeron:

—Tú, ¿por qué no hablas? ¿No eres casado?

Y él dijo:

—Sí, pero soy muy desgraciado. Mi mujer no tiene brazos y a ella y a sus hijos los cuida mi madre.

Y resulta que la criada que estaba allí sirviendo la comida era la cuñada de su mujer, que trabajaba en la posada, y fue y puso un telegrama a la marquesa como si fuese su hijo quien lo escribía que decía: «Mamá, te encargo que cuando llegue este telegrama eches a mi mujer y a los niños fuera, donde no pueda verlos».

La madre lloraba amargamente y no sabía cómo decírselo. Pero al día siguiente llegó otra carta que decía lo mismo. La suegra lloraba amargamente y la nuera le dijo:

—Mamá, cuénteme lo que le pasa.

Y dijo la madre:

—Hija mía, no sé cómo decirte lo que me pasa: mi hijo manda que te eche de casa con tus hijos.

—Bueno, no llore. Los niños irán andando y la niña me la amarra usted a la cintura.

La madre, con gran pena de su corazón, lo hizo. Luego le dio dinero y joyas, todo lo que a ella le pareció, y los mandó a la calle.

¿Y adónde fue a parar? Al mismo sitio donde fue a parar la primera vez que la echaron: al lado del árbol. Se puso a llorar de hambre la niña que llevaba amarrada a la cintura pero ella no tenía manos para sacarse el pecho y darle de mamar, y la niña venga a llorar.

Entonces Dios del Cielo mandó un ángel, que le hizo un charco de agua, y le dijo:

—Mete aquí las manos.

Y entonces le salieron unos brazos y unas manos mejores que las que había tenido. Y le dice el ángel:

—Ahora, ocúpate de tus hijos.

Y ella cogió a sus hijos cada uno de una mano, y andando andando, llegó a casa de un pastor, y picó a la puerta, y éste le dijo:

—Hija mía, ¿qué quieres?

—A ver si usted me da posada esta noche.

—Sí, hija mía, pasa. Lo único que ocurre es que no tengo camas, pero si quieres puedes dormir en un pajar que tengo.

—Bueno.

A los tres o cuatro días de estar en la casa del pastor, éste le dio dinero para que comprara una manta, una mesa y comida buena.

Y pasó el tiempo y su marido volvió de la guerra. El marqués llegaba muy contento porque tenía ganas de abrazar a su mujer y a sus hijos y a su madre, y en esto que salió su madre a abrirle la puerta muy llorosa.

—¿Qué tienes, madre? ¿Por qué lloras? —le preguntó él.

—Que desde que recibí tu telegrama y tu carta y eché a tu mujer y a tus hijos no sé ni dónde están.

Entonces el marqués volvió a montarse en su caballo y se fue en busca de su esposa y de sus hijos, y volvió al árbol donde la había encontrado la primera vez, pero esta vez no tuvo suerte. Así que siguió buscándola montado en su caballo, y llegó a la choza donde vivía el pastor y picó a la puerta, y salió el pastor:

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Que si me da usted posada esta noche.

—No tengo camas, pero si quiere descansar en un pajar que tengo...

—De acuerdo.

Y entró, y allí estaba ella; pero no la reconoció porque aquella mujer tenía brazos y su mujer no tenía. Pero ella sí lo reconoció, aunque no le dijo nada. Entonces ella puso la mesa bien puesta, y cuando era hora de comer, le dijo:

—¿Quiere usted quedarse a comer?

—Sí.

Entonces ella llamó a su hijo mayor y le dijo:

—Mira, hijo mío, cuando acabemos de comer, tú me pides que te cuente un cuento.

Acabaron de comer y el marqués cogió a los niños en brazos, y también a la niña, como si el corazón le dijera que eran sus hijos. Y entonces dijo el mayor:

—Mamá, anda, cuéntame un cuento ahora que ya hemos comido.

—Hijo mío, mi cuento es muy largo de contar.

—Anda, mamá, cuéntamelo.

Y tanto insistió que ella empezó a contar su historia desde el momento en que su hermano la echó de su casa y le cortó los brazos hasta el momento en que había llegado a casa del pastor.

Cuando el marido escuchó el cuento y todas las palabras que le dijo, se dio cuenta de que eran sus hijos y su mujer, y le dieron al pastor un regalo y se volvieron a su casa. Cuando llegaron a la casa, ella puso un cartel que decía que todos los enfermos, pobres y necesitados fueran a esa casa que ella los socorrería. Y el dichoso cartel alcanzó tanta fama que llegó hasta el pueblo de su hermano, y éste dijo:

—Voy a ir a ese pueblo a ver si me curan este pie enfermo que tengo.

Y llegó a casa de su hermana, y salió una sirvienta que le preguntó:

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo a ver si me cura un pie.

Y entonces salió la hermana pero él no la reconoció, y le dijo:

—Mire usted, aquí tengo un pie malo que no me deja trabajar y es mi mujer quien debe trabajar duramente para ganar el pan por culpa de este pie, y no hay médico ni doctor, ni nadie que me lo cure.

Y entonces ella le cogió el pie y le sacó una astilla que allí tenía clavada, y le dijo:

—¿Te acuerdas de aquel día en que yo te dije que, a pesar de lo mal que me estabas tratando, si se te clavaba una astilla en el pie no te la iba a quitar nadie sino yo? Tú eres mi hermano, y ya se acabaron todas las penas que hemos pasado.

Y le contó todo lo que había sucedido y cómo su mujer lo había engañado.

—¿Qué quieres que haga con mi mujer? ¿La mato? —preguntó él.

—No; matarla no, pero ponle la ropa de escobera que traía cuando la recogimos y échala de tu casa, y tú te quedas aquí conmigo.

Y así se hizo, y la hermana lo volvió a casar con una buena muchacha y se quedaron todos felices y contentos.

El cuento del sapico

(murciano)

Había una vez un sapico
que se escondió tras un cardico.
¿Has visto qué cuento más bonito?

Fuentes y comentarios

En este apartado se ofrece información sobre las fuentes que se han utilizado para realizar las versiones que integran este libro. Cuando el texto del que he partido ofrecía datos sobre los narradores o los lugares en los que se han escuchado los cuentos, también se ha recogido. Por otro lado, comento algunas características de los motivos folclóricos que vertebran los cuentos, sobre todo las que me han parecido más interesantes.

Las versiones de **cuentos andaluces** han sido realizadas a partir de la recopilación *Cuentos populares de Andalucía. Cuentos gaditanos*, de Arcadio de Larrea Palacín, CSIC, Madrid 1959. En este libro los cuentos están tal cual los cuentan las mujeres, con sus giros dialectales (seseos, ceceos, apócope al final de palabra), y además incluye información sobre las narradoras, que reproducimos.

«La manga amarilla» fue contado por T. A. M., de 74 años de edad, nacida en Chiclana de la Frontera, soltera y costurera. Desde los 12 años padeció una sordera precoz que la aisló completamente. Aprendió los cuentos en su niñez, algunos de su padre, otros de los vecinos que se reunían en su casa. En este cuento destacan dos motivos folclóricos: uno es la orden de la madrastra a un criado de que mate a la hijastra y le entregue como prueba de que ha cumplido sus órdenes un órgano de la finada (motivo que también aparece en «Blancanieves»), y el otro es la ceguera del padre, que sólo al final, en el desenlace del relato, es capaz de reconocer a su hija, a pesar de haber estado viéndola repetidamente durante el transcurso de la historia.

«La rana encantada» fue contado por J. B. C., de 67 años, nacida en Véjer de la Frontera, Cádiz. Es analfabeta; aprendió los cuentos de escuchárselos a su abuela. «La rana encantada» es un cuento muy extendido y he encontrado versiones de él en casi todos los países del Mediterráneo. En este cuento, el canto de la rana produce el enamoramiento del hijo del rey. Esta vinculación con las sirenas, tan acuáticas como la propia rana, se subraya con la petición de ayuda a una sirena, a la que llama «comadre».

«La cigüeña y la zorra» también fue contado por la chiclanera T. A. M. Como habitualmente son las mujeres las que cuentan estos cuentos, los personajes, aunque sean animales, desempeñan las tareas que ellas conocen tan bien. La rivalidad entre la cigüeña y la zorra acaba, curiosamente, con la victoria de la cigüeña sobre la zorra, el animal tradicionalmente más taimado.

Los **cuentos murcianos** han sido tomados de la recopilación de Elvira Carreño Carrasco *et al.*, *Cuentos murcianos de tradición oral*, Universidad de Murcia, Murcia 1993. Son cuentos de la provincia recogidos por profesores y alumnos de diferentes colegios y por alumnos de magisterio, que presentaban el resultado de su búsqueda junto con una ficha de recogida de datos elaborada por un equipo de la Universidad de Murcia durante el curso 1988-1989.

«Pedro Catorce» fue contado por Beatriz Soler Pérez, de 70 años, natural de Fenazar (Molina de Segura). Este personaje, que destaca por su fuerza, es típico de la tradición mediterránea. Pero lo más hermoso del cuento es que no triunfa por su fuerza sino porque se alía con lo más pequeño: un ratón, un escarabajo y un grillo. El triunfo del pequeño por medio de lo pequeño (por ejemplo, las cosquillas) es un motivo recurrente en los cuentos populares, contados por gente humilde, sabedora de la importancia de lo pequeño. En este cuento el personaje tiene nombre, cosa poco frecuente en los cuentos populares, donde el personaje es cualquier hombre y por ello no tiene nombre. Lo que sí es frecuente es que la mujer escoja como compañero a aquel que sabe hacerla reír.

«La cabra montesina» lo contó José Hernández López, de 60 años, nacido en Ribera de Molina (Molina de Segura). De nuevo aparece el triunfo del pequeño (la hormiga) ante un oponente mayor y airado. El premio de la mujer a la hormiga corrobora la grandeza ética de la hormiga y la justicia de su victoria, pues sólo se lleva lo que necesita.

«Ratón Pérez» es de Antonia Pardo Díaz, de 61 años, nacida en Beniján. Es el típico cuento acumulativo de animales que narra las repercusiones en los demás de un hecho concreto: que el Ratón Pérez se haya caído en la olla. La elección de este personaje, tan conocido por los niños por sus implicaciones dentales, y su estructura repetitiva hacen que éste sea un cuento infantil muy fácil de entender.

Ha sido ardua la labor de encontrar recopilaciones de **cuentos valencianos** que hubieran respetado la forma de contar de las gentes de esta zona. Las recopilaciones clásicas son las de Enric Valor, pero sus versiones han sido profusamente arregladas y, por ello, descartadas.

«El peral de la tía Miseria» es una versión de La Vila (Joyosa). El texto original se titula «Por qué hay tanta miseria en el mundo» (Per que hi ha tanta miseria en el mon?) y lo publicó Chimo Lanuza Ortuño *et al.* en *Conte contat: contes i retalls*, Nova Valencia, Valencia 1989. Es un cuento etiológico que trata de dar una explicación fantástica a un hecho real: la existencia de miseria en el mundo. Los cuentos etiológicos suelen ofrecer respuestas a los interrogantes más profundos de la gente común. El final abierto a la esperanza es una licencia de esta versionadora.

La versión de «Juan el Oso» (Joanet l'Orso), que procede de Callosa d'en Sarriá, se ha realizado a partir de un cuento hallado en Mari Àngels Diéguez Seguí *et al.*, *Rondalles de la Marina*, Institut de Batxillerat Bellaguada-Caixaleta, Altea 1999. Las peripecias de este personaje que destaca por su fuerza (como Pedro Catorce) son materia de numerosos cuentos de las tradiciones mediterráneas y de otras partes del mundo. También los personajes de Arrancapinos y Allanamontes se pueden encontrar en otras tradiciones, con ese nombre que con sólo escucharlo, sin saber más del personaje, evoca lo colosal de su fuerza. Es curioso que en la fuente consultada los espectros o fantasmas hablen castellano.

«El burro, el perro, el gato y el gallo» (L'ase, el gos, el gat i el gall) ha sido tomado de Joaquim González i Caturla, *Rondalles de l'Alacantí. Contes populars*, Instituto Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante, Alicante 1985. El cuento, recogido en Agost (Alicante), es muy parecido al recogido por los hermanos Grimm con el título «Los músicos de Bremen», aunque la persona que lo contó aseguraba no conocer la versión escrita. Lo había escuchado de su abuelo, que lo contaba poniéndoles a los lugares de la historia los topónimos de la zona. Es un cuento con mucha fortuna tradicional porque relata la consecución de una meta (el hallazgo de un lugar donde pasar sus últimos años) gracias a la colaboración de unos animales inservibles desestimados por sus dueños.

Las versiones de **cuentos catalanes** han sido tomadas de Joan Amades, *Folklore de Catalunya. Rondallística. Rondalles. Tradicions. Llegendes*, Selecta, Barcelona 1951.

«El amigo de la muerte» (L'amic de la mort) se recogió de boca de Josepa Aldabert, de Barcelona, en 1922. En otras tradiciones orales también se conoce este cuento con el título de «La muerte madrina». En este relato la muerte aparece tan humanizada que asume el papel más apreciado por la tradición oral: el de madrina. La justicia que se le atribuye a la muerte (es incluso más justa que el mismísimo Dios) es un motivo que se remonta incluso a la Edad Media, época en la que aparecen las danzas de la muerte, donde se resaltaba el carácter igualatorio de la muerte, que se lleva a todos por igual sin importarle su posición social ni su dinero.

«¿Por qué el agua del mar es salada?» (Per què l'aigua del mar és salada) es un cuento etiológico que parte de una pregunta que halla su respuesta al final del relato. Hay que destacar en este cuento el triunfo de la hermandad por encima de todo.

«El gallo Perico» (El gall Peret) fue contado por Teresa Gelats, de Barcelona. No es extraño que el gallo le pida ayuda a una acelga para limpiarse porque, antes de la generalización del uso del jabón, se utilizaban vegetales para la higiene personal, como el jugo de acelga.

Las dos primeras versiones de los **cuentos baleares** se han reelaborado a partir de Antoni Maria Alcover, *Rondaies mallorquines d'en Jordi des Racó*, Moll, Palma de Mallorca 1983-ss. «El señor de Biel Perxanc y la mujer de agua» (L'amo en Biel Perxanc i la dona d'aigo) es una versión de Pollença emparentada con el relato de Amor y Psique que recoge Apuleyo, el *Lai de Lanval* de María de Francia (siglo XII) o la historia de Melusina, relatada por el duque de Berry en el siglo XIV. El motivo central es la ruptura de un pacto, que ocasiona la pérdida del amor. La casa donde se desarrolla el cuento tiene una localización muy precisa: calle Monti-Sion 5, en Pollença; y el pozo, según Alcover, todavía se conserva, aunque tapado.

«Tino el de la tinaja» (En Joanet de sa gerra), contado por Joana Maria Ganxa, de Manacor, en 1890, relata el castigo de la ambición desmedida, en este caso no la del protagonista, que es un pobre hombre dominado por su mujer, sino la de ella. Pero tan magna enseñanza está tratada con mucho sentido del humor, patente sobre todo en el uso en femenino y en diminutivo que se da a oficios tradicionalmente masculinos. Aprovechando la ocasión, da un repaso a los inconvenientes de oficios codiciados por todos.

«La ratita» (Sa rateta) ha sido tomado del archiduque Luis Salvador, *Rondaies de Mallorca*, Olañeta, Palma de Mallorca 1996. Lo que comienza siendo el típico cuento de la ratita presumida acaba siendo un cuento etiológico donde se explica por qué los gatos comen ratas y ratones.

Los **cuentos occitanos** se escuchaban sobre todo en las veladas después de la cena, pero, como en otras zonas de Europa, la costumbre ha decaído por la proliferación de televisiones en las casas y por el éxodo rural, fenómenos ambos que han provocado la disgregación social. No obstante la escasez cada vez mayor de narradores tradicionales, los cuentos se han preservado porque desde comienzos del siglo XIX se popularizan los almanaques, publicaciones muy rudimentarias donde se recogían casi siempre en dialecto cuentos que circulaban en la tradición oral y que difundían los buhoneros y los vendedores ambulantes.

«La sopa de piedra» (La sopa de Calhaus) fue contado por Bernat Bergé, y el texto se ha realizado a partir de *Contes d'Occitania*, selección, traducción y notas de Manel Zabala, DVD Ediciones, Barcelona 2002. En este texto se ofrece la versión en occitano y en catalán. El cuento se cuenta como si fuese una anécdota. Esta forma de contar este tipo de historias, también llamadas *peur*, es característica de esta zona.

«Cuerpo sin alma» (Corps sans âme) y «El viaje de la hormiga» (Le pèlerinage de la pauvre petite fourmi) han sido tomados de *Contes populaires et légendes de Provence*, edición de Claude Seignolle, Presses de la Renaissance, París 1974.

Los **cuentos corsos** han sido elaborados a partir de *Récits & contes populaires de la corse I*, Gallimard, París 1978. Los cuentos han sido recogidos por Marie-France Orsini-Marzoppi. «La Bella de las tres naranjas» (A Bella di tre aranci) fue contado por Germaine Salvatori en marzo de 1978 en Figarella. De este cuento existen numerosas versiones en toda la cuenca mediterránea. «Los tres consejos» (I tre cunsigli) lo contó Gabrielle Astolfi en 1978 en Figarella. «La servilleta, el burro y el bastón» (A servietta, u sumere e u bastone) fue contado por AngeFrançois Masini, en 1978, en Olmeta-du-Cap.

Los **cuentos sardos** han sido tomados de Francesco Enna, *Miti, leggende e fiabe della tradizione popolare della Sardegna*, Carlo Delfino Editore, Sassari 1994.

En la isla de Cerdeña los cuentos solían contarse en torno al fuego y reciben el nombre de *contos de foghile*. Los cuentos en general se denominan *contascias* o *paristorias* y a quien sabía contar bien se le llamaba *mastru 'e sas cantascias* (maestro de cuentos), y era admirado y seguido por toda la comunidad.

«Babborcu» es un cuento popular sasarés. Los cuentos de orcos (los ogros de nuestra tradición oral) son comunes en toda Italia. Son seres terribles, muy corpulentos y con una voracidad acorde con su tamaño, pero, para compensar, suelen ser tontos. En Cerdeña los orcos viven en los *nuraghi*, que en muchos lugares se llaman *sa domo 'e s'orcu*. Es frecuente que se asocien a las construcciones prehistóricas dispersas por todo el Mediterráneo, e incluso a algunos accidentes geográficos, un origen fantástico donde estos seres tienen un papel importante como constructores. El orco de nuestro cuento tiene nombre propio: Babborcu (Papá Orco sería su traducción). Quizá la elección de este nombre esté relacionada con el temor infantil a ser devorado por el progenitor, es decir, el temor a que el padre o la madre no te dejen ser tú mismo.

«El diablo que iba a misa» (Il diavolo che andava a messa) es un cuento popular logudorés contado por Angela Sotgiu.

«María la de las tablas» (Maria Intaulada) también es un cuento logudorés. Se trata de una versión muy mediterránea del cuento de Cenicienta; de hecho existe una versión casi idéntica en Baleares que se titula «Atizafuegos». En ambas versiones el reconocimiento de la dama se opera por un elemento mágico que no es el zapato perdido sino el anillo que el príncipe le había regalado a su amada. La versión que recogemos comienza con un motivo típico de la tradición oral: la pretensión de un padre de casarse con su hija. Motivo que también aparece en un cuento albanés, «El candil», y en el romance panhispánico de Delgadina, aunque en éste el padre se enamora de su hija, y como ésta no accede a casarse con él, el padre la mata.

Los **cuentos calabreses** se cuentan en diversas lenguas puesto que conviven diversas comunidades que han permanecido aisladas por la orografía de la región y, gracias a ello, han podido mantener vivas la lengua y las costumbres (trajes típicos, bailes). Son la comunidad griega, la albanesa y la occitana. Llegadas, al menos las dos primeras, a Italia en el siglo XV empujadas por las invasiones turcas de sus respectivos países, se instalaron en zonas del interior muy mal comunicadas.

Nuestras versiones han sido tomadas de *Re, maghi, briganti, poveri, fate...*, *Fiabe e Racconti di Calabria*, edición de Ottavio Cavalcanti, Rubbettino, Catanzaro 1999, que a su vez los recoge de fuentes diversas. Es una edición bilingüe donde se ofrece el texto en dialecto y en italiano. Recoge también cuentos de la comunidad occitana o la griega.

«La maceta» (A grasta / Il vaso da fiori) fue recogida en Crotone por G. Rohlfs y publicada por R. Lombardi Satriani, *Racconti popolari calabresi*, vol. I, Nápoles 1953. Es muy frecuente el motivo de la madre que desea tener un hijo y tiene un objeto (un olivo o una olla, véase el cuento palestino «Olla») al que trata como a un hijo y, por tanto, acaba por convertirse en hijo que trae la prosperidad a la familia.

«La muñeca que hablaba» (A pupa chi parra / La bambola parlante) fue primigeniamente publicado en *Fiabe e novelle calabresi*, edición de Letterio di Francia, Chiantore, Turín 1929-1934. Esta versión de Reggio Calabria recrea un tema similar al precedente: la consecución de un premio por el cuidado y el cariño que se prodiga sin reservas, sin importar lo absurdo del objeto.

«La Orca» (L'Orca) fue recogido y publicado por R. Lombardi Satriani en *Racconti popolari calabresi*, vol. III, La Modernissima, Vibo Valentia 1957, y contada por Giuseppe Russo, natural de Vena Media. El cuento recrea el famosísimo motivo de Blancaflor, la hija del diablo (a veces de una bruja o de un personaje mágico o monstruoso) que huye con su captor y le ayuda en la huida.

Los **cuentos sicilianos** han sido elaborados a partir de la recopilación de Giuseppe Pitрэ, *Fiabe, novelle e racconti popolari siciliani*, Arnaldo Forni Editore, Bologna 1985, 2 vols. Esta edición es una reproducción facsímil de la edición de Palermo de 1870-1913. Pitрэ recogió los cuentos que escuchó sobre todo a mujeres.

«El Culebro» (Lu serpenti / Il serpente) fue contado por Agatuzza Messina, natural de Palermo, costurera de oficio y analfabeta, que lo aprendió de su madre, y ésta de la suya. En este cuento el incumplimiento de la palabra dada a la madre muerta produce la catástrofe familiar por el matrimonio del padre con una nueva mujer, la madrastra, antes de cumplido el tiempo de luto. Pero el cuidado de la madre traspasa la tumba, y sus consejos ayudarán a la protagonista a hacer lo que se debe.

«Las bolas mágicas» (Li palli magichi / Le palle magiche) se ha basado en una versión recogida por Pasquale-Salvatore Vigo en Acireale. Recrea la historia de un personaje que aparece tras un rito mágico donde interviene la leche, elemento que destaca en algunos de los ritos de purificación. El descubrimiento del secreto por parte de un oponente y la consecuente traición acarrear la herida del amante, que sólo se cura tras la revelación del remedio por un descuido del causante del mal. También hay otro motivo típico ya en el principio: la vieja que sabe qué hacer. Este motivo se puede ver, por ejemplo, en «La Bella de las tres naranjas» y en «Desgracia».

«Desgracia» (Sfortuna) también es un cuento de Agatuzza Messina, pero éste ha sido tomado de Giuseppe Pitрэ, *...o salti questa finestra. Fiabe e racconti popolari siciliani sulla morte per la prima volta tradotti in italiano*, edición de Cecilia Codignola, Savelli Editori, Milán 1979. Cuenta cómo influye en el destino de una persona el nombre que se le ha puesto.

El **cuento maltés** «Kaukama y kaukam» (The Kaukama and The Kaukam) se ha tomado de *Maltese folktales*, edición de L. Galea y Margaret Murray, Empire Press, Malta 1932, que, a su vez, recoge un texto del padre jesuita Manuele Magri en *Xi jgheid il-Malti jeu Il-Gherf bla Mictub tal Maltin*. El tema de un joven que sale airoso de las pruebas que se le plantean porque le aconseja un viejo (su padre o su abuelo), al que ha salvado de una muerte decretada por el poder, es un motivo de fuerte raigambre. No se conoce el significado exacto de las palabras *kaukama* y *kaukam*, pero las he mantenido por su resonancia mágica. Parece que el empeño del protagonista de acudir al nicho del anciano para hablar con él y pedirle consejo representa la antigua costumbre de ir a pedir consejo a las tumbas de los antepasados.

En cuanto a los **cuentos de la antigua Yugoslavia**, «El Hombre del agua» (A Tale of a Waterman) procede de *Slovenijo je bog nazadnje ustvaril. Slovenske folklorne pripovedi iz preteklosti in sodobnosti / God created*

slovenia last. *Past and contemporary slovenian folk-tales*, edición de Marija Stanonik, Slovenian Writers' Association, Liubliana 1999.

«La muchacha más astuta que el rey» (Jeune fille plus rusée que le roi), «El diablo y su aprendiz» (Le diable et son apprenti) y «El Salvaje» (Le sauvage) han sido tomados de *Contes Populaires Serbes. Recueillis d'après Vouk Karadjitch par Divna Vékovitch*, Les Éditions Internationales, París 1944, 2.^a ed. «El Salvaje» cuenta una historia muy similar a la del cíclope Polifemo en la *Odisea* de Homero.

Los **cuentos albaneses** «Mariceniza» (Mary of the Ashes) y «El destino siempre te sale al camino» (Fate lies ahead) se han realizado a partir de un texto traducido por Paul Fenimore Cooper, *Tricks of Women and other Albanian Tales*, William Morrow & Company, Nueva York 1928. A su vez, Paul Fenimore Cooper incluyó en su texto versiones recopiladas en dialecto tosco (lengua del sur de Albania) que tomó de una recopilación de Auguste Dozon efectuada en torno a 1878 y de otra de Holger Pedersen, profesor de filología de la Universidad de Copenhague.

El **cuento griego** «Las hermanas malvadas» (The jealous Sisters) procede de una selección de cuentos de R. M. Dawkins, *More Greek Folktales*, Clarendon Press, Oxford 1955.

Se ha realizado a partir de un cuento recogido en el Ponto y publicado en 1938 en *Pontiaká Phylla*. Este cuento es una parodia de un tema muy extendido: los celos que sienten las hermanas mayores por la pequeña, que es más bella. En esta versión la parodia se plasma en que la pequeña es también una vieja. El príncipe que se enamora con sólo ver un dedo manifiesta la capacidad del enamorado de percibir la belleza de quien ama, aunque ésta permanezca escondida. La caja en la que se traslada a la hermana menor es también una parodia de la carroza nupcial. La curación que se produce por la risa da cuenta de lo benéfico que es el humor en cualquier proceso de curación.

El **cuento cretense** «El matrimonio hadado» (The fated Marriage) procede de la misma fuente que el anterior, que a su vez ha tomado un texto de Creta publicado en *Myson*. Esta historia cuenta la imposibilidad de evitar lo predestinado. Las hadas son las moiras que deciden el destino de la gente. El reconocimiento de la madre por una nana que canta a su niño es un motivo que aparecerá en otros cuentos de la zona.

La versión del **cuento chipriota** «El ahijado del rey» (Le filleul du roi et le chauve) ha sido elaborada a partir de un cuento recogido en Gilles Decorvet, *Contes de Grèce et de Chypre*, Éditions Esprit Ouvert, Gémenos 2001.

Las versiones de los **cuentos turcos** «El caballo enamorado» (The horse who was in love) y «La llave vieja» (The old key) han sido realizadas a partir de Margery Kent, *Fairy tales from Turkey*, Routledge, Londres 1946. Los cuentos originales en turco fueron recogidos por Naki Tezel en las proximidades de Estambul. Los tomó de narradores profesionales que cuentan en los mercados.

El **cuento sirio** «La cadena de oro» (La chaîne en or) procede de Abd al-Razzak Djafaar, *Contes de Syrie*, Publisud, París 1991, y «La hija del genio» (La fille du génie) ha sido tomado de *Contes de Syrie, L'école des loisirs*, París 2005. En Siria hay una gran tradición de narradores, llamados *hakavatis*, que cuentan en los cafés. Su forma de fidelizar a un público que acude día tras día a escuchar cuentos es dejar en cada sesión un cuento sin acabar. Comienzan todos los días contando el cuento que no acabaron el día anterior y dejan inconcluso el último que cuentan. Es la técnica usada por Sheherazade en *Las mil y una noches*, que le permitió conservar la vida. «La cadena de oro» es un cuento de mucha raigambre, donde hay una hermana muy mala (casi siempre la mayor) y otra muy buena (casi siempre la pequeña) que reciben castigo y premio, respectivamente, según sus acciones.

Los **cuentos libaneses** «El gallo que cagaba diamantes» (Le coq qui chie des diamants) y «Una pizca de sal» (Une pincée de sel) han sido tomados de Praline Gay-Para (ed.), *Contes du Liban, L'école des loisirs*, París 2000. Las versiones que publica este libro fueron recogidas entre 1979 y 1984. En estos cuentos y en el cuento sirio anterior la labor de edición ha sido fundamentalmente desbrozar el estilo intentando recuperar la forma del relato

tradicional, eliminando adornos innecesarios del editor del texto: profusa adjetivación, descripciones innecesarias que retrasan la trama, etc.

«El gallo que cagaba diamantes» lo contó Zakiyyé Awad, de Beirut. «La pizca de sal», Pierrette Gay-Para, también de Beirut.

Los **cuentos palestinos** son *yeffriyes* o cuentos maravillosos palestinos de tradición oral. El término *yeffriye* designa el «cuento maravilloso» y también el «otoño» y la «menopausia», porque los palestinos piensan que las mujeres, las narradoras de estos cuentos, llegadas a cierta edad, tienen permiso para contar lo que les dé la gana. Se cuentan en las cocinas en invierno o en los patios en verano, sobre todo a otras mujeres y niños. Estas narradoras tienen un rito de inicio: comienzan sus narraciones con la pregunta «¿A dormir o a contar?», que busca que el público elija y, al elegir, asuma la responsabilidad de lo que el cuento le despierte.

Nuestras versiones «Olla» (Tunjur, Tunjur) y «Mediamitad» (Halfa-Halfling) se han realizado a partir de Ibrahim Muhawi y Sharif Canana, *Speak bird, speak again. Palestinian Arab Folktales*, University of California Press, 1989. Ambas pertenecen al mismo tipo: una mujer no puede tener hijos y le pide a Dios que le dé un hijo sin importarle lo que sea (y el deseo se cumple, para avisarnos de que es muy importante aprender a desear), o bien pide ayuda (a veces sin que lo pida aparece el «donante»; el que ayuda, en terminología de Vladimir Propp) y le es entregado un alimento que debe comer para concebir. A este elemento mágico casi siempre le sucede algo que provoca que el ser concebido, mediante este procedimiento mágico, tenga alguna irregularidad.

Los **cuentos israelíes** proceden de Dov Noy (ed.), *Folktales of Israel*, traducción al inglés de Gene Baharav, The University of Chicago Press, Chicago 1963. «La música más dulce» (What Melody Is the Sweetest?) lo contó Zvulun Kort, emigrante de Afganistán en Tel Aviv.

«Lo que dura la vida del hombre» (The Span of Mans's Life) lo grabó Sara Fishbein de su padre, Kathriel Schwarz, que escuchó la historia de su abuelo, natural de Galitzia (Polonia). En este cuento se comparan los trabajos de los animales con los del hombre. En muchas versiones la duración de la vida del hombre son setenta años. Este cuento está muy extendido y fue también recogido por los hermanos Grimm.

He decidido incluir cuentos israelíes a pesar de que la creación del estado de Israel es un hecho reciente y artificial, y a pesar de que los cuentos no podrían considerarse propiamente mediterráneos porque han llegado de los países de donde proceden los actuales pobladores de la zona. Los cuentos no pertenecen a un lugar, y versiones de cuentos que se cuentan en Málaga se pueden encontrar en la India o en Sudáfrica, y con el tiempo la tradición se encargará, eso esperamos, de mezclar los cuentos traídos por los actuales israelíes con los cuentos de los palestinos, los libaneses y los sirios.

Los **cuentos egipcios** «Hasán el listo» (The Man Who Put His Mother over His Shoulder and Rode his Father) y «El Hijo de Adán y el león» (Son-of-Adam and the Lion) se han basado en dos textos recogidos por Hasan M. El-Shamy, *Folktales of Egypt*, Chicago University Press, Chicago 1980. Este texto se basa en el trabajo de campo realizado entre 1968 y 1972 en reasentamientos de población nubia, así como en El Cairo y alrededores, donde el autor recogió más de 800 versiones de cuentos.

El **cuento libio** «El hombre y el león» (L'homme et le lion) es un cuento de los árabes de Trípoli, y ha sido elaborado a partir de un texto recogido en René Basset, *Contes populaires d'Afrique*, Librairie Orientale et Américaine, E. Guilmoto Éditeur, París 1883.

Los **cuentos tunecinos** «La marca de nacimiento» (The Birthmark) y «Qamar al-Zamán» son también femeninos, de mujeres beldi (burguesía ciudadana), y han sido contados a mujeres en la intimidad de los hogares. Llenos de referencias a costumbres de esta clase social media y urbana, su objetivo es transmitir a otras mujeres más jóvenes las costumbres de los beldi.

Hemos tomado como fuente para realizar las versiones que se presentan en nuestra edición el texto de Monia Hejaiej, *Behind closed doors. Women's oral narrative in Tunis*, Quartet Books Limited, Londres 1996. Ambos cuentos fueron relatados por una mujer de nombre Sa'diyya, de 55 años, que vive en una casa en el barrio del sur de la ciudad, heredada de un marido que se le murió. Esta narradora disfruta enormemente contando cuentos y presume de tener un extenso repertorio. De hecho, desde que se murió la esposa de un tío, se afirma en la familia

que nadie cuenta los cuentos como ella. Cuenta sobre todo en celebraciones familiares. Además de su fuerza narrativa, tiene un gran sentido del humor. Aunque se llama Sa'diyya, se la conoce como Lillahum (Señora de Todo) en reconocimiento al prestigio de que disfruta en su familia y en su comunidad. Esta narradora es analfabeta pero cuenta algunos cuentos de *Las mil y una noches* que le escuchó a su tío, que era maestro.

El cuento «Qamar al-Zamán» recoge el motivo de la mujer que se viste de hombre y es casada con la hija del rey. Esta última descubre la identidad real de su esposo pero, en lugar de denunciarla, la protege, haciendo gala de una hermosa solidaridad y complicidad entre mujeres. En este cuento las mujeres seguirán juntas gracias a la poligamia. Este motivo está presente también en algunos cuentos de la tradición oral española y en el romance de la doncella guerrera (la doncella que se viste de hombre para ir a la guerra).

La versión del **cuento argelino** «La madre y el ogro» (Une vaillante mere de famille) se ha realizado a partir de J. Scelles-Millie, *Traditions algériennes*, Éditions G.-P. Maisonneuve et Larose, París 1979, y «El cuento del gato» ha sido tomado de Christiana Achour y Zineb Ali-Benali (eds.), *Contes algériens*, Media-Plus, Argelia 1993.

Los **cuentos marroquíes** todavía hoy se cuentan en las plazas. Famosa es la plaza de Marrakech. Los narradores profesionales, a veces acompañados de instrumentos musicales, intercalando canciones a las partes narrativas de su relato, usando una mímica muy expresiva o silencios para crear suspense, hacen que se desarrolle el cuento ante los ojos y los oídos de los que se congregan para escuchar una buena historia. De esta zona no hemos incluido ninguno porque se encuentra en la vertiente atlántica de Marruecos. «El hijo del babuchero» (Le fils du raccomodeur de babouches) procede de Mohammed El Fasi y Émile Dermenghem (eds.), *Contes fasis*, Éditions d'Aujourd'hui, París 1976.

«Las hojas de la maceta» y «La niña sin brazos» han sido contados por judíos asentados en Marruecos y se cuentan en jaquetía, que es la lengua de los judíos expulsados de España en el siglo XVI y que conservaron en los países que los acogieron. Los cuentos se llaman «consejas» y los cuentan sobre todo mujeres en velatorios y «duelos» o visitas que hacen los familiares menos allegados a los más próximos al difunto para expresar sus condolencias. Las versiones de estos cuentos han sido elaboradas a partir de los publicados por Larrea Palacín (*Cuentos populares de los judíos del norte de Marruecos*, Editora Marroquí, Tetuán 1952), que fueron transcritos taquigráficamente en Tetuán y narrados en jaquetía por los judíos que, procedentes de Castilla, se establecieron tras las expulsiones de los siglos XV y XVI en Tetuán.

De «Las hojas de la maceta» hay una versión muy extendida por toda España con el título «La niña de la albahaca», a partir de la cual Federico García Lorca elaboró su comedia para títeres *La niña que riega la albahaca y el príncipe preguntón*. Fátima Mernisi también ofrece una versión marroquí en *Aixa y el hijo del rey o quién puede más: el hombre o la mujer*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid 1990.

De «La niña sin brazos» hay innumerables versiones a este y al otro lado del Mediterráneo. Es un relato tan popular que incluso existe un texto francés medieval: *La doncella manca*. Por esta popularidad geográfica e histórica tan extensa, ha sido el cuento elegido para *casi* cerrar el libro.

El cuento **murciano** que cierra esta antología, «El cuento del sapico» (El zapico), se basa en uno de Francisco Morote Marín, de 49 años y natural de Ceuta. He escogido este cuento para el cierre de esta antología porque aunque ha sido contado en la provincia de Murcia es de un hombre de Ceuta, lo que subraya más el tránsito de cuentos de un lado a otro del Mediterráneo. Es el ejemplo típico de cuento leve que sirve para quitarse de encima a los que demandan un cuento y otro y otro. Es del mismo tipo que «Éste es el cuento de María Sarmiento, que se fue a cagar y se la llevó el viento».

Bibliografía

Esta bibliografía incluye repertorios de cuentos populares del ámbito mediterráneo publicados en España recientemente y, por ello, accesibles para el lector actual.

Bravo Villasante, Carmen, *La bolsa, la capa y el cuerno encantado, y otros cuentos populares sicilianos*, recogidos por Giuseppe Pitрэ y traducidos por Carmen Bravo Villasante, Olañeta, Palma de Mallorca 1994.

Boughaba Maleem, Zoubida, *Cuentos populares del Rif contados por mujeres cuentacuentos*, Miraguano, Madrid 2003.

Calvino, Italo, *Cuentos populares italianos*, trad. de Carlos Gardini, Siruela, Madrid 1990, 2 vols.

Espinosa, Aurelio M., *Cuentos populares de España*, Espasa-Calpe, Madrid 1999.

Fernán Caballero, *Cuentos andaluces*, ed. de José Javier Fuente del Pilar, Miraguano, Madrid 1999.

Gil Grimaу, Rodolfo, *Cuentos al sur del Mediterráneo*, Ediciones de la Torre, Madrid 1987.

– y **Mohammed Ibn Azzuz**, *Que por la rosa roja corrió mi sangre. Estudio y antología de la literatura oral en Marruecos*, Ediciones de la Torre, Madrid 1988.

Guelbenzu, José María, *Cuentos populares españoles*, Siruela, Madrid 2006.

Luis Salvador, archiduque, *Cuentos de Mallorca*, trad. de María Pilar López Sastre y Gaspar Valero Martí, Olañeta, Palma de Mallorca 1995.

Pérez, Juan Ignacio y Ana María Martínez, *Leyendas y cuentos de encantamiento, recogidos junto al Estrecho de Gibraltar*, Asociación para la Difusión de la Literatura Oral, Algeciras 2003.

Poyatos Oliver, Juan Francisco, *Leyendas del mar balear: cuentos fantásticos, relatos extraños e historias populares ocurridas, o imaginadas en estas aguas*, Moll, Palma de Mallorca 2000.

Rabadán Carrascosa, Montserrat, *Cuentos palestinos de tradición oral. ¿A dormir o a contar?*, CantArabia, Madrid 2002.

Sabrafin, Gabriel, *Leyendas y cuentos casi olvidados de las Islas Baleares*, Olañeta, Palma de Mallorca 1996.

Sánchez Lizarralde, Ramón, *Cuentos populares albaneses*, Miraguano, Madrid 1994.

–, *El agradecimiento del muerto: cuentos populares albaneses*, Alberdania, Irún 2004.

Topper, Uwe, *Cuentos populares de los bereberes*, Miraguano, Madrid 2003.

Publicado con la ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura de España.



Edición en formato digital: junio de 2010

© 2007, Ana Cristina Herreros Ferreira

© 2010, Ediciones Siruela

Calle Almagro, 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-745-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Cubierta	2
Portadilla	5
Introducción	6
1 La manga amarilla (andaluz)	11
2 La rana encantada (andaluz)	15
3 La zorra y la cigüeña (andaluz)	18
4 Pedro Catorce (murciano)	21
5 La cabra montesina (murciano)	23
6 Ratón Pérez (murciano)	25
7 El peral de la tía Miseria (valenciano)	26
8 Juan el Oso (valenciano)	28
9 El burro, el perro, el gato y el gallo (valenciano)	30
10 El amigo de la Muerte (catalán)	33
11 ¿Por qué el agua del mar es salada? (catalán)	36
12 El gallo Perico (catalán)	38
13 El señor de Biel Perxanc y la mujer de agua (balear)	42
14 Tino el de la tinaja (balear)	43
15 La ratita (balear)	46
16 La sopa de piedra (occitano)	48
17 Cuerpo sin alma (occitano)	50
18 El viaje de la hormiga (occitano)	53
19 La Bella de las tres naranjas (corso)	55
20 Los tres consejos (corso)	58
21 La servilleta, el burro y el bastón (corso)	60
22 Babborcu (sardo)	62
23 El diablo que iba a misa (sardo)	64
24 María la de las tablas (sardo)	66
25 La maceta (calabrés)	68

26 La muñeca que hablaba (calabrés)	70
27 La Orca (calabrés)	73
28 El Culebro (siciliano)	76
29 Las bolas mágicas (siciliano)	79
30 Desgracia (siciliano)	82
31 Kaukama y kaukam (maltés)	85
32 El Hombre del agua (antigua Yugoslavia)	87
33 La muchacha más astuta que el rey (antigua Yugoslavia)	89
34 El diablo y su aprendiz (antigua Yugoslavia)	91
35 El Salvaje (antigua Yugoslavia)	93
36 Mariceniza (albanés)	94
37 El destino siempre te sale al camino (albanés)	97
38 Las hermanas malvadas (griego)	99
39 El matrimonio hadado (cretense)	101
40 El ahijado del rey (chipriota)	103
41 El caballo enamorado (turco)	109
42 La llave vieja (turco)	111
43 La cadena de oro (sirio)	113
44 La hija del genio (sirio)	115
45 El gallo que cagaba diamantes (libanés)	118
46 Una pizca de sal (libanés)	120
47 Olla (palestino)	121
48 Mediamidad (palestino)	123
49 La música más dulce (israelí)	126
50 Lo que dura la vida del hombre (israelí)	127
51 Hasán el Listo (egipcio)	129
52 El Hijo de Adán y el león (egipcio)	132
53 El hombre y el león (libio)	134
54 La marca de nacimiento (tunecino)	135

55 Qamar al-Zamán (tunecino)	138
56 El cuento del gato (argelino)	141
57 La madre y el ogro (argelino)	144
58 El hijo del babuchero (marroquí)	146
59 Las hojas de la maceta (marroquí)	148
60 La niña sin brazos (marroquí)	151
El cuento del sapico (murciano)	155
Fuentes y comentarios	156
Bibliografía	163
Créditos	164